

A woman with blonde hair in a yellow dress with black trim stands in profile, looking out over a Texas landscape. The background features a cowboy on horseback, a white trailer, and a mountain range under a sunset sky. The title 'CAMINO A Texas' is overlaid in large, stylized letters.

CAMINO A Texas

SERIE - MUJERES DE TEXAS, 3

KATE RIVERS

CAMINO A *Texas*

SERIE - MUJERES DE TEXAS, 3

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Mujeres de Texas, 3

Primera edición, 2024

Gold Publications

Todos los derechos reservados.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Su misión era protegerla, pero nunca imaginó que él fuera quien acabara necesiéndola.

Sin nada más en el mundo que su ganado y su coraje, Alyson está decidida a llegar a Texas para comenzar una nueva vida. Pero sabe que el camino no será fácil y ahí quien quiere verla muerta.

Solo le queda una opción, contratar al peligroso pistolero Jack Coulter para que la proteja.

Jack es un hombre frío, solitario y medio indio que, aunque lo intenta, no puede rechazar la oferta de la testaruda Alyson. La vida de Jack ha estado marcada por el dolor y la muerte, hasta que Alyson le hace ver que puede tener un nuevo futuro.

Juntos se enfrentarán a numerosos peligros en esta aventura que los marcará para siempre.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Notas](#)

Capítulo 1



Y a ni siquiera podía dormir bien o desayunar tranquilo sin que alguien intentara matarlo.

Jack Coulton se detuvo en la puerta del *Lettie's Diner* y se apartó a regañadientes del tentador olor del café que estaban preparando y se giró en dirección a la persona que gritaba su nombre al otro lado de la calle. Entrecerró los ojos, por culpa del sol de media mañana, para otear el abarrotado y polvoriento centro del pueblo.

La persona que vociferaba su nombre volvió a llamarlo.

—¡Jack Coulton! ¡Te estoy llamando! Acabo de recorrer doscientas largas y duras millas para demostrar que no eres el más rápido que hay.

¡Maldita sea! ¿Por qué había tenido que venir a este pueblo? Primero, el ignorante jugador de pacotilla que había iniciado una pelea la noche anterior antes de oír el nombre de Jack, y ahora este estúpido desafío. Era razones suficiente para hacer que un hombre optara por alejarse de los pueblos para siempre.

Una carreta cuyas ruedas chirriaban y que iba cargada con troncos pasó rodando frente a él y, entonces, pudo ver a la persona que lo retaba. Se trataba de un chico bajito y delgado que llevaba dos pistolas de seis cañones y que dispersaba a los buenos ciudadanos de Colorado que pasaban frente a él como gallinas huyendo de un halcón. Repartidos por la calle detrás del chico, tres compinches de aspecto rudo seguían al aspirante a malhechor. Jack suspiró resignado: probablemente, tendría que matarlos a todos.

Se acercó al borde de la acera y respiró hondo, listo para desenfundar, aunque antes de disparar intentaría hablar.

—Después de doscientas millas necesitas una taza de café en lugar de una bala en la barriga —Le replicó. Su voz sonaba tranquila y atravesaba con facilidad la distancia que había entre ellos—. Piénsalo, hijo.

—Piénsalo tú, viejo. Tú eres el que va a comer plomo. Me llamo Tim Young —gritó su oponente—. La próxima historia que se cuente va a ser sobre mí. —Jack esperó, en silencio. Hablar no iba a servir de nada.

Jack salió a la calle, moviéndose de forma deliberada hacia el centro, rastreando con la mirada a sus adversarios, intentando juzgarlos a ellos y a sus intenciones. Decidió que, con toda probabilidad, los rufianes que apoyaban al chico dejarían que este efectuara el primer disparo: vigilaban a Tim Young más que a él. Maldita sea, iba a tener que matar al niño.

Los ojos de Tim Young brillaban de excitación y de miedo: lo hacían como luces en la sombra de su maltrecho sombrero. Su rostro parecía demasiado joven para semejantes travesuras.

Todavía no se le podía llamar hombre; incluso se le quebró la voz cuando volvió a hablar.

—Señor Coulton, su reputación es mucho más rápida que su mano. —Las manos del muchacho temblaban, rondando cerca de sus cartucheras. No estaban lo bastante firmes como para poder coger las pistolas. Jack dejó de caminar al llegar al cruce entre las dos calles y se quedó allí de pie, con el pecho agitado. Sabía que el chico, tras su siguiente bocanada de aire, cogería las pistolas y comenzaría a disparar, porque ya estaba demasiado metido en el papel como para echarse atrás, aunque sus nervios lo traicionaran, así que Jack se preparó.

El silencio que siempre se formaba alrededor de dos hombres listos para desenfundar empezó a crecer a medida que la gente que había en la calle se daba cuenta de lo que ocurría. La ciudad se volvió tan silenciosa que pudo oír el aleteo de un cartel meciéndose por el viento y todavía más lejos, a su izquierda, el sonido de cascos y ruedas golpeando el suelo, traqueteando, acercándose. Necesitaba mantener la mirada fija en las manos de Tim, pero tenía que arriesgarse a echar un vistazo.

Dios mío. Una mujer con sombrero de pluma y mirada perdida conducía un gran caballo alazán directamente hacia él, de cabeza. Reconoció el instante en que ella reparó en él y en Tim y se dio cuenta de lo que ocurría, pero era demasiado tarde para que pudiera girar o detenerse. El aparejo se precipitó entre él y el chico cuando un destello de luz sobre metal parpadeó al otro lado del carro abierto donde estaba sentada la mujer. El chico tenía un arma desenfundada. Estaba rodando justo hacia la línea de fuego.

Jack no pensó, su cuerpo se movió por puro instinto, y se abalanzó sobre ella, agarrándola del bolo con tanta rapidez que el impulso de su ligero peso lo hizo perder el equilibrio. Se golpeó contra el suelo con un ruido sordo, pero consiguió sujetarla con fuerza con ambos brazos y alejarla de Tim, que disparaba ráfaga tras ráfaga, haciendo que los disparos resonaran en los edificios de ladrillo y repicaran en el abrevadero metálico, haciendo relinchar a los caballos y gritar a la gente. Mantuvo su cuerpo entre el de ella y el del tirador lo mejor que pudo hasta que se detuvieron los disparos, tumbados en la calle llenos de polvo.

Torció el cuello para mirar por encima de su hombro, apartó el brazo derecho de debajo del cuerpo de la mujer y sacó su pistola, pero ya no había necesidad de usarla. Tim Young ya no disparaba, pues el sheriff Bass se acercaba a él con la pistola desenfundada. Jack vislumbró a otros hombres apuntando a los compañeros de Tim. Las voces empezaron a alzarse desde arriba y abajo de la calle.

—Podría haber sido menos doloroso que me dispararan —dijo la mujer desde debajo de él, con sus suaves pechos presionándole el cuerpo mientras jadeaba con cada palabra que expulsaba—. Es un salvador bastante duro.

Una gran confusión de sentimientos surgió en él, inundando sus venas hasta hacerle hormiguitar los nervios como si todo su cuerpo hubiera estado dormido durante años. Aquel estúpido comentario lo hizo apretar la mandíbula de rabia y, a la vez, el descaro de la mujer y su respiración entrecortada, lo hizo flaquear de alivio por no haberla herido o matado. Su forma voluptuosa, su aroma y el hecho de que yaciera apretada contra su longitud, con las piernas entrelazadas con las suyas y el brazo aferrado a su cuello, lo llenaron de deseo.

—¿Le han disparado alguna vez, señora? Eso que dice es una tontería.

Ella tuvo la gracia de sonrojarse.

—¡Solo estaba bromeando! ¿No puede aceptar una broma y reírse un poco?

— Podrían haberla matado si le hubieran disparado.

Soltó un bufido de desdén poco propio de una dama.

—Menuda tontería.

Jack se guardó la pistola en la funda y empezó a apartarse.

—Bueno, si no tuviera el sentido común de un armadillo —dijo mientras conseguía ponerse de rodillas—, no habría venido galopando en medio de un tiroteo. ¿Qué intención tenía conduciendo tan deprisa por el centro del pueblo?

—¡No sabía que estaba en el centro del pueblo!

Miró fijamente su rostro en forma de corazón, rodeado por una nube de pelo rizado color miel. Su sombrero hacía tiempo que había desaparecido. Era preciosa. Y, evidentemente, estaba bastante loca.

—¿Dónde más que en el centro del pueblo se ven edificios y aceras?

—No hace falta que sea sarcástico. Me refiero a que no estaba mirando —murmuró ella, tendiéndole la mano para que la ayudara a levantarse—. Estaba pensando en otra cosa.

La mujer se incorporó y le dirigió una mirada larga y directa. Su mano engulló la suya, envuelta en un fino guante de piel de ante. Tenía los ojos muy abiertos y de un azul que parecía casi de mentira. El calor empezó a acumularse bajo su piel.

La aguda voz de Tim Young cortó todos los demás sonidos que se arremolinaban en la calle.

—Jack Coulton, no te librarás de mí. Prepárate para desenfundar cuando salga de la cárcel.

—Maldito chico, está loco —murmuró, mirando por encima del hombro en busca de su torturador. Seguirá así hasta que tenga que matarlo.

—Oh —musitó ella, y cerró con fuerza sus dedos alrededor de los de él—. Vaya.

—No tenga miedo —dijo él, volviéndose hacia ella—, el sheriff se ha llevado el arma del muchacho.

Pero ella no estaba asustada. Parecía reluciente, como el agua fresca sentada allí, en medio de la polvorienta calle.

—Jack Coulton. —La satisfacción inundó su inusual y ronca voz—. ¡Eres el hombre al que vine a ver al pueblo!

Atónito, la miró fijamente.

—Por regla general, no me gusta oír eso —masculló—. No estará buscando un duelo rápido al atardecer, ¿verdad?

Ella sonrió y apretó el agarre.

—No. Estoy aquí para ofrecerle un trabajo que acaba de demostrar que puede hacer: quiero que sea mi guardaespaldas mientras arreo más de doscientas cabezas de ganado hasta Texas.

Oh, no, ¿en serio? Lo último que necesitaba era otra vida en sus manos.

—Se supone que los arreadores llevan el ganado fuera de Texas. Está yendo hacia atrás, señorita, si las está llevando de norte a sur.

—No, no lo estoy haciendo. Los estoy llevando a lo último de la cordillera sin colonizar: La Península de Texas^[1].

La levantó rápido, tirando de su mano, pero un pie se le enganchó en la falda. Al moverlo, se escuchó un fuerte desgarró.

—¡Espere!

Lo agarró de la pierna con ambas manos y él sintió la forma de sus delgados dedos a través de los pantalones e, incluso, de la parte superior de su bota.

—Apártese —dijo ella jadeando—. Su espuela me está rasgando el vestido.

—Lo siento. No tenía ni idea...

Él se inclinó hacia delante para intentar ayudarla y, de repente, sus ojos estaban a la misma altura, sus caras muy juntas, aunque la de él estaba boca abajo. Se miraron durante un largo latido. Luego, ella inspiró profundamente y él se enderezó para soltarla. Sintió una fugaz sensación de pérdida cuando ella le soltó la pierna.

—Siento lo de su falda.

—No se preocupe por eso, no es importante. Después de todo —dijo ella, mostrándole una sonrisa risueña—, nos podrían haber matado a los dos.

Él no pudo resistirse a devolverle la sonrisa.

—Tenemos leyes en este pueblo —retumbó la voz del sheriff Bass—, y será mejor que lo recuerde, muchacho.

Jack se volvió a tiempo de ver a un grupo de personas escoltando a sus retadores a la cárcel, con el sheriff y Tim Young a la cabeza. Tim miraba a Jack fijamente, ignorando la advertencia del sheriff y a todos los que lo rodeaban. Varias personas apuntaban con sus pistolas a los compinches de Tim para que lo siguieran; otros ciudadanos preocupados, como el médico, con el maletín en la mano, se dirigían hacia él y la mujer. Jack les hizo señas para que se alejaran.

—No estamos heridos —musitó, deseando salir de todo aquel furor lo antes posible.

—¿Está seguro de eso, señor Coulton? —preguntó el médico.

—Sí.

—Sí, estoy bien, gracias —corroboró la mujer mientras se liberaba del espolón y cogía la mano que Jack le ofrecía para ponerse en pie.

El sheriff se detuvo frente a ellos, sujetando a Tim Young por el brazo. Tim habló antes de que el sheriff pudiera abrir la boca.

—Jack Coulton, algún día seré famoso por haberte matado. La próxima vez que me abata sobre ti no podrás esconderte detrás de ninguna mujer.

La gente se apartó de golpe, sobre todo los que estaban detrás de Tim, observando a Jack. Tuvo que resistir el impulso de gritarles que se quedaran donde estaban, que estaba claro que no iba a disparar a un hombre desarmado. En su defecto, se obligó a respirar hondo y a contener la

lengua. La mayoría de la gente le daba manga ancha y le tenían mucho respeto, y quería que la cosa siguiera así.

—La próxima vez que me veas, será mejor que estés cavando un agujero en el que esconderte —dijo Jack con rotundidad—. Porque te mataré, Tim.

¿Acaso no le quedaba sentido común a nadie en este mundo? Este chico no debía de tener más de quince años, y estaba seguro de que, al menos dos de esos sinvergüenzas que cabalgaban con él, eran lo suficientemente mayores como para saber cómo mantenerlo alejado de los problemas.

—Prepárate —dijo Tim obstinado—, no voy a dejar que te salgas con la tuya, Coulton ...

El sheriff le retorció el brazo con más fuerza por detrás y se calló.

—Sheriff —dijo Jack—, ¿puede mantener a este chico encerrado en una celda hasta que crezca?

—Creo que podría —apuntó Bass—. Los tiroteos en la calle están en contra de la ley en este pueblo. Espero que le quede claro, señor Coulton.

—Él me retó, no tuve elección.

—Por supuesto —se apresuró a decir el sheriff—. No quería insinuar que hubiera hecho nada para infringir la ley, señor Coulton, de ninguna manera.

—No quería pelearse —aseguró Tim Young—. —El gran Jack Coulton, el hombre más peligroso de varios estados estaba intentando alejarse de Tim Young.

—Cállate, listillo —ordenó el sheriff.

Asintió disculpándose ante Jack y, seguido por medio pueblo, arrastró a Tim calle abajo hacia la cárcel.

Jack se volvió y encontró a la mujer rubia aún de pie junto a su codo.

Ella le tendió la mano para que la estrechara como haría un hombre.

—Alyson Pearson —dijo—, del Rancho Roca P.

Él se tocó el ala del sombrero y luego le estrechó la mano.

—Jack Coulton, señora.

—Bien, señor Coulton, ahora que todo el alboroto se está calmando, puedo darle las gracias por salvarme de una bala y podemos discutir mi oferta de empleo.

—No estoy interesado en un empleo pero, por curiosidad, me gustaría saber por qué me ha elegido para la oferta, señorita Pearson.

—Debe saber que la gente lo apoda: «el hombre más peligroso de Colorado y Texas» —dijo ella—. Usted no da cuartel y tiene la desenfundada más rápida de todos, según dicen, así que entiendo que podría protegerme del hombre más odioso de Colorado.

—¿Alguien la ha amenazado?

Podría haberse mordido la lengua si eso hubiera detenido las palabras. No iba a aceptar el trabajo, así que no necesitaba saberlo, ni siquiera quería saberlo; ¿por qué había preguntado?

—Me ha advertido, de una manera jovial y despreciable, que nunca conseguiré cruzar la

línea de Texas con mi ganado, y lo conozco lo suficiente como para saber que no se detendrá ante nada para hacer realidad su advertencia.

De nuevo, habló cuando debería haberse alejado.

—Quizás solo intenta desanimarla por su propio bien. Seguir el arreo del ganado puede ser una empresa peligrosa, como seguro que sabe.

La mujer entrecerró sus hermosos ojos azules y levantó la barbilla. Poseía un indudable rasgo de terquedad.

—Por supuesto que lo sé, y esa es la razón por la que he acudido a usted. Necesito a alguien que me cubra las espaldas en el camino. —De repente, le dedicó esa cegadora sonrisa suya—.

Pero las amenazas del señor Simmons no están hechas pensando en mi bienestar. Afirma que el ganado es suyo y, como no puede demostrarlo ante un tribunal, planea matarme y llevárselo. Usted, como la mayor parte del pueblo, puede ver a Terence Simmons como un pilar encantador y honrado de esta comunidad, pero yo sé que es un hombre vengativo y despiadado.

Parecía pequeña y delicada, con ese cuello de encaje y un lazo en la garganta, que parecía ridículo que se empeñara tanto en hablar de arreos y hombres despiadados. Los viejos instintos de Jack le pusieron inmediatamente una retahíla de preguntas en la lengua, pero se las mordió. A lo mejor sí que estaba en problemas, o un poco tocada de la cabeza. No le importaba, no quería saberlo, no necesitaba saberlo. Tenía que alejarse de ella.

—Y Simmons no es el único que me preocupa —continuó con voz ronca y un deje de temor—. Sabe tan bien como yo que cuando se corra la voz de que mi ganado lo lleva una mujer, habrá otros que intentarán arrebátarmelo.

Sí que lo sabía —si es que ella podía de verdad conseguir mantener un rebaño unido y llevarlo hacia el sur—, pero cerró la mente contra las imágenes que cobraban vida en su imaginación.

—No es algo común en una mujer —le dijo—. Quizá quiera pensárselo de nuevo antes de ponerse en marcha.

—No tengo elección. Puedo hacerlo si viene conmigo y me protege. —La palabra «proteger» le produjo un escalofrío—. Siento sus problemas, pero no puedo ayudarle. No soy quién para responsabilizarme de la vida de otra persona.

Giró sobre sus talones y se alejó.

—¡Pero acaba de hacerlo! Acaba de responsabilizarse de mi vida.

Ni siquiera volvió la cabeza; no dio señales de haberla oído.

Ella esperó un momento y volvió a llamarlo.

—Ni siquiera se lo pedí y me salvó de que me dispararan. Usted mismo lo dijo.

Siguió caminando.



Más tarde, Alyson no podía creer que hubiera gritado tras Jack Coulton, en público, en plena calle, como una especie de lunática. Y no podía creer que no pudiera pensar en nadie más para que fuera su guardaespaldas ahora que él la había rechazado de plano.

No había pensado en otra cosa que no fuese Jack Coulton desde el momento en el que él la había dejado. Cuando Niles Newton había cogido su caballo y se lo había devuelto, había estado tan inmersa en ver a Jack desaparecer al doblar la esquina que apenas le había dado las gracias al pobre hombre. Cuando había ordenado que enviaran las provisiones al rancho, había recordado lo segura que se había sentido con los brazos de Jack, rodeándola, y había tenido que repasar la lista tres veces antes de asegurarse que tenía todo lo que necesitarían para el viaje. Y, cuando había comprado el vestido nuevo para sustituir el polvoriento que su espuela había rasgado desde el muslo hasta el dobladillo, había tardado en elegir porque había estado intentando adivinar cuál le gustaría a Jack. La señora Graham, propietaria de la tienda, casi había perdido la paciencia con ella. El dinero era tan escaso que no podía comprarse los tres vestidos que tanto le había gustado, como la dependienta no había dejado de sugerirle. Mirando el que al final había elegido, se preguntaba si no debería habérselo comprado.

Cogió con cuidado el dinero que había atesorado durante todo el invierno para la paga del guardaespaldas, y compró todos los suministros que estaban en la lista del cocinero —o *Cookie*, como todos lo llamaban—. El dinero para la sustitución del vestido y demás enseres los había cogido de sus fondos de emergencia, que ahora estaban reducidos a casi nada.

Suspirando, se apartó de la ventana de su habitación de hotel, donde se encontraba a toda hora acechando tras las cortinas con la esperanza de ver a Jack en la calle. Fue hasta la cama, donde se quedó de pie contemplando el nuevo vestido que finalmente había elegido. Valía su precio, con esa chaqueta corta que dejaba ver su cintura y la falda dividida con la que podría cabalgar hasta un poblado, si fuera necesario.

Pero el factor decisivo por el que lo había elegido habían sido sus colores; el mismo azul de sus ojos en la pesada sarga de la chaqueta y la falda y, en la suave blusa, un leonado meloso que hacía juego con su pelo. Sin embargo, no intentaba atraer a Jack Coulton con él. En absoluto.

Simplemente, intentaba parecer tanto femenina como una mujer de negocios, que era exactamente lo que necesitaba parecer para tratar con Jack Coulton. Tenía que darse cuenta de que era una mujer que necesitaba ayuda para que su galantería le exigiera escucharla. Además, tenía que saber que ella le pagaría bien y dejar bien definidas sus obligaciones. El hecho de que solo con mirarlo le dieran ganas de agarrarlo de las solapas y rogarle que fuera con ella, era completamente irrelevante. Cualquier tipo de relación personal debilitaría su autoridad durante el viaje.

Su pulso se aceleró de excitación y miedo al pensar en el viaje, y volvió a esponjar su húmedo pelo con ambas manos antes de agacharse y sacudirlo para que el aire llegara a todas sus capas. Si iba a llevar a sus cinco leales vaqueros y a sus doscientas cabezas de ganado a salvo por el camino, tenía que contratar a alguien más para que vigilara que no hubiera problemas. Y tenía que contratarlo pronto: después del mediodía de mañana se vería obligada a volver al Rancho Roca P y terminar los preparativos para el viaje. Tenía que pensar en cómo encontrar a otros posibles candidatos para el trabajo si Jack Coulton volvía a rechazarla.

Pero no se le ocurría nadie. Intentó pensar en alguien, pero su mente se quedó en blanco.

Antes de llegar al pueblo, su objetivo era encontrar a Jack, pues era famoso por su

reputación. Ahora que lo había conocido, que aceptara el trabajo se había convertido en su obsesión.

No era porque tuviera músculos como el acero y una inesperada sonrisa torcida que le recordaba al sol en un día nublado. O que tuviera unos ojos oscuros como el color del chocolate derretido. Desde luego que no. Era porque incluso el sheriff lo trataba con una cortesía exagerada, porque la gente lo temía y era conocido en todo el mundo, y porque todas las personas con las que ella había hablado y que habían tenido algún trato con él lo calificaban como un hombre recto y de palabra que nunca se retractaba. Dios sabía que necesitaba a su lado a alguien en quien pudiera confiar.

Además, sería un compañero interesante en el largo camino hacia Texas, aunque no era un hombre que reía mucho y que tenía una sonrisa curiosa. Sus ojos mostraban misterio y había tensión en ellos, y ella quería saber por qué. Sentía curiosidad, eso era todo, y estaba cansada de no tener a nadie nuevo con quien hablar durante semanas seguidas.

Inquieta, se acercó de nuevo a la ventana. Había mucha gente en la calle, pero Jack no estaba entre ellos. Al menos no que ella pudiera ver desde donde estaba. Parecía haber desaparecido.

Un rápido temor atenazó su corazón. No podía haberse ido de la ciudad. Cuando se había registrado en el hotel poco después del mediodía, en una conversación amistosa con el recepcionista sobre su aventura de la mañana, le había sonsacado la información de que Jack estaba, en efecto, alojado en la habitación número cuatro esperando a encontrarse con un hombre de Denver que, según el telegrama de había recibido, llegaría al día siguiente. Más le valía al empleado tener razón.

De lo contrario, no le quedaría más remedio que buscar a Jack y seguirlo a todas partes durante todo el día para convencerlo de que aceptara el trabajo, aunque el pelo se le hubiera manchado de polvo y el vestido estuviera sucio y roto. Más le valía al recepcionista tener razón sobre que Jack comía en Lettie's Diner, porque allí era donde planeaba acecharlo durante la cena.

Se apartó de la ventana y se dirigió al espejo para empezar a recogerse el pelo. Aún estaba húmedo, pero no podía hacer nada. El sol empezaba a ponerse y ella quería tener el tiempo suficiente para vestirse de la mejor posible.



Terence Simmons fue directamente al *Saloon Blue Angel* en cuanto terminó sus asuntos en el banco.

—Tráeme un whisky, Billy, ¿quieres? —llamó al camarero al pasar por su mesa. Se lo pensó mejor—. No, que sean dos.

Su mesa habitual en la esquina estaba vacía, así que se sentó allí, de espaldas a la pared. Un hombre debía de ser cuidadoso cuando todo el mundo en la ciudad estaba celoso de su éxito, por mucho que lo trataran con respecto y educación.

Billy le trajo las bebidas.

—¿Esperas a alguien?

—No, solo tengo sed. Y es demasiado tentador conseguir una botella.

Demasiado caro también, pero no lo dijo. La gente pensaba que era un hombre generoso, y lo era cuando le convenía para conseguir algún propósito, pero no tenía sentido tirar el dinero en una botella entera de whisky para hablar con Weasel. Podía conseguir que aceptara el plan sin un gasto innecesario como ese.

Tampoco quería admitir que estaba esperando a Weasel. Todo el mundo los vería hablando, pero podría parecer una casualidad. Tenía la costumbre de saludar a todo el que pasaba por allí, y todo el pueblo sabía que hablaba de todo con todo el mundo.

No, si no mencionaba a Weasel de primeras, este pequeño encuentro no llamaría especialmente la atención, ni mucho menos. No como si los hubieran visto a solas en un lugar más privado.

Billy le puso las dos bebidas delante.

—¿Te has enterado del casi tiroteo de esta mañana?

—preguntó el camarero. Era un viejo chismoso.

En cualquier otra circunstancia, Terence disfrutaría escarbando en su cerebro en busca de noticias nuevas, pero en esos momentos necesitaba algo de paz para pensar las cosas con claridad. Sin embargo, no podía ser grosero con Billy.

—Sí —contestó—. Cuesta creer que se dispararan tantas balas y que no matasen a nadie.

—O herido —terció Billy—. Menuda suerte tuvo la señorita Pearson, por meterse entre los dos tiradores justo en el momento equivocado.

—Sí —concluyó Terence—. Ella apareció en el momento exacto... Quiero decir, equivocado.

Consiguió que su tono sonara interesado, aunque impersonal, pero el fuego provocado por la frustración que ardía en su vientre volvió a encenderse. Aún no podía creerse aquella particular pieza de mala suerte: si la hubieran atropellado, como tendría que haber pasado, él no tendría que hablar con Weasel.

Billy se quedó un minuto más, limpiando la mesa con una bayeta, charlando sobre una docena de temas intrascendentes, hasta que se marchó. Cuando Billy volvió a ponerse tras de la barra, Terence lo vio saludar a los dos recién llegados y pensó que Billy conocía a todos los vaqueros en un kilómetro a la redonda y sabía quién trabajaba para quién. Pero Billy no le daría importancia al hecho de que él hablara con Weasel, independientemente de lo que pasara más tarde lejos de aquí.

Le dio otro sorbo al whisky y suspiró agradecido. No importaba lo que Billy viera o dejara de ver. Nadie que siguiera vivo tenía ni idea de que él y Weasel se conocían de antes.

Se reclinó en la silla y observó la puerta mientras le daba pequeños sorbos a su bebida para que le durara el mayor tiempo posible.



Alyson aún estaba a media manzana del Lettie's Diner cuando la puerta se abrió y Jack Coulton

salió a la acera. La sorpresa la detuvo durante unos segundos. Venía hacia ella.

La forma en la que se movía hizo que se le entrecortara la respiración. Caminaba como ningún otro hombre que ella hubiera visto jamás; de una manera segura y sin prisas, como si proclamara que iría donde quisiera y haría lo que quisiera cuando llegara allí.

Ella lo observó, intentando que no se diera cuenta de que lo estaba haciendo. No quería hacerlo enfadar, y parecía que él ni siquiera había reparado en ella.

Sus zancadas eran largas y fluidas y cubrían el terreno con rapidez, pero a la vez parecían perezosas y lentas, como un felino cuando merodea por los alrededores. Los largos músculos de su montura se flexionaban en sus muslos bajo los ajustados pantalones negros, y sus pies, incluso con botas, parecían acariciar la tierra de forma suave a cada paso. No podía apartar los ojos de él.

Empezó a recordar cómo era sentir sus brazos a su alrededor, oler el almidón de su camisa y el aroma picante de su piel a pesar del polvo que había en la calle. Recordarlo hizo que le recorriera el cuerpo un deseo implacable; el de estar cerca de él de nuevo con sus pechos apretados contra el suyo. Sintió que se le encendía la cara solo de pensarlo. No solo se estaba volviendo prodigiosamente atrevida, sino que también se estaba volviendo desvergonzada.

Sin embargo, si atrevida y desvergonzada era lo que hacía falta para sobrevivir, que así fuera. Ya le había gritado en la calle una vez hoy, así que ¿qué importaba si iniciaba otra conversación con él en plena calle? Vivir según las reglas de la sociedad no iba a conseguirle un rancho en Texas ni un salvoconducto para llegar hasta él.

—Señor Coulton —le dijo cuando llegó hasta ella—, me alegro de volver a verlo.

Él le dio un toque a su sombrero a modo de saludo.

—Señorita Pearson. —Se notaba que él pretendía pasar de largo, así que tragó saliva y se soltó a hablar.

—¿Me concede un momento de su tiempo?

Él se detuvo, mirándola de una forma rápida e impaciente que la atravesó. La lejanía que había en su mirada hizo que su corazón se estremeciera. ¿Y si no podía persuadirlo, después de todo?

—Le pido por favor que reconsidere mi oferta de empleo. Esta mañana olvidé decirle que puedo pagarle bien.

—Creía haber dejado claro que no me interesa.

Su tono era un nivel más alto de lo necesario —de irritación, sin duda—, y una pareja que pasaba por detrás de él, por la acera, se giró para mirarlo y luego miraron a Alyson. Ella les dirigió una mirada de soslayo para que no se detuvieran a hablar, pues eran Henry y Joselyn Kent, propietarios del rancho contiguo al suyo, situado al sur, y que habían sido amables con ella cuando murió su padre. Para su disgusto, en lugar de seguir calle abajo, se acercaron al escaparate del mercadillo y se quedaron mirándolo, sin dejar de escuchar su conversación.

Se puso rígida y se concentró en Jack Coulton. No importaba lo que los Kent pensaran de ella porque no la estaban ayudando a llevar su ganado a Texas.

—Habría oído por el pueblo que estoy perdiendo mi rancho y que ando escasa de fondos —susurró—, pero puedo pagarle. Puedo pagarle muy bien.

Miró de nuevo a los Kent, y él siguió la dirección de su mirada. La comprensión relampagueó en sus ojos.

—Bueno, eso me hace sentir francamente especial —dijo, lo bastante alto como para que lo oyeran—. Si anda escasa de fondos, ¿qué clase de compensación tiene en mente para mí, señorita Pearson?

Una risita lasciva sonó detrás de ella, y al darse la vuelta vio que tenían un público aún mayor de lo que había pensado, pues vio a dos personas mayores sentadas en un banco, apoyado en la pared, y con los ojos brillantes y expectantes a escuchar más. Los Kent seguían parados frente al escaparate, escuchando en silencio. Alyson les dio la espalda a todos y dirigió a Jack Coulton una mirada directa y dura.

—Le pagaré con dinero, por supuesto.

—Dinero —murmuró pensativo—. ¿Para ir con usted por el Sendero de los Enamorados?

De la forma en que lo dijo, el nombre del famoso sendero adquirió un significado totalmente diferente al que era, que no tenía nada que ver con la geografía. Sintió calor en las mejillas y escuchó a los dos ancianos reírse a carcajadas.

Jack Coulton la miraba de arriba abajo, de la cabeza a los pies, con abierta especulación en los ojos, como si de verdad creyera que ella había querido decir lo que insinuaba. Su cabreo aumentó, aunque también pensó que él podría querer avergonzarla lo suficiente como para que se marchara y lo dejara en paz.

—Sí —contestó de forma enérgica, con su tono más serio—. Usaré el Sendero de los enamorados hasta que atravesemos el Paso Ratón y, probablemente, un poco más lejos; después decidiré dónde debemos girar hacia el este.

—¿Lo decidirá? ¿No tiene una guía?

—Yo soy la guía.

Le sonrió, sacudiendo la cabeza como si fuera una niña jugando a fingir ser alguien que no era.

—Entonces, debe de haberse golpeado la cabeza cuando dimos esa pequeña voltereta en la calle. ¿No sabe que es más fácil ir a Texas a través de Kansas que por las montañas de Nuevo México?

Uno de los ancianos se rió a carcajadas. Se le heló la sangre por culpa de la rabia.

—Señor Coulton, ¿podríamos entrar en la cafetería de allí y hablar de esto tomando una taza de café? Yo invito, por supuesto. Me gustaría hacerle una oferta concreta.

Se giró para dirigirse hacia la puerta.

—No... —Volvió a encararse a él. Jack se recostó contra un poste y cruzó sus musculosos brazos, esbozando una sonrisa irónica, mientras la miraba de nuevo, con esos ojos oscuros y tenebrosos clavados en su boca—. Pero gracias de todos modos, señorita Pearson.

Estaba disfrutando con esto, y seguro que pensaba que había ganado. También que, porque era una mujer, se podía comportar de forma poco convencional e intimidarla para que se rindiera.

—Entonces, hablaremos aquí —dijo ella, deseando que su voz se mantuviera fría, aunque sus labios estaban calientes por el calor de su mirada y sus mejillas rojas por la ira contenida—.

Pero si cree que puede avergonzarme para que renuncie a perseguirle haciendo insinuaciones salaces que otros pueden oír y manoseando groseramente mi persona, se equivoca, señor Coulton.

Sonrió.

—Lo único que he captado con seguridad de todo lo que ha dicho es que usted me persigue y, señorita... —hizo una pausa para inclinar el sombrero hacia delante—, quiero que sepa que me siento verdaderamente halagado de oír eso.

Sintió que sus mejillas enrojecían de nuevo. Oyó reír a los ancianos y supo que los Kent habían captado cada palabra. Pero ¿qué era un poco de vergüenza comparado con lo que tendría que afrontar en el camino? ¿Y en Texas?: Sequía, forajidos, viajes duros y puede que, incluso, comanches. Esta tomadura de pelo no era nada comparado con todo eso. Si quería un rancho propio, tenía que ignorar estas pequeñas provocaciones y recordar que, a partir de ahora, viviría según sus propias reglas.

—Mi persecución, como bien sabe, es puramente por temas de negocios —dijo con convicción—. La compensación que tengo en mente es de cincuenta dólares al mes, pero estoy dispuesta a negociar un poco más. Su única responsabilidad será la seguridad de mi persona.

—¿Será? —esbozó Jack Coulton en un tono bajo e íntimo que la hizo sentir como si la hubiera tocado con los dedos—. Parece muy segura de sí misma, señorita Pearson.

Ella sonrió.

—No aceptaré un «no» por respuesta.

Suspiró y sacudió la cabeza con fingida pena.

—Suenan igual que Tim Young.

Los ancianos y los Kent esperaron expectantes, esforzándose por oír su respuesta. Ella ladeó la cabeza, cruzó los brazos y miró a Jack Coulton despacio, de arriba abajo, de la misma forma sugerente en que él la había mirado a ella.

—Vaya, señor Coulton, será que todo lo que Tim y yo buscamos es un poco de satisfacción.

Él intentó, pero no pudo, ocultar su sorpresa ante su atrevimiento, y eso la hizo sonreír, incluso mientras sentía la mirada horrorizada de la señora Kent en su espalda. Apenas pudo evitar reír a carcajadas, a pesar del hecho de que se había avergonzado ligeramente a sí misma. Se merecía una dosis de su propia medicina.

—No estoy dispuesto a satisfacer a Tim dejando que me dispare —dijo con una sonrisa malvada en los labios—, pero a usted, señorita Pearson, me encantaría darle otro tipo de satisfacción... en cualquier momento.

Dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire entre ellos durante unos segundos.

—Ha sido un placer, señorita Alyson.

Se tocó el ala del sombrero con exagerada cortesía, luego, le dio la espalda, se bajó de la acera y empezó a cruzar la calle con su andar seguro. Los rayos oblicuos del sol hacían que su camisa blanca pareciera anaranjada, como las llamas de un incendio.

Como la ira temerosa de su interior.

Ni una sola vez, en los dos encuentros, había considerado lo que ella tenía que decir o lo había discutido siquiera con ella de forma sensata. La había descartado como si estuviera diciendo una tontería, como habían hecho todos los demás cuando se habían enterado de que planeaba guiar al ganado.

Subió a la pasarela entablada del otro lado de la calle, la cruzó y empujó las puertas batientes de la taberna. Por supuesto que iría allí, donde ella no pudiera seguirle.

Capítulo 2



Alyson cruzó la calle directa a la entrada del Blue Angel. Que los Kent, así como el resto del pueblo, cotillearan, le daba igual: pronto se iría a Texas y, de todos modos, se podían ir todos de paseo. Había llegado el momento de que cualquier mujer pudiera vivir según sus propias reglas y no sobre las de otros.

Empujó las puertas batientes con ambas manos e irrumpió en el salón sin cambiar su paso poco femenino. ¿Cómo iba a ir más despacio con la sangre bulléndole desde la cabeza a los pies?

Jack Coulton estaba apoyado en la barra, con su camisa blanca brillando como un faro en la tenue y ahumada habitación. Cuando empezó a acercarse a él, dando zancadas por entre las mesas, con la falda moviéndose de un lado a otro sobre sus tobillos, las conversaciones en el local empezaron a disminuir hasta extinguirse del todo. No miró a nadie, pero sintió docenas de ojos clavados en ella. Pronto, la versión animada de *Buffalo Gals* que salía del piano se convirtió en el único sonido.

Ignoró a todos los que la rodeaban y no perdió un paso en su camino directo hacia la barra. El pianista empezó a cantar y, antes de que ella llegara junto a Jack, las voces de los hombres empezaron a retumbar de nuevo. Una mujer respetable en una taberna podía ser una novedad, pero no lo suficientemente importante como para detener los juegos de azar y las rondas de bebida. O para hacer que Jack Coulton la mirara. Él no la había mirado ni una sola vez desde que había entrado.

Por fin, se acercó a él y se apoyó en la barra a su lado, que era demasiado alta para ella. Jack se giró entonces hacia ella, con una mirada dura que contenía ira, pero no sorpresa.

—Bien —empezó a decir—. Eso significa que está alerta en todo momento. —Él la miró fijamente, como si hubiera hablado en un idioma extranjero—. No estaba segura de que me hubiera visto entrar. Pero, por esa mirada irritada con la que me mira, sé que sí lo ha hecho. Eso demuestra que será un buen guardaespaldas.

—Tenía entendido que ya creía que era el guardaespaldas más asombroso sobre la faz de la tierra y que esa es la razón por la que me atormenta.

—Tenía entendido que usted era lo suficientemente caballeroso como para escucharme hasta que haya terminado de hablar con usted. En lugar de eso, huyó a este antro de iniquidad pensando que era un lugar donde no podría seguirle.

Se maravilló de que su voz no temblara por el peso de la ira contenida. La mayor parte procedía del hecho de que sabía que no tenía derecho a estar enfadada con él, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Jack ladeó la cabeza y volvió a mirarla de arriba abajo.

—Pero me ha seguido —musitó con ironía—. Está claro que puedo huir, pero no puedo esconderme.

Un ligero disgusto tiñó su enfado, y ella apartó la mirada para que él no lo viera. En realidad, estaba siendo bastante paciente con ella, ya que lo estaba siguiendo por toda la ciudad, acosándolo a cada paso. Seguro que las mujeres no paraban de detenerlo todo el rato. Era lo bastante guapo como para calentar varios corazones.

—Dígame, señorita Pearson. —Se inclinó hacia ella mientras el barullo se hacía cada vez más fuerte—. ¿Por qué vuelve a mí? He rechazado su petición. Debe de haber otros cincuenta hombres, por lo menos, aquí mismo, en este bar. ¿Por qué no acepta un «no» por respuesta y, simplemente, se busca otro guardaespaldas?

Sentía su aliento cálido contra su oreja. Un escalofrío la recorrió entera y la hizo estremecerse. Se apartó un poco de él y levantó una mano para hacerle una señal al camarero, como acababa de ver hacer a otra persona.

—Limonada, por favor.

—Si es lo bastante hombre como para entrar en una taberna, debería serlo para pedir whisky —le espetó.

—Tengo que mantener la cordura.

Esperó su bebida sin mirarlo, aunque podía sentir sus ojos evaluando su perfil.

—¿Por qué no se busca a otro? Respóndame, Alyson.

Nunca antes la había llamado por su nombre de pila, pero no había emoción en ello: la fría dureza de su voz podría haber cortado madera.

Se dio la vuelta.

—¿Cuántos de estos hombres de aquí son dignos de confianza, Jack? ¿Cuántos no me dejarían a mí y a mis hombres atados a un árbol, o muertos en un arroyo en alguna parte, pondrían nuevas marcas a mi ganado y empezarían su propio rancho en Texas? ¿Cómo podría saber en cuál confiar?

—Usted no me conoce. Podría hacer lo mismo.

—Nunca. Es un Ranger de Texas.

Apretó los labios y una sombra afilada pasó ante sus ojos.

—Ya no.

—Sin embargo, sigue teniendo honor. Le he preguntado a mucha gente por usted.

—Ha perdido el tiempo. Nadie me conoce.

Le sostuvo la mirada, sin pestañear. Sus ojos se volvieron de color y era imposible leer en ellos, pero ella no se amedrantó. Le devolvió la mirada con firmeza, sin inmutarse, sin ceder un ápice.

—Muchos hombres tienen honor —dijo él brevemente—. Usted vive por aquí. Conoce a muchos que lo tienen.

El camarero les acercó una jarra de limonada. Ella suspiró y se inclinó hacia Jack, alcanzando su vaso con ambas manos, deseando que los pocos trozos de hielo que contenía

enfriaran el calor de la creciente anticipación que se acumulaba en su sangre. Una persona no podía hacer suposiciones sobre Jack Coulton, eso ya lo había aprendido de él, así que el hecho de que en realidad estuviera poniendo a prueba sus razones para ofrecerle el trabajo no significaba nada. O quizá sí.

—Mire, señor Coulton, sé que piensa que estoy loca, sé que está harto de que lo moleste, pero estoy desesperada. Estamos hablando de mi supervivencia. Mi única esperanza de una vida decente es intentar llegar a Texas con más de doscientas cabezas de ganado, cinco vaqueros, un señor mayor y dos chico jóvenes, contando a Weasel, que está lesionado por culpa de un accidente de caballo. No puedo pagar a más peones que eso, así que tengo que guiarlos yo misma, y no puedo hacer eso y mantener una vigilancia constante.

—Venda algo y contrate a más hombres.

—He vendido todo lo que he podido. Y el dinero que he ahorrado estará bien gastado en usted, teniendo en cuenta sus habilidades y su reputación.

Se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Nada de tal vez. Yo lo sé. ¿Quién mejor para protegerme que el hombre más peligroso de varios estados?

Soltó un bufido burlón.

—Mi reputación no la ayudará en nada, solo atraerá a cualquier forajido, como Tim Young, que pueda mendigar, pedir prestado o robar un caballo para salir al encuentro de su manada.

Agarró con fuerza la taza para estabilizar sus manos y que estas dejaran de temblar. Por favor, que esta discusión significara que estaba pensando seriamente en aceptar irse con ella.

—Pero su reputación también funcionará en sentido contrario, recuérdelo. Sobre todo, ante el hombre que ha jurado impedir que pase mi ganado. Le tendrá miedo, sé que lo hará, así que en realidad, tendrá muy poco trabajo que hacer.

—Tratar con usted todos los días sería mucho trabajo —sonó seco.

Eso la molestó de primeras, pero luego la complació. Ese comentario era algo personal, ¡estaba progresando! Al menos, ya no estaban en la fase de negación absoluta.

—Estaré demasiado ocupada para darle problemas. Ni siquiera hablaré con usted; todo lo que tiene que hacer es apartarse de mi camino y vigilar que no haya problemas.

Frunció el ceño con fiereza.

—¿Mantenerme fuera de su camino?

—Mientras yo dirijo el viaje.

—¡Tenga algo de sentido común! No puedo dejarla suelta... Es decir, quienquiera que contrate para ser su guardaespaldas... no puede dejar que usted tome todas las decisiones sola cuando su trabajo es mantenerla a salvo. ¿Y si elige un tramo de arenas movedizas como lugar para vadear un río y se enloda hasta el cuello? Si eso pasa, su trabajo será sacarla de ahí.

—Sé lo que hago. ¿Cómo cree que he conservado este ganado y mis últimas posesiones

durante seis meses con la mitad de los ladrones de Colorado cabalgando hacia mi rancho, intentando, legal o ilegalmente, despojarme de todo?

Alzó las cejas.

—¿Amenazando con poner a trabajar a los codiciosos acaparadores en contra de su voluntad? —preguntó sarcástico—. ¿Asignándole un trabajo a cada uno y acosándolo hasta que se doblegara a usted o saliera gritando?

Ella se rió.

—Cierto. Pero todos han huido, los cobardes. Le tomo por un hombre valiente.

Sus labios se torcieron en las comisuras. Un poco de calor la recorrió. Qué bien. Si conseguía hacerlo reír y que bajara la guardia, podría ganárselo.

Cada uno dio un sorbo a su bebida. Él siguió mirándola.

—Ese buitre que la amenazó, el que le dijo que le impediría bajar al sendero. Debe de ser un hombre muy malo.

—Él cree que lo es. —Bebió de nuevo de su vaso. Sentía la boca seca por el exceso de esperanza—. A veces, ese tipo de personas son las más peligrosas.

Él sacudió la cabeza.

—Cree que conoce a los hombres malos, que puede persuadirme para que vaya con usted... Creo que tiene un exceso de confianza, señorita Pearson, y eso es peligroso.

Se le cayó el ánimo a los pies, pero consiguió que su expresión fuera tan impasible como la de él.

—No —dijo en voz baja, mirándolo directamente a los ojos—. Sé que puedo persuadirle. Sé que puedo ser una buena guía y sé mucho sobre la gente, la mala y la buena. Va a venir conmigo, señor Coulton. Será mejor que se termine su bebida y vaya a hacer las maletas.

Se la quedó mirando durante unos segundos, hasta que echó la cabeza hacia atrás y se rio de verdad. Era un sonido maravilloso y ondulante, delicioso.

—Alyson Pearson —empezó a decir—. He oído hablar de caballos con patas, orejas y cabeza de mula, pero tú eres el ser humano más parecido a una mula que he visto nunca.

Se estaba riendo de ella, pero también había admiración en su voz. Apretó los dientes y le dedicó una sonrisa un tanto dulce.

—Lo tomaré como un cumplido.

Él la miró a los ojos, escrutador, como si fuera algo digno de estudio.

—¿No se le ha pasado por la cabeza renunciar a esto?

—No, ya no. Si renuncio en este viaje, estoy perdida.

—¿Por qué dices eso?

—No tendré libertad nunca más. Si no salvo este único rebaño de ganado y encuentro alguna tierra libre dónde criarlo, solo me quedan tres opciones que son inaceptables: mudarme aquí y vivir en la pobreza como maestra a la que le pagan la mitad de lo que ganaría un hombre; casarme con un hombre al que no puedo soportar; o volver al Este a vivir de la caridad de mis

parientes.

Algo cálido apareció en los ojos de Jack; admiración. Por cómo la miraba, hizo que su sangre se calentara, como si acabara de sufrir un golpe de calor. Iba a ganar. Iba a ir con ella a Texas, y más le valía empezar a aprender en ese mismo momento a no sentirse demasiado atraída por él.

Pero él se limitó a terminarse su bebida, a dejar el vaso sorbe la barra y se apartó.

—No puedo ayudarla —dijo—. Pero le deseo mucha agua, hierba alta y buena suerte.

Atónita, lo vio sacar una moneda del bolsillo delantero de sus pantalones bien ajustados y arrojarla sobre el mostrador, indicando con un gesto que también se hacía cargo de su limonada.

—Buen viaje —dijo, con una somera inclinación del sombrero. Antes de que pudiera pensar en la mejor forma de responderle, ya se había ido.

El humo amenazaba con ahogar a Jack con cada bocanada de aire que tomaba, y su mente divagaba tanto que no podía concentrarse en las cartas que le habían tocado jugar, y mucho menos hacer conjeturas sobre las que podrían tener sus oponentes. No era de extrañar que estuviera ganando nada. Antes de que empezara la siguiente ronda de apuestas, se levantó y tiró las cartas sobre la mesa.

—Estoy fuera —anunció—. Gracias, caballeros.

Cruzó la puerta y entró en el pasillo trasero del hotel en un santiamén, caminando hacia las escaleras a paso febril, pero el aire parecía tan espeso allí como en el *Saloon*. Peor aún, sus pensamientos seguían agitándose. Subió las escaleras de dos en dos. Lo que necesitaba, todo lo que necesitaba, era dormir.

Esa idea hizo que sus labios se torcieran en una sonrisa amarga. Le resultaba difícil conciliar el sueño por las noches. Era así desde que mataron a Jason, pero sabía que esa noche ya la tenía perdida. Hacía años que no estaba tan agitado.

Debía de ser por lo cerca que había estado de tener que matar al chico, o tal vez por la insistencia del muchacho de no rendirse hasta que pudieran volver a enfrentarse. Tim Young era, incluso, más joven de lo que Jack lo había sido cuando huyó de casa para unirse a los Rangers. Al paso que iba, no viviría para hacerse mucho mayor.

Jack llegó a su habitación, sacó la llave, abrió la puerta y entró, dándose cuenta al cerrarla tras de sí de que seguía moviéndose tan rápido como si estuviera huyendo de alguien o de algo. Pero lo estaba. Durante todo el día, una pequeña confusión emocional había estado amenazando con anegarle.

El pestillo se cerró con un chasquido en el repentino silencio de la habitación, pero estar solo no le daba paz: sus pensamientos seguían acelerados, aún se sentía demasiado acalorado, demasiado confinado. Tal vez debería dar media vuelta, ir a por su caballo, cabalgar y alejar la tentación de Tim. Simplemente, podría irse cuando el chico saliera de la cárcel y cuando el hombre con el que debía reunirse al día siguiente llegara de Denver. De todos modos, él no quería un trabajo con los Turner.

Y estaba seguro de que no quería vivir más días como este.

Se desnudó hasta la cintura, mojó la cabeza en el barreño de agua, se acercó a la ventana, la abrió de un tirón y se asomó a la luz de la luna. El aire frío bañó su piel, pero a pesar de la

temperatura, llevaba la primavera en su piel. Soplaban una ligera brisa que provenía del este, y podía jurar que olía a flores y a tierra húmeda.

Un repentino anhelo, uno feroz e innombrable, se retorció en su interior, y buscó en la noche, como si pudiera ver algo que pudiera aplacarlo. El cielo se extendía alto, ancho, claro y negro, la luna llena brillaba amarilla y las estrellas refulgían blancas como las plumas que se decía que eran en las leyendas *chickasaw*^[2] del pueblo de su madre. Miles de sentimientos más surgieron, arremolinados, en su interior y, sin previo aviso, la verdad salió a la superficie.

Alyson Pearson era la que había azuzado el torbellino que se disputaba en su interior. Había sido así desde el primer momento en que se había encontrado tumbado, en medio de la calle, con ella en brazos, mientras aquel terrible torrente de alivio, furia y deseo rugía en su sangre.

La vida que había en ella, en su forma de hablar tan seria, en cómo sonreía, en la forma en la que, simplemente, había asumido que él sería su guardaespaldas si tan solo se lo pedía, habían hecho que se sintiera atraído hacia ella. La forma en la que había entrado en la taberna, siguiéndole el rastro como ninguna otra mujer respetable haría jamás, acaloradamente indignada porque él no se había quedado a escucharla, agudizó aún más su curiosidad. Por Dios, la forma en la que había asumido que podía seguir el rastro de un rebaño hasta Texas, había sido suficiente para que se encariñara de ella. Todo en ella había perforado su dura coraza.

¿Cuánto hacía que no se reía a carcajadas como lo había hecho en el bar? ¿Cuánto hacía, cuántos años, mejor dicho, que no se deleitaba con cualquier rasgo de alguien de la forma en que lo había hecho con la terquedad de Alyson?

¿Cuánto tiempo hacía que no se fijaba en alguien? Para él, las personas formaban parte del paisaje. Eran objetos, buenos o malos, con los que había que tratar en el curso de cualquier trabajo que tuviera entre manos. Pero la señorita Alyson era diferente. Se enfrentaba a él y había depositado toda su confianza en su persona sin saber cómo había destruido a Jason, quién también había confiado en él.

Cansado, regresó a su habitación y apoyó la cabeza contra la ventana, llenándose los pulmones de frío tras una profunda y larga bocanada de aire. Había estado desaparecido casi ocho meses. Se había limitado a existir, sin ningún propósito en mente más que ese. Por lo visto, huir del infierno de Texas a las frías montañas de Colorado no lo había ayudado ni un poco.

Había sido Alyson Pearson quién le había hecho esto. Había sido ella la que le había hecho ver cuán entumecido tenía el corazón. Que no era más que un muerto andante. Todo lo que contrario a lo que ella era; tan viva, tan llena de esperanza, tan obstinadamente decidida a contratarlo. Para Alyson, todo importaba. La mayor parte del tiempo, para él, nada lo hacía.

Y pensar así era más cómodo, mucho más cómodo. ¿Por qué había tenido que cruzarse en su camino, y mucho menos seguirlo a todas partes como un sabueso? Lo había seguido, nada más y nada menos, que hasta la taberna. Lo siguiente sería llamar a su puerta dispuesta a fastidiarle del resto de la noche. Al final, iba a tener que atarla a una farola y escapar de ella a caballo.

Como si el pensamiento la hubiera conjurado, un golpe rítmico sonó en su puerta. Se dio la vuelta y se quedó mirándola, mientras se la imaginaba al otro lado animosa y testaruda, vestida con esa elegante chaqueta que hacía juego con sus ojos. Una ira repentina lo invadió. Maldita sea, ¿por qué no podía aceptar un «no» por respuesta? ¿Qué tenía que hacer para que lo dejara en

paz? Cruzó la habitación hacia la puerta y la abrió de un tirón.

Un niño pecoso, de unos diez años, estaba ahí plantado, de pie, con su copete color rojizo erguido y el puño levantado para llamar de nuevo. Atónito, Jack se quedó mirándolo y, por una vieja costumbre, cerró la mano en torno a la culata de su pistola de seis cañones. Dios mío, ¿en qué había estado pensando? Suponer la identidad de la persona que estaba al otro lado de una puerta era una buena forma de que te mataran; el mero hecho de haber hecho semejante idiotez lo hizo enfurecerse de nuevo.

—¿Qué? —El chico no se asustó ante su ladrido.

—Toma —dijo, dándole un trozo de papel—. Tim Young me ha dado cinco centavos por traerte esto. —Jack lo cogió—.

Supuse que, tal vez, me darías otro níquel —dijo el chico esperanzado.

Jack bajó la mirada hacia unos atrevidos ojos color avellana que chasqueaban y brillaban emocionados.

— Como eres famoso —añadió.

—¿Y eso qué tiene que ver? —gruñó Jack, lanzándole su mirada más feroz.

El chico no cedió.

—No querrás que Tim te supere, ¿verdad?

—Eres la segunda persona más testaruda a la que me he enfrentado hoy —murmuró Jack, metiendo la mano en el bolsillo en busca de cinco centavos.

—¿Quién es la más testaruda?

—Tim no —dijo Jack, y dejó caer la moneda en la sucia palma que lo esperaba.

El chico perdió completamente el interés por la conversación. Se desabrochó el bolsillo, dejó caer la moneda dentro y se dio la vuelta corriendo hacia las escaleras. Jack abrió el papel arrugado y lo leyó bajo la luz de las lámparas del pasillo.

No voy a renunciar. Te seguiré aunque tenga que hacerlo hasta Canadá. TY

Un sentimiento lento y enfermizo le recorrió las entrañas cuando volvió a entrar en su habitación, volviéndose de nuevo hacia el aire fresco de la noche en busca de consuelo.

Tenía que salir de la ciudad antes de que el chico lo hiciera de la cárcel. Volvió a mirar a la noche, pero esta vez solo vio el joven rostro de Tim Young contra el cielo estrellado. Si se marchaba ahora, nadie con un poco de sentido común diría que Jack Coulton había huido de una pelea, ya que Tim no era más que un niño. Además, podía vivir consigo mismo aunque algunos lo llamasen cobarde. Lo único que podría perturbarlo sería enfrentarse a más chavales como Tim Young, y eso heriría su orgullo. Básicamente, su reputación era todo lo que le quedaba de su antigua vida, que, en realidad, había sido su única vida.

Lo invadió la rabia y le produjo náuseas. ¿Por qué había tenido que morir Jason? ¿Por qué él seguía vivo, si todo había sido culpa suya? Si mataba al chico, se odiaría a sí mismo para siempre.

—¿Sr. Coulton?

Giró sobre sus talones y dejó de prestar atención de la luz de la luna al mismo tiempo que

desenfundaba su pistola en un acto reflejo que no pudo detener, pero conocía aquella voz. Le sobresaltó lo familiar que le sonaba.

Alyson Pearson estaba de pie en el umbral de la puerta, su pequeña figura calada por la luz del pasillo que había tras ella y, por un instante, tras recordar la primera vez que se habían visto, una extraña sensación lo invadió. Se dijo cuenta de lo solo que estaba. Más solo que nunca.

—Necesito hablar con usted.

Frente a él, había otro ser humano. Una mujer hermosa con los ojos tan azules como el cielo en una noche de verano. Una mujer de dulce que cabía entre sus brazos como si de un regalo maravilloso se tratara. Una mujer que podía hacerlo reír.

Él no necesitaba eso. No quería una mujer que pudiera tocarlo de ninguna manera.

—He visto su puerta abierta —dijo ella, y entró en la habitación sin esperar invitación—. He venido a darle una última oportunidad.

Eso lo hizo sonreír.

—Muy generoso por su parte —sonó irónico—. Lo que más necesita este mundo es una última oportunidad.

Enfundó su pistola y fue a recoger su camisa. Alyson profirió un pequeño grito de sorpresa cuando él atravesó el amplio haz de luz de la luna y vio que estaba semidesnudo. Sintió que su mirada rozaba su piel, entonces ella se acercó a la ventana para mirar hacia fuera mientras él se ponía la camisa y empezaba a abotonársela.

—Supongo que debería vestirme —murmuró—, ya que parece que tengo una visita tras otra.

—¿Quién más ha venido?

—¿Cree que es de su incumbencia?

—No. —Soltaron una pequeña carcajada a la vez, y luego dejaron que se hiciera el silencio. Finalmente, ella habló—. Esta también es mi última oportunidad. —Le tembló la voz—. Terence Simmons casi me mata del susto hace un rato.

Giró sobre sus talones y dio un paso hacia ella.

—¿Qué hizo?

—Se me acercó en el *Saloon*, justo después de que usted se fuera, y se ofreció a acompañarme a mi habitación. Me preguntó si le había dado las gracias por salvarme la vida esta mañana y luego insinuó que no me podría salvar ya más una vez me pusiera en camino hacia Texas. Todo de la forma más encantadora y despreocupada posible, por supuesto.

—¿Qué le contestó?

—Ni una sola palabra. Le di la espalda y salí por la puerta. Ese hijo de puta fue gran parte de la razón por la que mi padre se suicidó.

El impropio sonó tan sorprendente pronunciado en ese tono tan suave y triste con el que ella hablaba, que lo hizo sonreír de nuevo. Podía estar triste y asustada, pero temperamento estaba intacto.

—Le pagaré setenta y cinco al mes y veinte cabezas de ganado —dijo ella, dándose la

vuelta para mirarle—. Jack, es lo más alto a lo que puedo llegar.

Sus ojos eran enormes y brillaban por culpa de la esperanza. No lo dejaban en paz. No lo soltaban. A la luz de la luna, parecía tan delicada como una flor, así que cruzó la habitación hasta la mesita junto a la pared, prendió una cerilla y encendió la lámpara.

—¿Sabe que está intentando asentarse en territorio comanche? —preguntó con más dureza de la que había pretendido—. Que aún quedan algunos restos de tribus libres aquí y allá?

—Sí.

—¿Sabe que es tierra seca y que una sequía allí puede durar siete u ocho años?

—Sí.

—¿Sabe que una mujer que intenta arrear sola siempre será un objetivo para los ladrones? De ambos tipos; de los que llevan grilletes y de los que llevan libretas y libros de contabilidad.

—Sí.

—¿Sabe que nunca habrá muchos peones dispuestos a trabajar para una mujer?

—Sí.

Sintió una ligera ráfaga de preocupación por ella. Quedaba claro que no estaba dispuesta a renunciar a esta idea tonta y peligrosa.

—Tiene que entrar en razón —insistió. Sentía la voz rasposa, pues se le había secado la garganta de repente por temor a que algo pudiera pasarle a Alyson.

—Nada salvo una bala puede detenerme —musitó ella—. Cuando mi padre murió, juré amar la vida y vivir cada minuto, así que no me sentaré a marchitarme. Me llevaré ese ganado a Texas.

Durante uno largos y solemnes segundos, se quedaron mirándose el uno al otro. Él odiaba esto, odiaba preocuparse por lo que le pudiera suceder a ella. En realidad, no era tan valiente como quería aparentar: era una ingenua.

—Hablas si saber —le dijo—, porque ni siquiera puedes imaginar los obstáculos a los que te tendrás que enfrentar.

Para su sorpresa, ella no respondió con una réplica airada. Solo lo miró a los ojos y vio lo que estaba pensando.

—Jack, ¿vendrás conmigo?

Apenas pudo oír las palabras por el martilleo que había dentro de su cabeza. No. Debía decir que no. Tenía que decir que no. Pero, en realidad, en ese momento, lo único que quería era mantenerla a salvo del peligro y partirle la cara a Terence Simmons.

Pero esa actitud no era personal, no podía serlo, porque él no la conocía tan bien. No, era la misma actitud que sentiría por cualquier mujer. Por cualquier persona más débil que él y a la que estuvieran acosando.

Y ella lo entretendría de camino a Texas, y es que más le valía volver allí; venir al norte no le había ayudado a deshacerse de sus demonios. Ella haría que el largo camino fuese mucho más tolerable que si cabalgara solo con el fantasma de Jason como única compañía. Además, si él salvaba su vida, podría ayudar a equilibrar las cosas por haber perdido la de Jason.

—Tengo mis propias razones para volver a Texas —comenzó a decir despacio—, y por eso te digo que sí. No porque me hayas estado acosando durante todo el día. No creas que se me puede manejar o manipular para que haga algo que no quiero hacer, Alyson.

Ella lo miró a los ojos.

—No lo haré. Se acercó un paso más, y él captó su aroma ligero y floral—. Gracias, Jack.

Un impulso salvaje de alargar el brazo y pegarla a su cuerpo casi se apodera de él; tuvo que cerrar las manos en puños para contenerse. De ninguna manera iba a empezar algo así, no cuando quedaba un largo viaje por delante y no con esta mujer. La soledad que sentía se le pasaría en cuanto empezaran a bajar por el sendero: vigilar el peligro lo mantendría ocupado y mantendría a raya sus sentimientos, como siempre hacía cuando estaba en acción.

—Nunca podré expresar con palabras lo agradecida que estoy. Supe desde el primer momento en el que nos vimos que debía venir conmigo.

Soltó una pequeña y sonora carcajada.

—Y yo he sabido que era más mortal que Tim desde el momento en el que aparté mis ojos de él y de su pistola y los puse en usted. Eso nunca me había pasado en medio de un desenfunde.

Alyson echó la cabeza hacia atrás y rió, un sonido alegre y robusto que le recorrió la sangre como el vino. Oh, Señor, ¿qué había hecho? Nunca debería haber aceptado ir con ella.

En aquel momento, no deseaba nada más que besarla. Olía a perfume —agua lila, o rosas o alguna otra flor— y sus ojos se habían vuelto tan enormes y de un color azul oscuro que era imposible apartar los ojos de ellos. Un hombre podía perderse en sus ojos.

—Hago todo esto con la condición de que yo sea el jefe, por supuesto. Se erizó furiosa, como él sabía que haría.

—Yo soy el jefe del arreo y usted es el guardaespaldas. Lo sabía cuando aceptó.

Habló con un tono exasperante, plano, de: «no hay más que hablar» que le puso los pelos de punta, pero no vio preocupación en sus ojos. Ella sabía que él no iba a faltar a su palabra. Confiaba en él. Creía que tenía honor.

—Ya veremos —contestó él, igual de rotundo—. Se sorprenderá de las decisiones que toma el guardaespaldas en un arreo.

—Sí, ya veremos. —Se acercó un poco más, alzando la barbilla de esa forma tan obstinada suya—. Le sorprenderá saber qué decisiones pertenecen al jefe del arreo, aunque sea una mujer. Es mi ganado, este es mi viaje.

—Sin embargo, su vida es mi trabajo. Tendrá que aprender a razonar, Alyson.

Se alegró cuando la cólera estalló por fin en su vientre. Se sintió aliviado cuando se dio cuenta de que lo único que quería hacer era agarrarla y sacudirla para que entrara en razón. Así iban a ser todos esos kilómetros y kilómetros hasta Texas.

Capítulo 3



Alyson se sentó erguida en la cama en cuanto se despertó, apretando las mantas contra su pecho y temblando por la pesadilla que la había tenido cautiva: un sueño horrible en el que Terence Simmons se reía de ella mientras descuartizaba una de sus terneras junto al sendero. Los guijarros repiquetearon contra su ventana y se dio cuenta de que ese era el sonido que había tomado por su risa.

Gracias a Dios que era Cookie el que repiqueteaba contra su ventana y Simmons había sido solo un sueño.

—Estoy despierta —dijo, envolviéndose con la manta el cuerpo mientras saltaba de la cama y corría a echar la cortina y a abrir la ventana—. Gracias, Cookie, ya estoy despierta.

El hombre le sonrió bajo la luz menguante de la luna y movió el saco que llevaba sobre el hombro.

—Ya era hora de que salieras de esas sábanas, muchacha. Ya he ensillado tu caballo y lo he enviado con Weasel, como querías. No creas que hay muchas más cosas en el granero ni en el barracón que podamos llevarnos.

La rotundidad de sus palabras la dejó muda durante un segundo e hizo que un torrente de tristeza corriera por sus venas. Este no era un trabajo habitual, de madrugada, por el que él la estaba despertando. Ni uno de esos viajes en los que se pasaba de los pastos de invierno a los de verano. Era un viaje de los «para siempre». Uno en el que había cientos de kilómetros por delante.

Era un hecho. Ahora sí que se había quedado sin hogar.

—De acuerdo —dijo al fin—. Pasaré por la casa una última vez y luego bajaré a donde está el rebaño.

—No hay prisa. Pasará un poco de tiempo antes de que pueda hornear las galletas y freír el tocino.

El olor de la hoguera que habían encendido los vaqueros llegó hasta ella a través de la brisa nocturna y escuchó un débil mugido del ganado. Estaban celebrando la reunión a menos de un cuarto de milla de la casa.

—Ojalá me hubiera quedado en el campamento anoche —soltó—. A lo mejor eso hubiera facilitado la partida esta mañana. —Él no contestó; había demasiada emoción contenida en su voz. Temía que estuviera a punto de echarse a llorar—.

Pero te agradezco que durmieras en el barracón. Así he podido disfrutar de una última noche en mi habitación antes de irnos.

—Cualquier cosa por ti, niña Alis —musitó el anciano, tratando de consolarla con el apodo que le había puesto de niña—. Y cualquier cosa por pasar una noche más en una cama. Incluso ese viejo colchón de paja extendido sobre una litera de tablas es más blando que el suelo.

—Supongo que sí —dijo ella, sonriendo un poco.

—Para cuando lleguemos a Texas, ni siquiera recordaremos lo que es una cama. —Al sonreír, se le formaban arrugas por toda la cara—. Para entonces, seremos más duros que el cuero de ballena y más ásperos que un par de espuelas mexicanas. Vaya, seremos capaces de abatir cualquier problema que tenga el descaro de cruzarse en nuestro camino. —Alyson se rió a carcajadas. El viejo la conocía muy bien y sabía exactamente cómo animarla. Y lo sabremos todo sobre el arreo —añadió—. Nadie será tan bueno como nosotros para arrear un rebaño mixto de ganado con tan pocas manos.

Como ella, echó la cabeza hacia atrás y se rió. Luego, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el rebaño. Alyson lo vio marchar, sonriendo con afecto y, luego, frunciendo el ceño con preocupación. Cookie parecía cojear más que nunca.

—¿Dónde está tu caballo, Cookie? —gritó—. ¡Deberías haber montado en el mío!

Su única respuesta fue un gesto de la mano sobre su cabeza.

No estaba lejos de los lechos, eso era cierto, y ella misma iría andando hasta allí. Necesitaba andar un poco porque luego estaría demasiadas horas montada sobre su caballo, pero Cookie era un viejo vaquero que nunca andaba un paso si podía montar, ya fuera a caballo o en el carro. Su reumatismo era tan fuerte que le suponía un esfuerzo tener que montar y desmontar.

Una nueva desesperación la atormentaba. Cookie estaba en peor forma de lo que pensaba. Tendría que conducir el carromato en todo momento porque uno de los gemelos de trece años que había contratado tendría que llevar la remuda^[3] mientras que el otro conduciría su carreta doméstica. No podía prescindir de un hombre adulto para ninguno de los dos trabajos.

¿Qué estaba haciendo? Un tercio del equipo que tenía para remolcar más de doscientas cabezas de ganado y una remuda de ochenta caballos contaba de un hombre tullido con edad suficiente para ser su abuelo y dos niños pequeños.

Soltó un poderoso suspiro y se volvió a mirar su habitación. En un rincón, su gran perro, Jasper, estaba por fin estirándose y levantándose de su cama para acercarse a ella.

—Eres un sabueso perezoso —le dijo, agachándose para abrazarle el cuello—. Dormilón, que ni siquiera has gruñido. Sabías que era Cookie, ¿verdad?

Habría gruñido si hubiera sido Terence Simmons el que se hubiera presentado en su ventana. Jasper, que le llegaba a la altura de los hombros y de quien muchos decían que parecía medio lobo, a veces se ponía a atacar a extraños. Y ahí estaba ella, lista para llevarlo en un viaje en el que tendría que recorrer miles de millas y cruzarse con muchos extraños.

—Pero podemos hacerlo, ¿verdad, cariño?

Durante un largo minuto, permaneció quieta, con la mejilla apoyada en la gran cabeza del perro, recomfortándose con su calor y su suave pelaje. Había llegado el día. Ese en el que tenía que empezar a hacer lo que le había estado diciendo al mundo que podía hacer sin problemas, a pesar de los perros gruñones y los hombres con reuma.

—Sin embargo, tenemos un as en la manga, ¿verdad, muchacho? —Jasper se pegaba cada

vez más a ella—. Jack Coulton es nuestra arma secreta. Puede manejar cualquier cosa, lo sé.

Pero también sabía que él trataría de hacerse con el control de todo. Y era el hombre más fuerte que había conocido. Su sola presencia destilaba poder. La gente solía hablar de las personas que entraban en una habitación y la llenaban con su personalidad, por eso Jack Coulton había llenado toda la calle principal.

Soltó al perro y cogió su edredón favorito.

Jack Coulton era un hombre mucho más autoritario de lo que había sido su padre. Más autoritario que sus tíos Spencer y Homer, entre cuyos hogares había oscilado durante los años que vivió en Filadelfia. Ninguno había sido retraído a la hora de mandar sobre los demás, pero Jack descubriría, como ya habían hecho ellos, que ella tenía su propia forma de trabajar y de pensar.

Sonrió a Jasper, que estaba sentado sobre sus patas y observándola con la cabeza ladeada en señal de curiosidad.

—Cuanto más grandes se creen, más duro caen, ¿no es así, Jasper? Tú y yo vamos a mandar en este viaje, que no te quepa duda.

Jasper estuvo de acuerdo, y se acercó a lamerle la mano. A veces aullaba como un lobo y gruñía a la gente que no le gustaba, pero rara vez ladraba. Había aparecido en el Rancho Roca P siendo cachorro callejero solo unos días después de que Alyson hubiera regresado del Este, e inmediatamente se habían querido el uno al otro con todo su corazón.

—Vamos, chico. —Enterró la mano en el suave pelaje de su cuello—. Corre un poco mientras me visto.

Lo condujo hasta la puerta principal, lo dejó salir a la negrura que se avecinaba a medida que la luna se ponía, y luego volvió caminando descalza por la casa, que estaba oscura y silenciosa. Este era el día en el que tenía que abandonar este lugar. Esta situación era muy diferente de cuando se fue al este, porque esta vez no iba a volver nunca.

Ahora no tenía hogar.

Se quedó quieta en el pasillo, con los pies desnudos apretados contra el frío suelo de madera, y respiró hondo. El olor familiar de la casa llenó sus fosas nasales. El olor de la casa de su familia, que ya nunca volvería a oler.

Ahora tampoco tenía familia. Mamá llevaba muerta casi cinco años y papá seis meses. Cookie y sus otros peones eran ahora su única familia.

La espesa oscuridad del tiempo justo antes del amanecer se colaba por las paredes y las ventanas y el frío que producía la temprana mañana de primavera le llegaba directamente a los huesos. Tembló y se envolvió el cuerpo con los brazos. De repente, todo parecía un poco diferente bajo la madrugada oscura, pero, en realidad, todo seguía igual. Este lugar pertenecía ahora al banco y ella iba a empezar de nuevo en Texas.

A lo que tenía que aferrarse era a la libertad de estar sola. Podía tomar sus propias decisiones sobre el negocio en lugar de someterse a las de su padre, incluso cuando sabía que eran erróneas. Y dondequiera que acabara sería su hogar, en vez del hogar de su padre. Su tiempo sería suyo para hacer lo que quisiera en lugar de hacer lo que otra persona le pidiera o lo que la sociedad esperaba de ella.

Una feroz excitación empezó a abrirse paso a través de su inquietud. ¿No se había prometido a sí misma, el día que murió su padre, vivir su vida al máximo? ¿Cada momento? Entonces, más le valía ponerse en marcha.

Volvió a entrar en su habitación y empezó a ponerse la ropa que había tendido la noche anterior mientras pensaba en todo lo que tenía entre manos. ¿Quedaba algo más en la casa que ella realmente necesitara? Los pocos recuerdos que le quedaban después de haber vendido las joyas de su madre y los enseres domésticos necesarios los había cargado en una carreta hacía días. La cama en la que acababa de dormir y los demás muebles tendrían que ir a parar al banquero Hensman, que había embargado la casa. Los dos carromatos estaban llenos a reventar.

Simplemente, tendría que construir y amueblar su nuevo hogar poco a poco. De todos modos, eso ahora no la preocupa en exceso, pues tenía que centrarse en dirigir el rancho. Ya se preocuparía de eso cuando estuviese segura en un hogar que fuese suyo. En uno en el que se sintiese libre. Por pequeña o tosca que fuera esa casa, sería suya y solo suya, y nadie podría decirle lo que tenía que hacer, o embargarla y echarla.

Una oleada aguda y caliente llena furia le quemó la garganta. Su padre no tendría que haber sido tan cobarde. Si no se hubiese suicidado, los dos podrían haber conservado juntos este lugar y el banquero Hensman no podría habérselo arrebatado.

Pero eso era agua pasada, pensar en ello solo hacía que desgastarla. Terminó de abotonarse la blusa, se echó los cordones de estampado del sombrero sobre su cabeza y dejó que estos colgaran por su espalda. Metió el camión en la bolsa de cuero que había pertenecido a su madre, cogió sus pertenencias y, sin echar siquiera una última mirada por encima del hombro, salió de la habitación.

En el pasillo, se volvió hacia la escalera y se detuvo. Tampoco iba a dar un último paseo por la casa. Todo lo que se cruzaba con su mirada guardaba un recuerdo de sus padres, de su infancia, de los buenos y los malos momentos, y todo eso pertenecía al pasado. Así que giró sobre sus talones, encaró la puerta principal y marchó hacia ella. Una vez salió, tiró de ella para cerrarla y cruzó el porche, llamando a Jasper, que salió zumbando de entre las sombras.

Oh, Dios mío, ¡si tan solo pudiera tomar las decisiones correctas y no hacer que los mataran a todos o que se perdiera todo el ganado! No podía soportar que Jack Coulton le dijera te lo dije.

Alargó la mano hacia la cabeza de Jasper y se la acarició. El perro se apoyó en ella y ronroneó. Alyson sonrió, se echó la bolsa al hombro y empezó a caminar deprisa hacia donde estaba el ganado.

El sol estaba ya saliendo, bañando el mundo entero de una luz rosa y amarilla, coloreando incluso la niebla gris que subía del río. El ganado, apiñado a lo largo de la orilla río arriba en dirección a la casa, empezaba a agitarse. Unos pocos se levantaban para deambular hasta el agua, con rayos de luz destellando sobre sus cuernos. Niles y Peter se turnaban para observarlos, cabalgando lentamente al borde del lecho.

La hermosa vista que tenía delante hizo que a Alyson le diera un vuelco el corazón y, de repente, no tuvo dudas. No podía esperar a vivir la aventura que se le avecinaba. Corrió el resto del camino.

Cuando llegó a donde estaba el fuego, encontró a Cookie inclinado sobre él friendo tocino

en una sartén mientras el aroma de la masa de galletas salía de un horno holandés enterrado en brasas a sus pies. Como de costumbre, le empezó lo que ella, claramente, podía ver por sí misma cuando miraba más allá de los carromatos.

—Billy ya ha traído la remuda y los chicos nos esperan a comer antes de recoger sus caballos.

—Eso está bien —dijo ella, de camino al carromato que guardaba las pertenencias familiares para dejar sus cosas—. ¿Han dicho si anoche estaba todo tranquilo?

—Sí. Según me ha dicho Cabe, nadie ha venido por aquí hasta hace una hora, cuando llegó tu guardaespaldas.

Se quedó congelada en el sitio tras lanzar la bolsa sobre el portón trasero.

—¿Ya está aquí?

—Sí. Cabe ha estado aquí toda la noche.

—¡Sabes que no me refiero a Cabe!

Tanto su pulso como su mente se aceleraron. Jack había dicho que saldría del pueblo al amanecer, pero había llegado pronto. De repente, se dio cuenta de que necesitaba un minuto para prepararse para verlo de nuevo, lo cual era un pensamiento idiota. Se apresuró a volver junto al fuego.

—¿Dónde está ahora?

—¿Quién, Cabe?

—¡No! Quiero decir...

Captó la mirada socarrona de Cookie y se mordió la lengua. Sabía que nada le gustaría más a su viejo amigo que burlarse de ella por culpa de Jack durante todo el viaje hasta Texas.

—Un hombre muy guapo, ese guardaespaldas tuyo.

—No me había fijado —mintió—. Lo contraté por su reputación, no por su aspecto.

—Mmm.

—¿Dónde está ahora?

—Vigilando los caballos. Solo trajo un caballo con él.

—Está bien. Lo único que nos sobra son caballos.

Su corazón latía con fuerza mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la carreta. Era la emoción de la mañana, eso era todo. Este era, hasta el momento, el día más significativo de su vida. Eso, y la sorpresa de que Jack ya estaba aquí, eso era todo.

Cogió una de las tazas de la mesa abatible y la llevó hasta la cafetera, que colgaba sobre el fuego. Cookie la inclinó con un palo largo para llenársela.

—Esto sí que es auténtico café —le dijo, como cada vez que preparaba café.

Para complacerlo, se rió con la vieja frase que él había repetido cientos de veces. Vio que seguía hablando mientras apartaba el beicon, rompía los huevos en una sartén y los revolvía, pero no le estaba prestando atención. Jack Coulton ya estaba aquí.

—Venid a por la comida, chicos, antes de que la tire —gritó Cookie.

Alyson se volvió para ver a los hombres que venían hacia ellos. Jack estaba en medio del pequeño grupo, y solo con verlo se le aceleró aún más el pulso. No podía verle la cara por culpa de los rayos de sol que empezaban a salir, pero su forma de andar, tan segura, y su cuerpo eran inconfundibles.

Cabe y Luke lo flanqueaban mientras Weasel cojeaba unos pasos por delante y, mientras ella lo observaba, él dijo algo que los hizo reír. El bajo rumor de su voz y las risitas apreciativas de ellos flotaron hasta ella. Un comportamiento muy diferente al que tuvo cuando la conoció por primera vez.

Sin poder evitarlo, la sensación de sus brazos rodeándola y la presión que sintió cuando su pecho rozó el suyo, la inundaron. Debía olvidarse de aquello, debía sacárselo de la cabeza. Él era un trabajador y ella su jefa. No importaba que él pensara que podía tomar las decisiones.

Un miedo repentino la asaltó.

Aquí estaba él, junto al rebaño antes que ella, echando un vistazo a la remuda, eligiendo su montura y convirtiéndose en uno más de los chicos. Compinchándose con ellos. ¿Hacía eso para ponerlos de su lado en caso de que él y ella tuvieran, alguna vez, una seria diferencia de opinión?

Se obligó a dar lentos sorbos a su café y se irguió, con la espalda recta, tal y como le correspondía a la jefa de la cuadrilla.

—Veo que ya os conocéis —dijo en cuanto todos los hombres se reunieron con ella junto al fuego—. Como probablemente ya os habrá dicho, he contratado al señor Coulton para que sea mi guardaespaldas en este viaje.

—Sí — dijo Luke, y se tocó el ala del sombrero.

—Eso nos ha dicho. —Fue el turno de Cabe de tocarse el ala del sombrero. Weasel asintió y se quitó el sombrero.

—No necesitáis quitáros el sombrero delante de mí —lo dijo con tiento, pues sabía lo susceptibles que eran a las críticas, pero también con firmeza, pues necesitaba que supieran cuál era su nuevo papel—. Estaremos trabajando demasiado duro como para preocuparnos por los modales, así que tratadme igual que a jefe de arreo.

Los tres vaqueros fueron a la carreta a por sus tazas de café sin decir una palabra. ¡Maldita sea! El mero hecho de tener a Jack observándola la ponía en una clara desventaja frente a sus propios hombres. Y su corazón, mientras, seguía martilleando contra su pecho.

Jack se dirigió hacia ella con ese andar arrogante suyo, mirándola de arriba abajo con sus ojos cálidos y oscuros.

—Será difícil que te vean como a un hombre —susurró—. Yo diría que, francamente, es imposible.

Su ira estalló como una cerilla recién encendida.

—Nadie te lo ha pedido —espetó—. Y no me mires así.

—¿Cómo? ¿Como a un hombre?

—¡No! —Intentaba hablar en voz baja para que nadie más que él la oyera—. ¡Como a una mujer! Te dije en el pueblo que no podías intimidarme de esa manera, y no puedes.

—No tengo ninguna intención de intimidarte, Alyson. —Su mirada no abandonaba la de ella.

—Oh, sí que la tienes...

Los hombres se acercaron a donde estaban, cerca del fuego para poder tomar café.

—Me alegro de que esté aquí entre nosotros, señorita Alyson —dijo Jack, lo suficientemente alto como para que ellos y, Cookie también, lo escuchasen—, y todavía tenemos comida caliente y café. —Le dedicó esa sonrisa torcida suya—. Estábamos un poco asustados por si venías en una calesa a gran velocidad directa al fuego y tirabas nuestro tocino y nuestras galletas.

Todos los vaqueros estallaron en carcajadas, encantados como siempre con un poco de risas, sin importar quién fuera el blanco de la broma. Le lanzaron miradas rápidas y apreciativas.

Esa era una de las reglas no escritas e inquebrantables de la vida de los vaqueros. Cualquiera tenía que ser capaz de tomarse las bromas con humor. Si no lo hacías, tomaban el pelo hasta que abandonabas o aprendías a reír con ellos. ¿Y no les acababa de pedir que la trataran como a un hombre?

La furia la ahogó, alimentada por el miedo. Ya estaba empezando, ya estaba formando bandos, chicos contra chicas. Intentando hacerla parecer tonta e incompetente. Abrió la boca para darle una reprimenda, sin importarle lo que pensaran los hombres, pero luego consiguió morderse la lengua.

—Es el desayuno. —Su tono de voz era dulce, pero sarcástico—. No puedo desperdiciar un desayuno. ¿Preparado para el viaje a Texas?

Eso provocó más risas de las que merecía e inspiró a los demás a unirse.

—Rodeamos los carromatos para proteger el fuego y le dijimos a Peter que silbara como un ruiseñor para avisarnos cuando pasara el rebaño —dijo Cookie.

—Sí, y ensillamos nuestros caballos antes de comer o incluso de tomar un trago de Arbuckle's, por si necesitábamos saltar sobre ellos para perseguirlos y detener una huida —añadió Weasel.

Las risas se hicieron más fuertes y sintió que la rigidez empezaba a abandonarla. Los hombres volvían a estar bien, la estaban aceptando como uno de ellos. La sensación global era buena. Parecía que todo volvía a la normalidad.

Respiró larga y profundamente y le dedicó una gran sonrisa a Jack. Luego, se volvió hacia los demás.

—Por eso he venido a pie en vez de en carromato —le dijo a Weasel—. No quería causar una distracción que os apartara a todos de vuestro trabajo.

Todos rieron de nuevo, y Luke levantó la vista de su café.

—Sí, creo que no vas a ser diferente de cualquier capataz para el que hemos trabajado. Nunca he visto a un capataz o a un jefe de arreo que no se preocupara porque pudiéramos distraernos de nuestro trabajo.

Eso provocó la mayor carcajada de todas y selló su lugar en el grupo. Al menos, hasta que tuviera que elegir bien el cruce del primer río o decidir dónde acostarse en tierra seca. Pero la

tensión que sentía disminuyó de forma considerable; Luke había dicho en voz alta que ella era la jefa.

Cookie le guiñó un ojo e hizo un gesto a los hombres para que cogieran sus platos y se acercaran al fuego a llenarlos.

—Siéntate y desayuna, señorita Alyson. —Le tendió un plato que había llenado para ella—. No habrá huevos en tu plato ni mañana ni ninguna otra mañana de aquí en adelante, así que comételes mientras puedas.

Aceptó la comida del hombre que la había cuidado desde niña. Ya se aseguraría, más adelante, de comer la misma cantidad y lo mismo que el resto de los hombres, pero ese no era momento de darle importancia. Por ahora, dejaría al hombre que se preocupara por ella. Eso sí, en cuanto se quedara a solas con Jack Coulton le pondría las cosas claras. No era su trabajo provocarla delante de sus hombres.

Le dio la espalda y se dirigió a un cubo volcado que había cerca del carro para sentarse. Por el momento, necesitaba disfrutar de un poco de paz para poder comer. Si es que eso era posible, pues estaba demasiado perturbada y excitada para conseguirlo.

El ganado, el sendero. En eso era en lo que debía de estar pensando. En eso y en cómo controlar a Jack Coulton. Una vez conseguido, se olvidaría de él y de cualquier cosa que pudiera decir. Se olvidaría de la extraña sensación que le hacía desear que él la abrazara de nuevo y querer abofetearlo la cara al mismo tiempo.

Un instante después, Jack se encontraba de pie junto a ella, con su desayuno en una mano y su taza de café en la otra. Levantó la vista y se encontró con su mirada, recta y oscura, y sintió de nuevo esa punzada.

—Buenas —la saludó.

Se sentó a su lado y puso su café en el suelo, como hacían los otros hombres, cerca del fuego. Con ganas, empezó a comer.

—No recuerdo haberte pedido que te sentaras —dijo—. Ni recuerdo haberte pedido tu opinión sobre mí.

—No hace falta —dijo alegre—. Según ha dicho la jefa, estamos demasiado ocupados como para ocuparnos por los modales.

Sintió que sus mejillas se encendían mientras su ira volvía a brotar. Le costó todo el control que tenía no gritarle.

—Burlarte de todo lo que digo y hago no forma parte de tu trabajo —masculló con firmeza.

—¿Burlarme? —Agrandó los ojos y compuso una mueca de denotaba pura inocencia—. No me estoy burlando de ti, Alyson. Ni ahora ni antes. Solo intento ayudar.

—Pues tienes una forma muy extraña de hacerlo —espetó ella, intentando mantener la calma—. Quiero hablar contigo sobre esa pequeña y encantadora actuación que hiciste delante de los hombres.

Le dio un bocado a la galleta y la miró pensativo.

—No fue una actuación, te juro que intentaba provocar algo de diversión.

—Lo que intentabas era suscitar algo de apoyo para ti, querrá decir. —La deliberada perplejidad en su mirada se volvió genuina.

—Alyson —sonrió—, me he perdido. Ayúdame un poco.

—Te lo diré muy claro —espetó ella—. Puedes dejar de intentar socavar mi autoridad o largarte ahora mismo. ¿Está claro?

—Como el agua.

Sin embargo, él siguió apretándola. Sus ojos adquirieron un brillo de picardía.

—He oído toda mi vida cómo las mujeres pueden cambiar de opinión igual de rápido como un caballo brea puede mudar a un novato —sorbía pensativo su café—, pero tú quieres ser diferente. Sin embargo, hubiera jurado que me rogaste de rodillas que aceptara este trabajo no hace mucho más de veinticuatro horas.

—Nunca te he suplicado nada de rodillas y nunca lo haré. —Sonaba dura y cortante.

Él se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Estuviste muy cerca, a mi parecer.

—Tu parecer y tu juicio no son los que dirigen este grupo, son míos. Así que deja de intentar hacerte amigo de mis peones, porque crees que así tendrás su apoyo si intentas hacer mi trabajo en vez del tuyo.

Levantó las cejas de la forma más exasperante y socarrona imaginable.

—Eso es lo que tú crees.

—Eres un hombre. Eso significa que piensas que siempre tienes razón y que siempre tienes que controlarlo todo. Nunca he conocido a uno que no lo hiciera.

Él volvió a alzar sus cejas oscuras.

—Debes de pensar que todos los hombres somos iguales.

—En muchos sentidos, en la mayoría, de hecho, lo sois. Y nunca estaré bajo las órdenes de ninguno, así que no intentes tomar ningún control.

Un destello de ira apareció en sus ojos. Bien. Ya era hora de que la tomara en serio. Pero él se mantuvo muy frío, y eso hizo que ella quisiera darle un bofetón.

—Alyson. —Sacudió la cabeza con fingida pena—. No sé cómo puedes confiarme tu vida y seguir sospechando tanto de mis intenciones.

—Todos los hombres quieren dirigirlo todo, pase lo que pase. —Tenía los dientes apretados—. Si mi padre me hubiese escuchado sobre sus inversiones, podría haber conservado su rancho y su vida.

—Eres una mujer inteligente —dijo Jack, sorprendiéndola—. Piensa. Si quieres ser algo más que la señorita bonita del Rancho Roca P en este viaje, tendrás que ser aceptada como la jefa, que es lo que intentabas decirles cuando se quitaban el sombrero ante la dama. Los vaqueros no siguen a los jefes que no saben lo que hacen, es así de simple, no importa el género. Un jefe demuestra su valía en el arreo, independientemente de si su era el anterior dueño o no.

Ella lo miró fijamente.

—Yo soy la dueña —gritó, furiosa—, no mi padre. Las salvé a ellas y a los caballos cuando él estaba hipotecando todo lo que tenía a la vista. Y sé lo que hago. Puedo averiguar por mí misma cómo dirigirlos.

—Bien por ti.

Atacó de nuevo a la comida, como si ya no hubiera nada más que decir.

Alyson respiró hondo para tranquilizarse. Si él podía mantenerse imperturbable, ella también. Si no lo hacía, siempre tendría ventaja sobre ella.

Dejó a un lado la comida y se quedó pensativa.

—¿Así que estás diciendo que no intentabas quitarme la autoridad, que solo estabas bromeando para convertirme en uno de los chicos? —Bebió un poco de café.

Él sonrió de forma dulce.

—Lo hiciste muy bien una vez que te diste cuenta. No le aseguré a tus hombres que sabes lo que haces, pero demostró que puedes mantener la cabeza alta y el temple intacto.

Ese comentario hizo que se encendiera de nuevo.

—Bueno, me alegro de que apruebes, al menos, una cosa de mí.

—Oh, apruebo muchas, muchas cosas de ti. —Volvió a mirarla con esos ojos color chocolate oscuro—. ¿Quieres que te las enumere?

Su mirada ardiente recorrió toda su persona.

El deseo se encendió en su interior e hizo que le cosquillearan los labios y que sus pechos se pusieran duros ante su pausada mirada.

—¡No! ¡No quiero!

—¿Por qué no?

Levantó su plato de su regazo y se puso de pie, irguiéndose en toda su altura y cuadrando los hombros.

—¡Porque los dos tenemos trabajo que hacer! ¿Quieres concentrarte en el tuyo? Dios sabe que ya tengo bastante de qué preocuparme contigo... y... los chicos...

Él también se levantó, así que ella se vio en la obligación de dar un paso atrás.

—Maldita sea, ¿quieres dejar de hacer eso? —Su tono era furioso, disgustado y peligroso. Lo mantuvo bajo, inclinándose sobre ella para que nadie más pudiera oírlo—.

Sus sospechas están puestas sobre el hombre equivocado. Será mejor que las pongas en Weasel y te des cuenta de que estoy de tu lado.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—En el pueblo, me crucé con tu viejo amigo, Terence Simmons, una o dos veces; quería verlo de cerca.

—Muy profesional por tu parte —dijo sarcástica.

—Soy un profesional. Escúcheme. Tu hombre, Weasel, ha estado hablando con Simmons. Los vi juntos dos veces. Son uña y carne.

Ella lo miró con el ceño fruncido, intentando pensar, intentando que aquello tuviera sentido.

—Simmons siempre está hablando con alguien. Es un charlatán. Habla con todo el mundo.
—Jack sacudió la cabeza.

—Esto fue más que eso. Se conocen bien y estaban tramando algo.

Su ira volvió, teñida de un miedo inquietante nacido de la seguridad que percibía en su tono.

—Mira, Jack, te estás imaginando cosas. Mis hombres son leales —porque son mi familia — y confiaría en cada uno de ellos con mi vida.

—No lo hagas. Vigila tu espalda.

—Ese es tu trabajo.

—Por muy agradable que fuera tener tu encantadora compañía cada minuto de cada día, habrá momentos en los que, por privacidad, estés fuera de mi vista. Vigila tu espalda.

—Tú vigila tu boca. Estos hombres han cabalgado juntos durante muchos años y no se tomarían bien que hablaras así de Weasel.

La miró con una expresión de lástima que le decía lo tonta e ingenua que era.

—Si no sabes que tengo más sentido común que eso, ¿por qué demonios me contrataste?

Giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas de ella. Tiró el plato y la taza a la cubeta para lavarlos y se dirigió hacia su caballo.

Alyson no podía moverse de allí por el frío que sentía en la sangre.

Jack había estado intentando evaluar a Weasel. No había estado intentando poner a los hombres de su parte para una mítica discusión futura entre ella y él. Había intentado protegerla, nada más. Aunque ella no creía que Weasel fuera desleal, sabía que Jack sí lo creía.

También sabía que él pensaba que ella no hacía las cosas bien con respecto a él, pues era cierto que, si tan mal pensaba de él, ¿por qué lo había contratado? Pero en el fondo sabía que podía confiar en él. Siempre lo había sabido. Estaba claro que se había dejado llevar por los nervios que el viaje le producía. Por eso había actuado así. Pero eso había hecho que él pensara que no era la persona adecuada para ser la jefa del arreo. Su mente se retorció de disgusto.

Pero ¿por qué iba a importarle lo que él pensara de ella? Lo había contratado para que la protegiera de Simmons y eso era todo, nada más.

Capítulo 4



Consiguieron agrupar el ganado, dirigirse hacia el sur y ponerse en marcha mucho antes de que el sol hubiera salido muy alto por encima del horizonte. Para cuando cruzaron el límite del Rancho Roca P e iniciaron oficialmente el camino hacia el pueblecito de Rocky Springs, Alyson empezó a sentirse mucho mejor acerca de todo. Especialmente hacia Jack.

Él no había hecho ni un comentario sarcástico mientras ella dirigía el trabajo, ni había pronunciado una sola observación personal cuando estaban solos. De hecho, había cabalgado en cada una de las cuatro direcciones para comprobar si había problemas poco después de que empezaran, y no había mostrado la más mínima emoción cuando estaba cerca de ella. Ni asombro por su locura, ni repugnancia por sus decisiones, ni ira, ni... deseo. Bueno, para ser sinceros, él nunca había mostrado realmente deseo; esa mirada en sus ojos cuando había dicho que había muchas cosas que aprobaba de ella había sido solo una mirada lasciva destinada a burlarse de ella y avergonzarla.

Se irguió más en la silla de montar y miró a su alrededor, como si alguien pudiera ver las imaginaciones que corrían por su cabeza. ¡Que Dios la ayudara!

Estaba bien, era estupendo que se comportara y ella esperaba y rezaba para que siguiera así todo el viaje. Desde luego, ella podía prescindir de los disgustos.

Empujó a Trueno al trote. Jack estaba haciendo muy bien su trabajo y ella estaba segura de que seguiría haciéndolo. Puesto que para eso lo había contratado, no debía perder más tiempo pensando en él. Tenía un camino que recorrer y un nuevo hogar que encontrar.

Al rato, apareció Jack Coulton cabalgando hacia ella tras explorar el siguiente giro del sendero, y el corazón se le salió del pecho. Fue simplemente la felicidad lo que lo provocó ese sentimiento, no el hecho de verlo a él. Estaba contenta porque las cosas iban bien. Esa tenía que ser la razón.

Y porque se sentía segura por primera vez desde que Simmons la había amenazado por primera vez. Jack había explorado los alrededores, pero nunca había ido lejos, nunca la había perdido de vista durante mucho rato.

Giró sobre su silla de montar para ver el rebaño que se extendía tras ella. Una vieja vaca, a la que su padre siempre había llamado Brindle por su piel rojiza y moteada, se había abierto paso hasta la parte delantera de los cientos de cabezas de ganado para trotar junto a un joven y larguirucho novillo que llevaba la delantera desde el primer día de la concentración.

La hicieron sonreír. ¡Qué pareja! Por cómo se movían, sabía que ellos serían los dos líderes principales durante todo el recorrido. , Bien. Dondequiera que sus hombres consiguieran hacerles ir, los demás los seguirían. Además, estaban marcando un buen ritmo sin que los jinetes los

apremiaran, lo que era perfecto para un rebaño que se movía por una carretera en lugar de por pastos y un grupo al que intentaban domar casi a contrarreloj.

Se volvió de nuevo hacia el sur, evitando deliberadamente mirar a Jack. Cookie, en la carreta, y el pequeño Billy, en la de los rufianes, rodaban a un lado, cogiendo un poco de velocidad delante del rebaño, para llegar antes del mediodía y tener la comida caliente lista cuando llegaran los hombres. Lo siguiente que tenían que hacer ella y Jack era cabalgar aún más rápido que los carromatos y elegir ese lugar en el que descansar.

—Mmrhr, grrhr —gruñó Jasper, trotando sereno junto a su caballo.

—Así es —apuntó ella, con los ojos fijos en Jack cuando este se acercaba—. Ahora tenemos que encontrar un buen lugar, que esté sombreado, junto a un arroyo para cenar. Uno en el que podamos montar un picnic.

Su felicidad aumentó. Un sentimiento mucho más fuerte que el que había sentido por la mañana la invadió por completo. Podía hacerlo. Con la ayuda que tenía, podría conducir el rebaño hasta una nueva pradera y empezar un rancho propio donde nadie, nunca, podría decirle que se marchara. Ese pensamiento hizo que su corazón palpitara.

Cabalgó a través de la cálida luz del sol para encontrarse con Jack.

—Supongo que tú y yo deberíamos adelantarnos para encontrar un buen lugar en el que descansar. Parece que siguen bien el rastro.

Miró hacia atrás a la manada, en su mayoría tranquila.

—No está mal para ser la primera mañana —señaló—, pero yo diría que es mejor que nos quedemos con ellos hasta después de Rocky Springs. Conozco este sendero hasta debajo de la línea del Territorio de Nuevo México, y el único camino es justo por la mitad de la calle principal.

—¡Me olvidé de Rocky Springs! —Se preguntó a ver si iba a ser cierto eso de que estaba perdiendo la cabeza—. Supongo que pensaba que ya estábamos a medio camino de Texas.

—Solo faltan unas cientos de millas —dijo él sexo, balanceando su caballo para poder cabalgar junto a ella, dirigiéndose de nuevo hacia el sur. El tono de su voz, grave y profundo, y la sonrisa burlona que le dedicó, la hicieron desear cabalgar más cerca suya. Lo bastante como para que sus piernas pudieran rozarse.

Se estaba volviendo loca. ¿Qué acababa de decidir sobre mantener las cosas en su sitio?

—Muchas gracias por recordármelo.

—Cuando quieras.

Jasper levantó la cabeza y añadió lo que sonó como una frase entera a la conversación.

—Así es —le dijo Alyson—. Pero primero vamos a pasar por Rocky Springs. Luego comeremos.

Jack se rió.

—No te olvidaste de Rocky Springs porque pensaras que estabas a medio camino de Texas. Fue porque estabas metida en una conversación con un perro.

Ella le sonrió.

—Jasper es mejor compañero que mucha gente. Por lo menos, está de acuerdo conmigo la mayor parte del tiempo.

Levantó la vista para encontrarse con la mirada oblicua de Jack.

—¿Qué? —espetó.

—Escúchate —le contestó—. Un buen compañero es alguien que está de acuerdo contigo.

Ella se encogió de hombros, sonriendo un poco por la burla.

—Así es. O alguien que pueda defender con argumentos el punto de vista opuesto.

Levantó las cejas.

—Bueno, entonces, podemos tener un viaje interesante de aquí a Texas.

—¿Quieres decir que no estás de acuerdo con todo lo que digo?

Ladeó la cabeza y la miró, luego asintió hacia los carromatos, que casi se perdían de vista delante de ellos.

—No. Solo sobre algunas cosas que has hecho, como arrastrar ese segundo carromato. Con uno habría sido suficiente.

—No, no lo habría sido. ¡Tenía que traer dos! Estoy trasladando un hogar entero a un lugar donde no hay tiendas y, aunque las hubiera, no tengo dinero y, si intentara meterlo todo en la carreta, ¡no tendríamos espacio para la comida!

Jasper, respondiendo a la actitud defensiva que había su tono, añadió su apoyo con un ladrido.

Jack lo miró con el ceño fruncido.

—Y no estoy muy seguro de traer a ese perro.

—¡Santo cielo, Jack, seguro que no esperabas que me fuera y lo abandonase! ¿Nunca has tenido una mascota?

A pesar de estar discutiendo, tenía muchas ganas de hacerle preguntas. ¿Cómo habría sido Jack de niño? ¿Dónde había crecido?

Ignoró la pregunta.

—Si le duelen las patas o se hace daño, tendrás que dejarlo. Es demasiado grande para llevarlo delante de tu montura.

—Hemos dejado un sitio en la parte trasera de la carreta con capota por si lo necesitamos para los terneros nuevos —dijo con frialdad—. Pondremos allí a Jasper si necesita montar.

—¿Y si ya hay un ternero en él?

Ella le frunció el ceño, su irritación aumentando rápidamente.

—¿Y si cae un rayo y nos quema a todos? La vida es incierta, Jack, por si no te has dado cuenta.

—Me he dado cuenta, oh, mujer sabia que tiene muchos años —dijo él—. Por cierto, ¿cuántos años tienes, Alyson?

La pregunta la sorprendió. ¿Es que él también quería saber cosas sobre ella? Esa idea era

extrañamente intrigante.

—Nunca le preguntes a una mujer su edad —dijo ella.

—Creía que teníamos que prescindir de los modales en este viaje.

Golpeó el cuerno de su montura con el puño. Pero su rápido ingenio también la hizo sonreír.

—¿No vas a parar nunca?

—¿Parar con qué?

—De echarme en cara mis propias palabras. No te sienta bien, Jack, si se supone que eres tan bueno adoptando el punto de vista contrario.

Eso lo hizo sonreír.

—Soy bueno en eso y lo demostraré. Te daré tres razones irrefutables por las que deberías vender esa carreta y su contenido en Rocky Springs.

—¿Venderlo?

Horrorizada, se giró en la silla de montar para enfrentarse a él. Sus ojos oscuros y divertidos captaron los de ella.

—Uno. Vendiéndola, sacarás algo de ella, en lugar de desperdiciarla, a ella y a su contenido, cuando tengas que dejarla junto al sendero en algún momento donde sea.

Levantó un dedo índice largo y moreno para llevar la cuenta.

—Dos, te da para otro hombre en el rebaño. O quita al que va conduciendo y ponlo con su hermano en la remuda. Es una remuda grande para que la rastree solo un niño.

—Ochenta caballos —dijo ella, murmurando furiosa cada sílaba.

—Tres, te ahorra tener que preocuparte de todos esos trastos cuando llegues a tu destino.
—Ella lo fulminó con la mirada.

—No hay nada extra. No hay nada que sea chatarra. El contenido de ese carromato es todo necesario. No puedo prescindir de nada de lo que hay.

Jack sacudió la cabeza.

—Baratijas y tonterías, apostaré dinero a que tengo razón.

—Apuesta tu dinero y perderás —comentó ella.

—Mejor apostemos un beso en vez de dinero.

Un estremecimiento de sorpresa se apoderó de su estómago y le dio un vuelco.

—¿Un beso?

Él le dirigió esa mirada imposiblemente inocente que había utilizado en el desayuno.

—Hace un minuto, dijiste que no tenías dinero —dijo, seguro—. Lo siento. Me olvidé de eso cuando sugerí una apuesta.

Él sonrió de esa forma tan exasperante que tuvo que obligarse a ignorar, además del deseo que le crepitó en su interior. Sin embargo, no podía dejar de pensar en un beso.

—Por supuesto —siguió diciendo él, encogiéndose de hombros para enfatizar—, si tienes miedo de perder...

—No perderé. No hay ni una baratija ni una tontería en esa carga.

Sus ojos miraron profundamente los de ella con la mayor de las satisfacciones, como si acabara de caer en una trampa fabricada por él.

—No hace falta que seas tan engreído —dijo ella—. Ya has perdido.

—No, querida, lo has hecho tú —bromeó él.

Le lanzó una mirada lo suficientemente ardiente como para derretirla en su silla de montar.

Luego, esbozó esa sonrisa torcida y diabólica suya. Eso, y sus peligrosos ojos oscuros, le dijeron que sabía exactamente lo que ella estaba sintiendo.

—No, a decir verdad —murmuró, seguro de sí mismo—. Creo que los dos acabamos de ganar.

Se dio la vuelta, miró al frente y siguió al trote, dejándola furiosa a su espalda.

Antes caía nieve en el infierno que ella darle un beso. ¡Era un arrogante!

Le dio un beso a Trueno para que acelerara el paso y se puso a la altura de Jack.

—Los carros están entrando en el corte. Tenemos que reducir el rebaño.

Alyson hizo girar a su caballo y recorrieron codo con codo los cuatrocientos metros de vuelta al frente de la manada. En un acuerdo tácito, cada uno se dirigió a uno de los jinetes que había al frente y cabalgaron junto a ellos para ayudar a dirigir al ganado hacia el sinuoso recoveco que había entre dos montañas. Justo antes de que los líderes entraran, Alyson le hizo una seña a Jack y cabalgaron hasta situarse delante de ellos.

—El sendero pasa justo por el medio del pueblo. —Se dirigió hacia los dos peones—. No queremos daños.

Cabe levantó una mano en alto para mostrar que la había entendido, sí que ella se colocó junto a Jack en el estrecho recoveco con la manada acercarse por detrás. Los caballos mantenían un trote más rápido mientras que el ganado avanzaba más despacio.

El recoveco tenía alrededor de media milla de largo, con la montaña a cada lado asomándose cincuenta pies o más sobre sus cabezas. Alcanzaron el extremo sur y salieron de él a un valle solo ligeramente más ancho rodeado aún de montañas. Pasaron junto a una o dos granjas con los jefes de los rebaños a tiro de piedra y entraron en el pueblo. Estaba compuesto por solo una docena de edificios, si acaso, pero el triple de gente empezó a salir de ellos para ver pasar a la manada.

—Nunca había visto un rebaño arrastrado por una mujer —gritó la voz de un hombre.

—Aún no los ha llevado a ninguna parte —respondió alguien, riendo—. Solo los ha traído desde el Rancho Roca P.

Molesta, Alyson miró a Jack.

—¿Cómo saben quién soy? —gritó por encima del ruido de los cascos que se acercaban.

—Reconocen tu marca, supongo.

—Somos de la marca *Slash A*. No parecen ser compañeros rancheros que sabrían dónde está... o estaba la tierra del Rancho Roca P.

Jack abrió la boca para responder. Luego, como si hubiera visto algo por el rabillo del ojo, se volvió de forma brusca. Alyson también miró.

Tres hombres, a lomos de una mula, salían de detrás de un edificio, el primero de ellos bloqueando ya la carretera. Dos más aparecieron desde el lado opuesto de la calle. Todos llevaban escopetas. En las manos, no en las botas de montar. Parecían pobres y malos como serpientes.

—¡Señorita! —gritó el del medio—. ¡Eh, señorita Pearson! ¡Alto ahí!

Un miedo repentino y agudo la recorrió. ¿El ganado había dañado algo? No. Si así fuera, estos hombres no podían saberlo, ya que iban delante de todo el rebaño. ¿Quiénes eran?

Se volvió y levantó la mano como señal para sus hombros de que parasen, pero estos habían visto a los hombres y ya estaban frenando al rebaño. Preocupada, se paró en los estribos para intentar ver si los hombres habían logrado salir del recoveco, si el ganado parecía dispuesto a quedarse en el camino o a dispersarse. Ella y Jack estaban casi sobre ellos. Gracias a Dios que había contratado a Jack.

Trueno respondió a la presión de su pierna y la acercó más a él.

—No los conozco —murmuró ella en voz baja—. ¿De qué me conocen?

Él no contestó. No parecía ni oírla, estaba observando a los hombres con mucha atención. Sin embargo, no parecía preocupado.

—¿Qué te crees —gritó el hombre que la había llamado antes—, viniendo por este valle con todo ese ganado? ¿Cree que nosotros no tenemos el suficiente sentido común como para quedarnos aquí sin hacer nada mientras tú reúnes a nuestro ganado a tu paso? Eres una ladrona de vacas, ¿verdad?

Por un instante, Alyson no pudo procesar las duras palabras. Entonces, entendió lo que estaban diciendo y sintió arde. El único insulto peor a «ladrona de vacas» era que la llamaran «ladrona de caballos».

—¡No estoy robando ganado! Lo único que hago es llevar el mío por un camino público.

—Eso habrá que verlo —murmuró su canoso acusador, acercando su caballo a un palmo de distancia de Trueno. Podía mirar fijamente a Alyson a la cara.

—Por aquí colgamos a los ladrones de vacas —gritó uno de los hombres que cabalgaban con él.

El que parecía el líder del grupo, se irguió sobre sus raídos estribos de madera y miró a su alrededor.

—Amigos, escuchad —vociferó—. Esta mujer cree que Rocky Springs está lleno de novatos. Está tratando de robarnos nuestro ganado y sumarlo al suyo. O, a lo mejor, ya lo ha hecho.

Asombrada, Alyson se lo quedó mirando durante unos segundos hasta que se volvió hacia Jack mientras un murmullo de excitación comenzaba a tomar la calle. Jack mantenía sus ojos marrones clavados en los asaltantes.

Se le helaron las palmas de las manos. ¿Esto iba a convertirse en un tiroteo? No podía enfrentarse a cinco escopetas con su pistola de seis cañones. No con el loco que le gritaba sosteniendo la boca de su cañón directamente sobre el pecho de Jack.

Esperó a que Jack dijera algo que le diera alguna pista de lo que tenía que hacer, pero estaba inmóvil y con expresión indescifrable. ¿Por qué no hacía algo o decía algo? ¿Esta era la razón por la que lo había contratado!

Pero lo único que hizo fue gesto casi imperceptible dirigido a ella, como si esperase a que hiciera algo.

—No sé de qué me estás hablando —dijo ella en voz alta, irguiéndose en toda su altura y sin apartar la mirada del hombre.

—Te equivocas de camino —la acusó el hombre en un tono déspota.

Estaban aquí para cobrar un peaje. Nunca había oído hablar de semejantes problemas tan cerca del pueblo, pero era cierto que apenas había estado fuera de casa durante el invierno. Hasta ahora.

—Fred.... —comenzó a decir uno de sus secuaces.

—Cállate, Nick —lo cortó otro—. Fred está con negociaciones.

Cinco pares de ojos brillantes estaban fijos en su rostro, pero los de Fred estaban fijos en Jack. Ladeó su canosa cabeza y entrecerró la mirada. La pasó de Jack a Alyson.

—No puedes depender de ese pelo rizado y esos grandes ojos azules para mover al ganado por aquí. —Volvió de nuevo a Jack—. Ni de tu pistolero, el señor Jack Coulton.

Una mano fría le agarró el estómago y apretó. ¿Cómo conocía a Jack? ¿Quizá de vista? ¿O se había corrido la voz de quiénes eran?

Jack observaba a los hombres como si fueran un contingente de serpientes de cascabel, pero no iba a abrir la boca, ella lo sabía. La ira le bullía en la sangre, tanto con él como con el cuatrero de hombres que tenía frente a ella.

—¡Tú eres el ladrón de vacas, cobrando peaje! —le espetó a Fred a la cara. Él se rió de ella. Sus hombres lo acompañaron.

—Me faltan tres novillas de un año y un par de novillos negros emparejados —dijo Fred—. Los tienes tú.

La furia y el miedo corrieron por sus venas, luchando por hacerse con el control de sus sentimientos, haciendo que sus manos temblaran sobre las riendas del caballo. Lo deseaba, eso lo sabía, pero no se permitiría dirigirse a Jack de nuevo. Tenía que vigilar esas escopetas y, además, ¿no había exigido ser la jefa del arreo?

Y no tenía más ayuda. La mayoría de sus hombres ni siquiera podían verla, no tenían forma de saber cuál era el atraco.

Intentó pensar. Solo Dios sabía cuántas cabezas exigirían como peaje. Pero, aunque Jack se hiciese cargo, tampoco podía hacer nada, y ella lo sabía. Eran dos contra cinco, aunque los punteros podrían vengarse una vez que cayeran. No harían falta muchos cartuchos de escopeta para que esos idiotas los mataran a todos y se quedaran con la manada entera.

Jasper empezó a gruñir desde lo más profundo de su garganta, y Fred le clavó los ojos sin

apartar la mano de su arma. El tipo llamado Nick apuntó a Jasper con su pistola.

Detrás de ella, demás hombres se acercaban a los caballos que bloqueaban la calle, intentando retener a los líderes de la manada sin dejar que el ganado retrocediera al ver que aquí no había pasto. Los berridos eran cada vez más fuertes y los que estaban atrapados en el recoveco intentaban dar la vuelta o seguir adelante. Las otras, que estaban detrás de ellas, intentaban dispersarse. Ya era suficiente.

—No quiero tu ganado —no sabía cómo, pero su voz sonaba firme—, que es más de lo que tú puedes asegurar. Has cometido un error. No voy a pagar peaje. Ahora, apártate de mi camino.

El hombre más alto se inclinó hacia delante y escupió en el suelo los restos . Tras asegurarse de que tenía la atención de todos, comenzó a hablar de nuevo.

—Me faltan tres novillas de un año y un par de novillos negros emparejados —repitió—. No pienso dártelos.

Algunos transeúntes comenzaron a murmurar. Jack seguía silencioso como una tumba.

—No tengo tu ganado. Apártate de mi camino.

—Sí que lo tienes. Mis amigos y yo clasificaremos tu rebaño nosotros mismos, si no lo haces tú.

Eso era todo lo que necesitaba. Iba a conseguir que les dejaran seguir su camino aunque tuviera que pasar por encima del querido Fred y su grupo.

—Muy bien —dijo con firmeza—. Veremos quién tiene razón. Pongámonos de nuevo en marcha, cabalgaremos juntos y buscaremos su ganado. Se dio la vuelta con altanería y espoleó a Trueno. Tenía la piel de gallina. Como si estuviera esperando, en cualquier momento, el sonido de una escopeta o de una pistola procedente de Jack, pero no se escuchó nada.

Alyson cabalgó hasta el borde de la carretera, mientras hacía señales a sus hombres para que el ganado volviera a caminar. Por un instante, pensó que Fred y sus amigos se quedarían atrás para disparar a Jack, si no es que la disparaban a ella, pero al final vio por el rabillo del ojo cómo se movían sus caballos.

—¡Nick! ¡Matt! Vosotros dos, buscad mi ganado entre el rebaño de ese lado de la carretera —gritó Fred, lo bastante alto como para que lo oyese toda la calle—. El resto venid conmigo y vigilad a Coulton y a la ladrona.

Se dirigieron hacia ella. Jack iba delante de Fred, quién lo apuntaba con una pistola. Los otros los apuntaban tanto a él como a ella.

Pasaron solo unos segundos cuando sintió el aliento de Fred sobre ella.

—Repítame otra vez eso de que no me has robado ganado.

—¿Ves tu marca en ese ganado de ahí?

Un shock paralizante la recorrió: Él asentía con la cabeza y sus amigos señalaban desde ambos lados de la calle.

Detuvo al caballo para ver mejor. Efectivamente, las reses que él había descrito estaban amontonadas en el borde del rebaño, trotando junto a las suyas, siguiendo a la vaca líder.

Sus rodillas cedieron y se dejó caer de nuevo en la silla de montar. Ahora todo el pueblo la

perseguiría por ser una ladrona de vacas.

Ignoró a Fred y miró a Jack.

—¿Cómo puede ser? —le llamó por encima de los ruidos del ganado y las voces de los hombres que los apremiaban—. ¿Cómo se han podido mezclar con nuestras vacas? —Se encogió de hombros—. Deben de haber tenido ayuda.

Fred se rio.

—Será eso. —Volvió a escupir en el suelo.

Miró a Alyson con un brillo triunfal en los ojos. Luego, volvió hacia sus hombres.

—¡Quitadlas de ahí, chicos! —gritó—. ¡Son mías y ella no se las va a llevar!

Alyson se sintió aliviada al ver que Luke se movía con agilidad para separar el la manada de Fred de la suya. Podía hacerlo sin dispersar a ninguna otra vaca.

—¡Es una ladrona de ganado, ya lo había dicho, y no se sabe qué más cosas puede robar! —gritó Fred—. Si no está tramando algo turbio, ¿cómo es que ha contratado a un tirador para que la acompañe? ¡Este hombre al que mis muchachos están apuntando nono es otro que Jack Coulton!

De entre la gente del pueblo surgieron murmullos a la vez que estiraban el cuello para ver mejor. Fred agitó un brazo en el aire para que se acercaran.

—Así es como una cosita bonita con enaguas atrapa a un rebaño —gritó, mirando a su alrededor, a una cara y luego a otra—. Se cree que puede aumentar su ganado de camino a Texas y que, si la atrapan, nadie tendrá estómago para colgar a una mujer.

¡Colgar! La palabra resonó en sus oídos. ¿Ahora la amenazaba con ahorcarla si no le daba parte de su ganado? ¿La estaba chantajeando?

—Esto no es más que un complot para hacerme quedar mal —dijo en voz alta a los distintos rostros que la miraban—. Yo no he robado su ganado. Él mismo las puso ahí.

Nadie respondió, nadie expresó una opinión en un sentido o en otro. Ese silencio la puso nerviosa.

—¡Yo digo que retengamos este rebaño y colguemos a esta pequeña zorra! —gritó Fred.

Su escopeta, que seguía apuntando a Jack, la ponía cada vez más nerviosa. Alyson se sentía mareada mientras Fred calentaba su discurso; incluso podría dispararla sin proponérselo.

Los ojos curiosos de la gente del pueblo la miraban con fijeza y su cara empezó a arder a pesar del frío que se colaba por sus entrañas. Sintió una terrible necesidad de acercar su caballo al de Jack, pero se quedó congelada en el sitio. ¿Por qué no hacía algo? ¿Pero qué podía hacer sin que le disparasen?

El ganado seguía moviéndose, cada vez más deprisa, empujado a los que se habían quedado atrapados en el hueco de la montaña. Los jinetes también los apremiaban, ansiosos por sacarles del pueblo.

El pánico la amenazaba, y el corazón le latía cada vez más fuerte mientras sentía que los brazos le hormigueaban. ¿Estaba Fred dejando marchar a todo el rebaño? ¿No quería varias cabezas de peaje, después de todo? ¿El propósito de todo esto no era más que encarcelar o

ahorcarla a ella o a Jack?

—¿Qué pensáis? —gritó Fred—. Creo que deberíamos ahorrarle a la gente del camino algo de ganado y algunos problemas y sacar a estos dos de la ecuación.

Sus compañeros gritaron que estaban de acuerdo, y Alyson pensó que algunos de los habitantes del pueblo gritaban lo mismo. Buscó entre sus rostros, tratando de leerlos.

—Es rica —vociferó Fred—. ¡Y quiere robar a los pobres! Yo digo que...

Su voz áspera se apagó de pronto, luego se oyó un disparo, seguido al instante por el estruendo estremecedor del disparo de una escopeta.

Trueno encabritó, pero Alyson consiguió controlarlo lo suficiente para dar vueltas sobre él mientras buscaba a Jack. Lo encontró junto a Fred, forcejeando con él para arrebatarse la escopeta. Jack le dio una patada a la silla de montar, mandando a Fred al suelo y ganando así el forcejeo. Le miró el otro brazo y suspiró con alivio cuando vio que empuñaba el arma y que disparaba al hombre que Fred tenía detrás. No estaba herido.

—¡Alyson! —gritó.

Estaba girando su caballo hacia ella mientras la llamaba, usando solo las piernas porque tenía un arma en cada mano; apuntando con la escopeta a Fred y con la pistola al otro tipo. Por primera vez, vislumbró al hombre de Fred que la había estado apuntando con el arma: seguía detrás de ella, pero ya no empuñaba ninguna pistola, pues estaba desplomado en su silla sujetándose el brazo y con una mueca de dolor en el rostro.

Jack había disparado contra el esbirro de Fred mientras cogía las riendas de su caballo, todo sin dejar de moverse. Trueno se lanzó hacia él y, rodeados por una nube polvorienta y el ganado a un lado, y una empinada barrida de pinos al otro, se inclinó sobre el cuello de su caballo y cabalgó.

Capítulo 5



Siguieron subiendo por la ladera de una colina pedregosa y salpicada de árboles. Cuando llegaron a la cobertura de los árboles más espesos, aminoraron la marcha a un trote largo que se deslizaba por la ladera, siempre en dirección sur, alejándose de Rocky Springs. Alyson recuperó entonces las riendas, pero el terreno aún les mantenía cabalgando en fila india.

Estaba contenta por dejar que Jack los guiara, por si había más hostiles montados en caballos por los alrededores, pero quería hablar con él. Estaba aliviada y sentía una enorme gratitud y emoción, a la vez que frustración, por no contar con todas las preguntas y teorías que tenía sobre Fred y sus hombres. Pero Jack le había hecho una señal de silencio cuando le devolvió las riendas, así que ella había guardado silencio mientras cabalgaban. Solo se había roto cuando él murmuró:

—Estad atentos por si se escuchan pasos. —Luego, tras una pausa larga, dijo—. No oigo nada. Creo que Fred debe de estar teniendo problemas para organizar una partida.

Otra milla, y finalmente hizo un alto.

—Para y respira hondo. Estás blanca como la leche.

—¡No lo estoy! Ya ni siquiera tengo miedo.

Soltó un largo suspiro y desenrolló sus dedos rígidos de la melena de Trueno.

Él la observó.

—Si ya no tienes miedo, ¿por qué sigues arrancándole las crines a tu pobre caballo? —sonrió un poco.

Alyson volvió a coger aire, esta vez con una bocanada un poco más grande, a ver si así su corazón se calmaba.

—Gracias a Dios, aún le queda un poco de pelo —dijo, acariciándole la cabeza—. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

Miró a Jack, bloqueada. No se acordaba de ninguna de las preguntas que quería hacerle. Él le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Tienes derecho a estar un poco nerviosa. Fred y su gente tenían todas las papeletas para sacarte de tus casilla.

Ella asintió.

—Hasta el punto de que estaba pensando en intentar cabalgar justo sobre ellos, o a través de ellos, mientras gritaba como una loca —dijo, con una risa temblorosa—, y al diablo las escopetas.

—Me alegro de que decidieras no seguir ese curso de acción —murmuró él, mostrándole esa sonrisa que siempre la hacía incapaz de apartar los ojos de su boca—. Podría haberme colocado en una situación un tanto problemática.

Ambos rieron, y ella se sintió mejor.

—Te encargaste de toda la situación de forma admirable. Es probable que nos hayas salvado la vida.

Él se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Podría ser que, al final, Fred no hubiera iniciado ningún linchamiento.

—Algo nos habría hecho. Habría insistido en que el agente de la ley nos encarcelara por haber robado sus vacas, y lo sabes.

Jack asintió de forma brusca.

—Supongo que tienes razón.

Jack parecía tranquilo e imperturbable, como si estuvieran dando un paseo. Se dirigían hacia el sur, esta vez uno al lado del otro.

—De todos modos, Jack, gracias por sacarnos de esta.

—Para eso me contrataste.

—Hablando de eso, ¿por qué has tardado tanto en actuar? Llegué a pensar que no harías nada, dejando que se me tirasen encima.

—¿En serio? —Border Crossing, su caballo, se paró en seco—. Por situaciones como esta, el jefe del arreo cobra un poco más. —Alyson frunció el ceño. Trueno también se detuvo.

—Pero el guardaespaldas empieza a ganarse su sueldo cuando hay escopetas apuntando al jefe del arreo.

—No me contrataste para llevar las negociaciones por ti. Eres muy capaz de hacer eso tú solita.

—¡Bueno, muchas gracias!

—No te alteres. Solo juzgamos mal sus intenciones tomándolos por unos simples maleantes, eso es todo.

Alyson se llevó las manos a la cadera.

—Bueno, aun así, ¿no pensabas hacer nada para salvar mi ganado?

Él volvió a esbozar esa sonrisa.

—Estoy cuidando de tu cuerpo, no del de tus vacas. —Besó a Border y enfiló de nuevo hacia el sur—. Y debo admitir que prefiero vigilar el tuyo que el de ellas.

—No intentes cambiar de tema —dijo ella, y apartó la mirada de su sensual boca para mirarlo a los ojos—. Quería que le hubieses dicho a Fred que debían dejar en paz mi ganado o les dispararías a todos.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. Se rió de verdad.

—No me pagas lo suficiente por ese tipo de acciones, señorita Alyson. Y, aunque así fuera,

no soy tan rápido.

—Estoy segura de que sí que lo eres. Solo estabas esperando a ver qué hacía y decía yo.

Eso lo hizo reír aún más.

—Mi curiosidad no es tan extrema. Aunque, tengo que admitir que tú me despiertas un poco de curiosidad.

Sintió que se le calentaban las mejillas. .

—Bueno, tú despiertas mucho la mía —soltó, antes de pensar—. Quiero decir que lo hiciste... allí en la carretera... mientras me preguntaba si sabrías qué debíamos hacer.

—Me he visto en situaciones peores. —Compuso una mueca de disgusto y su rostro se volvió sombrío—. Vamos a tener que separarnos. Necesito explorar tanto el frente como la retaguardia. No puedo arriesgarme a otra emboscada.

Un miedo nuevo, inquietante, le heló la sangre. Era demasiado aterrador no tenerlo cabalgando a su lado; no quería ni pensarlo. ¿Qué le habría pasado si él no hubiera estado allí para acudir en su rescate?

—No —sonó firme—. Quédate conmigo. No puedes estar en todas partes y verlo todo.

Él parecía que no la escuchaba.

—Mi instinto debería haberme advertido —hablaba más para sí mismo que con ella—. Debo de estar perdiendo facultades.

Hablaba en un tono tranquilo y despreocupado, pero contenía un borde de dureza que le decía que no tenía intención de dejar que algo así volviera a suceder. Seguro que saldría a explorar todo el tiempo y la dejaría sola.

—Eres humano. —Sonó más brusca de lo que pretendía—. No podías saber que nos estaban esperando. No puedes verlo todo en kilómetros a la redonda.

Su voz sonaba como la de una extraña, incluso temblaba un poco. Por fin la miró, de una forma pesada y escrutadora. De repente, sintió que tenía ganas de llorar, tanto por el alivio de haber escapado como de frustración porque él no quisiera estar todo el rato con ella.

—Oh, vamos —dijo él—. Te estás poniendo demasiado sentimental. No veo que ninguno de los dos tengamos algún rasguño, ¿y tú?

Se forzó a sonreír.

—Eres igual que el resto de los hombres: no soportas ver llorar a una mujer.

Arqueó las cejas en su dirección.

—¿Que todos los hombres? —preguntó en un tono burlón que estaba destinado a distraerla.

Ella lo ignoró.

—Bueno, no tienes de qué preocuparte. —Dio gracias por sonar más serena—. No voy a llorar. No voy a preocuparme por lo que pueda haber más adelante. Voy a centrarme en ser feliz porque nos sacaste de una situación peligrosa.

—Yo también —coincidió él—. No me malinterpretes, estoy muy contento por no estar

colgado de un árbol ahora mismo.

Ella le devolvió la sonrisa y se relajó por primera vez desde que había visto a Fred sobre su caballo.

—Bueno, fuiste tú quien nos salvó, aunque te tomaste tu tiempo para hacerlo. Todo lo que se me ocurrió hacer a mí fue tratar de convencer a la buena gente de Rocky Springs para que no nos colgaran.

Levantó las cejas y sus ojos centellearon de alegría.

—¿Ves? ¿Qué te dije sobre el poder de que tienes para las palabras? Ahora desearía haber aguantado unos minutos más para seguir escuchándote. Lo más probable es que los hubieras convencido de colgar a Fred en su lugar.

—solo porque te convencí de venir a esta agradable excursión conmigo y mis vacas.

A ella le complació que eso lo hiciera reír. Luego, le dirigió una mirada larga y seria, como si estuviera evaluándola de nuevo desde una nueva perspectiva.

—Los dos lo conseguimos —dijo Jack—. Yo no habría tenido mi oportunidad con el viejo Fred si tú no hubieras cabalgado a un lado de la carretera y dividido al ganado en dos.

Ella lo miró sorprendida.

—Nunca lo había pensado así.

—Pues deberías.

—Fue el propio Fred quién lo hizo por nosotros. —Intentaba mostrarse tan despreocupada como él al aceptar los elogios—. Envío a los demás al lado opuesto de la calle.

—Tú lo hiciste posible —dijo él complacido.

La calidez que había en su elogio empezó a derretir el nudo frío que persistía en su estómago. Quizá no había estado tan indefensa, después de todo. Aunque su huida a caballo había sido más por desesperación que por astucia o valor.

—El bueno de Fred —dijo Jack, animando a su caballo a trotar de nuevo.

Por acuerdo tácito, empezaron a bajar por la montaña hacia el fondo del valle y la manada.

—Simmons lo contrató, ¿no crees?

Jack le lanzó una rápida mirada de aprobación.

—Sí, me alegro de que te hayas dado cuenta. Probablemente, Simmons le haya pagado lo mismo por matarnos, pero supongo que preferiría montar primero un numerito.

—No sé. Si nos hubieran ahorcado, la responsabilidad se habría extendido a todo el pueblo. Y eso se asemeja más a la forma de ser de Simmons. Es un ciudadano honrado, ya sabes, al que no le gusta asumir la responsabilidad de sus crímenes.

Jack asintió.

—Al menos, ahora sabemos que Simmons va en serio.

—Yo lo he sabido todo el tiempo. ¿No me creíais? —preguntó indignada.

—Acepté el trabajo, ¿no?

Eso la silenció mientras bajaban para tomar de nuevo el sendero. ¿Quería decir que había firmado para protegerla de Simmons y no por el dinero? ¿No para salir de la ciudad y evitar que mataran a Tim Young? ¿Para volver a su estado natal de Texas?

No. Era una tontería permitirse siquiera pensar algo así.

Era una tontería estar pensando tanto en Jack Coulton, aunque acabara de convertirse en su héroe. Debía concentrarse en sus asuntos y mantener su cabeza ahí.

—¿A qué distancia crees que está ya la manada?

—Estamos por delante de ellos. Cubrimos algo de terreno allá atrás.

—Nuestros caballos lo cubrieron, querrás decir. —Ella se inclinó hacia delante y rodeó el cuello de Trueno con los brazos—. Lo hiciste muy bien. Buen chico.

Jack carraspeó de forma sonora. Ella se volvió y vio picardía en sus ojos.

—¿Qué?

—Creo que yo también merezco un abrazo. Fui yo quien quién espoleó a Trueno para que pudiera sacarte de allí.

—Jack Coulton, eres imposible —dijo ella con ligereza, entrando en su juego y contenta de poder dejar de pensar en el futuro—. Primero, intentando apostar para obtener un beso, ahora pidiendo, de forma descarada, un abrazo...

—No hay nada deshonesto es esa apuesta —dijo él, sosteniéndole la mirada—. Es solo un trato.

Su corazón empezó a latir de repente más rápido. ¿Por qué hablaba de besarlo? Más bien, de que él la besara ella. Porque ella no tenía ninguna intención de devolverle el beso si algo tan improbable ocurría. Ya la habían besado antes, varias veces y, desde luego, no era nada por lo que ponerse así.

—Eres imposible —espetó.

—Eso es lo que me dicen todos.

—¿Quiénes son todos? —Estaba deseosa por saber algo sobre su pasado, algo que pudiera ayudarla a entender por qué había aceptado el trabajo. Pero él cambió de tema.

—Sin embargo, tienes más agallas que la mayoría, Alyson, eso tienes que saberlo. Hizo falta mucho valor para darle la espalda a esas escopetas de la forma en la que tú lo hiciste.

Eso la alegró, pero se contuvo de que se le notara.

—No, fue pura frustración —dijo en su lugar—. Preocupación por la manada. No podía soportar la idea de quedarme ahí sentada, sin hacer nada, mientras el ganado se dispersaba o se perdiera.

—Hablas como un verdadero jefe de arreo —dijo él, mientras trotaban fuera de la ladera hacia el terreno más llano del estrecho valle—. Vamos a ver cómo está tu ganado.

—Sin dejar de vigilar al viejo Fred.

—Así es. Aunque dudo mucho que venga ahora por nosotros si no lo ha hecho ya. Al menos, no hasta que reciba nuevas órdenes.

—Quizá huya y se esconda en las montañas como un fracasado. Terence Simmons tiene fama de ser un jefe bastante duro.

—Tal vez. Pero si no es Fred, prepárate para que otro lo intente más adelante.

—Gracias por recordármelo —dijo de forma seca.

—Para eso estoy aquí.

—No, para lo que estás aquí es para que estés preparado —dijo ella, y volvió a dar las gracias en silencio porque él hubiera aceptado su oferta de trabajo por el motivo que fuera.

Aceleraron el paso y no hablaron más. Alyson se alegró, porque el alivio que había sentido por haber escapado y el placer que había experimentado su cuerpo por culpa de los elogios de Jack iban disminuyendo por culpa de esos sentimientos que florecían y a los que no les podía poner nombre.

O tal vez solo seguía asustada. Aquella oleada de miedo descarnado cuando aquellos hombres desaliñados se habían materializado en medio de la carretera, con tres escopetas en ristre, la acompañaría durante mucho, mucho tiempo.

Se reunieron con la manada a menos de una milla, avanzando un poco más rápido que antes de pasar por Rocky Springs, con sus hombres cabalgando de un lado a otro entre sus propias posiciones y el arrastre para ayudar a vigilar a los atacantes por la retaguardia. Los carros habían avanzado sin saber nada de lo ocurrido.

—No nos detendremos hasta mediodía —le dijo Alyson a Cabe, a quien había elegido como su segundo—. Dile a los hombres que Jack y yo volveremos al cabo de un rato con comida fría del carromato para que aguanten hasta que oscurezca. Quiero que se acuesten lo más lejos posible de Rocky Springs.

—Entendido —dijo Cabe—. Es probable que esos hombres nos sigan e intenten provocarnos una estampida como regalo de despedida.

—Elegiré un lugar donde será difícil que la manda se disperse —prometió, y, tras hacerles señas a los hombres que estaban más atrás, hizo girar su caballo para dirigirse hacia el sur.

¿Y si no había tal punto? ¿Y si Simmons había organizado una estampida la primera noche en el sendero? ¿Y si ella no sabía qué hacer al respecto, qué órdenes dar? ¿Y si se había quedado paralizada por el miedo y no podía salir de él?

«Querido Dios, por favor, ayúdame a aprender a ser la jefa del arreo. Jack y los demás podían ocuparse del resto».

Cookie estaba sufriendo uno de sus famosos arrebatos cuando llegaron a los carromatos. Había conducido tan lejos como para poder elegir su propio lugar de descanso y hacer que Billy encendiera un fuego. Se abalanzó sobre Alyson en el momento en el que rodeó el carromato y la vio a ella y a Jack subiendo por la montaña.

—¿Dónde demonios has estado, señorita?

—Siento que ya hayas hecho que Billy encendiera un fuego, Cookie, porque vamos a tener que seguir moviéndonos durante todo el día. Quiero estar tan lejos de Rocky Springs como podamos antes de que oscurezca.

La fulminó con la mirada.

—¿Ha pasado algo en el pueblo?

—Sus habitantes —contestó—. Quieren colgarnos a Jack y a mí.

—No estoy de humor para cuentos chinos. Tengo que preparar la cena y ya empiezo tarde...

—Te está diciendo la verdad —dijo Jack, bajando de su caballo—. Tuve que disparar a dos hombres y darle una patada a otro en los dientes.

La expresión que apareció en el rostro de Cookie al asimilar la noticia los hizo reír a ambos.

Alyson ordenó una comida fría para los hombres, y ella y Billy subieron al carro para empaquetarla en sacos de harina mientras Jack le contaba a Cookie toda la historia. Oyó al cocinero gritar furioso el nombre de Simmons antes de que Jack hubiera llegado a la mitad de la narración. La historia terminó cuando ella terminó su tarea.

—¡Gracias por sacarla de allí sana y salva! —gritó Cookie mientras bajaba por encima de la rueda. —Agarró la mano de Jack y empezó a estrechársela—. Me hubiera gustado estar allí para proteger a esa chica, pero lo has hecho tan bien como hubiera podido hacerlo yo, Coulton.

—Gracias, Cookie —cabeceó Jack—. Ella me ayudó, lo preparó todo para que yo pudiera darles la patada. No creo que tengamos que preocuparnos demasiado por la señorita Alyson.

—Oh, sí que tienes que hacerlo. Sin ti, Alyson seguiría en Rocky Springs enfrentándose a un futuro incierto, por no decir otra cosa.

Una sensación de alivio la invadió de nuevo. Si Jack no hubiera sido tan rápido con su arma —y su pierna—, no sabía lo que podría haber pasado.

Él cogió la mitad de los sacos de comida y ella cogió el otro para volver junto al rebaño. Billy y Cookie empezaron a levantar el campamento incluso antes de que ella y Jack los hubieran dejado.

—Vamos a dar de comer a todo el mundo y luego salgamos a buscar un lugar para descansar esta noche —masculló Alyson—. Quiero contar con un río o una montaña a nuestras espaldas. A ver si podemos encontrar alguno.

—Y así podremos darle la bienvenida a cualquiera que Simmons envíe a visitarnos sin necesidad de galopar como locos.

Se dio cuenta por primera vez de que los llevaba a un galope rápido, así que frenó a Trueno y trató de relajarse un poco. Sin embargo, su mirada seguía barriando el horizonte por delante, buscando el polvo de la manada.

Cuando lo vieron y se acercaron, Cabe cabalgó hacia delante para reunirse con ellos y cogió la comida para repartirla, entonces Alyson y Jack partieron hacia el sur a un trote más rápido. La mayor parte del tiempo cabalgaron en silencio, porque, de repente, él parecía tan remotamente distante como el día que se habían conocido. Y ella estaba demasiado agotada para hablar. Lo sucedido durante el día se estaba apoderando de ella, y lo único que quería era bajarse del caballo y dejarse caer en la espesa hierba bajo sus pies y mirar al cielo. No quería volver a pensar en Terence Simmons.

Sin embargo, su mente era un hervidero de curvas que nunca se detendrían, y sus nervios y

emociones se agitaban sin control. Resistió el impulso de seguir mirando por encima del hombro. Jack la vigilaba en silencio, aunque parecía perdido en sus pensamientos. Jack estaba con ella, así que todo iba bien.

Pero odiaba depender de él.

Finalmente, cuando habían recorrido lo que ella juzgó que era la mayor cantidad de millas que el rebaño podría recorrer antes del anochecer, empezó a otear el horizonte en busca de los mejores lugares en los que poder descansar. Estaban saliendo a un valle más abierto, y delante, un poco al oeste del sendero, había una línea curva de árboles.

—Vamos a ver si eso de ahí es un río —propuso ella.

Él asintió y se dirigieron en esa dirección. Cuando atravesaron los árboles y salieron a la orilla de un arroyo ancho y serpenteante, pudieron ver el fondo rocoso a través del agua.

—Bueno, al menos nuestro primer cruce del río no requerirá que nademos —dijo ella, riendo un poco—. ¿Crees que es demasiado poco profundo para contenerlos si alguien intenta una estampida esta noche?

—Servirá. Intentarían salir al valle antes de lanzarse al agua.

—La orilla es bastante alta. Río abajo, allí.

Cabalgaron arriba y abajo por la orilla norte durante media milla en cada dirección, pero el recodo que Alyson había señalado parecía ser el mejor lugar, así que lo eligió para el campamento nocturno.

—¿Crees que este es un buen lugar para descansar? —le preguntó.

Era la tercera vez que los llevaba a ese lugar.

—Sí —contestó Jack—, pero tú eres el jefe del arreo y yo soy el guardaespaldas, ¿recuerdas?

Ella le hizo una mueca.

—Eso es —murmuró, tanto para sí misma como para Jack, pues tenía que tomar una decisión y debía tomarla ya—. Volvamos a por Cookie.

Trueno avanzó comenzó a avanzar tras su orden, pero se detuvo de pronto y se volvió hacia Jack. Él se percató de cómo sus ojos azules lo interrogaban tras el ala de su sombrero.

Una docena de sentimientos diferentes se agolparon en su vientre. El más fuerte, con diferencia, era el más reconocible: quería bajarla de aquel caballo y estrecharla entre brazos. Quería besarla hasta que aquellos ojos, que simulaban el cielo, brillaran por puro deseo.

No iba a poder seguir enfadado con ella todo el camino hasta Texas, como había esperado. Este era solo el primer día de camino, y su belleza, su valentía, incluso su confusión, estaban atrayendo su interés. No era de extrañar que hubiera dejado que esos patanes ignorantes le tendieran una emboscada: todos sus instintos lo tiraban hacia Alyson en lugar de buscar el peligro.

Para evitar soltar lo que fuera que le estaba pidiendo el cuerpo decir por culpa de cómo lo miraba, soltó lo primero que se le vino a la cabeza.

—Está bien. Lo has hecho bien eligiendo tu primer terreno. Vas a ser tan buen jefe de arreo

que ganarás al mismísimo Charlie Goodnight.

Tenía la intención de seguir cabalgando, pero ella no le dejó apartar la mirada.

—No creí que fueras un adulator —dijo ella, con una tenue y suspicaz sonrisa curvando su deliciosa boca—. ¿Cómo es que te has vuelto tan alentador, Jack?

Su diversión y desconfianza lo picaron un poco.

—¿Qué quieres decir? Estoy... —Ella lo interrumpió.

—Hace dos días, tu opinión era que no sería capaz seguir el rastro de una manada de tortugas por un camino de tierra. Y, ahora, resulta que soy mejor que Goodnight. ¿Cómo es eso posible?

Cruzó los brazos sobre el cuerno de su silla y sonrió. Esa era otra cosa que le gustaba de ella: las cartas por delante y sobre la mesa.

—Tengo que hacerte sentir segura ahora que mi vida está en tus manos.

—¿Por qué dices eso? —le reprochó ella—. Desde mi punto de vista, creo que es al revés.

—Me estás diciendo dónde dormir y dónde vadear los ríos. .

—Y tú me estás diciendo que puedo cuidar de mí misma y que Cookie no tiene que preocuparse por mí. ¿Te estás preparando para salir en alguna gran expedición de exploración y dejarme a mi suerte?

Un sentimiento de simpatía tiró de él. Fred y su tripulación la habían sacudido bastante.

Intentó apagar la compasión. No había aceptado este trabajo para preocuparse por sus sentimientos o por lo que pudiera estar pensando. Lo único que pretendía era mantenerla a salvo hasta que la dejara en algún rancho de Texas.

—No, no te dejaré durante mucho tiempo. —Estaba irritado por sentir tantas cosas por ella—. Pero, cuando lo haga, será mejor que estés en guardia y seas capaz de cuidarte sola.

Eso pareció satisfacerla, por el momento, y no dijo nada más al respecto mientras cabalgaban para reencontrarse con Cookie y guiarlos a él y a Billy. Pero su mente seguía intentando pensar en otras formas de tranquilizarla, y eso no mejoraba nada su humor.

Finalmente, mientras tiraban de los carromatos hacia el campamento y Billy empezaba a recoger más leña para encender fuego, la dejó con el chico y con Cookie y cabalgó hacia la siguiente cresta al sur. Quería buscar jinetes y también hacerse una idea de la disposición del terreno. Pero quedarse allí sentado mirando a lo lejos no lo ayudó mucho; no dejaba de ver el rostro pálido de Alyson cuando Fred había aparecido y luego la conmocionada satisfacción en sus ojos cuando había derribado al hombre de su caballo y los había sacado de allí.

Todavía podía oír su voz ronca murmurando:

—Nos has salvado, Jack.

También, en ese momento, le había dolido no poder arrastrarlas a sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido.

Sacudió la cabeza y giró a Border hacia el campamento. El caballo merecía que lo desensillaran y le dieran grano. Merecía descansar un poco. La remuda los estaba alcanzando, acercándose a aso firme, y el polvo de la manada anunciaba que se acostarían antes del

anocheecer.

Incluso la palabra «dormir» le hizo pensar en Alyson.

Suspiró y volvió a azuzar a Border para que siguiera cabalgando. Lo que debía hacer era cogerla, acostarse con ella y acabar de una vez con este sufrimiento. Eso restablecería sus instintos de peligro y su equilibrio, que casi nunca dejaban de embotar la fascinación que cualquier mujer ejercía sobre él.

¿Qué era lo que ella había dicho aquella noche en su habitación? Algo sobre tener experiencias y vivir la vida al máximo. Bueno, ser seducida por él era una experiencia que, definitivamente, no debía perderse.

Llegó al campamento y desensilló a Border, lo granó y se lo entregó al chico encargado de la remuda. Luego, se lavó, todo ello sin siquiera echar un vistazo a Alyson. Mientras volvía hacia el fuego, se preguntaba nervioso adónde habría ido. Se dirigía a Cookie para preguntarle si había salido a reunirse con el rebaño —lo que, conociéndola, podría haber hecho simplemente para tratar de vencer la preocupación que le producía cabalgar sin él— cuando una repentina melodía llenó el aire nocturno.

El sonido lo detuvo en seco.

Música de piano, no podía ser otra cosa. Venía de la carreta que él le había dicho que vendiera en Rocky Springs.

¡Un piano, por el amor de todo lo sagrado! ¿Qué era lo que había dicho?

«No hay nada extra. El contenido de esa carreta es todo absolutamente necesario».

Seguro que era Alyson tocándola que estaba tocando, pues la arrebatadora melodía contenía tanta agitación como la que habían pasado durante todo el día y toda la confusión de sentimientos que él había visto en los ojos de ella aquella tarde. Se quedó quieto durante unos minutos, escuchando.

Había algo que podía aclararle.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el sonido. Iba a cobrarse esa apuesta.

Capítulo 6



Jack estaba apoyado en el carro antes de que ella pudiese darse cuenta. Se sobresaltó, hasta que desvió la mirada a esos ojos marrones que la miraban como si fuese un halcón, y perdió el hilo de la música.

Jack se dejó caer en el banco a su lado, frente a ella, negándose a que apartara la mirada. Siguió tocando, pero no tan bien como antes.

—¿Ni un solo objeto innecesario en este carro, eh?

La mirada decidida de sus ojos la estremeció.

—Ni una sola cosa —sentenció, tocó más fuerte.

Esas cuatro palabras la habían dejado exhausta, acabando con todo el aire que había en el carromato. Aun así, siguió tocando.

—No estoy de acuerdo —gruñó—. Y teníamos una apuesta al respecto.

Su cercanía, el increíble calor y el bulto de su muslo tocando el de ella debilitaron sus muñecas e hicieron que sus dedos flaquearan. Intentó hablar, pero solo pudo sacudir la cabeza.

—Es peligroso ser galante en una apuesta —susurró él, y tomó su boca con la suya. Ella tocó solo una nota más.

Sus labios sabían a miel caliente. La devoraron, haciendo que su boca se abriera a él. Haciendo desaparecer cualquier resistencia que ella hubiera podido ofrecer.

Era demasiado tarde para apartarlo, demasiado tarde, incluso, para contener ella reacción de su cuerpo al beso. Lo sabía en sus huesos y en su piel. Y en su alma, que sintió una repentina y dulce paz. Sin embargo, él también la agitó como una tormenta, la llevó en el viento del deseo y, entonces, ella se perdió. Se perdió para siempre ofreciéndole su lengua, entrelazándola con la de él.

La asombrosa magia de su beso le quitó la fuerza de su cuerpo, pero no de su boca. Permaneció quieta entre sus brazos, diciéndole, rogándole con largas caricias de su lengua y pequeños sonidos suplicantes en lo más profundo de su garganta que no parara nunca. Quería que la besara para siempre.

Él le prometió que lo haría, se lo juró con los labios y con la lengua. Se lo prometió por la forma en la que se sentaba tan cerca de ella. Pero él no la sujetaba.

«Puedes levantarte y alejarte de mí cuando quieras». Eso era lo que él decía con esa única mano apoyada con firmeza en la parte baja de su espalda. Solo ella y su boca la tocaban.

Y esa maravillosa boca no la iba a dejar marchar a menos que ella encontrara la voluntad

para apartarse.

La pequeñez de su cintura bajo su mano, la dulzura de su pelo rozándole la cara, deberían haberla hecho reaccionar, pero el beso era tan maravilloso que le hizo querer más. Era imposible apartarse.

Nunca había habido otra mujer así, no que él recordara. Sus labios ardían contra los suyos, su lengua despertó en él un nuevo deseo, un ansia más allá del hambre que nunca antes había sentido, un querer que estalló como una conflagración en su sangre.

La tomó entre sus manos, los pulgares justo debajo de sus pechos, casi recorriendo su cuerpo con los dedos, sintiendo el latido salvaje de su corazón. Absorbiendo su calor a través de la fina tela de su blusa, gimió un poco, y la lengua de ella se introdujo más profundamente en su boca, burlándose de la suya, acariciándola, y luego apartándose. Llamándolo hacia ella.

Subió una mano para acunar la perfecta redondez de su pecho. La boca de ella se quedó inmóvil en la de él.

Con el pulgar, rozó la punta dura y firme, de punta a la espera de su mano. La acarició a través de la tela de su blusa. Una vez. Dos veces.

Ella rompió el beso para dar un pequeño e impotente grito ahogado, como si ya no tuviera aliento y nunca lo fuera a recuperar. Luego, al cabo de un momento, se fundió más completamente en la palma de su mano y empujó el pezón contra su pulgar en una muda demanda de que quería más.

Él se lo dio. Y volvió a besarla en ese mismo instante, marcando sus labios y su lengua como si le pertenecieran con una pasión tormentosa que nunca antes había sentido.

Ella respondió con un deseo salvaje y desenfrenado durante un instante. Luego, se apartó.

—Oh —dijo, jadeando—. No, Jack.

La había asustado. Había perdido todo el control. Estaba perdiendo la cabeza. Pero aun así no pudo contenerse. Besó su mejilla, su nariz, luego su barbilla y su esbelta y arqueada garganta, dejando caer besos suplicantes cada vez más abajo, presionando con esos besos su piel caliente y dulce, hasta que ella se apartó por completo de él.

—Para —susurró—. Para, Jack. Debemos parar.

—No podemos. —Su voz sonaba tan ronca que ni siquiera la reconoció—. Tenemos que hacerlo. YO... YO...

—¿Te he asustado? Lo siento.

—No. Quiero decir... sí. Sí, me asustaste mucho.

Pero no lo había hecho. Su voz, sus ojos y sus labios hinchados y magullados lo demostraban.

Su mirada seguía yendo a su boca y demorándose allí.

—No parecías asustada —murmuró él.

Levantó la vista y lo miró fijamente; unos ojos enormes en la tenue luz que se filtraba a través de la lona.

—Vete, —dijo ella—. Vete, Jack. No deberías haber entrado así.

Que lo echara lo enfureció. Era tan inesperado, tan brusco, después de todo lo que acababan de compartir. No se movió.

—No deberías haber arrastrado un maldito piano en un viaje lleno de maleantes.

—Aléjate de mí.

—¿Cómo demonios voy a alejarme de ti cuando soy tu guardaespaldas? ¿Me estás despidiendo? ¿Por un beso?

Sus manos volaron hacia el brazo de él, lo aferraron y luego lo soltaron. Aún podía sentir sus dedos sobre su cuerpo.

—Un beso. Y no puedes decir que te sujeté y te besé a la fuerza.

—No, no te estoy despidiendo. Solo vete.

Se levantó, dio los dos pasos hacia la puerta y luego se volvió para mirarla de nuevo.

—No deberíamos alejarnos el uno del otro, Alyson. Ahora ya lo sabes.

—Sí, lo sé —gritó—. No vuelvas a besarme.

—Como quieras.

Salió y saltó del portón trasero. Ella apareció en la puerta, con las mejillas encendidas.

—No me beses —repitió, su voz quebrándose un poco en la última palabra. Una máscara de acero perfiló su rostro—. ¡Y no vuelvas a quitarme las riendas!

Cerró la solapa de lona que había entre ellos con un chasquido rápido y agudo.

Jack se alejó hacia la creciente penumbra del atardecer tan rápido como podían moverse sus pies. La mujer estaba loca. Eso le había parecido la primera vez que la vio.

El plan de Alyson había sido cambiarse y dormir en la carreta de los muchachos después de que los vaqueros sacaran sus sacos de dormir para pasar la noche. Pretendía vestirse y desvestirse allí y desenrollar su cama en el pasillo, entre las cajas y los barriles, cada noche para poder mantener un mínimo de intimidad.

Pero esa noche, la primera noche en el sendero, pensó que se asfixiaría allí dentro. Apenas tenía espacio para extender sus edredones entre el piano y las cajas de madera que guardaban la plata y la porcelana de su abuela.

Pero, lo más inquietante, era que el olor de Jack flotaba en el aire. Un olor a caballo, a cuero y a su propio ser. Algún aroma a hombre cedro que solo le pertenecía a él. Tenía que alejarse de ese olor o nunca podría dormir. También había estado en ella, en su piel, y se lo había quitado deliberadamente al cambiarse de ropa para irse a la cama.

Un dolor frío le retorció el corazón. No podía dormir porque no podía dejar de pensar en él.

Apretó la punta de los dedos contra sus labios hinchados y volvió a sentir el sabor de su boca en la lengua. Las lágrimas le escocían tras los párpados.

Sí que se había alejado de ella. Desde el momento en que se había bajado del carromato, no había aparecido por el fuego en toda la noche.

Gracias a Dios, Cookie había enviado a Billy con un plato y un poco de café a buscarlo. El

chico había vuelto con las manos vacías, diciendo que Jack estaba vigilando, y ella se había sentido un poco mejor: habría sido terrible que Jack no hubiera comido nada después del día tan horrible que habían tenido.

Aquel pensamiento la hizo echarse el brazo sobre los ojos. Para ser el primer día, había tenido suficiente aventura y emoción para todo el viaje. La había agotado por completo, y tenía que tomar decisiones por la mañana, como por dónde exactamente debían cruzar el arroyo. Y podría haber un río que cruzar antes de que acabara el día. Eso o algunos de los secuaces de Simmons con los que luchar o una carreta desbocada o no se sabía qué más.

Tenía que dormir un poco o no sería capaz de pensar.

Pero, aunque el puro agotamiento mantenía su cuerpo inerte sobre sus edredones, su mente repasaba una y otra vez el día, y su memoria no la dejaba descansar.

Nunca, jamás, habría creído que un beso podía sacudir todo su mundo, que podía destrozarle los huesos. Pensaba que ya la habían besado antes, pero no.

Jack Coulton. Estaba claro que no estaba en sus cabales cuando lo contrató.

Pero todo el asunto le daba más miedo, incluso, que el deseo que él despertaba en ella. Había tocado su yo más profundo, estaba llegando a depender de él. Ya. Desde el primer día.

Cuando Fred y su tripulación los habían tenido bajo sus armas, ella no había sido capaz de pensar qué hacer porque en el fondo seguía esperando que Jack cuidara de ella. Cosa que había hecho.

Ni siquiera había sido capaz de tomar una decisión sobre un lugar en el que descansar sin pedirle su opinión, y sus elogios la habían calentado y tranquilizado a partes iguales. Ella, Alyson Pearson, ¡que nunca confiaba en nadie más que en sí misma! Estaba confiando en él, no solo con respecto a su seguridad física, sino también emocional. Desde ya. Desde el primer día.

Lo peor de todo —algo tan aterrador que apenas se atrevía a volver a pensar en ello—, era lo que había sentido en el primer instante en que se habían besado. Esa extraña calma, esa sensación de que era lo correcto. Sus bocas fundidas. Ese fuego en su interior.

Esa armonía, que era más fuerte que el calor y el deseo. Ese era realmente el peligro, mucho más que el placer.

Había sentido que quería estar con Jack para siempre, besarle de ahora en adelante, sentir que estaba con él para el resto de su vida.

Eso en sí mismo era mucho más aterrador que Fred y cinco escopetas.

A la mañana siguiente, se mantuvo ocupada dando órdenes mientras Jack cabalgaba por delante, incluso antes de que los carromatos arrancaran, para explorar en busca de enemigos. Regresó cuando la manada empezó a moverse y cabalgó tres o cuatro pasos por delante de ella hacia el sur.

Para cuando el sol estaba a medio camino, el silencio entre ellos era demasiado pesado de soportar. Después de todo, aún les quedaban cientos de kilómetros por hacer y no había razón para que no pudieran comportarse como personas civilizadas.

—¡Jack! —llamó ella—. ¡Espera!

Él la recibió con el ceño fruncido mientras ella se acercaba a su lado.

—¿Qué?

—Solo me preguntaba que qué te parece tu montura hasta ahora.

Ambos montaban caballos diferentes para dejar descansar a sus favoritos y que viajaran un poco más lentos con los demás.

—¿Cómo puedo saber una cosa así? Este es el único que he probado.

Cada uno de los peones tenía, aproximadamente, diez caballos en su montura, y lo mismo ocurría con ella y Jack.

—No tienes por qué ser tan gruñón —dijo ella en tono burlón—. Ojalá pudieras ver la cara tan enfurruñada que tienes.

Él no se lo tomó bien: parecía sorprendido y, luego, como si estuviera luchando contra la rabia. Sin duda, era el hombre más guapo jamás conocido, con sus ojos oscuros y misteriosos y la línea dura e inflexible de su mandíbula que casi le rogaba que pasara la yema de los dedos por ella. Sin embargo, no lo haría, y tampoco pensaría esas cosas. Lo miraría de forma desapasionada a partir de ahora.

—Te estás volviendo muy personal con tus comentarios —gruñó él.

—¿Mis comentarios? ¿En plural? No te he dicho ni una palabra hasta ahora y hablas como si todo lo que hubiera hecho desde el amanecer fuera hablarte por los codos. —Le lanzó una mirada irónica.

—Eso no requeriría desde el amanecer hasta media mañana. Eso, en alguien como tú, le llevaría solo media hora.

Su tono seguía siendo apesadumbrado, pero también se había colado en él un poco de diversión, y ella decidió intentar hacerlo sonreír. Más les valía ser agradables el uno con el otro además de educados.

—Eso no es justo —dijo ella, fingiendo una gran indignación—. Ayer hubo largos tramos de silencio durante nuestra exploración.

—Buff. Alrededor de media hora, si no recuerdo mal, y eso fue solo cuando cabalgábamos veloces para salvar nuestros cuellos de verlos colgados de un gran árbol.

Su irritación se hizo un poco más real.

—Soy perfectamente capaz de mantener un silencio agradable. No hablo todo el tiempo, Jack. Tienes que admitirlo.

—Me prometiste aquella noche en el *Saloon* del pueblo, cuando me enrolé tontamente con este viaje con piano, que no me hablarías en absoluto.

—¿Lo hice?

—Sí. Lo hiciste. Recuérdalo y cúplelo.

—Pero te sentirías demasiado solo,— dijo ella, incapaz de resistirse a burlarse un poco más de él—. Solo pienso en ti.

Eso hizo que las comisuras de su boca se torcieran en el más mínimo atisbo de sonrisa.

Entonces, su cara volvió a mostrarse seria.

—Ayer no pensabas en mí —masculló—. Me echaste, me dijiste que me alejara de ti, me ordenaste que no volviera a coger tus riendas. Desde entonces, parece que has cambiado de opinión, Alyson. ¿Por qué?

Todo aquello le vino de golpe: la pasión y el miedo que le habían inspirado su beso, el deseo que había amenazado con apoderarse de ella. Esos sentimientos habían estado ahí toda la noche y toda la mañana mientras había estado intentando negarlos. ¿Cuándo desaparecerían?

—Estaba pensando en los dos. —Al cuerno con su cordura. Hablaba en voz tan baja que él tuvo que inclinarse hacia ella para oírla—. Tal... relación sería imposible.

Él no contestó, pero su silencio pareció contradecirla.

Ella se volvió para mirarlo.

—Lo decía en serio —soltó, luchando entre las imágenes de su mente para encontrar un nuevo tema de conversación—. No vuelvas a quitarme las riendas. Odio eso. Me hace sentir que no tengo control sobre adónde voy.

—Porque no lo tienes. Y las volveré a agarrar si es necesario.

Tras decir eso, se quedó allí sentado, montado en su caballo a trote lento, observándola. Asintió, lentamente, mientras buscaba algo en su rostro.

—¿Qué más? ¿Y no volver a besarte? ¿No quiere repetir también esa orden, señorita Trail Boss?

Sus labios se entreabrieron, pero no salió ningún sonido.

Él la miraba con los ojos lo bastante calientes como para quemarle la piel.

—Me lo imaginaba —deletreó.

Ella no podía verlo de forma desapasionada. Quería volver a saborear su boca, lo anhelaba con una intensidad tan salvaje que le temblaba todo el cuerpo. Le ponía furiosa que no pudiera hacer desaparecer esa sensación o ignorarla. Y que no pudiera repetirle la orden de que se alejara de ella.

—Eres igual que todos los hombres —le espetó—. Crees que un beso tuyo tendrá a una mujer de rodillas suplicando más.

—¿Todos los hombres? ¿Tienes la costumbre de besar a muchos hombres? —Su tono arrogante avivó su ira.

—No es eso lo que he dicho.

—A mí me sonó así.

—Entonces, debes de pensar que soy bastante débil con mis favores.

—Eso no es lo que he dicho.

—¡A mí me sonó así! —gritó ella.

Ambos rieron a pesar de estar enfadados, pero sus carcajadas sonaban más amargas que divertidas. Alyson respiró hondo, esperando que eso la calmara.

—Esta conversación está dando vueltas en círculos —masculló.

Jack quería agarrarla por los hombros y hacerla entrar en razón. Y besarla, maldita sea.

¿Cómo había dejado que ella les hiciera hablar de besos? ¿Cómo había dejado que le hiciera hablar?

—Cambiaré la pregunta —dijo—. Si no tienes por costumbre besar a todos los hombres. Entonces, ¿qué sueles hacer con ellos?

Podría haberse mordido la lengua. ¿De dónde demonios había salido esa pregunta? No tenía más intención de seguir husmeando en su vida que la de volver a escucharla parlotear hoy.

Ella le lanzó una mirada sorprendida, enfadada al principio, y luego altivamente desafiante.

—No me gusta nada tu tono. Te contraté para que fueras mi guardaespaldas, no mi padre.

—Tienes a un enemigo conocido contratando a idiotas y urdiendo complots con tus propios hombres, intentando que te maten —dijo él con frialdad—. Y mencionaste algunos hombres que te habían dicho que nunca llegarías al final de este viaje. Me parece que te estoy pidiendo información que afecta a mi trabajo como tu guardaespaldas.

No había querido seguir esta línea de investigación como si fuera un perro tras un rastro. Esto era tan malo como cuando apenas se habían conocido y él la había interrogado sobre sus enemigos, aunque no tenía intención de convertirse en su guardaespaldas. ¿Qué tenía ella que le volvía tan loco?

—Bueno, en el Este, fui a reuniones sociales y conferencias con varios acompañantes diferentes —comenzó a decir—, y también me cortejaron otros caballeros. Pero supongo que no tendrían ninguna relación con su trabajo, ¿verdad?

¿Detectó él un tono burlón en su voz? ¿Qué había sido de su altivez?

—No, no la tendrían —contestó, sintiéndose un poco tonto.

Pero flashes de hombres trajeados inclinándose para besar la mano —o, quizá, los labios— de Alyson, cruzaron su mente. Hombres ofreciéndole un brazo en el que apoyarse y escoltándola hasta el salón. O fuera de él. Alyson respondiéndoles con esa increíble y mágica sonrisa capaz de cegar a un águila.

—Desde que volví a mi casa en Colorado, he aceptado a tres de mis vecinos solteros como caballeros. Terrence Peck, Darius Martin y Harvey Thorne. Pero puede que sus nombres no te ayuden mucho, ya que asumo que no conoces a ninguno de ellos.

Definitivamente, había diversión en su tono. ¿Se estaba burlando de él? Bueno, seguro que sí. Probablemente estaba pensando que él quería saberlo todo esto porque estaba celoso. Estaba engañándose a sí misma pensando que anoche había herido algún sentimiento más delicado que su orgullo.

—Nunca he oído hablar de ninguno de los tres —confesó.

—Terrence es mi favorito de mis hombres de Colorado —dijo ella pensativa.

Sus hombres de Colorado.

—Eso no suena demasiado bien. Suena como si hubieras trabajado como chica de taberna antes de empezar el viaje.

—¿Quieres oír esto o no? —gritó ella, de repente completamente exasperada.

Él sonrió. Eso era lo que le interesaba de ella: estaba tan viva, a cada minuto, tan atrapada

en lo que ocurría, en lo que sentía. Para ella, todo importaba.

Y para él, muerto en espíritu como estaba, nada le había importado tanto desde hacía mucho tiempo. Al menos no desde que mataron a Jason. Alejó el pensamiento de su antiguo compañero y fijó su mirada en los ojos azules de Alyson.

—Quizá no debería. Puede que sea una historia demasiado atrevida para mis delicados oídos.

Ella soltó un bufido poco femenino que lo hizo sonreír de nuevo.

Eres tan delicado. Tendré cuidado con el lenguaje que uso.

—Gracias.

Ella puso los ojos en blanco.

—Terrence Peck. Es un verdadero caballero y un erudito, escritor y fotógrafo y podría sentarme a escucharlo recitar poesía todo el día. También le encantan los animales. Especialmente, Jasper.

Le lanzó una mirada significativa.

—Por cierto, ¿dónde está hoy el viejo Jasper?

—Billy quería que viajara con él en el asiento delantero de la carreta para que no se sintiera tan solo. Está acostumbrado a estar siempre con Newt, ya que son gemelos. ¿Lo sabías?

—No se lo puede mimar demasiado, Alyson. Los chicos jóvenes que van por el sendero tienen que crecer deprisa.

Ella le dirigió una mirada larga y dura.

—Mimaré a quien me plazca. Algún día, te contaré lo rápido que tuve que crecer. Ahora, ¿quieres oír la historia de Terrence o no?

Se encogió de hombros.

—No veo que tenga elección, ya que ahora me amenazas con contarme toda tu vida.

Esa vez, la hizo sonreír.

—Terrence salvó mi cordura este invierno. Vino a verme tan a menudo como pudo, aunque la nieve era muy profunda la mayor parte del tiempo.

Él emitió un gruñido escéptico.

—¿Cuánto tenía que cabalgar?

—Veinte millas.

—No debía de ser un tipo muy duro ni ir muy en serio contigo si dejó que un poco de nieve y veinte millas se interpusieran en su camino.

Ella le lanzó una mirada irritada.

—Oh, sí que hablaba en serio.

—A ver si lo entiendo —dijo él, deseando infructuosamente poder apartar de su mente este tema tan insignificante, que de todas formas no era asunto suyo, le hubiera dicho lo que le hubiera dicho—. Este poeta te salvó la cordura y abrazó a tu gran perro lobo, pero tú no puedes

soportarlo. —Ella le dirigió la mirada más inexpresiva—. Esas fueron tus palabras aquella noche en mi habitación de hotel. —Clavó sus ojos en los de ella—. Una de las opciones inaceptables para tu vida era casarte con un hombre al que no puedes soportar.

—No me refería a Terrence.

—Entonces, ¿a quién?

La expresión de su rostro lo hizo vagamente consciente de que su tono era el que siempre utilizaba para intimidar a forajidos y bandidos e intentó suavizarlo a uno un poco más amable, pero se sintió impotente para pronunciar otra palabra hasta que oyó su respuesta. Demonios. Ahora seguro que se pondría a llorar.

Pero no. Ella se sentó tan recta como si tuviera un atizador en la espalda y le clavó una mirada gélida.

—No es asunto tuyo. De todas formas, no sé por qué estamos hablando de esto.

—Yo tampoco —espetó.

Sin embargo, antes de que hubieran cabalgado un trecho más, su boca volvió a abrirse y, entrometido como un viejo cocinero de campamento, tuvo que curiosear. Incluso utilizó un tono falsamente descuidado, más suave.

—¿Terrence no te ha pedido que te cases con él?

Ella se relajó, apaciguada por el cambio en sus modales, pero no contestó enseguida. Finalmente, un poco rígida, lo hizo. Pero no respondió a la pregunta.

—Darius Martin y Harvey Thorne son a los que me referí aquella noche en tu habitación —confesó—. Nunca quise casarme con ninguno de los dos, pero ahora no puedo soportarlos porque después de rechazarlos, cada uno de ellos vino hasta mi casa con el propósito específico de decirme que debería quedarme y casarme con él porque no hay forma humana en este mundo de que pudiese llevar este ganado a Texas.

Frenó más su caballo y le lanzó a Jack una mirada larga y escrutadora.

—¿No crees que deberían haber tenido el suficiente sentido común como para saber que esa no era forma de persuadirme?

Bajo los rayos matutinos del sol, su rostro parecía tan frágil como el de una muñeca de porcelana, sus pequeñas muñecas increíblemente delicadas allí donde asomaban por los bordes de sus guantes de cuero. Aquellos hombres le habían hecho daño.

—Lo más sensato para ti habría sido casarte con uno de ellos y llevar tu ganado a su casa en lugar de cruzar medio Oeste —dijo en voz baja.

Ella soltó las riendas para colocas las manos en las caderas.

—¡No me digas que estás de acuerdo con ellos! ¿Dónde están esos ánimos con los que has estado tratando de infundirme confianza desde que tu vida está en mis manos?

Sonrió.

Solo te estaba tomando el pelo, Alyson. Son un par de cabrones egoístas y prepotentes que te habrían roto el corazón sin ningún reparo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Así está mejor.

—Puedo decirles ahora mismo que no hay duda de que vas a llevar este rebaño a Texas. De lo que no estoy tan seguro es del piano.

Había querido que aquello fuera gracioso, y ella empezó a sonreír, pero los pensamientos de ambos se dirigieron inmediatamente a la noche anterior y al beso. Él podía ver su propio recuerdo reflejado en los ojos de ella.

Necesitó toda la fuerza que Dios le dio para contenerse y no alcanzarla.

—Anoche hablabas con mucha sensatez, señorita Alyson —le dijo—. Más me valdría no volver a besarte.

Ella no podía apartar la mirada de él. No podía moverse. No podía dejar de oír los matices de su voz, aunque él no dijera ni una palabra más. Había dolor en ella, muy en el fondo, y rabia, e impaciencia, y la dureza de hierro que bordeaba todo lo que él decía y hacía.

El peligro también acechaba en ella.

Porque sonaba como si él fuera a besarla de nuevo, cuando ella menos lo esperara, y que no se detendría ahí.

Que Dios la ayudara, porque entonces estaría perdida.

—No pretendía ser desagradable anoche contigo —soltó. Es que no estoy acostumbrada a... Eso. Nada más.

Sus ojos adquirieron un brillo de picardía.

—Creía que acabábamos de establecer que estás acostumbrada a besar y ligar varios hombres desde la Costa Este hasta las Rocosas.

Ella intentó sonreír.

—No estoy acostumbrada a depender de otra persona, es lo que quería decir —se apresuró a aclarar.

—Y no quieres depender de mí si nos besamos.

—No. Tener que depender de ti para que mi vida esté a salvo, ya es bastante duro.

Jack la miró directamente al corazón y la atravesó hasta el alma.

—Lo comprendo. Yo también soy un viejo lobo solitario. —Hizo girar su caballo y cabalgó hacia delante.

Alyson soltó un gran suspiro y se tumbó sobre su espalda, cubriéndose hasta la cintura con las mantas para poder sentir el aire fresco de la noche sobre su cuerpo. Llenó sus pulmones con él y lo expulsó lentamente, deseando que la calmara mientras escuchaba la noche.

Todo estaba en silencio, tan en silencio que podía oír el estallido ocasional del fuego que Cookie mantenía encendido todo el tiempo para conservar el café caliente, que era la única constante además de las galletas y las judías en la dieta de los vaqueros. De vez en cuando, se oía algún graznido bajo procedente del ganado, pero se habían acostado con bastante facilidad después del largo día de camino y yacían bastante tranquilos. Cabe les estaba cantando —de entre todos sus vaqueros, era el único que tenía una voz tan agradable que podía calmar tanto a la gente como al ganado inquieto— y durante unos instantes ella se concentró en el sonido de la

canción. Casi la hizo dormirse.

Pero no podía desprenderse de sus pensamientos del día; se sentía tan agitada que podría sentarse y gritar.

Apretando los dientes con frustración, se acercó al extremo del carromato y apoyó los hombros contra las cajas apiladas, metiendo la almohada en el espacio de la parte baja de la espalda. Estaba cansada —exhausta, en realidad— por los tres días que llevaban de viaje. ¿Por qué no podía caer en el olvido?

Quizá estaba demasiado cansada para dormir.

O quizá no dejaba de pensar en Jack.

Durante toda la tarde de ayer y todo el día de hoy, había cabalgado cerca de ella, pero había sido casi como si no estuviera allí. Se había convertido en el lobo solitario que él mismo se había llamado; de hecho, al verlo cabalgar un poco por delante de ella, pensó en las historias que había oído sobre los indios de las llanuras que, a veces, se ponían una piel de lobo sobre la cabeza para llevarla a la batalla o para disfrazarse y acercarse sigilosamente a su enemigo.

Él se había subido su soledad, su unidad, sobre la cabeza y la había dejado a ella con la suya.

¿No era eso lo que ella había querido? ¿Lo que ella le había dicho que hiciera? Ahora era eso lo que la estaba volviendo loca.

Lo echaba muchísimo de menos. Ya estaban conectados de alguna extraña manera: ella había llegado demasiado tarde para alejarlo.

No, había sido demasiado tarde desde el principio. ¿No se había sentido conectada a él desde el mismo momento en el que se encontró en medio de la calle polvorienta envuelta entre sus brazos?

Ahora, cada fibra de su cuerpo la urgía a moverse, a verlo. Se arrastró hasta el extremo de la carreta, alcanzó la solapa de lona y la apartó lo suficiente para asomarse.

Él estaba allí, justo donde había dicho que estaría, con su saco de dormir tendido en el suelo al otro lado del extremo de su carreta. Cualquiera que viniera a por ella tendría que pasar a través o por encima de él, estaba tan cerca del estribo.

Dormía de lado, de espaldas a ella, acurrucado en las mantas subidas sobre los hombros. La luz de la luna sacaba todo el color de la tela y la hacía parecer blanca, pero incluso la luna era impotente contra el negro de su pelo espeso y alborotado. Allí solo podría añadir plata, como trazos de escarcha, a la pura negrura.

Ella no podía dejar de mirarlo. No podía dejar de medir la anchura de sus hombros y la ágil longitud de su cuerpo. No podía dejar de recordar, con todo su cuerpo y su alma, su beso. Si estuviera acurrucada en aquel saco de dormir con él, entonces podría dormir. Estaría envuelta en sus brazos, su cabeza acunada en el hueco de su hombro... No, no podría dormir, nunca dormiría. Los duros músculos de su pecho se apretarían contra sus pechos... Oh, Señor, aquel primer contacto suyo la había estremecido de tal manera, a pesar de que se había quedado atónita cuando él la arrebató de su bolo, a pesar de que se había llenado de miedo de que la fusilaran en cualquier momento.

Entonces su beso, su inolvidable beso...

Todo su cuerpo empezó a derretirse ante el recuerdo, y se apretó los nudillos contra la boca para no emitir ningún sonido.

Y, entonces, pensó que tal vez ya lo había hecho sin darse cuenta, porque, de repente, Jack se había quedado quieto, el suave subir y bajar de su hombro se había detenido. No lo vio moverse, pero él estaba tumbado boca arriba cuando ella volvió a respirar, con la cabeza vuelta hacia ella.

No podía dejar que la viera. Apartó la mano y la solapa cayó.

Pero no podía soportar quedarse allí, sola.

Buscó detrás de ella su saco de dormir y empezó a arrastrarlo tras de sí mientras salía al portón trasero sin permitirse detenerse a pensar. Afuera. Ahí fuera con Jack. Dormiría fuera esta noche porque se asfixiaría si se quedaba apretada en aquel carromato.

Capítulo 7



La luna brillaba lo suficiente como para permitirle ver su camino, pero la luz del fuego no llegaba hasta su carreta. Eso era bueno: no quería que los hombres la vieran mientras iban y venían en sus guardias y pensarán que estaba siendo presuntuosa al dormir fuera, una mujer en un campamento lleno de hombres. La llamada de Cookie para desayunar la despertaría antes del amanecer.

Rápidamente, volvió a extender la cama, se tumbó y se tapó con las mantas. Se atrevió a echar un vistazo hacia Jack. No se había movido.

Su corazón latió más deprisa. Allí estaba, a solo un tiro de piedra, su largo cuerpo como una vaga forma bajo la manta.

De nuevo, sintió ese impulso abrumador de tocarlo, de acariciar su pelo plateado, de sentir su piel bajo las yemas de sus dedos. Y, oh, Dios mío, su boca en la suya.

Volvió la cara hacia el cielo e intentó no recordar, intentó no pensar en él en absoluto. El sueño tenía que llegar, tenía que llevársela. Mañana estaría demasiado cansada para sentarse en la silla, y mucho menos para tomar una decisión rápida si tenía que hacerlo, a menos que pudiera dormir un poco. No volvería a mirarlo. No lo haría.

Solo había unas pocas estrellas a la vista entre las cambiantes nubes que se deslizaban por la luna en cualquier momento. Las observó, deseando que borrarán la luz para poder dormir. Si toda la noche, y no solo la sombra en la que yacía estaba completamente a oscuras, podría dormir. Seguro que podría.

El aire fresco y ligeramente húmedo que bajaba de las montañas le acarició las mejillas, así que aspiró grandes y profundas bocanadas de aire y se acurrucó más en la cama. De forma deliberada, alejó cualquier pensamiento sobre Jack de su cabeza. Sus tensos músculos empezaron a relajarse un poco.

—Alyson.

El susurro no fue más que un soplo en su oído; podría haberlo imaginado si no fuera porque llegó menos de un latido antes de que una mano le cubriera la boca.

El instinto provocó que tuviera ganas de gritar y la hizo luchar en vano para incorporarse. Sin embargo, no se asustó porque la mano era de Jack. El instinto también se lo decía.

—Si te suelto, ¿puedes no gritar? Sabes que esos vaqueros tuyos nos colgarían si empezamos una estampida.

Tras un instante para asimilarlo, ella asintió.

Le quitó la mano de la boca, pero mantuvo la otra ahuecada alrededor de su hombro. Sus

dedos imprimieron su piel y llenaron su sangre de calor. Ella ya ni siquiera necesitaba mantas.

Oh, sí que las necesitaba. Él estaba tumbado a su lado, con toda su longitud junto a la de ella.

Le produjo tal descarga sensual que la puso furiosa. Quiso gritarle, pero consiguió atacar en un ronco susurro.

—¿Qué haces acercándote así a mí? Me has asustado tanto que podría matarte.

—Todavía no —le susurró él, su aliento haciéndole cosquillas en la oreja, su mano preparada para taparle la boca de nuevo—. Primero, déjame ver quién merodea por ahí en la oscuridad.

Ella se quedó congelada en el sitio. Luego, intentó de nuevo incorporarse, pero él la sujetó sin esfuerzo.

—¿Hay alguien ahí fuera?

La invadió un deseo desesperado de simplemente volverse hacia el refugio de sus brazos y ocultar su rostro.

—No te sientes —dijo él, casi sin emitir sonido alguno—. Incluso después de que te deje, mantente agachada.

No. No me dejes. Me voy contigo.

Quiso gritarle las palabras, pero incluso entonces supo que tenía que irse solo. Podía moverse como una sombra. Incluso tan cerca como estaban, no había presentado ni un atisbo de que él estuviera siquiera fuera de su saco de dormir, y mucho menos justo sobre ella.

—Me disponía a ir a ver quiénes y cuántos eran cuando saliste chocando y golpeando de la carreta.

—¡No he hecho ruido!

—Como una docena de bandidos borrachos bramando.

Le dio las gracias internamente por intentar sofocar su miedo a pesar de las circunstancias. ¿Y si Fred y sus compinches los habían seguido? ¿Y si Simmons había contratado a alguien más listo y rápido que Fred?

—Ten cuidado —susurró ella.

Él asintió brevemente y dejó caer la mano de su hombro. Empezó a alejarse, luego se detuvo.

—Mantente en el suelo —le dijo de nuevo al oído—. Y quédate aquí para que sepa dónde estás.

Aquellas palabras no hicieron más ruido que suspiros en la brisa nocturna, y su marcha hizo aún menos. Un minuto antes estaba allí, su piel caliente tocando la de ella, y al siguiente ya se había ido, y también su aliento.

Permaneció tumbada, con cada músculo de su cuerpo rígido, la sangre helada, escuchando para intentar seguir su avance. No oyó nada.

Jack era rápido, pensó. Cuando había pateado a Fred en los dientes nadie lo había visto venir. Y era igual de rápido, o más, con la pistola que llevaba; esa palabra estaba en boca de

todos los que le habían visto disparar, eso era lo que había hecho que ella lo contratara.

Y era tan silencioso que no lo había oído salir de su saco de dormir, aunque había estado tan cerca que podría haberlo tocado.

También tenía ventaja, porque sabía que el enemigo estaba ahí fuera y quienquiera que fuera no sabía que él lo sabía. Esforzó aún más los oídos para intentar escuchar algo.

Después de lo que pareció una eternidad, le llegó un débil sonido, luego otro. No pudo identificar ninguno de los dos.

—¡Te digo que estoy intentando no despertar a todo el campamento, eso es todo!

La voz masculina, suave y bien modulada, flotaba tranquilamente en el aire nocturno. No era de Simmons, fue su primer pensamiento. Lo siguiente fue que la conocía, pero en ese instante no podía ubicarla.

—Entonces, cállate —gruñó Jack—. Y deja de arrastrar los pies.

Alyson se incorporó mientras él arrastraba a su presa hacia la luz del fuego: un hombre alto y delgado que retrocedía de forma obstinada ante la irresistible fuerza de Jack, clavando los talones con fuerza suficiente para levantar una polvareda.

—Ahora —ordenó Jack, manteniendo la voz baja para no despertar a todo el campamento —, siéntate ahí mismo, bajo la luz, con las manos por delante y dime quién eres y de dónde vienes. Si tu historia me satisface, podrás salir de una pieza.

—¡Demasiado tarde para eso! Ya me has roto las dos muñecas.

—Alégrate de que no te haya roto los brazos.

Los pensamientos de Alyson volvieron a su cabeza, su miedo desapareció.

—¡No le hagas daño, Jack! —Echó hacia atrás las sábanas y se puso en pie—. Suéltalo —gritó y corrió hacia los dos hombres—. Jack Coulton, quiero presentarte a Terrence Peck.

Jack la miró fijamente, luego a su cautivo, hasta que al final recobró el sentido lo suficiente como para abrir la mano y soltar al idiota que tenía apresado. Tuvo que alargar la mano y agarrar al torpe bribón, porque tropezó hacia atrás y casi se cae.

Alyson lo atrapó por el otro lado.

—¡Terrence!

La sorpresa y la alegría que había en su voz atravesaron a Jack como una cuchilla afilada y lo clavaron en el sitio como si una lanza lo hubiera atravesado. Alyson conducía al tonto visitante hasta el tronco junto al fuego.

Dios mío, llevaba puesto su camisón, de todas las cosas que podía llevar puestas, y eso era todo, porque cuando ella estaba entre él y el fuego podía ver a través de la tela. Por suerte, ella se apartó de la luz.

—¿Qué demonios creías que estabas haciendo, merodeando por un campamento en la oscuridad? —dijo Jack, avanzando hacia los dos mientras se sentaban demasiado cerca el uno del otro.

Aunque se había esforzado porque su pregunta sonara amenazante, el hombre apenas levantó la vista hacia él. Solo tenía ojos para Alyson.

—No quería despertar a Alyson de golpe —le dijo, sonriéndole como un idiota—. Sé lo furiosa que se pone.

Aquella noticia avivó la ira de Jack como una pizca de queroseno sobre el fuego.

—Oh, Jack, ¿tenías que ser tan brusco? —dijo, cogiendo las manos del hombre—. Terry, ¿de verdad tienes las muñecas rotas?

—¿Brusco? —rugió Jack, olvidándose por completo del resto de los hombres—. Puede dar gracias a cualquier Dios que adore de que no le disparé al corazón.

Puso un pie en el tronco al otro lado de Alyson y los miró con desprecio.

—Me temo que puede que haya actuado un poco de forma temeraria —dijo Terry, sonriéndole.

—Por lo menos, algo que dices con sentido. ¿Pretendías colarte en el carromato de Alyson o qué?

—Pretendía dormir fuera, cerca del campamento, y entrar por la mañana —respondió Terrence, aún sin apartar la mirada de Alyson—. ¡Si no me hubieras atacado y montado semejante escándalo!

Levantó entonces la mirada hacia Jack, y este pensó que podría levantarse y pegarle.

—Vamos —lo animó o Jack con maldad, sin molestarse siquiera en dar un paso atrás y poner los dos pies en el suelo—. Nada me gustaría más.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Alyson. Luego empezó a hablarle como si fuera él quien estuviera loco—. Jack, contrólate. No pasa nada. No era Simmons ni ningún otro enemigo el que estaba ahí fuera. Terrence es un viejo amigo que ha venido de visita. ¿Recuerdas que te hablé de él?

—Sé quién es —dijo, mordiendo cada palabra—. Solo intento inculcarle que tiene mucha suerte de estar vivo después de merodear por la oscuridad como un ladrón de caballos asesino.

—¡Mis caballos! —dijo Terrence—. Debo ocuparme de ellos.

Se levantó y Alyson también. Jack dio un paso atrás y se volvió para ver a Cookie y a un par de hombres más sentados en sus *soogans*^[4], mirando fijamente al pequeño grupo junto al fuego. ¡Maldita sea! Habían oído los comentarios de Alyson que lo hacían parecer un loco.

—¿Todo bien, señorita? —preguntó Cookie—. Hacéis tanto ruido como para despertar a los muertos. Por un momento, pensé que estábamos sufriendo un ataque comanche.

—Jack solo está haciendo su trabajo, Cookie —replicó Terrence—. Tonto de mí, pensé que estaba lo suficientemente lejos como para pasar el resto de la noche, pero me oyó.

Sorprendido, Jack miró fijamente al flacucho.

—Coulton tiene oídos de ciervo —añadió Luke—. Ayer me escuchó murmurarle a Cabe en medio de la remuda.

—Bueno, él también me ha oído a mí —añadió Terrence, y comenzó a caminar hacia sus caballos—, y debía de estar como a media milla de distancia.

Los hombres somnolientos volvieron a tumbarse.

Terrence se volvió y levantó la mano hacia Jack.

—Encantado de conocerte, Coulton —saludó—. Gracias por proteger a Alyson.

Y, luego, sin más, abandonó la luz del fuego para ocuparse de sus animales.

Atónito, Jack miró a Alyson, que estaba a su lado.

—¿Qué ha sido eso?

—Terrence no quería que te sintieras avergonzado por despertar ella los muchachos. Es un tipo considerado, ¡que es más de lo que puedo decir de algunas personas!

Jack resopló.

—Eso suena un poco desagradecido teniendo en cuenta que solo cuidaba de tu pellejo.

—Bueno, no tenías por qué seguir acosándolo después de saber quién era.

—Bueno, no tenías por qué venir vestida solo con un camisón y exhibir toda tu figura frente al fuego.

—¡Oh!

Se tapó la boca con ambas manos, consternada, se dio la vuelta y corrió hacia su carromato.

Él la siguió pisándole los talones a zancadas largas y rápidas.

—De todas formas, no deberías llevar eso. Solo un novato se quita la ropa por la noche en un viaje como este.

A la sombra de su carromato, se dio la vuelta para defenderse. La suave tela blanca se arremolinó de un lado a otro entre sus pies descalzos.

—¡No soy una novata!

—¿Resistiría esa cosa de encaje un paseo salvaje para ayudar en una estampida?

Ella miró la prenda y se llevó una mano a la garganta.

—Solo hay encaje en la parte superior, así que sí, probablemente lo haría, pero eso no viene al caso —dijo con fiereza, manteniendo la voz justo por encima de un susurro—. No necesitas preocuparte por mí. Puedo cabalgar desnuda si es necesario.

—A mí me parece bien —le susurró él, con una risita casi insonora—, pero podría ponerse un poco incómodo para ti.

—Posees un ingenio tan increíble que me parto de risa.

—Me alegro de que aprecies algo de mí, ya que no apruebas mis tácticas de guardaespaldas.

Incluso a la tenue luz de la luna, él pudo ver la obstinada posición de su barbilla mientras ella se erguía aún más.

—No es de ser un buen guardaespaldas meterse con alguien después de saber que es un amigo.

—Tu amigo. ¿Y dónde entra él para darme las gracias por protegerte? Él no es tu dueño.

—Él es...

—Sí, lo sé. Comprensivo. Bueno, pues antes de que el hombre comprensivo regrese, necesitas ponerte algo más de ropa. O, mejor aún, métete en tu saco de dormir. No es momento de estar sentado de visita la mitad de la noche.

—Estaré sentada toda la noche cuando me plazca —espetó ella—. Y cuando quiera órdenes tuyas, te las pediré.

—Como quieras. —Se dio la vuelta y se dirigió a su cama. Luego, se detuvo, dio media vuelta y regresó—. ¿Y cómo demonios sabía ese imbécil que eres gruñona cuando te despiertan de golpe? Ni siquiera yo lo sabía.

Había saltado al portón trasero del carromato. Lo miró por encima del hombro.

—Terrence me conoce desde hace mucho más tiempo que tú.

Se dio la vuelta, levantó la puerta de lona, desapareció dentro y la cerró tras de sí acaban de dar una bofetada rápida y furiosa.

Caminó hacia su cama y le dio una patada con la punta de la bota. Sería un esfuerzo inútil intentar siquiera dormir de nuevo esa noche, pues se sentía como pollo sin cabeza. Pero se obligó a quitarse las botas y estirar el cuerpo sobre las mantas. Si no lo hacía, estaría pendiente de si Alyson salía de su carreta, vigilándola a ella y a Terrence «El comprensivo», esforzando su famoso oído para averiguar qué decían.

Que Dios lo ayudara, ¿lo estaban dominando los celos? ¿Qué le pasaba?

Llevaba demasiado tiempo sin tener a una mujer cerca, eso era todo. Incluso en las pocas ocasiones en las que había estado en una ciudad y no enfrascado en algún trabajo, ninguna mujer le había parecido lo bastante buena como para estar con ella, y Alyson sí. Era tan sencillo como eso.

Estiró más las piernas, cruzó los tobillos, también las manos por detrás de la cabeza, y se quedó mirando las estrellas. Ahora brillaban más. Parecían plumas blancas. Lo tranquilizarían.

Pero, en sus entrañas, la agitación rugía fuerte. Se obligó a ignorarlo y a pensar.

Había reaccionado de forma exagerada al ver que alguien se acercaba al campamento sin avisar, eso era todo. Ni siquiera había sentido una punzada en el cuero cabelludo o un escalofrío que le recorriera la columna vertebral antes de que aparecieran Fred y su brigada a lomos de los caballos, así que ahora le estaba dando demasiada importancia.

Alyson salió de su carreta; él oyó el roce de sus pies en el estribo y el suave golpe cuando cayó al suelo. Giró la cabeza para poder verla mientras se dirigía hacia el fuego.

¡Ajá! Se había vestido. Al menos, quizás, le había metido una lección de sentido común en la cabeza.

Necesitaba llevar a cabo su plan de seducirla pronto, muy pronto, para poder dejar de pensar tanto en ella. Sin embargo, tratándose de Alyson, probablemente le interesaría aún más, en lugar de aburrirle, después de tenerla en su cama. No podía pensar en ninguna mujer que hubiera conocido que pudiera afectar a sus emociones como ella, que pudiera hacer que se volviera loco en un santiamén y pensara en ella todo el tiempo.

Pero solo era deseo. Que Alyson fuera la mujer más intrigante, además de la más hermosa, con la que jamás había estado rodeado después de tanto tiempo, no tenía nada que ver con lo que

sentía.

Terrence acercó sus caballos y Alyson fue hacia él. Hablaron en voz, así que Jack no pudo escuchar lo que decían. Luego, descargó lo que parecía una tonelada de cosas de un caballo y su montura del otro.

Dios mío, ¿se estaba mudando? ¿Seguro que no había venido con la idea de quedarse hasta el final? Por la descripción que Alyson había hecho de él, no parecía del tipo de los que se quedaban pro el camino. Pero quizá quería escribir poemas sobre el viaje.

Ese pensamiento absurdo le hizo ponerse boca abajo para así no poder verlos más. Por supuesto, Terrence había cabalgado concienzudamente hasta aquí para hacer su petición y rogarle a Alyson que cambiara de opinión sobre casarse con él. Y ella le había dicho que le gustaba, que no era uno de esos hombres a los que no podía soportar. Así que eso era lo que debía hacer: casarse con Terrence. Renunciar a esa locura y casarse con ese hombre, irse a casa con él, dejar el ganado suelto en su rancho y tener una docena de bebés juntos.

Se obligó a pensar en ello todo el tiempo que pudo. A intentar visualizarlo.

No, eso no funcionaría, después de todo. La pequeña y escandalosa Alyson le daría una paliza al reflexivo Terrence, y eso sería todo. Puede que Terrence supiera que ella era una gruñona cuando se despertaba de sopetón en mitad de la noche, pero él, Jack, sabía que ella tenía que labrarse su propio futuro. Tenía que dirigir su propio rancho, sin importar lo que tuviera que hacer o pasar para conseguirlo.

Por lo que había tenido que pasar para conseguirlo. Alyson se mostró decidida hasta conseguir que su rebaño atravesara el bloqueo de Fred. No importaba lo asustada que hubiera estado, su terquedad era mayor. Había ocultado su miedo, se había mantenido fría y rápida de reflejo y, la próxima vez, estaría mucho más segura de lo que debía hacer. Sonrió, recordando.

«No vuelvas a arrebatarle las riendas».

Sí, el pobre Terrence había arriesgado su vida acercándose sigilosamente al campamento de Alyson para nada. Por muy considerado que fuera, no tenía ninguna posibilidad.

Sin embargo, a la tarde siguiente, cuando el sol se había ocultado hacia las dos, Jack empezaba a pensar que podía estar equivocado sobre la respuesta de Alyson a su antiguo pretendiente. Terrence y Alyson habían cabalgado juntos hacia el oeste al amanecer para hacer algunas fotografías, prometiendo que volverían a los carromatos al mediodía. No habían aparecido.

La mayor parte de las mochilas que Terrence había sacado de sus caballos la noche anterior estaban llenas de cámaras y de todo tipo de equipos y suministros para acompañarlas. Eso y libros. Pero él y Alyson llevaban fuera el tiempo suficiente para conseguir fotografías de todo el paisaje. Tal vez estuvieran haciendo algo muy distinto.

Ese pensamiento lo puso más gruñón, incluso, de lo que lo había puesto su escaso sueño la noche anterior. ¿Dónde demonios se habían metido? No era propio de Alyson dejar que otro eligiera el lugar de descanso y, ahora, mierda, sería él quien tendría que elegir dónde pasar la noche si ella no volvía pronto. Había estado explorando solo todo el día.

—Vaya —dijo, y Border Crossing se detuvo.

No iba a seguir por el sendero ni un paso más. Iba a encontrar a Alyson, y si se topaba con

ellos dos en una situación de intimidad, pues mala suerte.

Giró el caballo y se dirigió sin premura hacia el oeste. Se abrirían camino hacia el sudeste mientras hacían las fotos, había dicho Alyson, y, al mediodía alcanzarían a los carromatos o, como mínimo, al rebaño.

Peck llevaba una pistola de seis tiros, pero había sido lento intentando desenfundar cuando Jack se le había acercado sigilosamente en la oscuridad. ¿Y si Simmons tenía hombres merodeando al oeste del sendero?

La imagen que ese pensamiento le trajo a la mente le revolvió las entrañas. Detuvo el caballo en lo alto de una subida y se paró en los estribos para otear el paisaje que tenía delante.

Parches de flores silvestres —púrpuras y amarillas y de un azul intenso que le recordaba los ojos de Alyson— crecían en grandes manchas extendiéndose por la hierba reverdeciente, pero no vio señales de dos caballos con jinetes a pesar de que esta era probablemente la elevación más alta en quince o veinte millas. El corazón le dio un vuelco y se echó hacia atrás para coger los prismáticos de la alforja sin apartar la mirada de la tierra. Si ese idiota de Peck les había dejado atrapados en algún recoveco o perdidos por ahí..., pero Alyson tenía un buen sentido de la orientación, aunque él no lo tuviera...

Levantó los prismáticos y miró, Los ajustó y volvió a mirar. Dos caballos salieron de un grupo de árboles en la base de la siguiente colina y se dirigieron hacia el este a paso ligero. Estaban muy lejos, demasiado para que él los hubiera visto a simple vista.

Su corazón cayó en picado. Uno era un alazán alto y espigado, seguro que era Trueno, y el otro era un gris como el de Peck. Lo único malo era que ambas monturas estaban vacías.

No vio a nadie en los árboles de por detrás. Dejando caer de nuevo los prismáticos en la bolsa, pero manteniéndola abierta contra su pierna, aflojó su arma en la funda y se dirigió hacia ellos. Aquel acto, por alguna razón, le recordó a Jason.

A Jason le habría encantado esto. Siempre le había gustado cabalgar hacia lo desconocido... hasta aquella última vez.

Entonces, la culpa lo atravesó. Anoche no había pensado en Jason ni una sola vez durante todas aquellas horas de insomnio. Alyson había conseguido sacar a Jason de su cabeza. De algún modo, eso lo hizo sentir más culpable que nunca.

Los dos caballos que estaba sueltos acudieron junto a él y dejaron que los cogiera, así que se puso en marcha a través del sendero trasero, guiándolos. Se dio cuenta de que Trueno cojeaba, pero no se bajó del caballo para ver qué pasaba, sino que siguió bordeando el prado, escudriñando, intentando ponerse a cubierto y, a la vez, no ir demasiado rápido para que el caballo pudiese seguirle el ritmo. Aunque, si era necesario y surgía algún peligro, tendría que dejarlo atrás.

Rezando en silencio para que Simmons no tuviera nada que ver con el hecho de que Alyson y Peck no estuvieran, se acercó a Border Crossing y, finalmente, cabalgó cerca de los árboles hasta llegar al lugar donde habían visto en un principio a los caballos. Tras cabalgar unos pocos metros más, llegó a la orilla de un arroyo caudaloso. El rastro que los caballos habían dejado en la hierba se veía a ambos lados del agua.

Entonces, levantó la mirada y los vio, a Peck y Alyson, caminando despacio colina abajo y hacia el arroyo, los brazos de Terrence cargados con el equipo fotográfico y los de Alyson con

dos libros gordos. Jack respiró hondo y aliviado.

—Si solo nos hubieras dicho que querías ir caminando hasta Texas, te habríamos dejado hacerlo por el sendero —gritó, enviando a Border al arroyo junto a los otros caballos para que bebiera y se reuniera con los demás—. Parece que vamos a tener que conseguirnos unos carros para meter vuestro botín.

—¡Eres muy gracioso! — le gritó Alyson en respuesta.

—Ojalá pudieras verte la cara de enfurruñada —bramó él.

Eso la hizo reír. Ese sentimiento traicionero de fascinación que sentía por Alyson volvió a florecer, agujereándole las entrañas de Jack.

—Me alegro de que hayas atrapado a los caballos —le dijo, Alyson deteniéndose para dejar las cosas que llevaba en los brazos sobre la hierba—. Sombra puede cargar con estos libros.

—Sí, gracias, Jack —dijo Peck—. Sabíamos que nos encontrarías, pero temíamos que los caballos hubieran tomado el camino equivocado intentando encontrar a la manada.

Jack le lanzó a Peck las riendas de su caballo y se paró en el estribo para desmontar.

—Tu caballo se ha hecho daño en el corvejón, Alyson, así que tendrás que cabalgar conmigo.

Cerró la boca. ¡Parecía Cookie, diciendo obviedades! Solo había que ver a Peck y todos los trastos que tenía y que debería colgar sobre su caballo para darse cuenta de que sería imposible que otra persona cabalgara con él.

Alyson corrió hacia Trueno y se abrazó a su cuello, luego lo rodeó para examinarle los corvejones. Jack fue hacia ella.

—Creo que se lo cortó con una roca al bajar de la colina —murmuró—. El caballo de Terry se asustó y comenzó a galopar fuerte y, claro, Trueno lo acompañó, y él nunca hace eso.

—¿Qué los asustó? —Alyson no contestó.

—Le disparé a una serpiente de cascabel —contestó Peck mientras llenaba hasta casi los bordes las bolsas de su montura—. Mi caballo aprovecha cualquier excusa para volverse loco.

—¿Le disparaste?

—Sí.

—Lentas como son en esta época del año, podrías haberle dado al segundo intento.

—Tenía miedo de darle a Alyson —se excusó—. Se estaba acercando mucho a ella. —Jack lo miró incrédulo.

—Cuéntame —dijo apretando los dientes—. ¿Qué pasó?

—Salté del caballo —dijo Alyson—. Soy rápida, así que no ha pasado nada. —Le tocó el brazo a Jack para que la mirara, apartando de paso la mirada del rostro preocupado de Peck—. Ya se siente bastante mal y yo estoy bien. Llevemos a Trueno al arroyo y pongamos la herida en agua durante unos segundos. El frío le bajará la hinchazón y luego lo dejaremos ir a paso normal hasta donde está el rebaño.

—Nos llevará hasta el anochecer alcanzarlos —murmuró Jack disgustado. Alyson le dirigió una mirada de advertencia.

—Bajaré al arroyo en un minuto —dijo Peck—. Quiero equilibrar esta carga, aunque no debería hacer ni una cosa buena por este odioso animal.

Acariciaba el cuello del caballo mientras hablaba.

—Terry, malcrías a todos tus animales y por eso no te obedecen —dijo Alyson.

Jack se mordió la lengua. Había estado a punto de hacer la misma objeción, pero de una forma mucho más dura.

—Terry es demasiado bueno —murmuró Alyson en voz baja mientras llevaban a Trueno junto al arroyo—. No soporto verlo dolido. Se lo toma todo muy a pecho.

Jack puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. —Le dio un pequeño golpe en el costado para darle énfasis a sus palabras.

—¡Muy bien, muy bien! ¿No me he mordido la lengua?

—Sí, y te lo agradezco.

—¿Cómo es que nunca te preocupas por mis tiernos sentimientos? No solo no me defiendes ante la gente, sino que tu lengua ha llegado a arrancarme la piel en largas y finas tiras de sufrimiento

Ella se rió.

—Porque eres un tipo duro.

Tuvieron la herida de Trueno a remojo durante el tiempo que tardó Peck en recoger sus cosas, que fueron unos quince minutos. Cuando Peck montó y se dirigió hacia ellos, Jack puso agarró a Alyson de la cintura. Podía abarcarla con sus dos manos.

La alzó en el aire y la colocó en su silla de montar. Ella sintió como si estuviera flotando, aunque no pudo evitar el grito de sorpresa. Se aferró con fuerza a las riendas de su caballo.

—¡Podrías haberme dicho simplemente que montara!

—Sabemos que no eres buena siguiendo órdenes. —Sus manos permanecían aferradas a su cálido cuerpo—. No tengo tiempo para discutir.

—Tienes que ejercer de jefe cada vez que puedes. —Él la ignoró.

—Guía tú —dijo seco, empujando a Trueno para que se colocara junto a Border y así poder montar—. Así tendré la mano libre para disparar en caso de ataque de una serpiente.

Miró por encima del hombro a Peck para ver si lo había oído.

—Pórtate bien —siseó.

Jack metió la puntera de su bota en el estribo y se sentó detrás de ella.

La dulce curva de su cadera presionó contra su entrepierna y la forma perfecta de su pecho rozó el interior de su brazo cuando él recogió las riendas. Un profundo estremecimiento de deseo le recorrió las venas.

Inclinó la cabeza y apretó la mejilla contra su fragante cabello, oliendo su jabón y el ligero sudor de su piel. Quería volverle la cara y besarla más de lo que había deseado nada en su vida.

Pero, en lugar de eso, colocó sus labios en su oreja y gruñó.

—No vuelvas a escaparte sola con él si quieres que siga siendo tu guardaespaldas.

—Al diablo con lo que dices —espetó ella, rápida y feroz—. No tengo que pedirte permiso para ir a donde quiera.

Intentó girar la cabeza, pero él mantuvo su mejilla contra la suya. Ella apretó los dientes.

—Terrence no es un peligro para mí, señor Guardaespaldas —siseó, con la barbilla alzada—. Nunca me levantaré en el aire y me arrojaré a su caballo como si fuera un bistec, por ejemplo.

—No. Terrence no lo haría, ¿verdad?

Su piel también olía a flores. Levantó la cabeza y dejó que la de ella se encajara en el hueco de la base de su garganta. Alyson se sentó recta y se inclinó lejos de él.

—Me has tirado el sombrero —dijo Alyson, y tiró de él, que colgaba su espalda, para volver a ponérselo sobre la cabeza.

La brisa le agitó un mechón de pelo y se lo pasó a Jack por los labios. Ella no estaba pensando en el sombrero y él lo sabía por el tono ronco de su voz. Estaba pensando en lo que él acababa de decirle.

Tras unos minutos, ella se retorció entre sus brazos para volverse y mirar a Terrence.

—Más despacio, Jack. Ese caballo va muy cargado y estamos siendo unos groseros al dejarlo atrás.

Todo lo que él oyó, realmente, fue el sonido de su nombre en sus labios. A pesar del tono molesto que ella había usado para hablarle, a él le pareció delicioso. Sintió como si un río de lava fluyera por sus venas.

Al instante siguiente, ella lo transformó en un torrente.

—Jack, ¿me enseñarías a disparar? He decidido que necesito llevar un arma encima.

—¿Qué demonios dice? Alyson, eso sería un insulto mientras esté a tu servicio.

—¿Qué me decías no hace ni dos días? Que cuidara de mí misma cuando tú no estuvieras.

O cuando Terrence estuviera cerca. ¿Era eso? ¿Estaban yendo las cosas entre ellos por el camino opuesto al que él había supuesto, y ella quería aprender para que así, al menos, uno de los dos supiera disparar?

Una cosa sabía con certeza sobre las mujeres: eran protectoras con la gente a la que querían. Y, estaba claro, Alyson quería proteger a Terrence.

—Y no infravalores a Terry burlándote de él —le objetó—. Nació en el oeste y creció en Colorado. Su padre empezó su rancho allí no mucho después de que nosotros nos mudáramos y papá empezara el nuestro.

—No me digas —dijo Jack, mirando por encima del hombro para ver al cargado Terrence acercándose a ellos—. Bueno, una cosa está clara: no es tejano.

Para su sorpresa, en lugar de lanzarse a defender de Terry, Alyson se echó a reír.

—Pero yo sí. Nací en Nacogdoches, Por eso tengo que aprender a disparar. Para no

deshonrarte a ti y a todo el estado de Texas en una pelea.

—De acuerdo —masculló, aunque tenía la mandíbula rígida porque no le hacía mucha gracia—. Empezaremos tan pronto comoelijamos el lugar en el que pasaremos la noche.

—No, no. Espera a que Terry se haya ido.

Por lo visto, no pensaba marcharse con Terrence. Algo en su interior se relajó un poco.

—Terry necesita unas buenas lecciones de tiro —susurró. Ella soltó una risita.

—Puede que sí, pero no quiero hacerlo sentir mal. —Fingió estar sorprendido.

—¿Crees que lo harías quedar tan mal?

—Sé que lo haría.

Esa cálida sensación que ella siempre le provocaba volvió a recorrer a Jack. No presumiría y bromearía así con nadie más, y no se iba a ir a casa con Peck.

—Hablas como un verdadero tejano —le dijo, y relajó el galope para que Terrence los alcanzara.

Capítulo 8



Jack observó cómo Alyson colocaba las cajas de munición extra sobre una roca para mantenerlas alejadas de la hierba mojada por el rocío. Ahora no parecía triste, pero había cuidado de Terrence Peck hasta que él y su caballo se habían convertido en una diminuta mancha negra y luego habían desaparecido por una colina.

—Me voy a aquella parte de allí a comprobar la cuerda y la estaca de Trueno una vez más —le dijo—. Puede que ahora siempre se asuste con los disparos.

—No hay ningún peligro acechándonos. Eso ayudará. —Mientras la veía moviéndose hacia su caballo, volvió a hablar—. Revisa todo lo que quieras, pero no toques nada. Lo cerré bien hace un minuto, cuando salieron los carros.

Ella se detuvo en seco y se volvió, con las manos en las caderas. Él sonrió. Estaba enfadada, y eso haría que se olvidara de Peck. ¿Por qué insinúas que no podría estacar un caballo yo sola? —le gritó ella.

Él se apartó deliberadamente y dispuso otras dos herraduras vacías a lo largo del árbol muerto que les había suministrado leña la noche anterior. Se contuvo para no deshacerse del espacio que los separaba en dos zancadas, estrecharla entre sus brazos y besarla. La marcha de Peck le había supuesto un alivio. Tanto, que estaba a punto de hacerle perder el control.

—No he dicho nada de eso —le contestó en su tono más razonable. Por cierto. Tu chico, Billy, golpeó la estaca con una rueda cuando siguió a Cookie fuera del campamento. Estaba demasiado ocupado enseñando al viejo Jasper a sentarse a su lado en el carro como para mirar por dónde iba.

Alyson, despacio, se dio la vuelta y caminó de nuevo hacia él. Apartó la mirada y miró al horizonte.

—Por una parte, estoy celosa de que Jasper esté tanto con Billy, pero también me alegro. Evita que se desgasten sus pobres patas andando todo el día, y Billy lo necesita.

—Bueno, y yo necesito que dejes de pensar en tus hombres, los perros y te centres en el tiro. Tu caballo no puede soltarse y Terry no está aquí para asustarlo.

—No me puedo creer que Terry haya venido hasta aquí para buscarnos y que luego haya cabalgado cuatro días más por el sendero. Tardará una semana en volver a casa.

Colocó la última lata en su sitio y se volvió, yendo a su encuentro.

—No me importa cuánto tarde, solo me alegro de que vuelva a casa —dijo.

Alyson parecía lo miró con ojos saltones, como si la hubiera sorprendido tanto a ella, como a sí mismo, lo que acababa de soltar. La sorpresa la hacía parecer muy entrañable.

—Vaya, Jack, si no te conociera mejor, diría que estás celoso.

Ella le dedicó una sonrisa coqueta, pero él se las arregló para no devolverle la sonrisa y para no pararse demasiado cerca.

—Para nada, y tampoco tengo nada en contra de él. Solo estoy cansado de escuchar tanta poesía cada vez que comemos, eso es todo.

—Es la tontería más grande que he escuchado nunca —dijo ella, yendo a recoger la munición.

—Déjalo. Empezaremos a dispararte desde ahí.

Él la siguió, intentando dejar de mirarla, tratando de averiguar exactamente por qué se alegraba tanto de la marcha de su invitado. No era asunto suyo quién entraba y salía de la vida de Alyson, siempre que no amenazara su bienestar físico. Y Peck, estaba claro, no lo hacía. Al menos no directamente.

—Bueno, quizá solo durante el almuerzo y la cena —dijo Alyson, volviendo a la conversación—. Tengo que reconocer que se lo veía demasiado cansado, estaba frotándose los ojos y engullendo café, como para recitarnos poemas durante el desayuno.

—Terry no está acostumbrado a madrugar ni a trabajar —le informó ella—. Su padre siempre ha contratado a gente para que hicieran el trabajo.

—Bueno, más le vale a Terry que nunca pierdan su dinero. No estoy seguro de que pudiera cambiar esos poemas por comida. Las fotografías, tal vez.

—¿Qué te dijo cuando se despidió? —preguntó Alyson.

Ah. Así que ahí tenían la verdadera razón de tanto interrogatorio. A lo mejor, no estaba dejando ver cómo se sentía en realidad por la marcha de Terry. Aunque, bueno, podía ser solo curiosidad. Tenía que reconocer que Alyson era una mujer muy curiosa.

«Me dijo que cuidara bien de ti, y lo dijo de un modo que sonaba como si te estuviera entregando a mí», pensó.

—Me dijo que te vigilara bien siempre que tuvieras un arma en la mano.

—¡Eso no es cierto!

Jack le hizo un gesto para que empezara a entregarle balas para llenar las trabillas de su pistolera.

—Será mejor que te concentres en disparar en lugar de en tus antiguos pretendientes. Cada vez que cojas un arma, no puedes pensar en otra cosa. Tú eres la responsable de dónde va tu bala.

—¿No me vas a dejar llevar esa funda?

Ella alargó la mano taca tocarle la hebilla, pero él dio un paso atrás. No era el momento de que ella lo tocara, no con sus ojos brillando tan azules y escudriñando los suyos con esa sonrisita torcida en los labios.

Y ella también lo sabía. Como de costumbre, le estaba leyendo la mente.

—Tú eres la que quiere recibir lecciones de tiro —le espetó—. Así que, presta atención.

—Sí, señor. —Respiró hondo durante unos segundos—. Tú también presta atención, Jack.

Eso los hizo reír a ambos. Se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos. Él cambió el semblante a uno serio, obligando a su cabeza a no pensar en sus ojos ni en las bromas que se estaban lanzando. Usó el tono de voz más solemne que encontró.

—Aprender a usar un arma podría salvarte la vida alguna vez, Alyson, pero también podría hacer que te mataran.

—Eso ya lo sé. Llevo un rifle todo el tiempo conmigo desde que murió mi padre, después de revisar todos los papeles y comprobar lo traicionero que es Simmons.

—¿Eres buena con la escopeta?

—No soy mala. He practicado bastante.

—Esto es muy diferente, así que presta atención. —Sacó la pistola de la funda y se la dio —. Usa las dos manos, una para apuntalar la otra.

Se colocó detrás de ella para agarrar el arma e, inmediatamente, tuvo que contenerse no rodearla con los brazos y colocar sus manos sobre las de ella. Palabras. Podía hacer todo esto con palabras.

—Bloquea los codos —le ordenó mientras la boca del cañón se agitaba en un círculo cada vez más amplio.

—Esta cosa es más pesada de lo que parece —siseó Alyson.

—Puedes hacerlo. Ahora, elija una lata y mira a lo largo de la parte superior del cañón, a través de las miras.

Ella hizo lo que él le dijo, manteniendo el arma nivelada durante unos segundos. Vaciló.

Como un acto reflejo, él le agarró las manos y la estabilizó. Ese fue su primer error. Las curvas de sus pechos se apoyaron en el interior de sus brazos.

—¿Has elegido tu objetivo? —Su propia voz sonaba tan áspera que apenas la reconoció.

—La del medio. —Su voz sonaba baja, ronca y quebradiza.

Ella también lo sentía; esa fuerza casi insoportable que tiraba de ellos, del uno hacia el otro.

Él no podía pensar en otra cosa que en volver a enfundar la pistola, estrecharla entre sus brazos y colocarla debajo de él. Aquí mismo. Pero, en lugar de hacer eso, separó más los pies y hundió los talones de sus botas en el suelo.

—Podrías enderezarte un poco más —graznó, y ella le hizo caso. Ese fue su segundo error. Ella le lanzó una mirada de ojos azules por encima del hombro.

—¿Así está bien?

No. Retrocede un paso. Acércate más a mí para que ya no tenga excusa, así podremos hacer el amor y no me sentiré culpable.

—Bien.

Maldita sea, tenía que controlarse. Tenía que acabar con esto para que pudieran alejarse el uno del otro, subirse a sus caballos, por separado, y permanecer en ellos, si Dios quería, hasta que estuvieran demasiado agotados para moverse cuando desmontaran mucho después del anochecer. Mucho tiempo después del anochecer que él no pudo ver su hermoso rostro con

forma de corazón.

Excepto que siempre lo veía cuando cerraba los ojos.

—Ahora, cuando estés lista para disparar —le dijo, ayudándola a amartillar el arma—, aprieta el gatillo. Despacio. No lo aprietes rápido.

Apartó las manos de las de ella y se metió los pulgares, tan fuerte como pudo, en los bolsillos delanteros. Le dolía todo el cuerpo por la contención que hacía de no posarlos sobre ella.

Ella hizo lo que él le había dicho, incluso inspiró hondo y dejó escapar el aire despacio mientras apretaba el gatillo. El disparo restalló en la quietud de la madrugada. Una de las latas, la que estaba junto a la del medio, salió volando.

—Maldita sea —masculló entre dientes y tras recibir una sacudida por el retroceso.

Él la cogió por los hombros.

—No deberías decir palabrotas —dijo en tono de burla—. Por lo menos le has dado a algo en tu primer intento.

Ella le sonrió, miró al frente, entrecerró los ojos y volvió a apuntar.

—Esta vez no te diré a cuál apunto.

—El engaño y la mentira conducen a un camino ancho y recto que solo va cuesta abajo —la reprendió—. Será mejor que seas sincera con tu profesor.

Alyson soltó una risita. Un sonido bajo y despreocupado que le calentó la sangre.

—Voy a adoptar una postura mejor. Y deberías sujetarme, para cuando esta cosa me tire hacia atrás.

Puso sus botas justo dentro de las de él, y sus caderas rozaron su muslo.

A la mierda con la rectitud. No era un santo, y sería el primero en admitirlo si era necesario.

De forma deliberada, colocó sus manos sobre su cadera. Eso provocó que Alyson soltara un jadeo, y giró la cabeza para mirarlo. Él capturó su mirada con la suya y se la sostuvo. Presionó las palmas de las manos contra ella y las deslizó lentamente, con firmeza, sobre su vientre plano. La rodeó con audacia mientras la miraba a los ojos. Abrió los ojos de puro placer. Devoraron su rostro.

El verdadero pecado en este trato era no besarla.

La pesada pistola cayó a su lado. Levantó una mano para acariciar su delicado hombro y la deslizó despacio por su brazo, saboreando la forma y el tacto de su suave de su piel. Sus delicados dedos. Se agacho a por el revolver y lo enfundó.

Después, le apretó el vientre con una mano para atraerla de nuevo contra él, para mecer sus pequeñas y redondeadas caderas contra su cuerpo, para enterrar su rostro, solo por un instante, en su fragante cabello. Pero su boca se moría por probar de nuevo su saber, y se vio acunando su mejilla con una mano y girándola para que lo mirara a la cara.

—Alyson —dijo su nombre muy bajito contra su boca, con esa voz de terciopelo que tenía. Se derritió aún más contra su cálida dureza. Sentía que su cuerpo cedía. Que el deseo por besarla

lo asaltaba.

Más le valía que Dios la protegiera, porque hacía tiempo que había dejado de protegerse a sí misma. Tenía que volver a tener la boca de Jack sobre la suya o morir.

Pero más que el beso, quería su piel contra la piel de él. Cada centímetro de su ser exigía sentir cada centímetro suya, mientras su boca suplicaba besarlo. Deslizó las palmas de las manos por su pecho hasta subir a su rostro y colocárselas sobre las mejillas, pero él ya estaba devastando su boca, sacándole el aire del cuerpo para no volver a devolvérselo.

Sin embargo, sí se lo devolvía, porque se convirtió en la fuente que le proporcionaba el aire que ella necesitaba para respirar.

Su cuerpo reclamaba su tacto. Sus pechos se tensaban ante la sensación de sentir sus manos, calientes y duras, sobre ellos. Sus brazos rodeaban su cintura y la estrechaban contra él. Tenía que pronunciar su nombre. Tenía que sentirlo aún más.

—Jack —susurró contra sus labios—. Jack.

Él tomó su cara entre sus grandes manos y la hizo caer en el mundo caliente y meloso que era su boca. Besó cada pensamiento que pasaba por su cabeza y cada pizca de fuerza de su cuerpo. Se habría caído si él no la hubiera estado sosteniendo.

Cuando él se separó y se quedó acariciándole la espalda, el brazo y la curva de su hombro con tanta suavidad, como si fuera algo precioso hecho de cristal, ella se aferró a él, mirándolo a esos ojos tan oscuros y profundos.

—Estamos solos —dijo él—. Todos los demás se han ido.

Corría el riesgo de perder la cordura, aquí y ahora. Había anhelado su beso todos esos interminables días desde el primero que se habían dado, hasta que ya no podía ni pensar. Si hacían algo más, mucho más que besarse, estaba convencida de que acabaría deseándolo para siempre.

—Lo sé. —Le pasó el dedo por la curva de su rostro, tal y como había deseado hacer desde la primera vez que lo vio—. Pero nosotros también tenemos que seguir, y pronto.

Jack buscó su pecho y se lo estrujo.

—No tan pronto.

El anhelo la inundó en una oleada tan poderosa, que se balanceó hacia él. Más concretamente, a su mano. Jack le pasó el pulgar por el pezón, que estaba duro y anhelante. Incluso a través de la camisa pudo sentir su fuerza, sus callos. Su habilidad.

Era evidente que Jack Coulton sabía lo que hacía cuando se trataba de mujeres. ¿Cómo podía esperar ser ella su única mujer?

Sin saber cómo, consiguió dar un paso atrás para alejarse de él, aunque sentía que tenía los pies pegados al suelo.

—Jack, ¡tenemos que terminar mi lección! Y tenemos que coger los carromatos e ir más allá, mucho más allá, para encontrar un lugar en el que descansar.

El rostro de Jack cambió a uno más frío. Retiró las manos de su cuerpo.

—¿Sigues pensando en Terry? Eso es, ¿verdad? Bueno, ¿por qué no aceptaste su oferta y

volviste con él? En realidad. pensé que lo harías.

Giró sobre sus talones y se alejó. Por primera vez desde que lo había conocido, no pudo ver en sus andares esa seguridad y determinación que lo caracterizaban. Todo lo que pudo ver en su cuerpo fue enfado. Él no la conocía. No sabía nada de ella. Ni siquiera intentaba conocerla, o habría visto sus verdaderos sentimientos por Terry.

Y por él, ‘maldita sea! ¿No podía ver la diferencia?¿Creía él que lo besaría como acababa de hacerlo si estuviera pensando en Terry?

No, porque él ni siquiera había pensado en ello con cabeza. No había mirado. Ni siquiera había intentado ver un poco más allá de sus propias narices. Y eso que era el gran señor Jack Coulton, guardaespaldas y explorador extraordinario, que nunca se perdía una señal en un rastreo. Ella no era para él más que otra mujer. Una más. Menos mal que no había hecho el amor con él. Ahora, sabiendo cómo se las gastaba, nunca lo haría.

Aunque se había prometido no hacerlo, estuvo pensando en él mientras cabalgaban hacia el sur en un silencio incómodo. Desde que él la había besado la primera vez, —no, para ser brutalmente honesta, desde que había abierto los ojos y lo había visto mirándola, sosteniéndola entre sus brazos en medio de la calle en el pueblo—, se había preguntado cómo sería estar entre sus brazos en una cama. Había mantenido esa pregunta como un secreto, como si fuese algo solo suyo, porque era bastante atrevida y chocante.

Pero si lo pensaba bien, ¿hacer el amor con él no encajaría en su idea de vivir una experiencia nueva cada día... y cada noche?

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Ella le lanzó una mirada desdeñosa—. Bueno, perdona que te lo pregunto —hablaba con un tono irritando—. Pero para alguien que siempre está empeñada en provocar una pequeña discusión para pasar el rato, estás muy callada. —Se sacó el reloj del bolsillo y lo examinó—. Yo diría que durante una hora entera o más.

Frunció el ceño, sacudió el reloj y luego se lo acercó a la oreja.

—Sí, está en marcha. Creo que está bien. Vaya, Alyson, hace casi casi dos horas desde que dijiste tu última palabra.

—He decidido mantener mi promesa de no hablar contigo. Ya sabes: la promesa que te dio tantas esperanzas.

—Demasiado tarde. Has hablado tanto en el pasado, que me has despertado la curiosidad.

Ella se volvió hacia él.

—¡Eso no es verdad! No te has preocupado por averiguar lo más mínimo sobre mí en todo este tiempo, ¡así que ahora no me digas lo contrario!

Él arqueó sus cejas oscuras.

—Bueno, yo no diría eso. Sé que tienes un carácter de mil demonios y un corazón de piedra.

Ella entrecerró los ojos y le dirigió una mirada despiadada.

—Solo porque no te dejé salirte con la tuya. Qué egoísta.

Levantó una mano en el aire señalándolos a ambos.

—No hablo solo de mí, también está el pobre Terry, tienes que admitirlo. Llegaré a casa después de haber estado cabalgando durante una semana entera en un caballo que podría habersele escapado o abandonarlo, por lo que sabemos. De hecho, puede que Terry haya tenido que volver a casa andando, lo que le habría llevado bastante más que una semana...

Lo interrumpió bruscamente.

—¿Tiene algún sentido esta diatriba incoherente?

Él le dedicó esa sonrisa sabelotodo que tanto utilizaba.

—La cuestión es que lo trataste sin corazón después de que él pasara por tanto solo para verte y recitarte poesía y darte una oportunidad más de casarte con él.

—No —dijo ella de forma sarcástica. Como siempre, lo has entendido mal. Terry sabía, cuando cabalgó hasta aquí, que mi rechazo a su propuesta era definitivo, que mis sentimientos hacia él no eran de ese tipo. Solo quería hacer más fotos para recordarme y despedirse de nuevo.

—A mí eso me parece una tontería. —Resopló y echó un vistazo a la extensión de tierra que había ante sus ojos—. O se rompía la cabeza intentando persuadirte para que cambiaras de opinión, o se quedaba en casa y se ocupaba de sus negocios. Es una época del año muy ajetreada en un rancho.

—Ya te lo he dicho, no trabaja en otra cosa que no sean su poesía y la fotografía. Además del rancho, su familia posee la mina de oro Queen en Colorado. La mayor parte de tres condados.

—Entonces. —La miró entrecerrando los ojos—. ¿Cómo es que lo has dejado escapar?

Su enfado aumentó.

—Ese comentario es precisamente el que esperaba de ti. —Estaba furiosa—. Esta claro que te parezco una persona codiciosa, insincera y superficial a la que se puede comprar fácilmente, ¿no?

Su enfado iba en aumento.

—Vamos, vamos, no hace falta que te pongas hecha in basilisco. No estaba hablando necesariamente de ti. No te lo tomes como algo personal.

—Lo hago si dices: «Cómo es que lo has dejado escapar».

—En realidad, estaba hablando de las mujeres en general.

—Ya. ¡Justo lo que pensaba!

—Por qué te lo tomas como algo personal?

—No importa. —Agitó la mano hacia él con impaciencia—. Tengo curiosidad por saber por qué tienes tan mala opinión de las mujeres en general.

—Experiencia.

—¿Crees que la mayoría de las mujeres son tan ruines que utilizarían el dinero como razón para casarse?

Se encogió de hombros.

—No lo creo, lo he visto. He visto a buenos hombres ser rechazados porque no tenían suficiente dinero.

—No sabes lo que pasó en realidad con cualquiera de esos hombres y mujeres si no estuviste allí.

—Estuve. —Lo miró fijamente, asombrada.

—¿Estabas enamorado? ¿Le pediste matrimonio a alguien? —Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué pareces tan sorprendida?

—Tú... Bueno, no me pareces el típico hombre al que le gustaría casarse.

—Entonces, era demasiado joven para entender lo que significaba todo eso.

Sabía que seguía mirándola de forma bastante rusa, pero no pudo evitarlo.

—¿Quién era?

—La hostia. —Soltó una risita carente de humor—. Era una chica rica. No necesitaba mi dinero.

—Quizá rompió contigo porque eras un Ranger y no se podía permitir amarte porque podrían matarte.

La miró con suspicacia.

—¿Cómo sabías que yo era un Ranger? —Sonrió.

—Intuición.

—Tienes razón. Pero Mary lo sabía y estábamos más que listos para casarnos. Sus padres me invitaban a cenar, hasta que alguien les aclaró de qué familia de Coultons era yo.

—¿Eran ricos los otros Coulton? —Asintió con la cabeza.

—Sí. Los Coulton del Círculo M eran dueños de la mayor parte del condado en el que vivíamos. Una vez que los Lassiter se dieron cuenta de que se habían equivocado sobre quién era mi padre, y mi madre no volví a ver a Mary.

—¡Eso es bueno! —Alyson sonaba triunfal—. Tu novia no era una cazafortunas, su familia era una panda de esnobs.

—Es probable que el hecho de que mi madre fuera *chickasaw*, también tuviera algo que ver. Pero, por lo que sabía de su padre, nunca habría dejado que eso le preocupara si yo hubiera sido el heredero de la Compañía de Tierras y Ganado Círculo M.

—Pero la culpa es de su padre, ¿no lo ves? Te has formado una mala opinión sobre todas las mujeres cuando el verdadero codicioso en todo esto era un hombre.

—Ella le dejó salirse con la suya, ¿verdad? Podría haber huido y haberse venido conmigo. —El dolor de hacía tanto tiempo brillaba fresco y nuevo en su voz. Por muy enfadada que estuviera con él, a Alyson le dolía verlo así—. Ella juró que me amaba, y yo, joven y tonto como era, la creí.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó en voz baja.

—Dieciocho. Llevaba dos años siendo Ranger y era duro como el acero, pero me rompió el corazón.

El corazón de Alyson también se rompió en ese momento por el chico que había sido.

Y se enamoró de ese chico. Puede que ahora fuera un hombre duro, puede que fuera igual que todos los demás hombres que había conocido, su padre incluido, que eran egoístas y poco sentimentales y se consideraban el jefe de todas las mujeres, pero hacía mucho tiempo, cuando había sido solo un chico de dieciocho años, Jack Coulton había amado de verdad a una mujer.

Pero eso era entonces y esto era ahora. ¿Y qué le importaba a ella, de todos modos? Se enderezó en la silla de montar y apoyó los talones, acelerando un poco.

—Al final resulta que su padre le estaba haciendo un favor —dijo con dureza—, y ella fue inteligente al hacerle caso. No habría sido más que malo para ella.

—¡Eso no es cierto! —gritó Alyson, aunque hubiera estado de acuerdo con él solo unos minutos antes—. Ella cometió un terrible error.

Jack le lanzó una mirada de reojo. Estaba sorprendido. Espoleó a su caballo y siguió su camino. Ella lo siguió.

—Me parece una afirmación muy fuerte para que la hagas sobre un hombre al que apenas conoces.

—Te conozco... Un poco —afirmó, admirando de nuevo las misteriosas sombras que se asomaban a sus ojos.

—Crees que sí.

—La querías de verdad, eso lo sé. Y eso nunca podría haber sido malo para ella.

—Alyson. —Sonaba rotundo—. No tienes ni la menor idea de lo que estás hablando.

—Sí que la tengo. Eres un buen hombre, Jack, y la querías, así que ¿qué más podría querer ella?

—Soy un buen hombre con un arma. Por eso me contrataste, así que déjalo estar.

Encontraron un buen lugar en el que descansar, mejor que cualquiera de los que habían tenido desde que comenzó el viaje. Era un prado grande y abierto, delimitado a los lados por colinas cubiertas de árboles, con un río estrecho y caudaloso que lo atravesaba. A Alyson se le aceleró el corazón en cuanto doblaron la curva del sendero y lo vio: era un pequeño rincón hogareño situado junto al interminable sendero.

—¡Ya sé! ¡Hagamos un picnic! —dijo en cuanto llegaron al borde de este—. De hecho, quedémonos esta noche y no viajemos esta tarde. Oh, Jack, ¿no sería divertido? Todo el mundo está cansado.

Se giró para ver a Jack sonriéndole.

—Habla por ti. Yo estoy bien para recorrer cuarenta millas más por lo menos.

—Nuestros caballos pueden descansar. —Fruncía el ceño mientras hablaba—. Los volveremos a montar mañana.

—Mi caballo no necesita descansar.

—¿Qué? ¿Por qué me sonríes como si me estuvieras tomando el pelo o algo así?

—Porque lo estoy haciendo. A veces eres como una niña pequeña.

—¿Porque quiero hacer un picnic? Te sentirías mejor contigo mismo si fueras un poco más divertido. —Ladeó la cabeza como si le concediera ese punto, aún sonriéndole como si fuera una

niña de diez años—. Y no hace falta que presumas de ese jamelgo espigado que tanto te gusta montar. Mi chico puede hacerle comer el polvo cuando quieras.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Ten cuidado —le advirtió—. Vigila esa lengua tan afilada que tienes o te meterás en problemas.

—No me preocupa. Te reto a una carrera de caballos. —Sacudió la cabeza.

—¿Ves lo que quiero decir? Ni siquiera puedes esperar a que lleguen los demás para que empiece el picnic, como una niña pequeña. O... —Fijó en su rostro la sonrisa más exasperante de todas—. ¿O es que tienes miedo de que todos vean cómo le ganan a Trueno?

—Muy bien. Tú ganas. Volveremos y guiaremos a los demás hasta aquí y, tan pronto como la manada llegue, haré correr a ese cola de escoba tuyo hasta que se desmaye. Trueno puede ganarle sin problemas.

—Te van a salir callos de darte palmaditas en la espalda. Te voy a dejar tan atrás que tendrás tiempo de sobra para pensar en todo lo que has dicho.

Intercambiaron insultos juguetones durante todo el camino de vuelta a los carromatos de Cookie y Billy. Luego, tras darles indicaciones para llegar al bonito valle, se dirigieron de nuevo hacia él con Jack explorando ambos lados del sendero en largos semicírculos. Sin embargo, él nunca se perdía de vista de Alyson, y a ella eso le gustaba. Hasta que pensó en ello y se dio cuenta de lo mucho que dependía de él. Por eso, tenía a veces esos sentimientos hacia él. Por eso necesitaba aprender a disparar y a ser más independiente, para que cuando llegaran a su nuevo hogar no se sintiera tan pegada a él. Gracias a Dios, él no cabalgaba a su lado y le hablaba todo el tiempo.

Cookie y Billy no iban muy lejos cuando cabalaron por segunda vez hacia la extensión de hierba verde cortada en dos por el río plateado. El lugar pronto pareció el campamento más acogedor y hermoso del mundo, con los carromatos colocados en extremos opuestos del llano y el café haciéndose sobre el fuego. Newt entró con la remuda y el rebaño lo siguió.

Con tanta hierba y agua a mano, el ganado se acomodó rápidamente, a pesar de que no estaban muy cansados y de que solo habían recorrido algo más de la mitad de la distancia habitual en un día. En cuanto hubieron comido la comida que Cookie preparó con esmero, los hombres se sumieron de inmediato en el espíritu de la fiesta.

—Estamos celebrando que mañana cruzaremos al territorio de Nuevo México —les dijo Alyson en cuanto los primeros terminaron de comer.

—Vamos a pasárnoslo bien —replicó Cabe mientras recogía los platos sucios y los dejaba en la cesta—. No se sabe cuándo tendremos más tiempo libre.

—¡Primer evento del día! —gritó Jack, dejando también los suyos—. Nuestra jefe de arreo me ha retado a una carrera de caballos.

Los vítores no se hicieron esperar, y todo el mundo empezó a reunirse alrededor de ellos, alternando la mirada entre Jack y Alyson y sin dejar de sonreír.

—¿Qué caballos? —preguntó Luke.

—Mi alazán ruano y el suyo.

—Trueno ganará —dijo Alyson—. Todos sabéis lo rápido que es.

—Lo que no sabéis es que mi caballo corre mucho y nunca se rinde —dijo Jack—. Apostad por mí si no queréis perder vuestro dinero.

—No le hagáis ni caso —gritó Alyson—. Odiaría ver a la mitad de vosotros arruinados antes incluso de cobrar vuestra paga.

—Mi caballo obtuvo su nombre porque me llevó a través del Río Grande por entre un pasaje lleno de federales. Me ha salvado el pellejo más veces de las que puedo contar. Pensad en ello, chicos.

Alyson caminó hacia su caballo, Jack se dirigió hacia el suyo. En cuanto llegó hasta Trueno, ella se volvió y se miraron a la cara mientras la cuadrilla dejaba de apostar para mirar y escuchar.

—¿Desde ese árbol de ahí hasta el río? Y al perdedor lo tiramos al río.

Los fuertes vítores de la tripulación aprobaron el plan.

Jack ladeó la cabeza y la miró a ella y a su montura como si nunca las hubiera visto antes. Sus ojos oscuros adquirieron un brillo malvado.

—¡Adelante!

—¡A la de tres! —gritó Cookie, y se apresuró a situarse en la línea de salida. —Una vez allí, con Jack y Alyson montados y trotando hacia él, gritó de nuevo—. Cabe, tú y Luke poneos en la línea de meta por si hay alguna pregunta.

—Será mejor que te quites las botas —gritó Jack lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran, mientras sonreía a Alyson. Levantó un pie y luego el otro para quitarse las suyas y dejarlas caer, con las espuelas tintineando, al suelo—. Coge mucho aire, Alyson, porque voy a dejarte sin él cuando te tire al agua. Me alegro de que hayas pensado en lo de bañarse, hace que la carrera sea aún más interesante.

—¿Cómo es que todavía tienes ese reloj de oro en el bolsillo? —gritó Alyson—. Será mejor que se lo dejes a Cookie para que no se te estropee.

—No te preocupes por mi reloj —le contestó Jack—. No pretendo mojarme por encima de las rodillas.

—Pues te vas a llevar una gran sorpresa —se burló Alyson—. Deja aquí también tu sombrero, odiaría estropearlo.

Jack se rió.

—Preocúpate de tu caballo, por el bien de tu honor.

Los hombres se alinearon entre ellos y el río, todavía haciendo apuestas.

—Uno —gritó Cookie—, dos, tres.

El cocinero comenzó a agitar la bandana. Ambos caballos saltaron hacia delante y se estiraron al galope.

Capítulo 9



El corazón de Alyson latía lo bastante fuerte como para dejarla sin aliento. Su pelo alborotado le picaba en las mejillas, su sombrero rebotaba en sus cuerdas contra su espalda. Trueno se movía debajo ella fuerte, seguro y rápido, estirándose con confianza cada vez más lejos, alcanzando el río que brillaba frente a ellos como si nunca hubiera tenido un día tímido en su vida.

Pero el Border Crossing de Jack golpeaba junto a ellos, morro contra morro. Podía oír sus cascos, de alguna manera, en el sonido que ambos caballos hacían al tocar la tierra. A solo media docena de metros del agua, el caballo de Jack los pasó y un grito de victoria, que helaba la sangre, salió de la garganta de Jack. Los pasó sin dificultad, con Trueno dándolo todo.

Segundos después, Border Crossing se zambulló en el río, y Jack le hizo dar una vuelta de campana, lanzando gotas brillantes de agua al aire y sobre su propia cara risueña.

—Lo siento —resopló—, no pudimos evitarlo.

Al instante siguiente, mientras Trueno caía al agua, Jack saltaba de su estribo para levantarla de la silla.

—Hace demasiado frío —gritó, riendo también a pesar de la decepción que sentía—. Se acabó la apuesta. Admito que me has ganado.

Ella intentó apartarlo, intentó aferrarse al cuerno de su silla, pero su fuerza no era nada contra la de él. Incluso con ella forcejeando y agitándose en sus brazos, él se dirigía hacia un lugar más profundo del río sin perder un paso, mientras sus leales hombres le gritaban dándole ánimos. Junto con comentarios burlones hacia ella. Nunca oiría el final de esto, ¡nunca!

Antes de que pudiera tomar aire, Jack la dejó caer al agua. ¡Estaba más fría de lo que se había esperado. De la impresión, se quedó sin aire en los pulmones de golpe. Aun así, consiguió echarle los brazos al cuello y aferrarse a él con todas sus fuerzas. Luchó, sin éxito, por rodearle la cintura con las piernas. ¡Si tan solo pudiera tirar de un poquito él hacia abajo y sumergirla en el agua con ella!

Pero había pocas posibilidades. Él se agachó más y la sumergió, gritando, con pelo, sombrero y todo, con un movimiento rápido y fuerte que la caló hasta los huesos y lo dejó a él seco por encima de las rodillas, tal como había planeado. Excepto sus brazos, por supuesto, que se enyesaron contra ella cuando salió de nuevo a tomar aire.

—¡Suéltame! —gritó, jadeando entre cada palabra.

En lugar de eso, él volvió a sumergirla, igual de a fondo, y ella salió luchando y gritando mientras recuperaba el habla por culpa de lo fría que estaba el agua. Se escucharon carcajadas así

como gritos de júbilo. Nada sería más divertido ahora mismo para todos que ver a la jefa del arreo agitar inútilmente los puños contra el pecho de Jack mientras este se reía de ella.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡No tenías que hacerlo dos veces!

Él esbozó su sonrisa diabólica.

—Cuando elegiste la apuesta, no dijiste cuántos chapuzones había.

—¡Eres un Ranger furtivo!

La estrechó más contra él.

—No, te has equivocado con mi nombre. Mi nombre *chickasaw* es *Cabalga como un rayo*.

Durante medio segundo, ella lo miró a los ojos y le creyó.

—No es verdad —dijo al fin. Ahora, llévame al campamento.

Él no se movió.

—¿Por qué dices que ese no es mi nombre?

—Porque un indio nunca revela su verdadero nombre medicinal. Solo la persona que se lo dio sabe cuál es. Es algo que he escuchado decir durante toda mi vida.

Se rió.

—Gracias por ese pedazo de sabiduría popular —dijo—. Y entiendo que es algo que pasa en todas las tribus, ¿no?

—Sí. —Volvió a reírse.

—Lo que tienes que aprender de esto es a no retar nunca a una carrera de caballos a un hombre llamado *Cabalga Como Un Rayo* y a un caballo llamado *Cruce Fronterizo*.

—Nunca retes a un hombre que no se atiene a las reglas. Es más bien eso lo que debo de tener en cuenta —sonaba acalorada.

—Tus palabras exactas fueron: «Y al perdedor lo tiramos al río», no «y al perdedor lo tiramos al río solo una vez».

—Eres malo. No pudiste resistirte a hacerlo otra vez porque me hiciste gritar.

Él le dirigió la misma mirada intensa que había utilizado en la calle del pueblo.

—Siempre me gusta hacer gritar a las damas —dijo con su voz grave y temeraria.

Un estremecimiento la recorrió a pesar de su enfado. Uno que no tenía nada que ver con el agua fría y la brisa. Tembló. —Llévame al carro ahora mismo para que pueda cambiarme de ropa.

—Yo te mantendré caliente —dijo él, abrazándola más fuerte.

—Puedo caminar.

Sentía su calor a pesar del escalofrío. Y aún enfadada como estaba, le estaba gustando estar entre sus brazos. Le gustaba mucho. Demasiado.

Pataleando, se esforzó por soltarse de su agarre.

—Caminaré, he dicho.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la orilla, hacia los hombres que los ululaban y los llamaban.

—¿Has aprendido la lección? —le preguntó Jack.

—Oh, claro —contestó sarcástica—. Pero *Cabalga como un rayo* no es tu nombre *chickasaw*. Y debería ser *Ranger Furtivo* porque eso es lo que eres.

Él le sonrió.

—Solo intento sorprenderte de vez en cuando. Ayudarte a aprender a mantener la guardia en alto en todo momento.

Su tono tranquilo, superior y autoritario la enfureció. Empezó a golpearle el pecho a pesar de todas sus buenas intenciones.

Él la agarró de ambas muñecas.

—Uy uy —dijo de esa manera que a ella la exasperaba—. Cuidado. No querrás que los hombres vean que eres una mala perdedora. Te daría mala reputación. —Miró por encima de su hombro y vio que se estaban acercando a todo el grupo, que reía—. Sobre todo, cuando eres tú la que me ha retado. —Esa vez le habló en voz baja, pegado a su oído—. Lo del caballo y el chapuzón fue idea tuya.

Alyson relajó el semblante y dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Lo sé —dijo ella, utilizando un tono escarmentado.

Aflojó un poco el agarre. Ella aprovechó para agarrarlo por el cuello y lanzarlo con brusquedad hacia un lado. Se tambaleó sorprendido y ella aprovechó para girar sobre sus brazos y golpearlo con la pierna en la parte posterior de la rodilla justo cuando él daba otro paso.

—¡Vaya!

Los hombres rieron y los vitorearon mientras él se caía al agua. Pero no la había soltado del todo, así que tiró de ella hacia su cuerpo mientras caía. Rodó con ella por el suelo para mojarla de nuevo de pies a cabeza. Pero, esta vez, ambos reían.

Esta es la otra lección que hemos aprendido hoy —jadeaba mientras hablaba—. Los dos tenemos que aprender a ser buenos perdedores.

—Los dos podemos ser ganadores.

Mirándose fijamente a los ojos, dejaron de reír. Alyson se dio cuenta de que sus brazos seguían enrollados con fuerza alrededor de su cuello, pero no podía moverse. Los de él rodeaban su cuerpo. A pesar del agua helada, podía sentir el calor que este desprendía.

«No podemos evitar tocarnos, por mucho que lo intentemos. Ni siquiera pudimos evitar hablarnos esta mañana, aun cuando estábamos enfadados», pensó. Él también lo sentía. Ella podía leerse en los ojos, y eso la asustó muchísimo.

—Suéltame —dijo ella, aunque sentía que se moría por besarlo, y él lo sabía.

—Ni hablar —contestó, y tomó su boca con la suya.

El deseo, puro y anhelante por su cuerpo, por todo lo que tuviera que ver con él, la devoró viva en un instante. Buscó en lo más profundo de su ser su miedo, su ira, algún otro sentimiento

que la salvara.

Obligarse a luchar contra él requirió de casi todas sus fuerzas, pero lo consiguió, mientras su boca traicionera le devolvía el beso. Entonces, su boca desapareció y él la estaba sacando del agua, llevándola a la orilla, y todos sus hombres se estaban acercando para intentar ver exactamente qué pasaba. Eso hizo que su miedo fuera pleno y real. La atracción que sentían el uno por el otro también era real, lo suficiente como para que los demás la vieran.

—Solo me has besado porque todo el mundo estaba mirando —dijo ella con firmeza—. No te atrevas a volver a hacerlo. Y tampoco te atrevas a besarme en privado.

Él le dirigió una mirada que hizo que el deseo palpitara con más fuerza en su sangre.

—No me desafíes, Alyson. ¿Aún no has aprendido nada?

Entrecerró los ojos y lo miró con dureza mientras él se reía.

La dejó en el suelo en cuanto llegaron a la orilla y pisó la hierba, pero lo hizo tan despacio, de forma tan deliberada, que tuvo que contenerse para no pegarle antes de volverse hacia los demás. Luchó por no mostrarse dolida.

—Elegid otra línea de meta, chicos, si vais a correr. —Se escurrió el agua de la falda—. Este tiene un agujero profundo en el que podríais caer.

Eso los hizo reír a todos, excepto a Cookie.

—Bueno, ya es hora de que salgáis de ese río —dijo—. Cuando pilléis una pulmonía, no esperéis a que os lleve en mi carreta.

Jack volvió a meterse en el agua para sacar a los caballos. Entrenados para atarse al suelo dondequiera que les soltaran las riendas, se quedaron donde los habían dejado.

—¡Y no esperes que te preste mi último par de botas! —le gritó Cookie con rabia—. Nadie te apuntó con un arma y te obligó a tirarte a ese río.

Jack lo ignoró.

A Cookie también le preocupaba la atracción que había entre ellos, por eso estaba tan malhumorado de repente. Alyson se volvió y le sonrió. Si él supiera... No estaba ni la mitad de preocupado que ella. Tenía que controlarse y alejarse de Jack.

Los hombres estaban ocupados recogiendo sus apuestas y pagando sus deudas, pero mientras se dirigía a su carromato a por ropa seca, la llamaron.

—Le has dado una buena paliza, jefa.

— Su caballo es un palmo más alto y tiene una zancada mucho más larga, pero el tuyo también es bueno.

—Buen paseo, señorita Alyson. Se la veía muy bien,

—Gracias, señores. —Se subió al carro, agradecida tanto por la intimidad que le ofrecía como por la ropa seca que guardaba en él.

La tarde de fiesta se convirtió en un éxito cada vez mayor, con varias carreras de caballos, unos cuantos combates de lucha libre, juegos y algunos baños muy necesarios en el recodo del río. Weasel regresó con un ciervo sobre su montura cuando el sol se deslizaba hacia la cima de la montaña.

Cookie cortó filetes para freírlos mientras los otros hombres se burlaban de Weasel por haber necesitado casi un año para conseguir un pequeño ciervo.

Durante toda la tarde, Alyson había evitado, en la medida de lo posible, hablar con Jack, pero mientras ayudaba a Cookie a extender la masa para las tartas fritas que hacía con frutos secos en ocasiones especiales. Jack se acercó y se sentó en un cubo volcado junto a la borda de la carreta mientras bebía café.

Después de haberse puesto ropa seca, había cogido un caballo fresco de su montura y había explorado el valle durante un rato. Luego había pasado un buen rato limpiando y engrasando sus dos armas. Al parecer, había estado tan decidido a mantenerse alejado de ella como ella de él.

Pero ahora le estaba hablando.

—Tendrás que moverte dentro de un minuto —pidió ella en tono de protesta—. Cuando empiece a freírlas y a llevarlas a la fuente estarás en medio.

—Seguro que no querría eso —dijo con su más exasperante acento. —No pensaba alejarse de ella—. Claro que, como tu guardaespaldas, tendré que permanecer bastante cerca, tanto si estorbo como si no.

Soltó un bufido de burla poco propio de una dama.

—Eso es tan propio de ti. Siempre buscando alguna excusa barata para ayudarte a salirte con la tuya, sin importar si sabes que estás equivocado.

Se echó a reír.

—Ya, ya, no hace falta que pongas en entredicho mi honor —se rio—. Primero intentas, por todos los medios, ahogarme y, cuando eso no funciona, asesinas mi forma de ser. Creo que soy yo quien necesita un guardaespaldas.

—¿Quién intentó ahogar a quién? No me estás protegiendo, me estás agraviando, y lo sabes. Vete.

—Alyson, tengo la sensación...

Eso la hizo girarse bruscamente para mirarlo. Él respondió a la mirada con una sonrisa cómplice que hizo subir el calor a sus mejillas.

—No, no me refiero a eso; podemos discutirlo más tarde, si quieres.

Sacudió la cabeza y volvió a su trabajo.

—¿De qué estás hablando, Jack?

—Solo ten mucho cuidado y deja que te acompañe siempre que vayas a los arbustos.

Ella sintió que su rubor aumentaba.

—¿No podemos tener un día agradable, una tarde de diversión, sin preocuparnos por sufrir un ataque? Estamos en un valle pequeño y aislado, lejos del camino.

—Como si cualquiera no pudiera rastrear dos mil cabezas de ganado —dijo sarcástico. Tiró el resto de su café, se puso de pie y se alejó.

Ella y Cookie terminaron de preparar la comida, y los hombres comieron casi en silencio, como siempre. Luego, dos de ellos montaron la primera guardia y los demás empezaron una partida de cartas. Alyson se sentó a la sombra de la carreta, observándolos y escuchándolos.

También preguntándose adónde habría ido Jack.

Terminaron una mano. Mientras Luke barajaba y repartía, Weasel miró a su alrededor buscando a Alyson.

—Señorita Alyson —la llamó—, si bajara el piano ¿estaría dispuesta a tocarnos alguna canción? Creo que si bailara con el viejo Luke podría salvarle de perder todo su dinero.

Luke levantó la vista de la manta de la silla, donde estaba repartiendo las cartas.

—No bailarías conmigo ni aunque fueras la última pareja sobre la faz de la tierra —dijo con su áspera voz de tenor—. Pero me encantaría escuchar algo de música, jefa. Ha sido un día muy agradable.

—Sí que lo ha sido, Luke. Creo que a mí también me gustaría algo de música.

Se levantó y empezó a caminar hacia el carromato donde esperaba el piano, pero cuando había llegado hasta el fuego, el mundo entero pareció estallar en una docena de cosas que sucedían a la vez. Sonaron los ominosos crujidos de varios disparos, los hombres, conmocionados, empezaron a gritar y algo la golpeó en la espalda, haciéndola salir tambaleante de la zona de la hoguera y adentrarse en las sombras.

Por un instante, pensó que la habían disparado, pero milagrosamente no sintió dolor y se mantuvo en pie. Pero, de repente, un hombre chocaba contra ella, un arma era disparada a un palmo de distancia, y ella caía al suelo.

—Agáchate —le dijo Jack con un tono de voz desconocido. Uno tan peligrosa que le puso la piel de gallina. —Y, pase lo que pase, quédate en las sombras.

Disparó tres ráfagas tan rápido que casi parecieron una sola. Eran de su pistola; ella reconoció el sonido, pero no pensó en ello hasta que escuchó el disparo. Todo sucedió tan rápido que fue un borrón de ruido en sus oídos. No podía ver nada.

En la oscuridad, alguien lanzó un grito agudo y repugnante que le revolvió el estómago.

Empezó a ver algo. Los disparos hendían la noche con llamas. Llegaban rápido, uno tras otro, y o Jack estaba en todas partes a la vez o los otros hombres también estaban disparando. Pero no podía ser, porque ninguno de ellos llevaba sus armas encima y no habían tenido tiempo de alcanzarlas.

¿O sí? Esta locura estaba durando demasiado.

Otro grito de dolor resonó contra la montaña. Un sonido horrible, impotente y solitario, y luego una llamada llena de odio.

—Maldito seas, Coulton, me has dado.

Aunque la voz temblaba de dolor, ella lo reconoció. Simmons.

El mismísimo Terence Simmons, no solo sus lacayos, la estaban siguiendo.

Qué honor. Normalmente, contrataba a gente para hacer el trabajo sucio, pero había venido en persona a intentar matarla.

Simmons la odiaba. Tanto, había dañado su orgullo aferrándose al ganado y a los caballos. Estaba decidido a vengarse, y Simmons era un hombre implacable. Lo que le había hecho a su padre lo demostraba.

El miedo le entumeció todo el cuerpo, pero se arrastró hacia las sombras y se arrimó al pie de un enebro. Su aroma dulce y ácido flotaba junto a ella, pero sus sentidos estaban demasiado llenos de miedo para asimilarlo.

—¿No sabes que trabajas para una ladrona? —le gritó, con voz chillona y temblorosa—. ¿Cómo crees que afectará eso a tu preciada reputación, Coulton? ¿Qué pensarán los demás tejanos?

Jack no contestó. Apenas podía verlo. Estaba escondido en las sombras oscuras, pero disparó de nuevo. En un pestañeo, lo vio a dos metros de donde acababa de disparar, con su rifle en alto, apuntando hacia la voz de Simmons.

Se escuchó otro grito agónico, pero la voz no pertenecía a Simmons. Al menos, a ella no le pareció que lo fuera.

—Ahora le has dado a mi mejor tirador, así que nos iremos. —Simmons hablaba con ira y dolor—. Pero volveremos, y la próxima vez traeremos a la ley con nosotros. ¡Todos vosotros seréis colgados por ladrones!

Jack disparó una vez más, pero los cascos ya estaban golpeando, lejos.

—Olvidáis de ellos, muchachos, e id a ver al rebaño —ordenó con esa voz fría y de implacable autoridad—. Pueden intentar una estampida.

Se dio cuenta de que algunos de sus hombres corrían hacia los caballos, ya ensillados y atados a las ruedas del carromato. Debería haberse dado cuenta antes y haber dado ella misma la orden.

Sin embargo, no podía imaginar que se le escapara ni un solo sonido. Uno de los hombres de Simmons volvió a disparar y Jack respondió con su rifle.

Un grito ahogado flotó en la oscuridad; ladeó la cabeza y escuchó a los caballos que se retiraban.

—Son cinco —masculló enérgico—. Pero puede haber más rodeándonos. No te acerques al fuego y no te separes de mí.

Se dio la vuelta y caminó directo hacia ella, aunque habría jurado que no había visto dónde se había metido.

—Odio cuando fallo así —dijo con indiferencia, tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie.

Alyson apenas podía moverse. El entumecimiento la había abandonado, pero temblaba de miedo al darse cuenta por fin de lo cerca que había estado de que la mataran. Había sido el blanco perfecto frente al fuego.

Sintió miedo en lugar de alivio. Un miedo alimentado en gran medida por los horribles ruidos que aún resonaban en sus oídos. Los gritos llenos de dolor de los hombres a los que habían disparado aún le revolvían el estómago y le erizaban la piel, aunque procedieran de sus enemigos.

—No has fallado —susurró, y se sintió horrorizada por el sonido débil que se suponía que era su voz.

—Debería haberlos matado a todos —sentenció rotundo.

Él los habría matado sin el menor atisbo de remordimiento, lo sabía. Se lo decía su voz y su postura.

Se quedó sorprendida. Sabía que había sido un Ranger de Texas con un talento poco común para el manejo de las armas, sabía que le habían encomendado muchos trabajos peligrosos durante los pocos meses que se había hecho famoso en Colorado por no dar cuartel a los hombres peligrosos, pero, a pesar de todo eso, ella no sabía que él podía desear haber matado a alguien sin más emoción que la que podría desear que lloviera.

Tembló de forma incontrolable cuando él la levantó del suelo. ¿Qué clase de hombre era este que tenía su vida en sus manos?

—Jack —lo llamó cuando él la hubo conducido a las sombras que había frente a uno de los carromatos y la sentó en el cubo—. Quédate aquí un rato.

Tenía que saberlo, tenía que averiguar todo lo que pudiera sobre él esta noche. Tenía que averiguar si aún podía ver dentro de su corazón. ¿No le había dicho él mismo que era malo? No era bueno para Mary, la chica a la que una vez había amado. Quizá, si lo intentaba, podría ver esa maldad que la hiciera dejar de pensar en él y de recordar su beso.

Pero ¿era malo defenderse a sí mismo... y a ella?

—No voy a irme ninguna parte .—Cogió una taza del portón trasero del carromato—. Puede que Simmons tenga más hombres desperdigados por aquí, aunque apostaría que no.

Eso la hizo levantarse, recordando cuál era su trabajo.

—Si hay más, puede que estén esperando para provocar una estampida a la manada. —Comenzó a andar hacia la remuda, ya que los hombres se habían llevado todos los caballos ensillados—. Vamos, tenemos que ayudar.

Cuando él no respondió, ella se detuvo y se volvió. Estaba tan tranquilo sirviendo café; ni siquiera la miraba. Y tampoco estaba conmocionado por la batalla que acababan de pasar.

Ella lo observó, como si mirarlo el tiempo suficiente pudiera realmente permitirle ver dentro de su mente. Él le había dicho, aquella noche en la taberna, que ella no sabía si tenía honor o no. ¿Lo tenía?

—Tus hombres pueden encargarse del rebaño. Ahora no oyes ningún jaleo, ¿verdad?

Agudizó el oído. Alguien había empezado a cantar una canción lenta y triste. Los cascos tintineaban y se movían a paso ligero, marcando un ritmo constante en la noche. También se oían algunas voces de hombres, bajas y tranquilas, para no asustar al rebaño, pero con un toque de excitación.

—No —contestó.

—Estarían gritando y echando pestes contra su ganado si Simmons hubiera dejado a alguien por aquí. No querrían quedarse demasiado atrás de sus compañeros, en caso de que hubiésemos provocado una persecución.

Despacio, caminó hacia él. Sus nervios se relajaron un poco al darse cuenta de que lo más probable es que no se enfrentaran a otro ataque. Pero la tensión seguía rasgando su espina dorsal.

Soltó una pregunta antes incluso de saber que iba a hablar.

—¿Por qué te perseguían los federales? Creía que eras un agente de la ley, no un forajido.

Se dio la vuelta y caminó hacia ella, entregándole una taza.

—A veces es muy difícil diferenciar una cosa de la otra.

La forma descuidada en la que lo dijo hizo que el peligro que había en él volviera a invadir todos sus sentidos. Vio las sombras bañar sus ojos. ¿Qué había hecho? ¿Qué iba a hacer ahora?

Empezó a refrescar. Tembló. Jack le buscó las manos y se las envolvió alrededor de la taza caliente. Las tenía calientes.

—Bébetelo —le pidió.

A ella no le importaba si él era un asesino a sangre fría. Todo lo que quería era que él nunca retirara sus manos de las suyas.

Yo... no sé qué me pasa.

—Estás alterada porque te acaban de disparar.

—Y tú estás tranquilo porque estás acostumbrado.

Se encogió de hombros.

—Se podría decir eso.

Dejó caer las manos, se dio la vuelta y fue a por otra taza.

—Jack, no puedo alterarme así ante una crisis. Tengo que ser capaz de protegerme a mí misma y a mi nuevo rancho.

—Lo harás. —Se sirvió el café y luego caminó hacia ella con esa zancada de pantera tan suya.

—Tú, en cambio —continuó ella—, eras tan genial entonces, como lo eres ahora.

Pateó el tronco corto hacia las sombras y se sentó a horcajadas sobre él, frente a ella.

—Piensa en ello como si tuvieras que crecer deprisa una vez más. Hiciste lo que tenías que hacer entonces, puedes hacer lo que tengas que hacer ahora.

Lo miró fijamente.

—Sí. Pero, entonces, no hacía gritar de dolor a la gente ni mataba a nadie.

—Tienes que superarlo. Si no fueran ellos muriéndolos que gritan y mueren, seríamos nosotros.

—Supongo que tienes razón.

—Sí. —Le dio otro sorbo al café y no dijo nada más. Él se la quedó mirando en silencio durante unos minutos—. Alyson, me necesitas hasta que podamos deshacernos de Simmons y aprendas a disparar. Después de eso, decidirás si quieres conservar tu ganado y tu rancho o regalárselos al primer hombre que grite o muera si le disparas.

Por primera vez desde el ataque, sonrió. Él también sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Tú eliges si crees que debo o no quedarme. Cualquier cosa que elijas estará bien.

«Elijo que te quedes conmigo. Elijo que no te vayas cuando encontremos mi rancho. No

me importa qué clase de hombre seas».

Y ese pensamiento contenía el mayor terror de todos.

Capítulo 10



La tarde siguiente, cuando se dirigieron hacia el norte para encontrar a Cookie y enviar la carreta para acampar, el viento se levantó en un súbito y silbante vendaval. Hizo que los caballos se tambalearan y que Alyson se agarrara el sombrero para tensar sus cuerdas bajo la barbilla antes de que, finalmente, soplara un fuerte viento. Varias gotas de agua le golpeaban en las cara.

—Justo lo que necesitábamos. Un aguacero para el campamento esta noche —masculló Alyson con cansancio.

—¿Qué es un poco de lluvia? Pensaba que te gustaría más que un tiroteo.

—Y lo prefiero. Dormiría más, incluso en una inundación, de lo que dormí anoche.

—No es culpa de nadie más que tuya. Estuve montando guardia justo fuera de tu carromato.

—No es eso. No estaba asustada. Solo estaba...

«Pensando en ti. Recordando tu beso. Deseando sentir tus manos...»

—¿Solo estabas qué?

—Pensando en el consejo que me diste. Recordando que puedo hacer cualquier cosa que crea que puedo.

Pero él no la escuchaba, ni siquiera la miraba ya.

—Esa tormenta se acerca rápido —dijo, alzando la voz cuando el viento volvió a levantarse.

Ella siguió su mirada hacia el oeste, hacia las cimas de las montañas que formaban ese lado del Paso Ratón.

—Bienvenida al territorio de Nuevo México —murmuró con ironía.

Las nubes se mezclaban entre sí en un conjunto de colores grises y azul oscuro que se mezclaban con los rayos rojos y púrpura que descendían. Los relámpagos relampagueaban bajos, no muy lejos por encima de los pinos.

—Podría ponerse fea la cosa —dijo pensativo.

—Tal vez deberíamos retener a la manada al norte del camino —dijo ella, aunque él ya estaba animando a su caballo al galope, y sabía que era porque los dos habían pensado lo mismo.

—Sí. Aquí afuera tienen demasiado espacio para correr.

El viento volvió a sacudirlos y chilló contra su oído en una clara advertencia. El nudo que

tenía en el estómago se hizo más grande. Azuzaron a los caballos para que fuesen más deprisa.

—Gracias a Dios que cambiamos de caballo esta tarde —gritó, y Jack asintió, bajándose el sombrero para que le cubriese la cara.

Entonces él también lo sintió. Cansado como estaba el ganado, esta tormenta iba a ser lo suficientemente mala como para hacerles correr e una estampida.

Aceleraron el paso, pero llegaron demasiado tarde. Border Crossing apuntó su nariz al cielo y relinchó largo y fuerte a la remuda, saliendo del paso en ese mismo momento justo detrás de la carreta de Cookie, y luego de la de Billy.

Alyson y Jack se movieron como una sola persona, entrando en un largo galope al mismo tiempo, mirando constantemente hacia el oeste, a la tormenta que se acercaba. Pero no había tiempo.

Todo el cielo del suroeste se volvió negro mientras ellos lo miraban. Los relámpagos crepitaban cada vez más rápido, rompiendo contra el cielo como si fuesen disparos. Estaban cada vez más cerca, a menos de media milla, más o menos, acercándose al final del paso, pero entonces Brindle y Lead Steer irrumpieron a la vista a un trote rápido y duro, conduciendo a toda la manada hacia el sur como si sus propias vidas dependieran de salir a los amplios espacios abiertos.

Los relámpagos relampaguearon de nuevo, cegadoramente brillantes, tratando de sacarlos del valle y chamuscándose a la vez a lo largo de las cimas de las montañas. Casi al instante, un trueno partió el suelo en dos y resonó contra las rocas.

Divisaron a Luke. Reconoció al fornido castrado gris que era el mejor de su montura. Vio el espacio que se extendía ante él, así que empezó a agitar el sombrero y a intentar que la manada se diese la vuelta. Luego se dio cuenta, como acababa de pasarle a Alyson, que si muchos de ellos se quedaban atrapados en el paso se pisotearían hasta morir. Tenían que dejar pasar a la manada e intentar retenerlos aquí.

Jack aminoró la marcha de su caballo y empezó a girar de nuevo hacia el sur. Él también se había dado cuenta.

Los relámpagos brillaron de nuevo y el viento se volvió loco. La última visión clara que Alyson tuvo de la manada antes de que comenzara la lluvia torrencial fue una que le daría terror hasta al más valiente de los jefes de arreo. Largos y espeluznantes rayos alcanzaron al ganado, impactando sobre los cuernos y lanzando bolas de fuego azules que sucumbían a las pobres bestias en un estado de puro terror.

Ella vio todo eso, de alguna manera, como si se tratara de una delgada y milagrosa franja de tiempo. También vio a los líderes girar hacia el suroeste y comenzar a correr. Pero más que verlo, lo sintió; esa gran masa de animales vivos, que respiraban, armados con cuernos y pezuñas, reuniéndose en un número cada vez mayor para correr directamente hacia ella y Jack.

Entonces, en lo que dura un latido, la lámina de lluvia se convirtió en un muro a través del cual ya no podía ver nada.

Tampoco oír, excepto un rugido crudo y furioso. Hizo un gran esfuerzo, pero tampoco podía pensar. Solo podía pensar en una palabra: Jack. Tenía que mantenerse a salvo.

Sus instintos funcionaron, sin embargo, inundando sus brazos y piernas con la fuerza

necesaria para aguantar. Su cuerpo con la calma suficiente para quedarse sentada en la silla y centrarse en Trueno. Era una mujer fuerte y vigorosa. Se trataba de una estampida, y no había espacio para el cansancio.

Se trataba de la supervivencia de su caballo, de ella misma y de su ganado, y, por el Dios que los había sacado vivos de Colorado, todos iban a sobrevivir. Como si lo sintiera, supo que Jack cabalgaba detrás de ella. Los dos eran los únicos jinetes que tenían la posibilidad de hacer girar a la manada. Luke podía ayudar, pero los líderes se le habían adelantado.

Solo esperaba que el veloz Border Crossing los percibiera a ella y a Trueno antes de que los atropellara; no había forma de que Jack pudiera verlos antes de que chocaran. No había forma de que ella pudiera verlo y saber si su caballo seguía en pie.

El viento le cortaba la respiración. Se inclinó sobre el cuello de Trueno hasta que el cuerno de la silla le magulló el estómago y cabalgó casi sin aire. Dando todo lo que podía de sí misma. El cielo la azotó con fuerza, como si fuera un látigo, pero el rebaño giraría.

Se volverían, por Dios. Ella y Jack los harían girar.

De algún modo, como si fuese un milagro, aflojó las ataduras detrás de su percha y se soltó el chubasquero. Al principio, no tenía fuerza para levantarlo contra el viento, pero consiguió apoyarlo contra su pierna. Luego lo levantó; no pudo agitarla, pero la arrastró por una cara peluda y de ojos salvajes. Luego lo golpeó contra un hombro, lo enganchó en un cuerno que podía empalar a Trueno —o a ella— como una espada.

El cuerno cortó un largo tajo y partió su arma en dos partes de un solo golpe. El viento amainó un segundo y oyó disparos. Jack, o alguno de los hombres, intentaban asustar al ganado para que diese la vuelta.

¡Tenían que girar! No había sobrevivido a los disparos de Terence Simmons para ahora perderlo todo.

—¡Iréis a Texas, maldita sea! —Lo gritó al viento azotador y se perdió en el aire, mucho antes de que llegara a los oídos de una vaca, pero de algún modo la hizo sentirse más poderosa. Al menos había recuperado el aliento suficiente para hablar.

Eso significaba que sobreviviría. Eso significaba que ella ganaría.

Por favor, Dios, mantén a Jack a salvo también.

Encontró suficiente margen contra el viento para levantar los jirones del chubasquero, para moverlos hacia la única vaca que veía. Entornó los ojos contra la lluvia, pues hacía tiempo que el sombrero se le había caído y se le escurría por la espalda, haciendo que las cuerdas le rozaran el cuello hasta casi asfixiarla.

Había ocurrido un milagro y ella había llegado a Viejo Brindle. Agitó el chubasquero lo mejor que pudo, sobre los ojos salvajes y enrojecidos de la vaca, y rezó para mantener su asiento en la silla y sus pies en los estribos. Y también para que Trueno mantuviera ellas patas en el suelo y la velocidad hasta que fuera seguro reducirla.

Ella lo hizo. Su caballo también. Y, después de lo que pareció otra vida entera, el Viejo Brindle empezó a girar. Sonaron disparos desde varias direcciones, la vaca giró más, sacudiendo los cuernos con rabia de un lado a otro, pero haciendo lo que Alyson quería. Los novillos los siguieron, cediendo a la presión que tenía que provenir de Jack, aunque ella aún no podía verlo.

Alyson se quedó con ellos, sin dar cuartel, sintiendo a Jack detrás de ella, en algún lugar cercano en la tormenta que amainaba. Pero, cuando echó un vistazo rápido por encima del hombro, no pudo verlo. Estaba allí. Seguro que estaba.

Un pánico aterrador brotó en ella, llegando hasta su corazón. Border Crossing, por bueno que fuera, era un caballo mortal. Cualquier tropiezo, cualquier caída, y Jack habría sido pisoteado.

Se retorció en la silla de montar y lo buscó de nuevo. La lluvia aún le apuñalaba la cara, pero ahora era más fina; podía ver un poco a través de ella. El viento le azotaba el pelo. Volvió a mirar al frente, observando el ganado, buscando a otros jinetes.

Y recurrió a la paciencia y a la fe. Si esperaba a mirar de nuevo mientras contaba hasta veinte, Jack estaría allí cuando se diera la vuelta.

Las lágrimas se mezclaron con las gotas de lluvia que corrían por su cara. Jack tenía que estar bien. Todo el mundo tenía que estar bien. Todo su equipo, en cualquier lado de la manada que hubieran estado montando cuando empezó a correr, tenía que estar bien o nunca se lo perdonaría. Aquellos hombres arriesgaban sus vidas por ella todos los días, y tenían que estar en sus monturas e ilesos cuando pasara la tormenta.

Los truenos seguían tronando, pero cada vez menos fuertes. Los relámpagos se perdían de vista. La fría lluvia empezaba a amainar, aunque seguía repiqueteando sobre su cabeza desnuda.

El ganado iba más despacio, empezaba a agruparse de nuevo. Trueno también iba más despacio. Lo notaba resoplar, pero estaba bien.

—¡Alyson!

Tomó una gran bocanada de aire, como si llevara una eternidad sin respirar, y dio la vuelta al asustado Trueno, corriendo hacia el sonido de donde procedía la voz de Jack. Se dirigía hacia ella a un trote rápido, con la cabeza descubierta y una sonrisa en la cara, sentando tan tranquilo sobre su caballo, como si acabasen de dar un paseo. Sin embargo, estaba empapado y de su montura colgaban retazos de chubasquero amarillo.

Sin decir ni una palabra, sin romper la mirada, cabalgaron al encuentro del otro, deteniéndose en cuanto pudieron, incapaces de creer que, de verdad, se estaban tocando. Él la atrapó con una necesidad tan feroz que la dejó sin aliento. La atrajo a su silla con él, a sus brazos, al remanso caliente de su boca.

Su beso prendió llamas en su pecho e hizo que el frío desapareciera. Se sentía en las nubes, como si nunca más tuviera la necesidad de volver a tierra.

Su boca era su sol, su calor, su luz. Su mundo. Ella se aferró a él con manos que temblaban. Él le acarició la garganta, los pechos y la volvió a estrechar tanto contra él que sus ropas húmedas se pegaban.

En cada lugar que su cuerpo tocaba el de ella, su calor consumía el frío de su piel, ardía en su sangre y penetraba en su piel hasta alcanzar los huesos. Él se apartó, rompiendo el beso para poder mirarla.

—Nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. —Sus ojos ardían con la misma pasión que su beso—. No soy lo bastante fuerte para verte herida, Alyson.

Su mirada la devoró, como si tratara de grabar su imagen en su memoria.

—No estuve preocupada por ti ni un minuto —mintió—. Me imaginé que, después de ser perseguido por los Federales, unas cuantas vacas descontroladas no podrían contigo.

Empezó a desenredar las cuerdas con una mano, pero mantuvo la otra firmemente anidada en la parte baja de su espalda.

—No puedes dejar de recordarme mis viejos pecados, ¿verdad? —bromeó—. Creo que voy a tener que cometer algunos nuevos solo para darte un cambio de tema.

Las yemas de sus dedos rozando su garganta, calientes y tentadoras. No podían apartar la mirada el uno del otro.

—¿Tienes alguna idea de qué podría hacer?

«Sí. Ahora mismo. Excepto que sería tan correcto que no sería pecado».

—Yo... yo... —susurró ella, con los labios tan doloridos por el deseo de besarlo de nuevo que apenas podía hablar, y mucho menos pensar.

—¡Eh! —gritó alguien a lejos. Parecía que estuviera en otro mundo. Luego, lo escucharon gritar más cerca—. ¡Eh, Cabe!

Alargó la mano para ayudar a Jack con las cuerdas de su sombrero.

—Los... los hombres —consiguió decir, aunque su lengua ya exigía volver a probar la suya—. Los hombres y el rebaño. Jack...

Ambos miraron a su alrededor; al rebaño que se arremolinaba y berreaba y a la tierra azotada por la lluvia, como si nunca hubieran visto nada de eso antes.

—Necesito mi caballo —musitó ella, pero no hizo ningún ademán para bajarse del suyo.

Su mirada volvió a la boca de Jack, que la necesitaba más de lo que podía creer.

—Está justo ahí —le contestó él, pero ni siquiera miró en dirección a Trueno.

—Hacemos buena pareja, ¿verdad, cariño? Tú y yo, hemos podido con una estampida.

Todo su cuerpo se estremeció ante el cariñoso gesto. Ante el tono de su voz grave. Ante la mirada intensa de sus ojos oscuros.

«Hacemos buena pareja. Sí, la hacemos».

—Solo fui tras ella porque eres muy testaruda. —Sus ojos centelleaban con picardía—. Iba a dejar que se dispersaran desde Santa Fe a El Paso, pero me daba vergüenza dejarlo si tú no querías. —Se rió—. Esa es la razón por la que seguí persiguiéndolas. Odiaría que fueras una deshonra para tu equipo.

El rebaño se iba haciendo cada vez más grande conforme las vacas se iban arremolinando todas juntas de nuevo. Los vaqueros montaban en círculos cada vez más estrechos, alrededor de los bordes, empujando al ganado hacia sí mismo hasta reunirlos a todos.

—Señorita Alyson, ¿estás bien? —llamó Cabe.

Alyson se recompuso. Se desenredó el sombrero y volvió a ponérselo en la cabeza.

—Estoy bien —respondió ella, dándose cuenta por primera vez de cómo la verían al estar montada en el caballo de Jack con él—. Las cuerdas de mi sombrero estaban a punto de estrangularme, eso es todo.

Le pareció ver que Cabe le dirigía una mirada interrogante, pero sabía que nunca diría nada. Ni él ni ninguno de sus otros hombros. Pensarían y hablarían entre ellos sobre ello, mucho. Sin embargo, ella tenía otros asuntos sobre los que preocuparse. Tenía que pensar en sus hombres y en su rebaño.

—¿Están todas? —le preguntó a Cabe. Una oleada de espantosa culpabilidad la recorrió entera. ¿Cómo podía olvidarse de todo y de todos menos de Jack?

—Aún no lo sé... —contestó Cabe. Lo último que dijo se perdió entre el ruido del rebaño.

Alyson creyó haber escuchado algo sobre la carreta.

—¡Dios mío, Cookie! ¿Pudieron él y Billy apartar los carromatos cuando la manada salió en estampida?

Empezó a forcejear para bajar, pero Jack, como si no se atreviera a soltarla, la rodeó con fuerza con los brazos, se paró en el estribo y desmontó.

—Cookie ha pasado por más de una estampida —dijo, intentando tranquilizarla—. Seguro que ha encendido un fuego y está preparando algo de cenar.

Eso la ayudó mucho. Cuanto más pensaba en ello, más recordaba que los carromatos y la remuda estaban lo suficientemente lejos como para que la estampida no los hubiera alcanzado.

Jack le tendió las manos para que se aupara y la impulsó hacia Trueno.

—Eso ayuda. Me tiemblan las piernas y no sé por qué.

—Las mías también —dijo él, mirándola con su irresistible sonrisa y con esos penetrantes y tentadores ojos marrones que no la dejaban apartar la mirada.

—Oh, claro —dijo ella sarcástica—. Pareces casi hecho para mí.

—Descansemos mañana y echémonos una siesta. La necesito.

—Tienes un trabajo que hacer, vaquero. Nada de siestas. —Sacudió la cabeza con fingida consternación.

—Es la mujer más testaruda que he visto —le dijo a Trueno—. Es capaz de matarnos a los dos trabajando, chico, si no nos rebelamos.

Sonrió con maldad.

—Voy a cambiar de caballo y a soltarlo en cuanto encuentre la remuda —le advirtió—. Tendrás que rebelarte tú solo.

Él se rió, mirándola, y ella no deseó otra cosa que agacharse y tocarle la cara, trazar la forma de su pómulos, pasarle el pelo mojado detrás de la oreja.

—No hace falta que te pongas así de testaruda solo porque te haya dicho que es tu mejor rasgo. ¿Puedo, al menos, disponer de un minuto para cambiarme de ropa?

Frunció el ceño mientras la miraba de pies a cabeza. Aquello fue un verdadero error, porque la visión de su cuerpo magníficamente musculado mostrándose a través de la ropa, empapado, aceleró su pulso hasta que pensó que el corazón se le saldría del pecho.

—Te secarás con el aire. —Sonrió—. Sube al caballo, vaquero.

Él fingió no escucharla.

—Estaba pensando que, tal vez, me podrías ayudar a cambiarme —dijo, bajando la voz para adoptar un tono sensual que le calentó la sangre—. Y, entonces, yo también podría ayudarte a ti.

Las imágenes que aquella sugerencia creó en su mente se llevaron la poca fuerza que le quedaba.

—¿Qué te parece mi idea?

—¿Puedes montar y cabalgar? —intentó sonar enérgica—. Si quieres ir por el sendero en verano, Coulton, tendrás que aprender a hacer tus juegos en invierno.

Él sonrió como si hubiera obtenido una gran victoria.

—Bueno, entonces, señorita Alyson, ya tienes una cita para el invierno... —Hizo el amago de tocarse el sombrero, pero este no estaba en su sitio. Cabe cabalgó hacia ellos. Jack no le prestó atención—. Tengo que ir a buscar mi sombrero, que perdí intentando salvar tu ganado, lo cual, debo recordarte, no forma parte de mi trabajo. —Se volvió y le lanzó una sonrisa descuidada a su segundo—. Cabe.

Cabe estaba demasiado ocupado mirándolos a los dos para contestar.

—Veinte cabezas de ese ganado, te recuerdo, son tuyas —replicó Alyson—. Son, sin duda, las que intentabas salvar.

Riéndose, Jack volvió a su caballo y subió al paso fronterizo. Alyson tuvo que obligarse a no mirar cada movimiento que él hacía y apartar de su mente el recuerdo de su tacto. Prácticamente, tuvo que sujetarse la cabeza entre las manos y volver la cara hacia Cabe.

—Estábamos un poco preocupados de que te hubieran pisoteado —dijo Cabe, sin dejar de mirarla, y luego se volvió hacia Jack.

—No. —Consiguió que su voz sonase bastante firme—, pero siento como si toda la manada me hubiera pasado por encima.

—Vamos, señorita Alyson, será mejor que te pongas vaquera —gritó Jack mientras tiraba de su caballo y se alejaba al trote—. Aún no has visto nada.

Alyson se quedó mirando la espalda de Jack a pesar de todo lo que podía hacer. Podía sentir los ojos de Cabe en su cara, pero se sentía impotente para prestarle atención. Jack no estaba buscando su sombrero, ella lo sabía y él sabía que ella lo sabía; si ese sombrero no estaba hecho jirones en el barro, había volado hasta Texas. Estaba cabalgando lejos de ella porque cuando Cabe montó, estuvieron a punto de acabar besándose hasta perder el sentido o de ir hasta su carreta y hacer el amor.

Le temblaban las manos, y no por la estampida. Su corazón latía con fuerza y sentía tanto calor que podría despojarse de su ropa mojada allí mismo, a pesar del viento frío que se había dejado la tormenta. El sabor de Jack en su lengua y la forma en la que sus manos en su cuerpo hacían que su sangre se acelerara de... deseo. Nunca antes había conocido el significado de esa palabra.

Pensó que lo había sabido cuando él la besó la primera vez, pero esto era diferente. Esto era tan primario que no tenía elección.

—Um, señorita... ¿Alyson?

Despacio, a pesar de las reticencias, apartó la mirada de Jack y se centró en su segundo.

—¿Sí?

—¿Crees que deberíamos planearnos retenerlos aquí durante la noche? ¿Dónde, al menos, tengamos las montañas a nuestra espalda?

Ella lo miró fijamente durante unos instantes, como si le hubiera hablado en algún idioma vagamente familiar que ella no podía comprender ni hablar. Con gran esfuerzo, se dio cuenta de lo que había dicho.

Levantándose sobre sus estribos para mirar a su alrededor con la mente puesta en su rebaño, consideró el lugar como bueno para pasar la noche.

—Pues... sí —dijo por fin—. Este lugar servirá. Iré a buscar a Cookie y se lo diré.

Cabalgó en la dirección que había visto tomar a los carromatos y a la remuda cuando atravesaron el paso, pero no pudo evitar mirar detrás de ella de vez en cuando, buscando a Jack. Al principio, se dijo a sí misma que era el rebaño lo que estaba mirando, pero no era así. Apenas recordaba adónde se dirigía y por qué.

¿Qué era esa conexión que siempre había sentido entre ella y Jack Coulton? ¿Era solo deseo físico? ¿Volvería a liberarse de él alguna vez? Se permitió mirar por encima del hombro una vez más después de encontrar los carromatos que se dirigían de nuevo hacia el rebaño, pero él no estaba a la vista.

Cabalgó al encuentro de Cookie, y cuando tiró de Trueno para que parase, se desplomó en su silla de montar y se quedó allí sentada un momento, exhausta. No por la horrible carrera que todos habían pasado, sino por el esfuerzo que le suponía pensar en otra cosa que no fuera Jack.

Si no volvía a sentir sus brazos a su alrededor, y pronto, si no tenía sus manos sobre su piel, no sobreviviría a este deseo.

—Bueno —consiguió decirle a Cookie—. Veo que has llegado bien.

—Maldita lluvia —dijo, y le hizo un gesto a Billy para que siguiera conduciendo hacia el rebaño—. Hacen falta más que miles de vacas locas para acabar con el viejo Cookie.

Ella sonrió, por fin veía cómo era en realidad.

—Sin embargo, todavía estás un poco pálido.

—Te pasa algo en los ojos —replicó él—. ¿Vas a tenerme aquí esperando toda la noche o quieres comida caliente y café para tus hombres?

Ella se rió y giró a Trueno hacia la manada. Aminó la marcha y todos avanzaron al trote.

—Cabe dijo que lo más seguro es que ya tuvieras un fuego encendido para cuando te encontrara.

—Cabe es un hombre muy listo. —Se rio—. Tengo leña seca en la caja y masa fermentada en la olla.

Cuando llegaron al prado y determinaron cuál era el mejor lugar para los dos carromatos, Alyson se bajó de Trueno, lo desensilló y lo acarició. Sin embargo, el caballo estaba ansioso por empezar a masticar hierba, así que lo entregó a la remuda y fue a cambiarse de ropa. Estaba haciendo progresos. Durante todo eso, solo había buscado a Jack tres veces. O quizá cuatro.

Subió a su carromato y empezó a despojarse de la camisa mojada y de la falda de montar, despegando la fina ropa interior que tenía pegada a su piel. Incluso el aire fresco que se filtraba por la puerta de lona para rozar su cuerpo desnudo aquí y allá le recordaba el tacto caliente de Jack . ¿Dónde se había metido? ¿Por qué tardaba tanto en buscar un sombrero que sabía que nunca encontraría?

Buscando en una de sus cajas de madera, sacó una toalla y empezó a secarse, pero cada roce contra su piel aumentaba su anhelo. Lo deseaba tanto. Dios mío, tenía que sentir sus brazos a su alrededor, sus manos sobre su piel.

Este tormento era demasiado para soportarlo. Nunca, jamás, se acercaría a él lo suficiente como para dejar que la abrazara o la besara.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que eso no era verdad, eso la asustaba. ¿Se iba a sentir así de febril durante el resto del viaje si...? No podía permitirse terminar el pensamiento.

Sí que podía. Si ... ella iba a su cama esta noche ...

Le entraron unas ganas irrefrenables de abrir el baúl y sacar un vestido de verdad. De ponerse algo suave y vaporoso, algo que la hiciera sentirse mujer. En lugar de eso, cogió otro conjunto de ropa de trabajo.

No podía enfrentarse a los comentarios en torno a la hoguera que crearía su repentino cambio de ropa, ni a las miradas socarronas de sus hombres que, para mañana, estarían todos hablando de ella y de Jack si Cabe compartía sus maravillas con alguno de ellos. Había muy poco entretenimiento en el camino, aparte de estampidas y otros desastres, así que el menor cotilleo ocasionaría bromas y burlas sin fin.

Así que se puso una camisa seca y una falda de montar, se arregló el pelo lo mejor que pudo y fue a cenar. Ya se sentía como una mujer cada vez que Jack la miraba.

Oh, Señor, ¿qué iba a hacer? Le temblaban las piernas mientras bajaba de la carreta. No podía esperar a volver a verlo. Tenía que verlo ahora mismo.

Y allí estaba él, de pie hablando con algunos de los hombres entre la carreta y el fuego, con un aspecto realmente maravilloso con su camisa limpia y sus pantalones vaqueros, ambos milagrosamente lisos y almidonados, aunque su camisa estaba arrugada por haberla metido en su bolsa. También llevaba el sombrero de color beige que siempre llevaba, que parecía totalmente intacto por la tormenta.

Pero verlo resultó no ser suficiente. Ahora necesitaba, con una desesperación que la invadía, volver a tocarlo. Volver a besarlo.

Él giró ligeramente la cabeza y la miró en el instante en que pisó el suelo, como si la hubiera oído, cuando apenas había hecho ruido. Su mirada firme la derritió.

Nunca habría conseguido fortalecer las piernas lo suficiente como para caminar hasta el fuego si él no se hubiera vuelto de nuevo hacia la conversación. Fue directa a uno de los troncos que utilizaban como silla y se sentó. Para cuando Cookie tuviera la comida cocinada y el café hecho, tal vez podría confiar en sí misma para comer.

Debió de sentir que ella lo observaba, porque un momento después, Jack se dio la vuelta y se dirigió hacia ella. Justo en ese momento decidió que nunca más sería capaz de levantarse o de

caminar. Su sombrero tenía exactamente el mismo aspecto de siempre: de color plateado, ala tejana, lo bastante desgastado como para tener personalidad propia, pero, por supuesto, no lo bastante maltrecho como para haber atravesado una tormenta.

—Tiene un aspecto muy fino y fresco, señorita Alyson —dijo, estudiándola con ostentación—. Vestida así un hombre nunca dirías que acabas de pasar por una estampida.

—Eres demasiado atrevido para tu propio bien, señor Coulton. —Fingió sentirse ofendida por su manera de ser.

—Es cierto —dijo él y se sentó de forma despreocupada a su lado—. Lo intento, pero no consigo dejar de serlo.

Olía a algo especiado que había usado después de afeitarse; porque se había afeitado cuando se había cambiado de ropa. Tenía un aspecto y un olor maravillosos.

—Tú también estás más fino y fresco. ¿Cómo demonios consigues que la ropa no tenga arrugas?

—Ingenio, señora —dijo él de forma solemne—. Las plancho antes de salir de la ciudad, luego las enrolló dentro de la bolsa y la meto entre el aparador y la pila de trastos de los vaqueros en la carreta.

Ladeó la cabeza y lo examinó minuciosamente, tal y como él había hecho con ella. Él le dirigió una mirada larga y profunda. Su pulso se aceleró y su sangre se calentó en solo un instante. No estaba segura de poder hablar, pero lo hizo.

—No tenía ni idea cuando conduje hasta el pueblo para contratarte de que eras el guardaespaldas más elegante del Oeste, además del más peligroso.

Se encogió de hombros.

—Hay quien lo llama elegante y hay quien lo llama disfraz.

—¿Disfraz?

—Por el mal carácter que hay debajo —dijo, mostrando esa sonrisa diabólica.

—¿Quién ha dicho eso?

Se encogió de hombros, fingiendo una repentina timidez.

—Sobre todo, señoras enfadadas, debo admitir. Y, quizá, algún que otro enemigo aquí y allá. —Hizo una pausa, tomándose su tiempo para hechizarla con su mirada traviesa—. Quizás, también, unos cuantos oponentes que han perdido a las cartas.

Ella se rió, a pesar de la pequeña punzada que le causó pensar en damas que lo conocían lo suficientemente bien como para enfadarse con él.

—Bueno, están todas equivocadas. Tu carácter es lo último que me preocupa de ti en este momento.

Arqueó una ceja.

—Vaya. Y qué es lo primero.

«El poder que tienes para arruinar mi mente porque no puedo pensar en otra cosa que no seas tú».

—Tu descuido con tu salud. Como llevas puesto el sombrero y parece ileso, solo puedo presuponer que te lo quitaste a propósito, a riesgo de pillar una neumonía o algo peor, y que lo llevaste en las alforjas durante la tormenta.

Le sonrió, sosteniéndole la mirada, sin dejarle ver nada más que a él.

—Error. Cookie me lo trajo. El viento lo metió en su carromato.

Ella lo miró directamente a los ojos, intentando no reírse. Intentando no estirar la mano para tocarle la cara.

—Normalmente, dejamos los cuentos chinos para después de cenar y así los contamos mientras estamos sentados alrededor del fuego.

—Se me ocurren cosas mejores que hacer junto al fuego.

Sus ojos firmes, profundos y oscuros le dijeron cuáles eran esas «cosas mejores». La mirada hizo que sus piernas se volvieran gelatina.

—¡Come y cógelo, antes de que lo tire! —gritó Cookie. Jack se levantó.

—Permítame servirte, señora —dijo, con una exagerada inclinación del sombrero en cuestión—. Quédate ahí sentada.

Así que Alyson se sentó, impotente para no mirarle, mientras él cogía dos platos, los llenaba y se los traía acompañados de dos tazas de café.

No tardaron en darse cuenta de que se morían de hambre, así que comieron en silencio al más puro estilo vaquero, como hacían los demás. Sin embargo, Alyson apenas podía tragar porque estaba muy cerca de Jack. Era una tortura estar tan cerca de él y no poder tocarlo.

En cuanto terminó de comer, se levantó y llevó sus platos a la fregadera.

Era insoportable estar cerca de Jack. Él la miraba, siguiéndola todo el rato con los ojos, y a ella le dolía no darse la vuelta y volver corriendo hacia él. Otros tres segundos, y estaría arrojándose a sus brazos delante de toda su tripulación.

—Buenas noches —le dijo, y luego miró a su alrededor para incluir a todos los demás—. Será mejor que todos os acostéis pronto. Mañana habrá que madrugar para buscar extraviados.

—No te preocupes, señorita —dijo Cookie—. Los llevaré a sus camas. Les cortaré el café.

Jack le hizo un pequeño gesto y luego se volvió para decirle algo a Luke mientras ella abandonaba la hoguera. Fue directa a su carromato y se metió dentro, cerrando la trampilla tras ella, impulsada por una desesperada necesidad de refugio.

Pero era el refugio de querer a Jack lo que ella necesitaba y lo que no encontró. El deseo entró con ella en la carreta.

Capítulo 11



El primer guardia se había acostado, el segundo se había despertado y había salido para hacer el relevo. El ganado, exhausto, se había quedado donde durmiéndolos habían dejado en silencio, durmiendo. El campamento yacía tranquilo, salvo por el agitar cambiante y lento del viento. La única tormenta que quedaba era la que había dentro de Alyson.

Se levantó, se envolvió con una manta, apartó la solapa de lona de su carromato y salió a la noche, bañada en plata por la luna. Jack estaba ahí fuera, en algún lugar, esperando a que ella acudiera a él o a que aprendiera a vivir con esa inquietud salvaje que se negaba a ser domada.

Desde el momento en el que lo había visto después de salir de la carrera, había sabido cuál de las dos opciones elegiría, y ahora era el momento de llevarla a cabo.

Saltó al suelo y caminó directa hacia los árboles que crecían al pie de la colina. Formaban un recoveco en forma de medialuna que abría sus brazos al campo hacia su carreta y captaba la luz de la luna. Podía ver su camino claro como el día.

Un instante antes de que Jack hablara, ella también lo vio. Una sombra oscura dentro de otra más oscura, con los hombros apoyados en un pino alto, una pierna larga doblada por la rodilla, el talón apoyado también en el tronco del árbol. Era cadencioso y suelto y muy, muy seguro de sí mismo.

Y de ella. La hizo sonreír.

—Cuando por fin has salido de tu guarida, has venido directamente a mí —murmuró, su voz sonaba melodiosa en la brisa nocturna—. No has dudado. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Puedo sentirte —dijo ella—. Siempre sé dónde estás. —En un primer instante, le sorprendieron sus propias palabras, pero después se rio entre dientes.

—Señorita Alyson. —Su voz era baja y dulce y la calentó más de lo que lo hacía la manta en el viento frío.

Él estiró el brazo y la atrapó.

—Se supone que eres mi guardaespaldas —dijo ella, burlándose de él—, y aquí estás muy lejos. Habrías tardado mucho en llegar hasta mí si te hubiera llamado.

—Llámame y verás cuánto tardo. —La firmeza de su voz la estremeció.

—Ni siquiera he tenido que llamarte, estabas pendiente de mí.

—Listo para vigilar tu hermoso cuerpo. —Rio por lo bajo—. Acércate más a mí.

Separó los pies y la tomó entre sus brazos, asegurando sus pechos contra su duro torso,

encajando su cabeza bajo su barbilla, la estrechó contra él durante un largo y tembloroso momento. Ella sintió su cara en su pelo.

—Creí que nunca vendrías. Por Dios, Alyson, estaba a punto de entrar volando detrás de ti en ese carromato.

—¿Y escandalizar a toda la tripulación? —dijo ella, dejando caer un beso en el cuello abierto de su camisa—. Tu piel huele a lluvia.

Jack deslizó su mano dentro de la manta, acarició su espalda, caliente y dura a través de la fina tela de su bata. Se deslizó hacia abajo para acariciarle la cadera. Su sangre empezó a arder.

—Hueles a cielo —murmuró él.

Con una mano la apretó más contra él, apretando su vientre contra su virilidad, cada vez más dura.

—¿A qué huele el cielo?

—A ti.

Ella se rió y se puso de puntillas, levantando la cara hacia la de él.

—¿De verdad estabas a punto de venir a por mí?

—Claro que sí. Lo único que no quería es que Cookie viniera a por mí con una escopeta, nada más.

Gimió y la abrazó más fuerte aún, pero seguía sin besarla. Ella rozó con sus labios de un lado a otro de su piel, tocó con la punta de su lengua el dulce hueco de la base de su garganta.

—Para ya. Primero tengo que darte tu regalo. —Ella se apartó para mirarlo.

—¿Mi regalo? ¿Tengo un regalo tuyo? —Él rió por lo bajo contra su oído.

—Codiciosa. Preferirías tener un regalo que un beso mío.

—No es verdad. Tú eres el que no quiere besarme.

Riéndose, la estrechó entre sus brazos y ella le rodeó el cuello con los brazos, aferrándose a él y con el corazón tronándole en el pecho. ¿Cómo había vivido tanto tiempo sin él?

La condujo a unos pasos de distancia de donde estaban, entre los árboles, a una pequeña cala que daba a un claro en la ladera de la colina que tenía el suelo sembrado de agujas de pino pintadas de plata por la luna.

—No sé —murmuró—, me has hecho esperar tanto y esperar me resulta tan difícil, que quizá debería quedarme con este regalo. Podría darte una lección.

—No te atreverías. Nadie me ha hecho un regalo desde... no recuerdo cuándo.

A los dos les costaba respirar mientras hablaban. Él le dio un beso rápido y fuerte en la sien, ella saboreó su mejilla con la punta de la lengua y se abrazó con más fuerza a su cuerpo. En realidad, el regalo no tenía ninguna importancia. Ni siquiera pudo apartar la mirada de su rostro el tiempo suficiente para ver de qué se trataba.

Las sombras parpadeaban en sus ojos, la luna tendía una cinta de plata brillante sobre su boca. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Sus preciosos y sensuales labios, hinchados y ligeramente separados, se curvaban en las comisuras hasta formar una sonrisa. Una sonrisa que,

en aquel rostro ferozmente apuesto, podía hacer que cualquier mujer se debilitara de deseo.

Él se arrodilló, y ella sintió un suave lecho bajo sus pies, pero no pudo quitar los brazos de su cuello.

—Es inútil que intentes distraerme ahora... —dijo él, depositando besos calientes y dulces sobre sus mejillas y su pelo, su frente. La besó de forma tentativa en la comisura de los labios.

Ella giró la cara para intentar atrapar sus labios con los suyos, pero Jack apartó la cara.

—Soy un hombre más fuerte que eso.

—Tú eres el que me está distrayendo...

Le dio la vuelta, la acomodó de espaldas contra su pecho y la rodeó con la férrea seguridad de sus brazos.

—Ya está —dijo—. Para usted, señorita Alyson.

Un enorme ramo de flores brillaba en la cabecera del lecho improvisado que él había extendido allí, algunas más claras, otras más oscuras, pero todas de un color plateado a la luz de la luna. Todas maravillosas y hermosas y todas para ella.

Unas lágrimas repentinas empañaron sus ojos. ¡Pensar que él haría algo así!

—Es precioso —susurró—. Oh, Jack.

—Las vi cuando estaba buscando mi sombrero y le robé un cubo a Cookie para ponerlas dentro.

—Oh, Jack.

—Claro que estaban empapadas por la tormenta, pero no sabía cuánto tardarían en marchitarse.

—Oh, Jack.

—Por la mañana, podrás ver que son del color del cielo, y de tus ojos.

—¡Oh, Jack!

—Estás repitiéndote mucho. —Empezó a frotar su mejilla contra la de ella, sus labios buscando los suyos, exigiendo su beso—. Vamos a tener que poner fin a eso.

Su boca, caliente y hambrienta, tomó la de ella, y ella se revolvió entre sus brazos como si estuviera hambrienta.

—Ah, Alyson, querida —gimió en su boca mientras la tumbaba en el lecho.

Solo rompió el beso durante un instante que fue fugaz, y ella se dejó caer en el lecho con tal abandono que el mundo desapareció. No existía nada más. Nada, excepto Jack, duro y fuerte y deseándola, haciéndola florecer, fundiéndola contra él hasta que no necesitó nada más.

Excepto más de él.

Su lengua se enroscaba con la suya, le hablaba sin palabras, la tentaba a ella y a todo su cuerpo. Le quemaba la piel y hacía que sintiera su sangre arder. Sus manos abrieron la manta, se deslizaron bajo su bata, acariciaron su piel ardiente.

Alyson buscó la hebilla de su cinturón, pasó la palma de la mano por los abultados botones

de sus pantalones. El tacto lo hizo gemir de placer.

Le desabrochó la hebilla.

—Botas —murmuró él contra sus labios.

Finalmente, con un incoherente sonido de protesta que le salió de lo más profundo de la garganta, arrancó su boca de la de ella y se sentó para quitarse las botas, pero con una mano todavía tocándola casi todo el tiempo, con su boca volviendo a la de ella una y otra vez. Alyson encontró la bragueta de sus vaqueros con ambas manos y empezó a desabrocharle los botones.

Uno a uno se fueron abriendo, la enorme dureza de su hombría bajo ellos hinchándose bajo sus dedos, torturando sus manos temblorosas. Soltó un gemido desesperado y hundió su boca en la de ella, le cogió el pecho con la mano, amasándolo, frotando el pezón erecto con el pulgar a través de la fina tela de la bata. Con la otra, empezó a ayudarla y, de algún modo, los dos consiguieron despojarle de los pantalones sin romper el beso ni quitarse las manos de encima.

Alyson metió las manos por dentro de su camisa y frotó con las palmas los músculos que ondulaban bajo la suave piel de su espalda, hasta que no pudo soportar que hubiera más barreras entre ellos.

—Rápido —dijo ella, jadeando pero sin desear otra cosa que su boca de nuevo—, quítame todo esto.

Él le hizo caso mientras ella le abría los botones de la camisa y se la pasaba por los hombros. Se la sacudió de los brazos y se la quitó, y volvieron a caer abrazados el uno en el otro. Ella arqueó la espalda lo suficiente como para frotar las duras puntas de sus pechos contra el de él, y él lanzó un grito áspero y primario que hacía ver que la necesitaba.

—Querida —susurró.

El apelativo, y la forma de llamarla, la derritieron. ¿Cómo había podido vivir veinticuatro años sin esto? No lo había hecho. Solo había existido.

Ya nunca recuperaría el poder del habla, esas habían sido sus últimas palabras, porque lo que le quedaba de vida en la tierra lo dedicaría a darle a Jack acceso a su boca, a besarlo de forma descara y en silencio por el resto de su vida. Eso era todo lo que necesitaba. Eso y su dura y caliente longitud encima de ella. Y sus manos acariciando su piel.

Y... sin embargo, había algo más.

Jack lo sabía. Rompió el beso y deslizó la mano por debajo de su espalda para arquearla de nuevo y sostenerla suavemente, como si fuera un tesoro que acababa de encontrar. Bajó la cabeza hasta su pecho y se llevó el duro pezón a la boca, lo rodeó con la lengua y lo succionó con los labios. Todo poder de pensamiento la abandonó a ella también.

Moviéndose por puro instinto, hundió los dedos en su pelo para acunar su cabeza entre las manos, para sostenerla con cuidado y que él nunca pudiera dejar de hacer lo que estaba haciendo. Jamás. Le estaba calentando el cuerpo y, a la vez, provocándole escalofríos. La estaba haciendo temblar, haciendo que su feminidad llorara por él.

La estaba destruyendo, porque ella nunca volvería a ser la misma. Y a ella no le importaba, todo lo que quería era más.

Dejó que se moviera hacia su otro pecho, pero siguió pasándole los dedos por el pelo,

siguió sujetándole la boca donde ella quería, deseando que este deleite no terminara nunca, hasta que él empezó a acariciarle la palma callosa de la mano por la cadera, por el muslo, por su interior, hasta que se perdieron más arriba y también dentro de ella. Le soltó el pelo y dejó caer los brazos a los lados, perdida en las sensaciones que Jack creaba, en la magia que él hacía y que llenaba cada uno de sus sentidos. Para hacerla suplicar en un silencio impotente en el que pedía más.

Él también lo que ella quería. La escuchó gemir y la sintió arquearse, suplicando con sus pechos, con su lengua sin palabras.

Pero no fue hasta que ella levantó los brazos y los llevó a sus hombros, hasta que pasó sus uñas por ellos y gritó en una súplica incoherente y frenética, que él se elevó sobre ella y ella lo introdujo en su interior. Una punzada de dolor la recorrió en ese primer momento, pero luego se fundió en torno a él y se movieron juntos a un ritmo seductor y placentero.

Y, entonces, el relámpago volvió a caer en medio de esta nueva y poderosa tormenta. Cayó entre los dos como si fueran uno solo, juntos. Bailando juntos a través del aire bochornoso, destellando como una estrella reluciente en la oscuridad de la noche.

Cuando estaba en su momento más álgido, Jack apartó su boca de la de ella, echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre.

Se despertó al amanecer. Durante un largo y delicioso momento, no le vino ningún pensamiento a la mente, solo la sensación de Alyson acurrucada entre sus brazos, así como su aroma. El cálido satén de su piel contra la suya. La nube de su pelo haciéndole cosquillas en la barbilla, brillando como el oro hilado de un cuento de hadas, incluso bajo la última débil luz de la luna. El suave y apacible sonido de su lenta respiración, profunda como la de una niña dormida.

Sin embargo, era una mujer. Nunca había conocido a una con tanta pasión.

¿Cómo podría haber sabido que él era el primer hombre con el que se acostaba? No podía haberlo sabido, así que no debía sentirse culpable por ello. Al fin y al cabo, ¿no había hablado ella de pretendientes? ¿No había venido a su lecho en camión?

Una ternura se apoderó de él y la estrechó aún más fuerte, aunque ya estaban unidos por todas las partes por las que podías estar unida a una persona, y se sintió bendecido. Apenas recordaba cómo era despertarse sin ella entre sus brazos.

Era una posición condenadamente peligrosa para alguien como él. Nunca había pasado la noche con ninguna mujer, jamás.

Casi nunca le interesaba estar con ninguna mujer dos veces. Ahora mismo, quería estar con Alyson para siempre.

Debía decirle, en cuanto ella abriera esos grandes ojos azules suyos, que esto no volvería a suceder. Que él era su guardaespaldas y que eso era todo. Sin embargo, despertarse abrazado a ella era como estar en el paraíso. Esperó un minuto más.

Finalmente, le besó el hombro, luego la atrajo hacia sí y la apretó con fuerza durante un par de segundos.

—Alyson —susurró—. No querrás echar de menos a tu tocaya, ¿verdad? —Abrió los ojos y se removió entre sus brazos para mirarlo—. Tu piel es suave como la nariz de un potro. —Le

acariciaba el brazo. La sonrisa que ella le dedicó hizo que le diera un vuelvo el corazón.

—Bueno, bueno, eso sí que es una mejora. —Su voz sonaba embriagada por el sueño. — Es mucho mejor que «Alyson, eres terca como una mula». Con diferencia. —Se echó a reír—. ¿Qué fue lo que dijiste cuando me desperté? —La miró a los ojos y olvidó cuál era la pregunta, y mucho menos la respuesta—. ¿Algo sobre mi tocaya?

—Ah, sí. El amanecer. ¿Alyson no significa amanecer? —Su rostro se iluminó. Ahora se estaba despertando.

—Sí, y es muy romántico por su parte mencionarlo, señor Coulton. Casi tan romántico como traerme flores.

Romántico. Seguro que nadie lo había llamado así antes.

—Gracia, pero eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. —Ella se puso boca abajo, apretada como él la tenía, y cogió el ramo—. Son tan, tan preciosas—. Se las acercó para enterrar la cara en ellas—. Gracias, Jack. Eres muy considerado.

Dios mío. Le estaba dando demasiada importancia.

—Cuidado ahí, señorita —dijo él, limpiando las gotas de agua que caían de los tallos de las flores—, estás mojando nuestra cama. «Nuestra cama». Debía hablar con ella ahora mismo. No debían encariñarse el uno con el otro.

No sabía lo que sería capaz de soltar por la boca si se acostaba con ella una vez más.

Pero ella lo miraba a la cara, con esos ojos azules centelleando.

—Qué risa, viniendo del campeón de mojar a la gente en el río. ¿Has decidido que eres de azúcar? ¿Temes derretirte?

Él solo le sonrió. Era lo único que se le ocurría hacer, ya que no recordaba lo que había empezado a decir.

Su picardía se desvaneció en una mirada brumosa.

—He soñado contigo —dijo ella, rozando con la mejilla los pétalos de las flores.

Su corazón se contrajo. ¿Cuándo alguien, alguna vez, había soñado con él?

—No, querida, estabas despierta. Solo pensabas que era un sueño. —Ella se rió.

—Siempre piensas que no conozco mi propia mente, pero sí la conozco.

Entonces, con una sonrisa que lo derriñó, se acercó y le acarició la mejilla con sus suaves dedos. Parecían de terciopelo.

—Sigue llevando los guantes para montar. Están dando sus frutos.

Ella sonrió.

—Así que apruebas una cosa que hago.

Dejó que su mirada recorriera su cuerpo, centrándose en el único hombro que estaba desnudo y en la pierna que estaba enroscada con la suya encima de la manta.

—Apruebo muchas cosas que haces.

Ella rió y se sonrojó, un poco avergonzada, lo que lo hizo sonreír y pensar en el hecho de que él era el primer hombre que se acostaba con ella.

El sonido de ollas repiqueteando y luego la voz de Cookie flotó hasta ellos desde el campamento.

—¡No! —susurró ella, y se acurrucó más, ronroneando de forma tentadora mientras pasaba la yema del dedo por el pecho masculino.

—No hagas eso —le pidió en un susurro—. Tienes que irte.

Cobarde. Cobarde. Cobarde.

Abrió la boca, la miró a los ojos y volvió a cerrarla.

Bajó la cabeza, le dio un beso rápido y fuerte en los labios, y luego se dejó dar otro en la punta de la nariz.

—No queremos que los chicos se alarmen, ¿verdad?

—Me parece bien —dijo ella, con esos ojos azules bien abiertos y fijos en los de él.

—Lo que hagan la jeda y el guardaespaldas no es asunto de nadie más, lo he decidido.

Él ya estaba empalmado y anhelando sentirla de nuevo a su alrededor.

—Tengo que alejarme de ti. Tengo miedo de que me corrompas.

Ella se rió. Estaba tan hermosa tumbada entre sus brazos con el pelo enroscándose alrededor de su cara en una suave nube rubia, que estuvo a punto de perder el control. Se obligó a bajarla de su cuerpo, desenredarlos y alcanzar sus pantalones.

—Será mejor que te tapes con la manta, señora. La gente está despierta. —Alyson se sentó y miró a su alrededor mientras él se calzaba las botas.

—¡Vaya, se puede ver mi carreta desde aquí, más claro que el agua! No está lejos, aunque tampoco peligrosamente cerca.

—Posición de guardaespaldas. No estaba seguro de si vendrías aquí o no.

—Eres un poco mentiroso. —Lo abrazó por detrás, con el ramo de flores aún en la mano—. Incluso tenías un ramo para mí. La próxima vez traeré una botella de vino.

Sus pechos desnudos contra la espalda desnuda de él eran una tortura exquisita. Sus palabras también eran una tortura. «La próxima vez ✨. ¿Qué habían empezado?

Se despidió con un beso rápido y salió de allí hacia los árboles cargando con el resto de su ropa. Estaba buscando el arroyo frío al que tirarse antes del desayuno y una carreta cargada de valor.

Alyson se deslizó por la ladera hasta su carreta, manteniéndose en las sombras, que se desvanecían rápidamente bajo los rayos del sol naciente. Corrió a lo largo de la parte exterior de la carreta se subió al portón trasero por el lado alejado del fuego. Era cierto lo que le había dicho a Jack; no le importaba lo que pensarán de ella por llegar del bosque envuelta en una manta con un ramo de flores en la mano. Simplemente, no quería escuchar los desvaríos de Cookie sobre ella y Jack, eso era todo.

Sonrió para sus adentros mientras subía al portón trasero y se deslizaba tras la solapa de lona. Ella y Jack. Jack y Alyson. Alyson y Jack.

Rápidamente, buscó entre su ropa limpia y eligió la nueva chaqueta azul y leonado y la falda de montar que había comprado en el pueblo. Puede que ni siquiera la necesitara para cabalgar hasta un pueblo antes de que llegaran a Texas, puede que ni siquiera se acercaran a ningún pueblo. Además, quería ponerse ropa nueva para celebrarlo. Todos habían sobrevivido a una estampida con la mayor parte del ganado a salvo, ¿no?

Se puso su agitó, recogió su toalla y su jarra de lavar y, sonriendo, salió de su carromato hacia el amanecer rosa y amarillo que vaticinaba un nuevo gran día. Durante todo el desayuno, durante el ensillado de los caballos y su reprimenda a los jinetes —dando instrucciones para la búsqueda de los extraviados—, no pudo dejar de sonreír. Lo intentó, porque no quería que el viejo Cookie, con ese ojo de lince que tenía, la interrogara, pero no pudo, porque este era simplemente el día más maravilloso que había vivido desde que habían iniciado el viaje. Desde que ella podía recordar, en realidad. La atracción entre ella y Jack era física, pero no era solo eso.

Los dos tomaron el cuadrante sudeste para su parte de la búsqueda, de modo que también pudieran explorar el camino que seguían con la manada. No quería hablar mucho, aunque, de todas formas, la mayor parte del tiempo se separaron para buscar a los extraviados. Sin embargo, no se perdían de vista, y ella podía sentir el vínculo que los unía.

Alyson encontró media docena de perros callejeros y los reunió, los puso en marcha para que se encontraran con Jack, que se había cruzado con otros tantos y los dirigía en su dirección general. Uno de los bueyes que Alyson tenía reunidos era uno negro grande y espigado con la punta de un cuerno rota, al que los hombres habían apodado Snarly. Era una criatura verdaderamente malvada que ya había causado muchos disgustos en el sendero atacando alternativamente a sus compañeros e intentando escaparse de la manada, y cuando ella y Jack se lanzaron a por sus hallazgos, él volvió a las andadas.

— ¡Hola! —gritó Alyson, cabalgando alrededor de los demás para intentar azotarle con una cuerda enrollada—. Tú, cosa odiosa, aléjate de ella. —Miró a Jack a través del ganado que se empujaba—. No sé por qué espero a que lleguemos al nuevo rancho para hacernos una barbacoa con él.

Jack estaba rodeando el pequeño rebaño de descarriados para juntarlos antes de llevarlos de vuelta al rebaño principal.

—Nos ahorrarías a todos un montón de problemas si él fuera la cena de esta noche.

—Lo sé —dijo ella, mientras él cabalgaba a su lado—. Pero ahora tenemos muchas provisiones, y puede que lo necesitemos más el próximo invierno. —Sonrió a Jack—. Cuando nos pongamos al día, como dijimos, después de todo el trabajo de este verano.

Él le dirigió una mirada extraña que ella no supo leer. Sus hombros se estremecieron, como si ella le hubiera asestado un golpe. La miró fijamente, pero no le devolvió la sonrisa.

—¿Te gusta la barbacoa en invierno? —preguntó Alyson—. ¿O prefieres una enorme olla de estofado con cebollas y patatas y muchos tomates de bote?

Guardó un extraño silencio durante un instante. Uno demasiado largo. .

—No se sabe lo que comeré este invierno. No se sabe dónde estaré —murmuró con cuidado.

Un dolor intenso la golpeó.

—Oye —empezó a decir, intentando adoptar un tono ligero—, tú sabrás. Solo me guío por un comentario que tú mismo hiciste sobre las actividades del próximo invierno.

Sonrió, pero no era su típica sonrisa.

—Creo que debería refrenar mi lengua. Soy lo bastante mayor para saber cuándo dejar de flirtear, sabiendo la mujer tan hermosa que eres.

Ella lo miró fijamente, con un frío intolerable extendiéndose por sus venas.

—Si hubieras dicho «sabiendo la mujer tan fea que eres», u odiosa o gruñona o irritante, o lo que sea, entonces podría darle algún sentido a lo que acabas de decir.

Sonrió. Casi parecía esa sonrisa diabólica que siempre le dedicaba. Luego se puso serio de nuevo.

—Debería haberte dejado en paz. Debería haber sabido que no podría resistirme a ti.

La ira empezaba a luchar contra el dolor por el shock inicial. Y la ira estaba ganando. Por mucho.

—Déjame ver si puedo descifrar lo que has dicho —argumentó con firmeza—. Ahora que has aprendido que «no puedes resistirte a mí», ¿te apetece dejarme cuando acabe el viaje? ¿Que antes pensabas invernar con nosotros?

—Alyson. —Estaba volviendo a su Jack de antaño. Ese arrogante que le había dicho que se perdiera en cuanto le había pedido que viniera con ella, su viejo y odioso yo que no vacilaba, que no se equivocaba. Ladeó la cabeza y le dirigió una mirada con la que ella ya debería saber lo que estaba a punto de decirle—. Alyson, si invernáramos juntos sabes muy bien que no estaríamos más que locos por más cuando llegara la primavera. Tienes que saberlo, después de lo de anoche.

Ella parpadeó.

—Bueno, sí, supongo que tiene razón. Sin embargo, si esta es tu actitud habitual a la mañana siguiente, eso podría ralentizar un poco las cosas. —Las comisuras de su boca se crisparon como si fuera a sonreír. Ella, sin embargo, no se sintió tentada lo más mínimo a sonreír — ¿Qué pasa, Jack, crees que porque... pasamos una noche juntos espero que te quedes todo el invierno y que te cases conmigo en primavera? ¿Es eso lo que te molesta?

De repente, una sensación de soledad cayó sobre ella, peor que cualquiera que hubiese sentido. Pesaba una tonelada. Dos, en realidad. Se sentó muy erguida en la silla y apeló a su orgullo.

—Porque si es eso, puedes dejar de preocuparte y descansar tranquilo: nunca me casaré con nadie. Por fin tengo el control de mi vida y nunca cederé esa libertad a ningún hombre.

La garganta le dolía horrores por el enorme nudo que se le había formado allí, pero no había ni rastro de él en su voz, por lo que estaba agradecida.

—Dios santo, Jack. Lo de anoche fue una aventura más. Una experiencia. Eso es todo.

Qué mentira. Que Dios la ayudara. Jack había entrado directamente en su corazón.

—Sé que eso es lo que piensas ahora —dijo Jack con esa voz suave, profunda y segura—. Alyson, sé que no esperas casarte, pero llegaríamos a eso. Siempre ocurre. Las mujeres piensan así, y tú eres una mujer emocional.

—Y una testaruda, como te gusta tanto señalar —dijo ella con frialdad—. ¿Qué pasa, tienes miedo de que te ate y te marque antes de que sepas qué te ha golpeado?

Entonces sí sonrió, pero solo por un instante. Una tristeza pasó por su rostro, una soledad que la alcanzó y la tocó en todos esos sentimientos que empezaban a estallar en su interior.

—Eres una buena mujer y yo soy un mal hombre para ti en todos los sentidos excepto para lo que me contrataste. Será mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro.

—No es algo fácil, teniendo en cuenta para lo que te contraté.

—Ya sabes lo que quiero decir. Mantenernos alejados excepto por el trabajo.

Estaba muy enfadada. Estaba insinuando que la noche anterior no había significado nada para él, nada en absoluto, y había significado el mundo para ella. Sí que era emocional.

—Oh, bueno, si fueras un hombre más emocional podrías sacarle un poco más a la vida! ¿Qué crees, que me sentaré a suspirar por ti durante años y años, recordando lo que pasó entre nosotros anoche?

Probablemente lo haría. Que Dios la ayudase, porque nunca lo olvidaría.

—Intento decirte que soy malo para ti, Alyson. Es justo que lo sepas.

—¿Malo en qué sentido? ¿De qué estás hablando?

—Soy un renegado, siempre lo he sido. No sigo más reglas que las mías. Hasta que llegué a ser mi propio jefe, casi me echan de los Rangers, por el amor de Dios.

—Así que eso te convierte en una mala persona. —Utilizó un tono sarcástico—. Déjame decirte que estoy muy impresionada. Quizá no te hayas dado cuenta, pero yo también hago mis propias reglas.

—Alyson —dijo él en el tono más frío que ella pudiera imaginar—, soy responsable de la muerte de un hombre.

—Eres responsable de la muerte de muchos hombres. Por eso te contraté. Así es la vida en la frontera. No significa que seas malo.

¿Por qué, Dios mío, lo estaba defendiendo cuando lo que quería era bajarlo del caballo y darle un puñetazo?

Él se dio la vuelta y miró a lo lejos. Ella abrió la boca para decir algo más, pero él se le adelantó.

—Vienen jinetes.

Tardó un momento, pero entonces los vio: tres caballos y jinetes viniendo hacia ellos desde el este a través de la hierba alta. Se le formó un nudo en el estómago aún más fuerte de lo que ya estaba.

—¿Quiénes podrán ser? —Jack se encogió de hombros.

—Ya lo veremos. Quédate atrás, mantenme entre tú y ellos.

—Puedo cuidarme sola.

Cogió la pistola que llevaba en la alforja.

—Déjalo —dijo, sin volverse siquiera a mirarla—. Puedo ocuparme de los tres. Mira a tu

alrededor y comprueba si hay alguno que venga de otra dirección.

Ella hizo lo que él le dijo.

—No lo parece.

—Bien.

Pareció que tardaban una eternidad, pero finalmente los hombres llegaron hasta ellos.

—Hola, supongo que sois el Slash A —llamó uno de ellos.

—Hola —respondió Jack.

Alyson se dio cuenta de que había bajado la mano a la empuñadura de su pistola y la había dejado allí. Parecían bastante respetables cuando se acercaron y detuvieron sus caballos frente a ella y a Jack. Todos tenían un aire honesto.

—Milo Thomas, del Círculo T —dijo el hombre más viejo, el del medio.

—Jack Coulton.

Milo Thomas presentó a sus hombres por su nombre y también como dos de sus mejores peones. Luego fijó su mirada directa y gris en Alyson.

Jack no la presentó.

—Ahora que ya nos hemos presentado, ¿¿Qué podemos hacer por usted?

—Estoy interesado en comprar su rebaño —dijo Milo—. Según mis informaciones, la señora es la propietaria.

Alyson se adelantó para que su caballo estuviera a la altura del de Jack.

—Soy Alyson Pearson. Soy la propietaria. Pero no estoy interesada en vender.

—Lamento oír eso, señora —dijo Milo Thomas, con una inclinación de su sombrero—. Estoy buscando algunos ganaderos, y sería muy útil encontrarlos aquí. Daría mucho dinero.

—Siento no poder complacerle, señor Thomas, pero es completamente imposible.

Su tono de voz sonó tan fuerte y definitivo que Thomas no discutió. Él y sus hombres se quedaron parados el tiempo suficiente para ser educados, luego se dieron la vuelta y cabalaron de regreso por donde habían venido.

En cuanto vio sus espaldas, Alyson empezó a empujar la decena de cabezas que habían reunido hacia el gran rebaño. Podía verla a lo lejos, y cuanto antes la alcanzaran, antes podría alejarse de esta estúpida conversación con Jack.

Entonces, para su completo shock, esta se volvió aún más loca.

—Al menos deberías haberlo pensado mejor —le dijo Jack—. Era una buena oportunidad para ahorrarte un montón de kilómetros persiguiendo al viejo Snarly.

Ella lo ignoró, ni siquiera lo miró. Maldito fuera por ser tan condescendiente con ella.

—Estaré encantado de cabalgar tras Milo Thomas y decirle que te lo pensarás hasta mañana.

Y maldito fuera él por conocerla tan poco que había tomado su silencio por consentimiento.

Se volvió contra él enfadada.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? ¿Y por qué no vienes directamente y me dices a la cara que no crees que pueda llevar este ganado a Texas? ¿Por qué no admites que eres exactamente igual que todos los demás hombres que piensan que las mujeres no pueden hacer nada por sí mismas?

Su rostro enrojeció de ira.

—¡Eso no es cierto! Eres una mujer tan testaruda que sé que puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Intento ahorrarte un mundo de dolor, eso es todo.

—¡Bueno, no te molestes! Y no mientas. Lo que estás haciendo es intentar acabar rápido con este viaje para no tener que lidiar con una mujer emocional que salta a tu cama cada noche porque no puede resistirse a ti y luego te ruega que te cases con ella cada mañana siguiente.

La expresión de su cara la habría hecho reír si no hubiera estado tan furiosa.

—Bueno, pues sigue soñando, porque eso no va a ocurrir. No volvería a tocarte ni con un palo de tres metros, Jack Coulton.

Le sostuvo la mirada cargada de determinación y enfado.

—Será mejor que no te estés riendo de mí por dentro. No habrías podido detener esa estampida sin mi ayuda, lo sabes, ¿verdad? Hice el trabajo de un hombre e igual de bien, quizá mejor.

—Lo sé. Espero que te acuerdes que te lo dije.

No había risa en su voz, así que finalmente, con desdén, apartó su mirada de la de él y volvió a su trabajo.

—Eres mi empleado, por el amor de Dios, y eso es todo. No tienes más lealtad hacia mí de la que tendría cualquier otro asalariado, y eso está bien. Lo único que importa en mi vida es que voy a tener un rancho propio o a morir en el intento.

Y guardaría lo de anoche como un preciado recuerdo para su vejez, porque pasaría todo ese tiempo antes de que pudiera soportar pensar en ello de nuevo. Nunca podría vivir con Jack Coulton, y él tenía razón en una cosa: volver a hacer el amor con él solo la haría desear más, así que a partir de ese momento se aferraría firmemente a su promesa de no volver a acercarse a él.

Sí. A partir de ahora, Alyson Pearson, propietaria del rancho Slash A, en cualquier lugar de la Península donde se encontrara ese rancho, sería todo negocios.

Todo el tiempo.

Capítulo 12



Jack llenó sus pulmones con el aire nuevo de la mañana, bañado por la tormenta, y fijó su mirada en las llanuras que se extendían por delante. Durante el interminable tiempo transcurrido desde que habían hecho el amor —y la guerra— hasta ahora, había hecho grandes progresos. Podía cabalgar junto a Alyson sin estar tan pendiente de ella todo el rato que no pudiera pensar en otra cosa. Hoy iba a demostrárselo a sí mismo que podía hacerlo: iba a fijar todos sus instintos en descubrir el paradero de las vacas desaparecidas. No iba a pensar en Alyson como en una mujer, ni una sola vez.

Quizá eso aliviara el dolor de sus entrañas.

¿No había desaparecido parte de él cuando había aprendido a soportar la cruz de su constante atractivo físico? Eso era ahora un hecho en su vida, ya que ella vivía y respiraba a su lado o a tiro de piedra de él noche y día. No, lo que sentía en su interior ya no era deseo por ella. El dolor tan intenso que sentía era solo por su culpa.

Por eso y por el hecho de que unos malvivientes de pacotilla estuvieran robando vacas delante de sus narices. ¿Cómo de vergonzoso era eso para el hombre más peligroso de Colorado?

Con un irónico movimiento de cabeza, escudriñó las llanuras en todas direcciones, buscando un atisbo de largos cuernos brillando al sol o un pellejo con manchas blancas casi oculto entre el alto y frondoso pasto. O una espiral de humo surgiendo de una hoguera. O las coronas de los sombreros de los hombres a caballo a un lado del rebaño en algún lugar, cabalgando por las colinas para no proyectar sus siluetas en el horizonte.

—¿Crees que me he vuelto lo suficientemente buena con un arma como para enfrentarme a ellos?

El sonido de su voz, grave y ronca, tras un silencio tan largo lo afectó como la cálida mano de ella sobre su piel. Pero las palabras le infundieron un frío temor.

Se dio la vuelta en la silla de montar para mirarla, luchando contra la respuesta rápida y contundente que brotó de sus labios. Tres. Contar hasta tres y luego hablar. No destruir su confianza, porque podría necesitarla.

—Estás mucho mejor —dijo él, incapaz de resistir una vistazo a su cintura recortada y a sus caderas redondeadas, ambas enfatizadas por la pesada pistolera que ella había insistido en llevar desde la primera vez que perdieron las vacas.

—¿Pero...? Puedo oír el «pero» en tu voz.

—Que dispares a latas vacías y que los hombres te devuelvan los disparos son dos cosas completamente diferentes.

—Ya lo sé.

—No hasta que hayas estado allí.

—¡Me han disparado!

—Pero no has devuelto los disparos. Y sentiste lástima por los hombres que nos atacaron cuando les disparé.

—Cualquier cosa es sentida cuando grita de dolor.

—En un tiroteo, olvídate de los sentimientos. Piensa: «A él o a mí, ¿a quién prefiero ver muerto?».

Ella asintió, sus ojos solemnes y fijos en los de él.

—Puedo hacerlo. Cada vez que me despierto recuerdo que falta otra docena de cabezas.

Él se rió.

—¿Eso te crisa más que recordar a Simmons intentando matarte cuando caminabas frente al fuego en tu propio campamento? —Ella también se rió.

—Me haría parecer tan hambrienta de dinero como él, ¿no crees?

—Sí. Y tan loco como para arriesgar tu vida por codicia. Si estás muerta, no importa quién tenga tus vacas, Alyson. Déjame tomar el mando si las asustamos hoy.

—Oh. Así que no crees que pueda disparar lo suficientemente bien como para...

—Yo no he dicho eso —la interrumpió irritado—. Lo que estoy diciendo es que podríamos conseguir reunirlos a todos sin necesidad de usar disparos.

—Así que primero te preocupa que no dispare porque me dan pena y ahora te preocupa que les dispare por la espalda.

Se volvió hacia ella.

—¡Alyson! ¡Silencio! Me estás liando tanto que ni siquiera me da tiempo a pensar.

Ella esbozaba su sonrisa más traviesa.

Ambos rieron, consiguiendo que las cosas entre ellos fueran más fáciles que en cualquier otro momento desde la explosión.

—Un pequeño detalle. Tenemos que encontrarlos antes de poder dispararles o no.

—Creo que es Simmons —dijo ella, por milésima vez.

—Nunca se sabe —dijo él también por milésima vez—. Puede que Thomas se haya puesto nervioso cuando te negaste a vender y haya decidido llevarse tu ganado como sea. O podrían ser un grupo nuevo de forajidos.

—Ha pasado una semana exacta desde la estampida —dijo pensativa.

—Parece un año —murmuró Jack—. De hecho, parece toda una vida.

Y era la verdad. Nunca había vivido semejante tramo de miseria en toda su vida, y había pasado por algunos infiernos en su época. ¿Qué le estaba haciendo? Toda la maldita búsqueda del alma en la que había estado cayendo se debía a ella de alguna manera, y ni siquiera entendía por qué.

Arrastró sus pensamientos dispersos y los obligó a volver al problema que tenía entre manos.

—Sea quien sea, no ha provocado la estampida.

Ella se giró para mirarlo de forma tan fija que casi lo hizo dar un respingo.

—Hemos dicho todo esto tantas veces que nos estamos volviendo tan previsibles como Cookie —gritó ella, golpeándose el muslo con el puño—. Tenemos que hacer algo, y rápido, o nos quedaremos sin ganado para cuando crucemos la línea de Texas. ¿Qué podemos hacer para detenerlos?

Durante un minuto ni siquiera fue capaz de asimilar lo que ella había dicho. Su boca era tan dulce que todo lo que él quería era saborearla de nuevo, alcanzarla a través del estrecho espacio que había entre los dos caballos y tirar de ella hacia sus brazos.

Pero eso era lo que le había metido en este aprieto en primer lugar, ¿no? ¿Este extraño estado mental en el que sus pecados lo perseguían y anhelaba enterrarlos todos para siempre? Donde deseaba, de alguna forma, arreglar las cosas para poder ser lo bastante bueno para ella.

Un escalofrío de protesta le recorrió la espina dorsal. Así que era eso. por primera vez, se estaba arrepintiendo de esa frase que siempre utilizaba con las mujeres y que le permitía seguir hace delante: «Soy malo para ti, querida, algún día lo sabrás. No soy lo bastante bueno para una mujer como tú.

Soltó un gran suspiro. Bueno, al menos ahora sabía qué era lo que le había estado quitando el sueño, aparte de los cuatreros. Además de su cuerpo anhelando a Alyson en su cama, si iba a sincerarse consigo mismo.

—Jack —lo llamó—. ¿En qué estás pensando?

Su voz ronca que nunca dejaba de sorprenderle se quebró un poco en la última palabra. Intentó armarse de valor contra su magia.

—En ti —contestó.

No había querido decirlo en voz alta.

Enderezó la espalda y se inclinó un poco hacia delante, alejándose de él. Era más fuerte de lo que parecía. En realidad, más fuerte que él, porque su mirada sorprendida se perdió inmediatamente en la de él, y sus ojos azules decían de forma clara que deseaba que él que la alcanzara, pero no hizo ningún movimiento.

Cada fibra de su cuerpo se reunió para alcanzarla. Él la deseaba tanto que ella también lo deseaba a él. Podían olvidarse de los tiroteos, del ganado, de los cuatreros y del peligro. Podrían pasar todo el día en un maravilloso mundo propio, un mundo de hierbas de dulce aroma y enormes cielos azules y brillante luz solar y besos calientes y vertiginosas caricias en sus pieles.

No, no podían. Porque su rostro sincero se había llenado de anhelo. De cariño. Por él.

No podía dejar que eso le pasara a ella. O a él. Ella lo había tocado en demasiados lugares; como su corazón, su alma y su cabeza.

Ella vio el momento exacto en que él recuperó el control y se puso en guardia en ese instante.

—No pienses en mí —le ordenó—. Necesito que hagas el trabajo para el que te contraté,

Jack.

—Estoy vigilando tu cuerpo en este preciso instante —dijo él, pero con ligereza, no de forma seductora.

No iba a volver a seducirla. Ya era bastante malo por haberse atrevido a hacerle el amor, aunque fuera ella la que había acudido a él, porque era mucho más inexperta en todos los sentidos —excepto en el manejo de vaqueros y ganado— de lo que él había pensado aquel día en el pueblo.

Ella se rió un poco.

—Mi mente es parte de mi cuerpo y tienes que vigilarla también, porque se está volviendo loca con este crujido.

Su tono era tan ligero como el de él, su maravillosa voz solo un poco tensa. Lo mejor para ambos era mantener la distancia entre ellos. No sería muy difícil hacerlo.

—Los encontraremos —le prometió—. He decidido que no dormiré hasta que lo hagamos.

Una repentina sonrisa traviesa iluminó su rostro. Esa era una de las cosas que se lo ponía tan difícil: ella le fascinaba, porque nunca sabía lo que haría o diría a continuación.

—¡Genial! ¡Yo tampoco! Estaremos al acecho!

—N-o-o —dijo él con firmeza, sin poder resistirse a devolverle la sonrisa—. Esta no es una de tus famosas aventuras. ¿Y por qué acechar toda la noche cuando nunca hay huellas por la mañana? No me refería a eso.

—Bueno, sea lo que sea lo que quisiste decir, voy contigo.

Azuzó Border Crossing a cambiar el ritmo.

—No.

Se mordió el labio. Sabía que si le insinuabas a Alyson que no podía hacer algo, lo único que querría sería hacerlo.

—Mira, esto no es más que una discusión que no tiene sentido. Haremos lo que tengamos que hacer cuando averigüemos quién está adelgazando nuestro rebaño y cómo.

—Oh, sí. Olvidé decirte que son tus veinte cabezas las que se han llevado hasta ahora.

Él la miró y se rió.

—Lo último que sé por el recuento de Cabe es que hemos perdido unas sesenta cabezas. alguna de ellas seguro que eran tuyas. *

—¡Tienes razón! Eso significa que cabalgo a tu lado para recuperarlas. —Sacudió la cabeza.

—Tramposa. Voy a tener que vigilarte como a un halcón.

—Como si se pudiera confiar en ti. Casi me ahogas en el frío río cuando la apuesta era que solo me tirarías al agua una vez.

—No voy a volver a entrar en esa discusión. —Se rio entre dientes y le lanzó una mirada burlona—. Lo hecho, hecho está. Ya te han mojado dos veces.

Ella le hizo una mueca.

—Pareces una niña de seis años —dijo él, mientras ella le sacaba la lengua. Intentó imaginársela de niña.

¿Habría sido una marimacho? ¿O una linda señorita?

—Alyson, ¿qué quisiste decir aquella vez que dijiste que habías tenido que crecer rápido?

Ella lo miró fijamente.

—¿Cuándo dije eso?

—Cuando Billy se estaba encariñando con tu perro. Le dije que tenía que hacerse fuerte.

—Me asombra que siquiera recuerdes eso.

«Lo recuerdo todo de ti. Probablemente, cada palabra que alguna vez nos dijimos. Cada mirada que alguna vez intercambiamos».

—Ya ves. —Ella asintió.

—Me refería a que he tenido que cuidar de mí misma casi desde que podía andar y hablar. Mamá murió cuando yo tenía diez años, pero antes de eso estuvo mucho tiempo enferma en la cama y papá siempre estaba ocupado con la ganadería. Cookie intentó cuidar de mí y cabalgué con papá algunas veces, pero la mayor parte del tiempo hice lo que quise.

La soledad del pasado resonó en su voz.

—Creo que eso lo explica, entonces.

—¿Explica qué?

—Sigues pensando que puedes hacer lo que te plazca. Sin hacer preguntas.

La risa de ella lo recompensó.

—Se te da bien hablar, Jack Coulton.

Tras un momento de confortable silencio recorriendo el fresco y nuevo país, ella se volvió de nuevo hacia él.

—¿Qué hay de ti? ¿Te cuidó bien tu madre?

—Lo intentó, entre trabajar en el campo y cocinar y tratar de sobrevivir. Cuando terminaba el trabajo cada otoño, me llevaba a ver a su pueblo *chickasaw*. Pero murió cuando yo tenía dieciséis años y, como nunca me llevé bien con mi padre, fue entonces cuando me uní a los Rangers.

—¿Tiene hermanos?

La pregunta hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—Un hermano que murió joven. Y un compañero que fue más que un hermano para mí.

Todo el viejo dolor se abalanzó sobre él como un muro de agua rugiendo por un barranco seco. Indefenso. Dios todopoderoso, nunca había estado tan indefenso como aquel día infernal. Sentía los miembros paralizados solo de pensarlo.

Seguro que ahora era demasiado tarde. No había nada que pudiera hacer para redimirse.

—Háblame de él —le pidió ella en un tono tan suave que casi no la escuchó.

—Jason. Jason Henderson. Era uno con el que cabalgar el río.

—¿Era?

—Murió. —A poco estuvo de atragantarse con sus palabras—. El año pasado.

—Lo siento mucho, Jack.

No pudo mirarla durante un rato. Cuando por fin lo hizo, su mirada azul atrapó la suya y lo reconfortó. Le decía que lo entendía. No le preguntó más, no le dijo que todo iría bien.

Porque no lo estaría, y ella podía verlo. Porque estaba sufriendo porque él estaba sufriendo.

Él quería estar entre sus brazos. Quería su cabeza sobre su pecho.

—Iba a volver a Texas de todos modos. —Apartó los ojos y dirigió la mirada al frente—, para ver a una mujer.

Lo dijo como una mentira para levantar una barrera entre ellos. Pero, en cuanto las palabras salieron de su boca, supo que no podía dejarlo estar. Le hizo sentirse tan vacío que podría salir volando de su caballo y desaparecer en el viento. No podía hacerlo. Alyson tenía que saber que era malo, de acuerdo, pero no podía hacerse eso a sí mismo: dejarla pensar que había hecho el amor con ella mientras cabalgaba cientos de kilómetros para ver a otra mujer.

Además, de repente supo que era la verdad. Esta era una de las razones por las que regresaba a Texas.

— La viuda de Jason. Quiero ver si necesita algo.

—Muy amable por tu parte —masculló Alyson en voz baja.

Esperó, presintiendo algo más. Desde el momento en que se conocieron, ella podía leerle la mente. Lo conocía, o estaba empezando a conocerlo. Nadie más que Jason lo había hecho.

Sin embargo, no podía decir más, no quería decir más. Y eso también le parecía bien.

Siguieron cabalgando en silencio, observando el horizonte, mientras él intentaba calmar la agitación de su corazón. Tampoco todo era culpa y arrepentimiento por lo de Jason.

Por encima de todos esos viejos sentimientos, había uno que era completamente nuevo. ¿Iba de verdad a reunirse con Ellie para mantener a Alyson a distancia, para tener una razón para dejarla cuando acabara el viaje, para evitar que pensara que era lo bastante importante o lo bastante persuasiva con él como para haberlo arrastrado a este viaje?

¿O era para confesarlo todo y pedir el perdón de Ellie? ¿Para intentar hacerse un hombre mejor, más merecedor de Alyson?

Que Dios lo ayudara si era eso.

Tras el mediodía, Alyson volvió a montar y esperó a que Jack cogiera su caballo. Los hombres estaban devolviendo el ganado al sendero, Cookie y Billy estaban levantando el campamento y, tras una comida caliente y un descanso a la sombra, todos parecían listos para una tarde tan larga. Si conducían lo suficientemente lejos y rápido ¿podrían dejar atrás a los cuatreros?

La mera pregunta la ponía furiosa. Tenía que pensar en algo. Tenía que hacer algo.

Cabe vino trotando hacia ella y la sacó de su ensueño.

—He hecho un recuento rápido y aproximado y diría que hemos perdido otras diez cabezas más o menos.

—¿Quieres decir desde que estamos aquí?

—Desde el amanecer.

Cabe era conocido por su habilidad para cabalgar a través de un rebaño y estimar su número con una precisión de una vaca o dos. Algunos hombres podían hacer eso, del mismo modo que algunos hombres podían lanzar una cuerda a cualquier cosa que se moviera y algunos hombres podían montar hasta dejar parado a cualquier bronco al que se subieran. Cabe no se equivocaba.

Un escalofrío la recorrió entera. Su ganado estaba siendo espantado por alguien a quien no veía delante de sus narices.

Jack cabalgó hacia ellos.

—Por la expresión de vuestras caras, creo que sé de qué estáis hablando.

—Diez cabezas —dijo Alyson—. Desde el amanecer. —Pero Jack miraba a Cabe.

—¿En qué posición cabalgaba Weasel esta mañana?

Cabe ladeó inmediatamente la cabeza y lanzó una mirada penetrante a Jack.

A Alyson se le cortó la respiración.

¡Jack! vociferó—. ¡No hay derecho a pensar eso! Te lo dije, Weasel ha estado con nosotros

...

Jack levantó la mano para callarla, pero esa no fue la razón por la que cerró la boca.

Su mente daba vueltas, intentando pensar en una forma de suavizar el hecho de que él le hubiera hecho antes a uno de los hombres una pregunta tan capciosa. Una cosa era expresar sus sospechas sobre Weasel en privado, y otra muy distinta decirle algo a Cabe cuando la propia pregunta era un insulto a uno de sus hombres. Entre los jinetes de Slash A, como entre los vaqueros de cualquier rancho o camino de herradura que se preciara, un insulto a uno se tomaba como un insulto a todos.

Pero Cabe no se ofendió. No se erizó de indignación.

—Arrastra —dijo, mirando a Jack como si tratara de leerle la mente—. No es uno de los hombres más nuevos, pero le gusta comer polvo, supongo.

Jack asintió. Weasel se había ofrecido voluntario para uno de los dos puestos de arrastre, que la mayoría de los vaqueros odiaban montar. Cabe se lo había dicho sin informar realmente a Weasel.

Así que Cabe también debía de tener sus propias sospechas. Una sensación de malestar se extendió por su cuerpo.

—¿Derecha de arrastre? —preguntó Jack.

—Correcto.

Jack asintió, y los dos hombres intercambiaron una mirada que ella no pudo leer bien antes de que Cabe hiciera girar su caballo y se alejara.

—Vayamos a galope a nuestra posición habitual, y una vez que hayamos superado esa cresta de allí daremos la vuelta.

— A los descansos de allí al sur.

Le dirigió una mirada larga y recta que contenía una advertencia. Y simpatía.

—Cabalgemos — dijo.

Ella se preocupó en estar callada mientras seguían su plan, pasando la mitad delantera de la manada, cabalgando hacia el sureste como si estuvieran su paseo normal, y luego doblando hacia atrás al amparo del rollo del terreno para que cuando los jinetes de la Slash A llegaran, ella y Jack estuvieran fuera de sus vista. Empezó a preocuparse en voz alta.

—Tenemos que tener mucho cuidado con lo que le decimos a Weasel o sobre él hasta que estemos seguros. Aún no puedo creerlo.

Estuvo un minuto en silencio.

—Lo siento —dijo al final—. Pero si puedes conducir un rebaño hasta Texas, puedes enfrentarte a los imprevistos de la vida. Es un hecho duro que a veces la gente en la que confías te traicionará.

—Pero si acusamos a Weasel sin pruebas, toda la tripulación podría renunciar.

—Tendremos cuidado con eso.

Su tono contenía tanta empatía hacia ella que se sintió tonta. Jack podía manejar esto. Pero ella no sabía si podría, por mucho ruido que hubiera hecho acerca de ser la jefa del rastro. Forzó su mente al momento presente.

—Has acertado arrastrándote por el terreno quebrado de allí. .

—Sí. Los árboles son espesos en algunos puntos y, en los lugares bajos, alguien podría esconder un rebaño bastante pequeño.

—Así que crees que Weasel los está apartando o dejando que se extravíen ...

—O, incluso, conduciéndolos a otro rebaño.

—Entonces, según tú, los hombres de Simmons los están reuniendo y les están cambiando las marcas.

—Así es cómo me estoy imaginando que sucede, sí.

—Eso explicaría que no haya huellas.

—Y que Weasel te llamara para que caminaras por delante del fuego la noche que dispararon a nuestro campamento.

Ella se giró en la silla de montar para mirarlo fijamente. Se sintió enferma, lo suficiente como para vomitar.

—No podemos probar eso. ¿Y cómo podremos probar que está involucrado en esto, incluso cuando encontremos las vacas? Hace tiempo que se fue con el rebaño.

—Alguien hablará. Presionar a alguien hace maravillas para soltar lenguas.

Tuvieron que callarse porque las voces se las llevaba el viento y rebotaban de un lado a otro contra el terreno rocoso. Se limitaron a pisar tierra para ahorrarse el ruido de los cascos

rozando la piedra, y mantuvieron los ojos en el cielo, buscando humo.

Hacia la mitad de la tarde, lo vieron, ambos casi en el mismo instante.

—Según mis cálculos, estamos demasiado lejos para ver el humo —susurró él—. Apuesto a que marcan esta hora todos los días. —Luego, a medida que el humo se hacía más claro y cercano, dijo—: No se hable más de aquí en adelante.

Treinta metros después desmontaron, ataron los caballos y se acercaron sigilosamente al fuego. Alyson les encontró la mejor cobertura, mientras Jack la conducía al lugar más seguro para ver.

Dos hombres, lo que tenía sentido porque Simmons era notoriamente tacaño, estaban trabajando para mantener el fuego. Pastando en un pequeño valle alimentado por un arroyo estaba el ganado desaparecido de Slash A. Alyson reconoció varias cabezas. En silencio, observaron durante lo que parecieron horas.

Finalmente, Jack asintió.

—Parece que solo están los dos —susurró—. Nos acercaremos despacio y los rodearemos. El tuyo es el de la camisa azul. Todo lo que tienes que hacer es estar lista para disparar si él va a por su arma.

Ella tragó con fuerza.

—Puedo hacerlo.

—Lo sé. Quédate cerca de mí hasta que dé la señal.

Y así, con la sangre de Alyson rugiendo en sus oídos y el corazón saliéndosele del pecho, se fueron acercando a los desprevenidos ladrones. Finalmente, Jack le hizo un gesto con la mano y le señaló una pequeña maraña de arbustos. Se arrastró hasta ella, se metió dentro y empezó a observar y a esperar un poco más. El sudor se deslizaba entre sus pechos y por su columna vertebral a pesar de que la tarde era fresca.

Sacó su pistola de la funda y la sostuvo con ambas manos, con la boca apuntando al centro de la camisa azul del tipo que brillaba al sol. Intentando no respirar para no temblar, rezó para que, fuera lo que fuera lo que Jack iba a hacer, lo hiciera rápido.

Las voces de los cuatros murmuraron en voz baja, el hierro de marcar tintineó contra una roca cuando el de camisa azul lo giró en el fuego. El otro se levantó para dirigirse a su caballo, formando por el camino un lazo para atrapar a otro ternero.

—¡Manos arriba y daos la vuelta!

La voz de Jack sonó como hierro sobre un yunque.

El enlazador soltó su cuerda y se giró. Oyó un disparo, pero no se permitió mirar de dónde procedía el sonido, aunque lo sacudía todo en su interior. El otro era su hombre y solo podía ayudar a Jack sacándolo de la lucha.

Camisa Azul tiró el hierro candente y fue a por su arma, girando sobre sí mismo para enfrentarse a Jack cuando este empezaba a levantarse. Apuntó el cañón de su arma y apretó el gatillo. Parecía tardar una eternidad en hacerlo, y mucho menos en apretar el gatillo lentamente, como Jack le había enseñado.

Camisa Azul cayó.

Lo siguiente que supo fue que estaba corriendo, que había salido de los arbustos y que corría hacia Jack, que ya estaba de pie junto al hombre al que había disparado, agachándose para recoger su arma. Estaba cogiendo el arma de Camisa Azul cuando ella llegó hasta él.

—¿Estás herido? —gritó.

—No —dijo él, mirando a su objetivo.

—Le he matado —gritó ella, siguiendo su mirada—. Oh, Jack, he matado a un hombre.

—No del todo —la tranquilizó—. Más bien lo has aturdido.

La caída le había arrancado el sombrero al hombre. La bala le había dejado un pliegue apenas sangrante en la nuca. Pero Jack había dado en el blanco: la sangre se extendía rápidamente por el pecho del hombre, corriendo por su manga.

Durante unos minutos muy largos, Alyson no pudo hablar, no podía respirar, no podía pensar qué hacer. Jack metió las pistolas de ambos cuatreros en la cintura de sus pantalones.

—¿Puedes ir a por sus caballos? —preguntó—. ¿Alyson?

Ella lo miró directamente. Su expresión de fría satisfacción la hizo volver en sí.

—S-sí.

Obligó a sus piernas temblorosas a llevarla hacia el caballo ensillado y atado a un árbol a una docena de metros de distancia. El otro caballo que estaba ensillado para que lo montara el enlazador era el otro que ella debía llevarle a Jack. Eso era todo lo que tenía que hacer antes de poder sentarse: coger dos caballos y llevárselos a Jack.

Sin embargo, para cuando lo había hecho, los latidos de su corazón se habían ralentizado, sus piernas habían dejado de temblar y se había dado cuenta de que ese ganado con la marca nueva, fea y estropeada que ni siquiera podía leer era suyo, parte de lo único que poseía y el único medio de vida que tenía. Dio la bienvenida a la ira que la invadió.

El hombre al que había disparado se agitaba ligeramente mientras Jack le ataba las manos a la espalda. El hombre que sangraba ya estaba atado.

—Será mejor que me consigas ayuda antes de que me desangre hasta morir.

—¿Y enviarle la factura del médico a Terence Simmons? —preguntó Jack—. ¿Crees que la descontará de tu paga?

Que sonara tan amistoso, tan conversador, sorprendido a Alyson, teniendo en cuenta la dureza de su mandíbula. Tiró con fuerza del último nudo y arrastró a Camisa Azul hasta su caballo, lo lanzó sobre la silla y lo ató.

—Puede que me esté muriendo —dijo el hombre que estaba sangrando.

—No vas a tener tanta suerte —dijo Jack con la misma despreocupación.

Arrancó un trozo de tela de la camisa del hombre y la hizo tiras. Lo hizo deprisa. Tan deprisa que sus ojos apenas podían seguirlo. Apretó con fuerza la parte de la tela contra la herida y le ató el vendaje.

—Demasiado apretado —se quejó el hombre.

—Cállate —dijo Jack.

Arrastró al hombre hasta el caballo que sujetaba Alyson y prácticamente lo arrojó a la silla.
—Vamos —dijo.

Cada uno al frente de un caballo, se pusieron en marcha hacia el lugar donde habían dejado los suyos.

—Puedo decirles lo que quieran —masculló el hombre que estaba consciente—. No pretendo salvar a Terence Simmons, ese hijo de puta es un tacaño. Nunca volveré a trabajar para él.

—Te estás desangrando, hijo. Será mejor que ahorres saliva.

Llegaron a sus caballos y los desataron.

—Suéltenos, señorita y nos llevaremos a esa serpiente de Weasel con nosotros. Me desharé de él por usted. Nunca he podido soportar a un hombre que trabaja para alguien y luego lo traiciona.

Los ojos de Alyson se encontraron con los de Jack. Su corazón se hundió como una piedra en la planta de sus pies. Jack tenía razón. Pero no dijo nada. Solo se la quedó mirando para ver cómo se sentía.

Nunca, en toda su vida, había deseado tanto tocarlo como en aquel instante. Quería que él le besara el pelo y apretara su cabeza contra su pecho, que acunara su mejilla en su mano grande y callosa. Lo deseaba desesperadamente. Quería que abriera los brazos y la acogiera entre ellos para mantenerla a salvo, porque su infancia y el mundo que conocía acababan de serle arrebatados.

Sabía, por sus ojos, que él veía esa necesidad en su rostro. Pero se apartó de ella.

—Bien hecho, compañera —fue todo lo que dijo.

Capítulo 13



-Buen tiro, querrás decir. —Se rió entre dientes.

—Cuando hayas disparado mil cartuchos, sabrás lo afortunado que eres.

—Tú eres el experto.

Pero estaba tan conmocionada que le era casi imposible mantener una conversación. Por si la experiencia con los ladrones y la decepción que sentía por Weasel no fueran suficientes, el anhelo que sentía por Jack la estaban dejando casi sin aire en los pulmones. Llegó hasta su caballo y, tras dos intentos, por fin se subió a la silla.

—Hablando de cartuchos —le dijo Jack—. Recarga siempre en cuanto puedas.

Le temblaban las manos, pero buscó a tientas en sus alforjas la caja de balas y abrió su arma.

—Espero no tener que volver a disparar a nadie nunca.

—Yo también —dijo Jack, con simpatía en su voz—, Pero no creo que eso vaya a ser muy probable.

Estaba en lo cierto y ella lo sabía, pero no podía preocuparse por eso ahora. Y no podía soportar pensar en Jack. O mirarlo. Si veía en sus ojos la misma comprensión que había en su voz, se caería de la silla a sus brazos.

Por doloroso que fuera, lo mejor que podía hacer para mantener su mente alejada de todo lo demás era concentrarse en Weasel. Ese pensamiento le devolvió la sensación de malestar con toda su fuerza.

Weasel era Slash A, formaba parte de su tripulación y había cabalgado para el Rancho Roca P de su padre desde que ella podía recordar.

Balanceó la caja de munición frente a ella y obligó a sus manos temblorosas a terminar de cargar sus cartuchos. Así era la vida. Así eran las cosas. A veces, ocurrían cosas que no tenían una justificación lógica, como que su padre se suicidara por perder su dinero. Era una mujer adulta y tenía que aceptar que algunas cosas no tenían sentido.

Pero su corazón y su cabeza no se rendían tan fácilmente. «¿Cómo ha podido robarme, día tras día? ¿Cómo pudo poner a sus compañeros en peligro recorriendo todos esos kilómetros de más en busca de las vacas desaparecidas?

Jack se encontró con su mirada angustiada mientras subía a su silla de montar.

—Algunos hombres son honrados y otros no. Algunos dicen la verdad y otros mientes. Ahora, ya sabes qué clase de hombre es Weasel.

—¿Después de veintitantos años? Jack, habría jurado que lo conocía.

—Ya te dije que nunca se conoce de verdad a los demás.

«Pero yo a ti te conozco. Sigues intentando asustarme, pero te conozco. Eres bueno, aunque creas que eres malo. Aunque puedas matar a tus enemigos sin sentir remordimientos, eres un buen hombre».

Volvió a colocar la pistola en su funda y se aseguró de que estaba bien asentada, deslizando el cinturón para que esta quedara bajo su mano.

—Weasel estuvo cortando leña para mí todo el invierno pasado. Me hizo una hermosa cabezada y unas riendas a juego. Siempre me ensillaba a Trueno cuando estaba por el cuartel general.

—E intentó que te mataran —dijo Jack mientras giraba su caballo y se dirigía de nuevo hacia la manada, guiando a uno de los forajidos mientras Alyson guiaba al otro.

—Quiero hablar con él. Quiero preguntarle por qué.

—Quiero estar allí cuando lo hagas, pero incluso una mujer con tus poderes persuasivos malgastará saliva. Dudo que diga una palabra.

No tuvo oportunidad de replicar. Se escuchó un disparo, y una bala pasó casi rozándole la oreja. Lo bastante cerca como para notar una ligera brisa en la mejilla. Se tiró hacia delante, hacia el cuello de Trueno. Este empezó a correr, con el caballo del forajido pegado a ellos.

Por el rabillo del ojo, vislumbró cómo Jack sacaba su rifle de la vaina de la silla de montar y accionaba el disparador con un movimiento largo y suave. Disparó tan rápido que no parecía posible. Volvió a disparar.

¡Había más hombres! Ese fue el único pensamiento que pudo retener durante más de un segundo mientras intentaba salir de la zona de fuego. Simmons no había sido tan tacaño contratando ayuda, como ella había pensado en un inicio. Había más de ellos.

Enrolló las riendas del caballo que guiaba alrededor de su cuerno y buscó la pistola en su funda. No sabía con cuántos hombres estaría luchando Jack, y él solo era uno.

Pero cuando consiguió que Trueno girara, vio que Jack tendría que valerse por sí mismo. Eran muchos.

Dos hombres se dirigían directamente hacia ella por la derecha a gran velocidad desde unos árboles, justo detrás de Jack. No pudo evitar echar un vistazo en su dirección. Estaba luchando contra dos hombres, pero venían dos más directos a él. Así que Simmons había pagado a seis jinetes para que fuesen tras su ganado.

Simmons. Rico como era y aun así decidido a quitarle todo lo que tenía. Levantó la barbilla mientras alzaba su arma. Ella le mostraría el significado de la palabra «decidida».

Disparó. No había tiempo para recargar, así que rezó para que el resto de los tiros funcionaran.

El que iba en cabeza se giró y gritó:

—Alto el fuego. ¡Recordad! ¡Debéis cogedla con vida!

¿Qué tenía en mente el querido Terence para ella? ¿Torturarla hasta que firmara un

contrato de venta falso?

Vio la sorpresa en el rostro canoso del primer forajido cuando se dio cuenta de que ella seguía avanzando, de que cabalgaba hacia ellos en lugar de alejarse. Entonces, niveló el arma, sujetándola contra su muslo para mantener el equilibrio, se desvió hacia un lado y disparó, deseando poder quedarse quieta y utilizar ambas manos como Jack le había enseñado. Falló. Un escalofrío de miedo la recorrió entera, luego un grito de dolor la estremeció. El segundo forajido cayó hacia delante, extendiendo ambas manos mientras la sangre se extendía por el hombro de su camisa color canela. Ella había apuntado a un hombre y ¡le había dado al otro!

Inmediatamente, amortilló el arma y volvió a apuntar al primer jinete, porque se acercaba a ella cada vez más rápido. Pero, antes de que pudiese disparar, él chocó con el caballo de su compañero y este salió de cabeza de la silla.

El hombre al que ella había disparado se había tirado de su montura y se había agarrado a la cola del caballo de su amigo, quizá para evitar que se alejara y lo abandonara, y el caballo giraba frenético en círculos para librarse de él. Su jinete intentaba ayudarlo.

—¡Manos arriba! —gritó Alyson—. ¡Manos arriba!

El hombre ileso obedeció. El caballo pateó al otro herido, que se soltó y cayó, inmóvil, a los pies de su compañero. El caballo se alejó para reunirse con el otro, poniendo sus armas fuera del alcance de los dos hombres.

Alyson se sentó recta en su caballo, aturdida, mientras intentaba asimilar lo que había pasado y sin soltar el arma. Se escuchaban disparos y los hombres gritaban ella su espalda, pero no se atrevía a apartar los ojos de sus cautivos.

—Quítate la pistolera y tírala al suelo o dispararé —advirtió.

El hombre al que no había disparado hizo lo que le dijo. Alyson tuvo que apartar la mirada cuando vio que un caballo se dirigía veloz hacia ella.

—¡Alyson!

Jack. Un gran terror, que ella antes apenas habría reconocido, dio paso al más puro alivio.

—Sigo teniendo suerte, por lo que veo. —Aunque sonó seco y un poco frío, pudo apreciar en su voz el mismo tipo de alivio que ella sentía.

Aquella conexión insondable que había entre ellos se hizo aún más fuerte.

—Le disparé a este —susurró mientras él cabalgaba hasta colocarse a su lado. Seguía llevando atado a su caballo el caballo del primer forajido al que habían apresado—. Y le di al otro.

Jack se rió por lo bajo mientras ataba las riendas que llevaba al cuerno de la silla del caballo que Alyson guiaba.

—Que se quede entre nosotros. al menos hasta que lo tenga bien atado.

No le quitó el ojo al hombre mientras le ataba las manos a la espalda.

—Muy pronto estarás intentando robarme mi nombre *chickasaw* —dijo Jack, y por su tono ella se dio cuenta de que pretendía calmarla, apaciguar los salvajes latidos de su corazón.

—¿Cuál es?

—Dispara como un rayo.

—¡No lo es! Cada vez me cuentas una historia diferente.

—Pero no sobre cómo arrancar el cuero cabelludo —dijo en voz alta, y le lanzó una mirada feroz a su cautivo antes de volverse hacia su caballo—. Esa historia es siempre la misma, ¿verdad?

—Cierto. —Estaba disfrutando de la mirada horrorizada de su cautivo—. Creo que ya sé cómo hacerlo ahora que me lo has explicado todo.

—¡Eh! —gritó el hombre—. ¡No puedes hacer eso! ¡Esto no es territorio indio!

—Lo es si yo digo que lo es —masculló Jack, arrastrándolo hasta su caballo—. Haz exactamente lo que te digo si no quieres que te cuelgue de los pelos.

—¡Colgar! ¿De qué estás hablando? Lo único que estamos haciendo mi compañero y yo es cabalgar.

— Eso ya lo veremos. Tenemos a uno de tus compañeros, que está deseando contárselo todo al sheriff.

—¡No sé por qué lo creerían a él en vez de a mí! El viejo Carlile es venenoso y mentiroso.

—Así que sabes su nombre, sabes lo que dirá. Me parece a mí que estáis todos confabulados.

—¿Quién? ¿Saber el nombre de quién? —Jack y Alyson se rieron.

—Debe de haber sido una pelea divertida —gritó alguien—. Siento habérmola perdido.

Cabe y Luke habían subido a caballo hasta allí para ayudar a Jack con los cautivos. De nuevo, Jack estaba vendándose una herida con la maestría y la rapidez que da la experiencia.

—Fue una pelea muy un poco seria al principio, ya que mi compañera huyó y me abandonó.

—¡No es verdad! Lo que pasó es que Trueno se asustó al tener a otro caballo al lado golpeándolo, eso es todo.

Jack se volvió y le sonrió mientras ayudaba a atar al hombre a su caballo, ya que el cuatrero obviamente no sabía montar, aunque estaba recuperándose.

—Mejor que domes bien a tu caballo antes de salir a buscar problemas, señora.

Cabe y Luke se rieron. Todos necesitaban un poco de diversión y alivio.

—Ya puedes subir a ese hombre —dijo Jack a Alyson—. Y sería más seguro para nosotros que la enfundaras.

Jack les contó a Cabe y a Luke que ella había fallado el blanco, y enseguida empezaron las inevitables burlas.

Había disparado a un hombre, aunque le había dado a otro. Era una sensación extraña, pero le habrían disparado si no les hubieran ordenado capturarla viva. Habían estado robando su ganado sin ningún reparo.

Sin embargo, los gemidos del hombre al que había herido la hicieron sentirse fatal.

Una vez estuvieron ya todos reunidos, emprendieron el camino de regreso.

—Dirijámonos hacia la manada. Esos dos no van a ir a ninguna parte y tenemos que dejar que la jefa del arreo dé las órdenes necesarias para recuperar las vacas que le han sido robadas.

Alyson le dirigió a Jack una mirada de agradecimiento. Volvía a leerle la mente.

—Quiero ver a ese rastrero de Weasel con las manos atadas —dijo uno de los cuatreritos cautivos—. Es más culpable que nosotros, ya que ni siquiera la conocemos, señora.

Cabe se sacudió en la silla de montar y miró a Jack de forma interrogativa, que respondió con un rápido asentimiento de cabeza.

—Ya lo han nombrado varias veces. Supongo que está en el ajo.

Cabe y Luke apartaron rápidamente la mirada, avergonzados de oír algo así sobre un miembro de su tripulación.

—Espero que no —esbozó Luke a modo de protesta.

—Tiene mala pinta —le contradijo Jack.

—Nunca he ahorcado a un compañero —masculló Luke.

A Alyson el corazón se le detuvo. No podía imaginarse ahorcando a nadie, y menos a Weasel.

—No los colgaremos —soltó—. Yo... quiero que sean juzgados.

Jack la miró con incredulidad.

—No puedes prescindir de hombres que están dirigiendo la manada para llevarlos ante la ley más cercana, dondequiera que esté...

—Tengo que hacerlo —dijo, conmocionada al pensar que el destino de estos forajidos, sus vidas, descansaban por completo en sus manos.

Intentó pensar.

—Simmons no está aquí. ¿Vas a dejar que se vaya de rositas?

—No. Lo mataré la próxima vez que se cruce en mi camino.

—¿Pero y si no lo hace? No puedo retener al rebaño aquí mientras cabalgas de vuelta al pueblo para encontrarlo, y no puedo seguir sin ti.

No podía derrumbarse, no ahora, no aquí, pero su voz temblaba de emoción. Jack también lo oyó.

—Claro que puedes —dijo él, burlándose de ella con esa irresistible sonrisa suya.

El mensaje en sus ojos oscuros era claro: Anímate. Lo estás haciendo bien. Puedes conseguirlo.

La hizo sentirse más fuerte. Lo suficiente como para controlar la voz y que pudiera explicarse.

—Si hay un juicio, saldrá a la luz la verdad sobre Simmons, y quizá él también sea arrestado.

—Nadie creerá a esos imbéciles contra el honrado ciudadano Simmons —dijo Jack con un gesto de disgusto.

—Creo que lo harán —dijo uno de los cuatrerros, aquel cuyo caballo conducía ahora Jack—. Sé mucho sobre Simmons, y pretendo contarle todo para intentar salvar mi pellejo.

—Estoy contigo, Petey —dijo otro—. He trabajado para ese hijo de puta durante muchos años.

—¿Siempre como cuatrero? —preguntó Jack.

—No, he hecho de todo. Desde salar minas de oro hasta caballos robados vendidos bajo una factura falsa.

—Puede que exista haya alguna prueba física sobre eso último —mascullaba Jack—, pero Simmons es listo, y ha tenido mucha práctica borrando su rastro.

Todos se sumieron en sus propios pensamientos mientras aceleraban el paso. Alyson sintió el corazón aún más pesado conforme los carromatos fueron apareciendo ante su vista. Odiaba enfrentarse a Weasel, pero tenía que saber por qué la había traicionado después de todos estos años de amistad. La sola idea le daba ganas de llorar.

Cookie había encendido un fuego y tenía café preparado.

—Parecía que estabais en metido de una batalla. —Miró a los ojos a Alyson con preocupación—. ¿No estás herida?

—Solo lo están mis sentimientos. ¿Dónde está Weasel?

La misma vergüenza que habían sentido Luke y Cabe cruzó el rostro del anciano. Se dio la vuelta.

—Pensé que necesitaríamos café y agua hirviendo —dijo.

—Tienes razón —dijo ella—. ¿Dónde está Weasel?

—Weasel se ha ido. Se largó.

—¿Dijo a dónde se dirigía?

—Dijo que al sendero del ulular del búho. —Se volvió de nuevo hacia ella—. Me pidió que te dijera que daría su brazo derecho por cambiar las cosas si fuera posible. Que Simmons lo tenía totalmente atrapado para que siguiera sus órdenes o lo colgarían por algo que Weasel hizo hace mucho tiempo. En cuanto escuchó los disparos, salió corriendo de aquí.

—Pero esos hombres podrían haber muerto y él podría haber seguido como hasta ahora, sin que ninguno supiéramos nada.

—No. Dijo que prefería cabalgar por el desierto que traicionarte un día más.

La sensación de vacío que creía en su interior fue haciéndose cada vez más grande. Weasel se había ido. Weasel era culpable. No había nada que ella pudiera hacer al respecto.

—¿Quieres que llevemos a todos estos hombres de vuelta al padre y los colguemos, señorita Alyson, ahora que Weasel no está? —preguntó Cabe.

—¡No! —Su respuesta sonó más temperamental de lo que había pretendido—. Los llevaremos ante la ley.

Giró sobre sus talones y se alejó de todos ellos, dando la vuelta por detrás de su carreta, y se detuvo a la sombra. Apoyó la frente en Trueno.

—Así que Weasel se ha ido —dijo Jack.

Ella se giró para mirarlo, las lágrimas brotando ante la simpatía que apreciaba en su voz.

—Al menos tenía razón en una cosa. Me robaba para intentar salvarse, no por codiciada.

—Y creo que es verdad. —La miró detenidamente antes de bajarse del caballo.

Oh, Dios mío, ¡si al menos la abrazara! Necesitaba el consuelo de sus brazos alrededor de su cuerpo y sentir su duro pecho bajo su mejilla como nunca había necesitado nada más en toda su vida. Caminó directamente hacia ella.

—Pero tienes que ser fuerte y dura. Tienes que serlo si quieres dirigir tu propio rancho.

Logró esbozar una sonrisa temblorosa.

—Lo sé. Es solo que Weasel siempre...

Él abrió los brazos y ella se metió entre ellos. Apoyó la mejilla en su pecho y quiso, con todo su ser, fundirse contra él. En él.

Pero él no la abrazaba de ese modo.

—No puedes ponerte sentimental —siguió diciéndole—. En el futuro, tendrás que contratar a hombres que no conoces, así que debes juzgarlos con ojos claros y limpios.

El miedo que había sentido antes volvió a recorrerla entera y se quedó helada. ¿Cómo iba a hacerlo sola?

Estaba abrumada. La idea de contratar a hombres extraños, arrear el ganado, construir algún tipo de refugio para ella y sus hombres y, encima, disparar a forajidos y cuatreros. Ni siquiera conocía una ubicación decente para su nuevo rancho; ¿y si tenía que estar en un lugar que era difícil de defender?

—Oh, Jack, no sé si puedo con todo.

—Claro que puedes. Has llegado demasiado lejos para echarte ahora atrás. Y no quieres. Construir tu propio rancho es algo que puedes hacer.

—¿Pero cómo puedes decir eso? Tú tuviste que hacer la mayor parte del rodaje de hoy, aunque yo hice un poco. El equipo se está encargando del ganado.

—Estoy explorando, sí, pero no estoy arreando o marcando o cocinando ...

Estaba a punto de estallar en sollozos, pero él no se lo permitió. Le cogió la barbilla con la mano, le volvió la cara hacia la suya y la miró fijamente, con severidad.

—¿Y si tuviera que intentar hacerlo todo yo sola?

—No podrías. Tampoco podría un hombre solo. No dejes que este único traidor te haga pensar que toda tu tripulación te abandonará. Son hombres decentes. Se quedarán hasta que puedas reemplazarlos si quieren irse, y no pienses que te están haciendo un trato especial porque seas mujer. Sería lo mismo con un hombre.

La sensación de impotencia empezaba a abandonarla.

—A veces solo pienso en cómo demonios he podido arrastrar al ganado, a la tripulación, a ti, para irnos tan lejos arriesgando las vidas de todos sin saber siquiera qué encontraremos cuando lleguemos.

—Sabemos que encontraremos pasto y mucho espacio. —Seguía mirándola muy fijamente —.Escúchame. Has tomado las decisiones correctas, una y otra vez. Has demostrado que puedes defenderte, ¡y sin soltar a tu primer cuatrero, para colmo!

Tragó con fuerza, intentando deshacerse del nudo que tenía en la garganta.

—Eso fue lo que asustó a Trueno. Tendría que haber soltado al otro caballo, pero mis dedos no atinaban con las riendas.

—Eso sí, Rory. Nunca abandones a un prisionero.

El apodo la hizo estremecerse. Nunca nadie la había llamado Rory.

—Jack gracias por animarme. Y gracias por no decir «te lo dije» con Weasel.

—Nunca. Has perdido a un amigo.

Eso hizo que sus lágrimas brotaran de nuevo y se deslizaran por sus mejillas. Luchó contra ellas y optó por no pensar más en Weasel.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo?

—Sé que puedes. Hoy estás alterada por el tiroteo, la sangre y porque un amigo tuyo te ha traicionado. Pero por eso intento endurecerte, porque esto es real, así es la vida. Pero hoy puedes estar triste.

—No hace mucho me decías que vendiera el rebaño.

—Por días como este. Podrían haberte matado. Dios mío, Rory. —La apretó fuerte contra él—. Podrían haberte capturado. Podrían haberte maltratado...

Se estremeció. Ni siquiera había pensado en eso.

—Odiaría tanto verte herida —le hablaba bajito. En ese tonto que a ella la calentaba entera.

Sin pensar, se aferró a su esbelta cintura, se puso de puntillas y acercó su boca a la suya.

Pero él no se inclinó para besarla. Aunque lo deseaba. Ella podía sentirlo.

—Si alguna mujer puede construir un rancho en el Península de Texas, esa eres tú. —La miraba a los ojos, sin parpadear—. Eres una mujer fuerte. Ahora es el momento de ser todavía más fuerte.

Ella sacudió la cabeza.

—Esta es la mayor de las ironías. ¿Recuerdas la primera conversación que tuvimos? Has cambiado completamente de bando, Jack Coulton.

Él le dedicó su sonrisa traviesa.

—Eso es porque ahora ya es demasiado tarde para echarme atrás. —Ninguno de los dos se movió.

—Estás demasiado lejos de casa y tu destino está en mis manos, ¿verdad?

—Exacto. —Le dedicó de nuevo esa sonrisa que tan le gustaba—. Por eso te quiero fuerte y espabilada.

—¿Y también atrevida?

Ladeó la cabeza y le sonrió de forma coqueta, dejando que su mirada vagara de sus ojos a

sus labios, esperando a que él la besara. Nunca se habían sentido tan cerca el uno del otro. Tenía que besarla.

Pero Jack la cogió de los hombros y dio un paso atrás, alejándose.

—¿Recuerdas lo que dijiste hoy, lo de que soy un tirador experimentado?

—Sí.

Sonrió, pero no tardó en adoptar de nuevo un semblante serio.

—Eso es lo que soy —dijo Jack con seguridad—. Eso es todo lo que soy. No pienses que soy más.

Un escalofrío la recorrió.

—Eso demuestra que eres malo, ¿es eso lo que intentas decirme? —Él se limitó a mirarla serio y en silencio. Uno de esos silencios que imponían más que cualquier otro. Alyson miró las manos que tenía sobre sus hombros. Primero una y después la otra—. Y apartarme de ti cuando lo que quiero es besarte y abrazarte, como haría con cualquier otro amigo es... ¿qué? ¿Un gesto noble por tu parte? Si fueras realmente malo, me tirarías al suelo y me violarías aquí mismo, como estás deseando hacer.

El fugaz destello de asombro en apareció en sus ojos la hizo alzar las cejas en señal de triunfo, pero él no quiso reconocerlo en voz alta.

—Tú y yo estamos muy lejos de ser amigos —gruñó—. Es como si intentaras emparejar un tejón con un oso, y lo sabes.

—Lo que sé es que no eres malo —sentenció, mirándolo a los ojos—. Y puedo demostrarlo.

—¿Cómo?

—Porque viajas para ver a la viuda de tu compañero. Porque un hombre que fuera malo no se molestaría en hacer algo así.

Esta vez, dejó que el triunfo entrara en su voz así como en sus ojos. De nuevo la ignoró.

—No sabes lo suficiente como para hablar de eso.

—Me estás animando. Me estás diciendo que puedo hacer lo que me proponga y estás haciendo que crea que es posible. Te importa, por mi bien, que pueda conseguirlo. —Él la miró con el ceño fruncido, pero no la soltó—. Los hombres malos no hacen cosas así.

—Eres, sin lugar a dudas, la mujer más testaruda que he conocido en toda mi vida.

—Y tú el hombre más testarudo de la mía.

Su tono tranquilo y sentencioso los hizo reír a los dos. La soltó y se quedaron mirándose durante un largo rato. Pero seguía sin besarla.

—Tengo que ir a ver cómo está todo —dijo Jack. Se dio la vuelta, pero se detuvo—. Tu puntería mejorará con la práctica. Hoy lo has hecho bien. Otra semana o dos disparando al aire todas las noches y ya ni siquiera me necesitarás.

«¡Lo haré! ¡Te necesitaré siempre!».

Esa era la verdad. Buscó a Trueno, se aferró al cuero de su estribo y se recostó contra él.

Ella necesitaría a Jack para siempre. Sus manos sobre su cuerpo, sus ojos color chocolate mirándola, el sonido de su voz... Sentía como si, en cualquier momento, todo eso pudiera desaparecer.

¿Qué haría cuando eso pasara? A lo mejor, lo que sentía por él era solo una necesidad física. Debía de ser eso. Era el único hombre con el que se había acostado y por eso pensaba que no podía vivir sin él.

Eso, y la idea de que lo necesitaba para que la protegiera. Pronto sería capaz de hacerlo por sí misma, de confiar solo en sí misma, como había hecho toda su vida.

Sí, cuando acabara el viaje sería capaz de dejarlo marchar porque ya no iban a hacer el amor. Y eso era bueno, porque podría llegar a enamorarse de él si lo volvían a hacer, y no se lo podía permitir, porque Jack no se iba a quedar.

Ya no harían el amor. Jack ni siquiera volvería a besarla. .

Algo cambió entre ellos después de aquel día. Aprendió que era un hombre más fuerte de lo que nunca había pensado que podría ser. Se había abstenido de hacer algo más que tomarla en sus brazos cuando ella estaba deseando que la besara. Aunque estaban siempre juntos, sentía que estaban más separados que nunca, como la luna y las estrellas.

Pero pensar en ello no le hacía ningún bien. Tal vez debería admitir la verdad, que en lugar de ser fuerte solo había tenido miedo.

Sentía que tenía el corazón desbocado porque se había dado cuenta de que podían haberla disparado o violado, y eso le había sacudido hasta la médula. Sabía que tenía que controlarse, porque ella le importaba demasiado. Le había dicho la verdad cuando le había dicho que era malo para ella. Por su bien, aunque solo fuese por eso, nunca podría quedarse con ella.

Jack se subió a la silla de montar y miró hacia delante. Debían de estar a apenas dos días de camino. El amanecer era aún solo una sombra en el horizonte. La luna estaba todavía alta, pero aun así se pusieron en marcha, después de viajar hasta medianoche como habían hecho las dos últimas noches. Levantó los brazos y se desperezó.

¡Maldita sea! Debía de estar haciéndose viejo. El desayuno caliente le daba sueño, cuando normalmente este y las cuatro horas de sueño que habrían sido suficientes para cabalgar hasta el Río Grande y luchar contra todo el ejército mexicano cuando llegara allí.

De todos modos, ¿qué hacía pensando en quedarse con Rory? Su mente nunca funcionaba así. De todas formas, no era más que un forajido, y esa era la única verdad. Ella le importaba demasiado, pero no estaba enamorado ni nada por el estilo. La admiraba, eso era todo.

Sentado sobre su montura, frotó el cuello del viejo Border y le murmuró palabras de ánimo, intentando no pensar en lo otro. Pero sus pensamientos volvían a ella como un semental a una yegua.

Era la mujer más valiente que había conocido. Sabía a todo lo que se enfrentaba y, aun así, no había reculado ni cambiado de opinión ni una sola vez.

La única vez en la que había vacilado era por Rory era leal hasta la exageración y no podía hacerle daño a Weasel, aunque él la hubiese traicionado.

Sonrió y miró hacia su carromato, que ya estaba enganchado a sus mulas, donde ella estaba haciendo Dios sabía qué, preparándose para montar. Rory.

Ahora él siempre la llamaría Rory, y ella era la única que lo llamaba Rayo, y tendían a leerse el pensamiento el uno al otro sin necesidad usar las palabras. Eso era lo que más lo inquietaba. Ella lo había leído como a un libro desde el mismo momento en el que se habían conocido, pero él también podía leerla a ella.

Corrió la puerta de lona y bajó sonriente de la carreta.

—Buenos días, Billy —saludó a uno de los gemelos—. Vamos a buscar algo de agua.

—¡Sí, señora! ¿Crees que nos daremos un baño?

—Podría ser, y espero que sí. ¿Tú no?

Su voz sonaba tan alegre como el pío de un pájaro por la mañana. Jack sacudió la cabeza asombrado. Eso era lo que más admiraba de ella: su decidida alegría desde el día en el que Weasel había cabalgado hacia la puesta de sol.

Una hosquedad, una tensión, había caído sobre la tripulación cuando se sentaron esa noche alrededor del fuego y hablaron sobre Weasel y sus pecados con uno de los ladrones. Surgía una anécdota y, antes de que el narrador pudiera dejar de hablar, se daba cuenta de que Weasel figuraba en ella. O, simplemente, alguien mencionaba su nombre. Pero tampoco ayudaba que todos estuvieran en guardia para no hablar de él. Había una amargura de traición en el aire, empeorada de alguna manera por el hecho de que había quedado impune, pero cuando eso se decía en voz alta, otros señalaban lo malo que hubiera sido tener que entregar a uno de los suyos a la ley, tal vez para que lo ahorcaran.

Y el hecho de que sabían que el camino llegaba a su fin tampoco ayudaba a aligerar la tensión. Todos lo temían, pero Rory no dejó de animarlos y de sonreír en todo momento, cada día, sin importar la aventura o desventura con la que se tropezaran.

Vio que se acercaba hacia él, así que se bajó de su caballo para darle alcance y ayudarla. La instó a que colocara su pie en su mano para darse impulso y subirse a la silla.

—No tienes que hacer eso, Rayo —dijo ella suavemente—. Si voy a ser ganadera, desde luego debería de ser capaz de montar por mí misma.

—Lo harás, cuando seas ranchera. —Ella le dio un manotazo juguetón.

—Ya lo soy. Es mejor que te vayas haciendo a la idea.

—No, aún no lo eres. Debes tener tierra fértil para sacar a pastar a estos bichos.

—¿No me digas? Creía que podría tenerlos viajando sin rumbo toda la vida.

—Por muy encantador que esté resultando este viaje —dijo mientras volvía a montar sobre su caballo—, creo que llegaría un momento en el que desearíamos dejarlo, sobre todo cuando empiece el frío de verdad.

—Oh, vamos, Jack, creía que eras un vaquero de verdad. Viajar con ventisca es toda una aventura. —Se volvió hacia su tripulación—. Deberíamos llegar al río hacia el mediodía. No pastarán bien tan temprano, así que empujadlos a ello. Jack y yo llevaremos la linterna hasta que amanezca, pero si los que vais detrás no veis bien. No os preocupéis. Que mantengan un buen ritmo.

—Otra buena decisión —dijo mientras ella cabalgaba hasta colocarse a su lado con la linterna encendida que Cookie le había dado.

—Muchas gracias —dijo con sarcasmo—. Un viejo rastreador como tú debería saberlo.

—Podría haber recorrido el sendero hasta Montana. —Levantó la linterna y comenzó a alejarse—. He tenido muchas experiencias de las que no sabes nada.

—No lo he dudado ni un instante. —Tenía los ojos fijos en el camino—. Y estaría dispuesta a apostar que de la mayoría de ellas no quiero saber nada.

Marcaron un buen ritmo y dejaron de hablar.

Sin embargo, nunca estuvieron muy separados, ni siquiera después de que saliera el sol. Nunca lo estaban, no por mucho tiempo, pero ambos se cuidaban mucho de no tocarse. No podía alejarse de ella porque su trabajo era protegerla, pero tampoco podía estar con ella de verdad porque se encariñarían demasiado.

Era una tortura, pura y simple, decidió Jack. Un calvario que un dios con sentido del humor había urdido para castigarlo por sus pecados.

Capítulo 14



Otra semana de duro viaje, pero esta con suficientes abrevaderos, y llegaron a las interminables praderas del Llano Estacado. Alyson y Jack cabalaron muy por delante del rebaño hacia la exuberante y expectante cordillera, tan asombrados como si estuvieran entrando en la tierra prometida. El único sonido durante media milla fue el de sus estribos meciéndose entre la alta hierba de los búfalos. Por fin, Jack habló.

—Hemos llegado. Lo has conseguido, Rory. —Ella se volvió para sonreírle.

—¿Dónde estamos?

Se rieron. Ante sus ojos, se extendían kilómetros y kilómetros de tierra bajo un cielo aún más infinito.

—¿Esperabas encontrar un rancho, dependencias y corrales con un cartel que rezara «Tajo A» colgado sobre la puerta del patio?

—¿Por qué no? Nos lo merecemos, después de todo lo que hemos pasado. —Sacudió la cabeza.

—Mira que eres codiciosa —dijo con pesar—. Todo lo que he oído durante dos meses es «lleva este rebaño a Texas» y, ahora que estamos en Texas, estás deseando que tu trabajo termine ya para poder establecerte y esperar calentita al invierno.

Una pequeña punzada de pánico la recorrió. El invierno. Jack se iría.

Pero no era eso lo que la hacía sentirse de repente tan desolada. En absoluto, porque estaba preparada para ello. Siempre lo había sabido.

No, era la propia tierra. De algún modo, esta tierra le parecía más grande y más solitaria que cualquiera de las que habían atravesado. Quizá los comanches no eran la única razón por la que el Llano había quedado despoblado.

—Construir una casa y corrales no es ni la mitad de las cosas que tenemos que hacer. Tenemos que arrear este ganado todos los días. Podrían ir a la deriva de aquí a Fort Worth sin nada que los detuviera, directos a las garras de cada forajido, colono, viajero o comerciante que se presente.

Jack echó un vistazo a su alrededor.

—Dudo que tengamos que preocuparnos hoy por eso. —Se rio y luego volvió a adoptar una postura seria. —Me pregunto qué tan lejos tendríamos que cabalgar para encontrarnos con alguien.

—Como un mercader con una tienda con provisiones, una modista, una sombrerera, o

una...

—¡Eso no es propio de un hombre!

Puso los puños en las caderas fingiendo estar enfadada y entró en el juego que él le ofrecía para distraerla. Había trabajado demasiado duro para llegar hasta aquí como para dejarse llevar por ese horrible sentimiento de decepción.

—Crees que solo porque soy mujer voy a suspirar por ropa nueva y sombreros con plumas. ¿Qué esperas? ¿Que esté marcando terneros y serrando troncos con mi mejor traje de domingo?

—Ahí está mi testaruda Rory. No dejes que nada te detenga. —Sus palabras sonaron pesadas entre los dos.

Él se iría. Para cuando sus peone empezaran a ayudarla a construir una casa, con los materiales que tuvieran que utilizar, Jack se habría ido. Después de tantas semanas juntos, pronto se iría y ya no volvería a verlo. Pensar eso hizo que el corazón se le detuviese.

«No te vayas. Quédate, Jack. No te vayas».

El zumbido de sus estribos por la hierba se hizo eco del susurro desesperado de su corazón.

«Quédate. Tócame, Jack. Me muero por este dolor abrasador».

¿Cómo podría haber sabido que ir a su cama para vivir una aventura, una nueva experiencia, la haría arder de deseo por él? ¿Que pediría más y más, para siempre?

¿Cómo podría haber sabido que sus brazos serían tan fuertes, sus manos tan hábiles, sus labios tan ardientes?

¿Cómo iba a ser capaz de guardar ese recuerdo en su corazón para siempre sin que la quemara hasta las cenizas?

Durante los días siguientes, mientras mantenían el rebaño a orillas del río Canadiense y hacían incursiones hacia el sur y el este en busca de emplazamientos para ranchos, luchó contra el misterioso vínculo que los había unido a Jack y a ella desde el mismo momento en el que se habían conocido. Se había creado a partir de su necesidad de tener protección frente a Simmons, eso era todo, y ahora esa necesidad había desaparecido.

Saliera lo que saliera en los juicios de los secuaces de Simmons, se probara lo que se probara contra él, su nombre había sido arrastrado por el barro lo suficiente como para detenerlo. Además, se había llevado a la manada tan lejos del pueblo, y a un país tan vasto y sin dejar rastro, que sería muy difícil encontrarla.

Ya no necesitaba a Jack, se decía a sí misma constantemente. No lo necesitaba. Lo que necesitaba era prestar atención a su negocio de ganadería.

Tras descansar durante varios días, emprendieron de nuevo la marcha. Las últimas semanas del viaje fueron duras. Mientras los animales y los hombres descansaban, Jack y ella recorrían kilómetros y kilómetros en busca de agua o de civilización, pero no encontraron ni una cosa ni la otra. El único lugar en el que podrían construir un rancho sería cerca del río, y así se lo hizo saber Alyson a Jack una mañana mientras ensillaban los caballos.

—No te lo recomiendo —le dijo él—. Cualquier bandido que cabalgue por el Llano —y hay muchos, aunque no los hayamos visto— seguirá el río. Hay campamentos *comancheros*^[5] en él. Tenemos que situar el rancho en un lugar más privado porque ya tendrás bastante con lo que

lidiar para que cualquier grupo de jinetes quiera parar en tu rancho para desayunar o descansar.

—Me preocupa más que vengan a llevarse mi ganado.

—O algo peor —dijo, tirando de su litigo y asegurándolo.

—Vienen jinetes —los informó Cookie, que estaba junto a la cafetera que colgaba sobre el fuego—. Hay media docena por lo menos. Seguro que buscan algo para desayunar.

A pesar de su refunfuño, su voz contenía una pizca de emoción. Hacía tanto tiempo que no tenían noticias de otro mundo que no fuera el suyo o que no hablaban con nadie que no fuera de su equipo, que todos los hombres, excepto los dos que estaban asignados a la manada, regresaron al el fuego para tomar otra taza de café.

—¿Qué te he dicho? —murmuró Jack. Luego, se volvió hacia la tripulación—. Podrían ser *comancheros*: Tened cerca las armas y mantened los ojos abiertos.

Ya había guardado su rifle en la vaina de la silla de montar, pero volvió a sacarlo.

El líder de los recién llegados se adelantó a los demás.

—Hola, gente —dijo en inglés con un marcado acento español—. Soy Rudy Gómez, *mesteñero*^[6], a su servicio.

—Cazadores de caballos salvajes —lo saludó Jack—. Ten cuidado, Rory, quizás debas mantenerte fuera de su vista hasta que averigüemos si son es lo que realmente dice que son.

—¿Permanecer fuera de su vista? Este es mi campamento! —Sonrió.

—Sabía que dirías eso. Pero si son un puñado de degolladores, podrían intentar cogernos y llevarte como premio.

Se rió.

—Para eso te contraté, Jack Coulton. Para evitar que eso ocurra.

—Lo digo en serio. El mero hecho de verte podría incitarlos a matarnos a todos para llegar hasta ti.

—¡Rayo! Deberías llamarte *El que está lleno de viento caliente*.

Él le dedicó una sonrisa torcida y burlona, le sostuvo la mirada con la suya en esa mirada cómplice que los unía más allá de lo imaginable. Ella pensó por un momento que estaba a punto de besarla.

Sintió el fuego recorriéndole el cuerpo. Jamás. Ella no podía dejarle hacer eso nunca más. Toda ella lo sabía Jack Coulton era un hombre sabio. El beso que le había suplicado en su carromato aquel día solo habría hecho que la tortura fuese mil veces peor.

—¿Te has olvidado de nuestros huéspedes potencialmente peligrosos? —susurró ella.

Él negó con la cabeza.

—Estás preciosa esta mañana, Rory —soltó en un momento de lo más imprudente—. Eres, definitivamente, un peligro para todos nosotros.

Tuvo que coger más aire. Él seguía deseándola tanto como ella a él. Dios mío, ¿qué pasaría si él la obligaba a ser la fuerte?

Encontró las palabras y habló en el tono más ligero que pudo encontrar.

—¿Te estás poniendo enfermo? ¿Te estás ablandando? No es propio de ti, Rayo, que sueltes tantos piropos al amanecer.

Él se rió, pero el deseo que sentía por ella brilló en sus ojos. Despertó en ella un deseo. Uno tan profundo que la dejó casi sin aliento.

—Sé que no te esconderás, pero mantén la mano cerca de tu pistola y quédate cerca de mí.

«Eso es todo lo que quiero hacer. Permanecer cerca de ti».

De algún modo, hizo que sus pies se movieran y que sus piernas la sostuvieran. Caminó hasta colocarse junto a él, deseando que la tocara, deseando tocarlo ella a él, y salieron al encuentro de sus visitantes.

Gómez no se molestó en decir el nombre de ninguno de sus hombres, tres de los cuales parecían anglos canosos y de aspecto duro. Ninguno bajó de sus caballos hasta que se les pidió que lo hicieran, y no mencionaron la comida hasta que se los invitó a comer. No estaban muy limpios y sus ropas y pertrechos estaban muy gastados, pero al menos parecían amistosos y no pretendían hacer daño a nadie. Tras tener el estómago lleno, se liaron unos cigarrillos y aceptaron una segunda taza de café.

—¿Tuvieron suerte con los mustangs^[7]? —preguntó Cabe. Gómez asintió.

—Hemos avistado varias bandas pequeñas Miramos a ver si hay bandas más grandes y luego capturamos algunos.

La conversación giro hacia cómo se capturaban estos caballos.

—Solíamos conducirlos a un lago —explicó Luke—. Cansarlos luchando contra el barro y el agua.

—Es difícil encontrar un lago por aquí —dijo uno de los mesteñeros, y todos se rieron—. Y este río está demasiado lleno de arenas movedizas.

—¿Qué tal cañones de caja? —propuso Cabe—. Es fácil fabricar una trampa para conducirlos a un cañón de caja.

—Sí, eso lo hemos hecho alguna vez —dijo Gómez, y él y Luke empezaron a intercambiar consejos sobre ese método.

A Alyson le caía bien el viejo mesteñero de ojos centelleantes que había dicho que no había ningún lago cerca, y se sintió mal de que los demás lo hubieran apartado de la conversación antes de que se hubiera metido en ella.

—¿Hay algún cañón de caja que esté cerca de aquí es lo suficientemente grande como para albergar una banda de caballos salvajes? —le preguntó.

Él agrandó sus chasqueantes ojos negros y se echó a reír.

—Lo suficientemente grandes —repitió asombrado, y sacudió la cabeza mientras daba un sorbo a su café—. Es un cañón lo bastante grande como para contener la tierra.

Hablaba con tanta reverencia, con tanto asombro en su voz, que despertó su interés.

—¿Cerca de aquí? —Se encogió de hombros.

—No. Está mucho más lejos.

Volvió a ocuparse de su café y luego se inclinó hacia delante para coger la última galleta que había cerca del fuego. Se la comió en dos grandes bocados y miró fijamente a lo lejos, como si se hubiera olvidado de la conversación.

—¿Lo has visto? —insistió Alyson—. El gran cañón. —Oh, sí. —Levantó un dedo índice.

—Una vez. —Había estado en el cañón una vez—. Es grande. Muy grande. —Dejó su taza y abrió los brazos para mostrarle lo enorme que era—. Una ciudad. Puede estar en su suelo. —Estiró aún más los brazos—. Agua. Arroyos y uno grande. Los árboles, y

muchas... hierbas.

Palmeó la hierba donde estaba sentado.

Un estremecimiento indescriptible recorrió los huesos de Alyson. Sonaba como el más grande de los cuentos chinos, pero no lo era. Podía oír la verdad en su voz, ver la seguridad en sus ojos.

Agua y árboles. Un cañón era un lugar protegido. Podría ser el lugar perfecto para su rancho.

Miró sus ojos brillantes y centelleantes, hasta que vio que el anciano sabía que ella le creía.

—¿Puede llevarme allí, señor?

Él le devolvió la mirada con una expresión tan seria como la suya.

—Sí.

—Le pagaré para que sea mi guía. —Él rechazó la sugerencia—. No, debe aceptar una paga. Los exploradores trabajan duro y se ganan su dinero.

Jack había estado escuchándolos todo el tiempo, incluso mientras se unía a la charla sobre los caballos salvajes. En un momento dado, se inclinó hacia delante y habló con el anciano en un español fluido. ¿Por qué había estudiado francés en Filadelfia? Español era lo que necesitaba.

—Te llevará al cañón por diez cabezas de caballo —le dijo a Alyson—. Dice que el dinero no le sirve de nada.

—Pregúntale si le puedo entregar cinco cabezas cuando encontremos el cañón y cinco el año que viene por estas fechas. Necesitaremos muchos caballos frescos mientras construimos refugios y nos instalamos.

Cuando Jack tradujo lo que había dicho, el viejo se rió.

—La señorita —asintió serio—. Estará aquí el año que viene. Es dura, esta señorita.

No se estaba burlando de ella. El brillo de sus ojos contenía un deje de respeto, al igual que su voz.

El hombre levantó la mano y le dio un golpecito al sombrero.

—Gabriel Martínez —se presentó.

—Alyson Pearson —respondió ella.

No se dieron la mano, no se tocaron, pero sellaron un trato con la mirada. Confiaban el uno en el otro. Serían amigos.

Una hora más tarde, los mesteñeros se pusieron en pie y se despidieron. Todos menos el señor Martínez.

—Trabajo para la señorita —les dijo a sus compañeros. Y, luego, en un largo discurso en español, se despidió de ellos.

—Se quedará contigo hasta el año que viene por estas fechas —le explicó Jack, después de escuchar a Gabriel y a sus amigos.

Sus ojos centelleaban tanto como lo habían hecho los de Gabriel. Se echó a reír.

—Has estado corta de personal desde que emprendimos el viaje. Ahora tienes un nuevo hombre del que disponer.

Ella lo miró fijamente, sorprendida.

—¿Se queda con nosotros hasta que consiga todos sus caballos?

—Sí, pero no es porque no confíe en que no vayas a pagarle. Les ha dicho a sus amigos que quiere comer buena cocina, para variar.

—Oh, no, no le cuentes eso a Cookie o su ego será tan grande que no le cabrá ni el sombrero. No dejaremos nunca de oírlo fanfarronear. —Jack seguía riendo—. O sus lamentos, ya que se quejará por tener otra boca que alimentar hasta el año que viene.

—Hay que tener cuidado con los tratos que se hacen, señorita Rory. Quizá deberías haber pagado todos los caballos por adelantado.

—Ríete si quieres, pero con gusto alimentaré y albergaré al señor Martínez por el resto de su vida si ese cañón es todo lo que dice que es.

Jack cabalgó junto a Rory y Gabriel hacia el sur durante varios días, y finalmente acabó vagando por las llanuras con el anciano desesperado porque estaba muy confundido por los muchos cañones con los que se cruzaban por el camino. Jack se maravilló porque no sentirse impaciente al no haber encontrado aún el lugar y por estar cabalgando kilómetro tras kilómetro sin descanso.

Tal vez fuera porque Rory y él ya no estaban solos y, aunque eso no disminuía su deseo por ella, sí establecía un límite que lo hacía sentirse más libre para observarla durante horas, para empaparse del sonido de su voz ronca y para pensar en todo lo que decía. Se estaba volviendo tan débil y patético como cualquier borracho que fuera incapaz de sostenerse en pie, pensó, mientras ensillaba sus caballos en la mañana de su séptimo día. Resultaba un poco patético que tuviera que depender de una tercera persona para refrenar su autocontrol en lo que a Rory se refería. Estaba clara que estaba deslizándose cuesta abajo y sin frenos.

—Gracias, Jack —dijo Rory, mientras se acercaba a tomar las riendas de Trueno—. Le estaba diciendo a Gabe que tenemos provisiones suficientes para dos días más y luego tendremos que volver.

Una extraña combinación de alivio y pesar lo recorrió.

—¿Crees que el viejo lo ha soñado todo?

—Oh, no —dijo ella mientras se subía a la silla de montar—, es real y sé que puede encontrarlo. Solo tendremos que volver y abastecernos de nuevo.

La rotunda seguridad que había en su tono hizo reír a Jack.

—Siento haber hecho una pregunta tan estúpida.

—Me ha sorprendido, eso es todo —dijo ella con una sonrisa—, ya que siempre estás señalando lo testaruda que soy.

Giraron sus caballos y cabalaron hasta donde Gabriel esperaba con su montura.

—Creo que cabalgaremos hacia el sur —dijo él, puso su caballo al trote y encabezó la marcha.

Solo un par de horas más tarde, cuando el sol de la mañana llenaba las llanuras de una luz amarilla y los pájaros piaban, los tres cabalaron hasta el borde de un cañón de colores encendidos cuyo fondo estaba tan abajo que los dejó sin aliento. El terreno llano que había bajo sus pies se desplomó tan bruscamente que los caballos resoplaron y retrocedieron y Alyson sintió que se mareaba, pero no podía dejar de mirarlo, y Jack tampoco.

Gabriel aplaudía de alegría.

—¡Al fin! Al fin! —gritaba.

—Sí —masculló Alyson distraída mientras contemplaba un paraíso regado por un ancho arroyo en cuyas orillas crecían sauces y cedros—. Por fin.

Los tres desmontaron en silencio, como si la visión que tenían ante ellos fuera a desvanecerse si volvían a hablar, y se asomaron a la salvaje cima, hipnotizados. Todo el valle estaba cubierto de hierba.

—Pasto y agua —dijo Rory en voz baja—, y está protegido de la intemperie y de los intrusos. Ni siquiera veo un sendero a los lados.

—Hay un sendero hacia el este. Vamos —dijo Gabriel, pero ninguno de los tres se movió. La vista los tenían cautivos, llenándoles los ojos con docenas de tonos de verde primaveral, con atrevidas rayas brillantes de rojos y bermellones apilados a ochocientos pies de profundidad.

A Jack se le retorció el corazón dentro del pecho. Parecía el paraíso, que es lo que sería vivir en él con Alyson.

—Ven — dijo bruscamente—. Veamos qué hay ahí abajo.

Apenas podían apartar la vista de tanta belleza. Cogieron las riendas y montaron. Cabalaron por la cima al trote, sin perder de vista el trazado del cañón, la forma en que se ensanchaba y estrechaba.

—Podemos hacer que el cuartel general sea fácil de defender —dijo Rory—. Podemos montar una barricada en uno de los estrechos, si fuera necesario.

—Correcto —dijo Jack. Luego, por el bien de su propia cordura, para demostrarse así mismo que podía afrontar la verdad, se obligó a decirlo—. Seguro que podrías hacerlo.

Ella podría. Este sería su lugar. No tenía nada que ver con él. En cuanto estuviera asentada, se olvidaría de él por completo.

—¡El sendero! —gritó Gabriel, mientras cabalgaban por un pequeño recodo del borde.

Estaba claro que se trataba de un viejo sendero indio, uno desgastado en la ladera del acantilado por miles de pies *mocasinados*, un estrecho camino que serpenteaba dentro y fuera de los contornos naturales de la tierra, abrazando la forma de la ladera de la tierra, haciendo un bucle

sobre sí mismo y bajando de nuevo. Probablemente, había unos trescientos metros desde el punto en el que se encontraban en la cima de este hasta el fondo, en el suelo del cañón.

—Esta entrada también podría estar vigilada —dijo Rory, la euforia era patente en su voz—. Exploremos y veamos si es la única forma de entrar, al menos por esta sección del cañón. Parece prolongarse kilómetros y kilómetros.

¿Cómo podría volver a sentirse vivo sin oír ese ronco carcajear suyo? ¿Cómo podría volver a estar vivo sin ella?

—Vámonos. —Estaba desesperado por acabar con esto, ansioso por terminar y marcharse, ansioso por liberarse del tormento del que no podía escapar mientras estuviera con ella.

Gabriel insistió en encabezar la marcha, ya que había recorrido este sendero y un corto trecho del valle cuando él y sus compañeros lo habían descubierto. Jack puso a Rory en medio y él la siguió, tratando de no mirarla, de desviar la vista hacia lo que los rodeaba. En el posible peligro. Tenía que pensar en el peligro. Cualquiera, o cualquier cosa, podía estar mirándolos o acechando desde los árboles del valle.

Pero ni siquiera ese pensamiento podía ocupar toda su cabeza, pues ningún hombre malo, o animal salvaje, podía ser más temible que el dolor que sentía en su corazón.

En cuanto descendieron más allá del borde, Alyson pudo sentir cómo la magia del lugar se hacía más poderosa. Cómo su belleza se extendía para envolverla. Y pudo ver que era aún más perfecto para sus propósitos de lo que había imaginado.

—Oh, mira —llamó a Jack, mirándolo por encima del hombro—. El *caprock*^[8] mantendrá dentro a cualquier ganado que paste lejos en los lados del cañón, aunque la hierba gruesa del fondo los mantendrá apartados de los lados la mayor parte del tiempo, de todos modos. Ah, ¿y puedes creer que de verdad haya tanta agua?

Asintió con la cabeza al cabo de un momento, como si no la hubiera estado escuchando desde el principio. Frunció el ceño.

—Mira por dónde vas —le espetó—. Hay una caída de mil pies.

—Mi caballo está mirando —le replicó ella.

Molesta, se dio la vuelta. ¿Qué le pasaba? Acababan de vagar por toda la faz de la tierra durante días sin rechistar y, ahora que habían encontrado lo que buscaban, tenía que convertirse en un gruñón.

Los olores del cedro y la salvia flotaban en el aire, junto con el grito de un halcón de cola roja. Las flores silvestres florecían dispersos a lo largo del gran arroyo. O quizá fuera un río.

—Quiero que el cuartel general esté cerca del arroyo. Quiero que su chapoteo me haga dormir por la noche.

—No necesitarás eso. Estarás lo suficientemente cansada como para dormir sin problemas —masculló Jack irónico.

«Eso espero. Espero estar tan cansada que no me queden fuerzas para pensar en ti».

Una vez que llegó al fondo, el cañón era como un inmenso país de las maravillas, tentándola a ir en todas las direcciones a la vez. Optó por explorar el lado norte del arroyo y luego el sur, con Jack y Gabriel cabalgando lo suficientemente cerca como para no perderla de

vista.

—Esto parece un refugio. No puedo imaginar que haya algún tipo de peligro aquí. Al menos, no de personas.

—Imagínatelo —dijo Jack—. Un montón de comancheros asesinos podrían tener un escondite aquí.

Ella le hizo una mueca, pero él no la miraba.

—Puedo sentirlo. No hay nadie más que nosotros en todo este cañón.

—Testaruda —murmuró.

Exploraron el cañón durante varios kilómetros en cada dirección, molestando a conejos y a pájaros. Escucharon la llamada de los cuervos y el silbido de un cardenal, vieron las huellas de ciervos y pavos en la arena, cerca del río, cabalgaron hasta que el sol estuvo directamente sobre ellos y luego pasearon sin apenas hablar porque las altas paredes que los acorralaban y el relajante susurro de las hojas de álamo del viento los hacían sentir que habían entrado en el corazón mismo de la tierra. Al menos, eso le parecía a Alyson. La luz cambiante jugaba con los verdes de las hierbas, los enebros y todos los demás árboles. Convertía el rojo de las paredes en púrpuras y lavandas, blanqueando las hojas del álamo.

La primavera. Los colores verdes recordaban al verde primaveral. Todo el cañón estaba vivo, rebosante de primavera. Todo ello la llamaba, llenaba sus sentidos, pero la hacía anhelar más. Este lugar estaba destinado a ser su hogar.

Jack sentía esa misma atracción hacia la tierra.

—Si un hombre tuviera que buscar un lugar en el que asentarse, sin duda sería este —dijo mientras se detenían y bajaban a beber de la corriente principal del río, que corría sobre las rocas: agua clara, fina como el aire.

Antes de que Alyson pudiera empezar a ordenar los sentimientos que esas palabras pudieran despertar en ella, trató rápidamente de recordarlas. O negarlos. O algo así.

—Sin embargo, yo nunca me conformaré —dijo, y bebió del agua fría que había recogido con su mano.

Toda una gama de emociones se arremolinó en su interior, con una rabia punzante encima. Tenía que decir eso... Como si ella fuera a abalanzarse sobre él si hacía un comentario bonito para atarlo a ella.

—Algunas personas no lo hacen —dijo Alyson con frialdad—. Y dicen que no pueden.

Se mordió el labio. No había querido decir eso, no tendría que haber contestado.

—¿Cómo sabes lo que otra persona puede hacer?

Gabriel les lanzó una mirada curiosa, respondiendo a las corrientes subterráneas de sus voces.

—Una persona puede hacer lo que quiera o lo que crea que debe de hacer. —Se terminó su bebida, se levantó y se dio la vuelta.

Que Jack vagara por la faz de la tierra el resto de su vida, a ella le daba igual.

Alyson se alejó de los hombres y los caballos que bebían del río y miró hacia las

maravillosas paredes del desfiladero. Una gran sensación de felicidad fluyó a través de todos los sentimientos que se agitaban en ella, una sensación de poderosa rectitud. Aquí estaría su nuevo rancho. A continuación, tendría que ver cuál era el mejor lugar para montar el cuartel general.

Lo encontró una hora más tarde, mientras cabalgaban por la orilla norte del arroyo de vuelta a la vista del serpenteante sendero indio que habían tomado para bajar al cañón. La única entrada que habían encontrado en sus horas de exploración.

—Aquí —dijo—. Parad aquí.

Era un lugar hermoso, una cala perfecta en el lateral del desfiladero, envuelta con seguridad por las altas paredes, vigilada por enebros y álamos, regada por el arroyo que desembocaba en otro que venía del sur y que empezaba a ensancharse hasta convertirse en un río. Su hogar. Este sería su hogar.

Los tres desmontaron y pasearon bajo el dosel de hojas temblorosas, pensando en la protección contra la nieve y el frío, contra el sol y el viento, contra los intrusos. No pudieron encontrar ningún fallo.

Gabriel llevó a los caballos a abreviar de nuevo antes de que iniciaran la larga subida para traer de vuelta a la manada y a los vaqueros.

—Pondremos los edificios del cuartel general así —dijo Alyson, paseándose de un lado a otro, intentando ver todo el escenario a la vez—. La casa por allí, para que un enorme álamo pueda estar en el patio delantero, el primer granero a cien metros al sur ...

—Podría funcionar. —Jack sonaba indiferente, como si no pudiera importarle menos. También impaciente, como si quisiera acabar con esta exploración cuando antes.

Ella se volvió para mirarlo.

Él estaba de pie, con una pierna doblada, el tacón de su bota contra el tronco de una morera. Su cuerpo desprendía esa seguridad que tan bien lo caracterizaba. Esa que provocaba cosas en su cuerpo. Que la hacía anhelar que se acercara a ella.

Se le cortó la respiración. Jack miraba fijamente el cielo, con el pulgar enganchado en la hebilla del pantalón y el sombrero colgando de su espalda. La luz del sol se colaba por debajo de las hojas para limar sus altos pómulos y la curva de sus labios, mostraba su rostro tan apuesto que le rompió el corazón.

No estaba mirando el sitio en el que ella quería poner la casa. Y tampoco estaba relajado. Estaba esperando.

Esperando para alejarse de ella.

—Bueno, está bien —dijo ella—. Vámonos.

Ella lo ayudaría a terminar su trabajo lo antes posible, si eso era lo que él quería.

También sería lo mejor para ella. Necesitaba que se fuera.

Sin volverse a mirarlo, caminó hacia los caballos. Jack no podía asentarse en un lugar. Daba igual todo lo que ella le hubiese dicho antes. Estaba en su naturaleza ir de un sitio a otro. Como la de tantos hombros, y nunca cambiaría.

Nunca se quedaría.

Entonces, ¿por qué tenía este sentimiento de estar conectada a él, un sentimiento aún más fuerte que el que tenía por este valle?

Capítulo 15



-Palo Duro —anunció Gabriel cuando coronaron el borde y soltaron a sus caballos para dejarlos descansar. Señaló hacia abajo, hacia el hermoso y salvaje valle que acababan de dejar—. Se llama Palo Duro.

Así que tenía un nombre. No sabía lo que significaba *palo*, y no estaba de humor para pedirle a Jack se lo tradujera, pero sí que sabía qué significaba duro, y esa palabra le gustaba. Tenía que ser una «chica dura», como Cookie la llamaba a veces cuando no le hacía caso y hacía lo que él quería. Tenía que estar a la altura de su nuevo hogar.

Tenía que ser una chica dura para aprender a sobrevivir y llevar un rancho ella sola.

Le asustaba lo mucho que había llegado a depender de Jack.

Tardaron tres días en volver junto a la manada y luego casi siete en regresar a Palo Duro, dejando que el ganado pastara despacio por el camino para conservar lo ganado mientras descansaban en el canadiense. Los hombres de la tripulación estaban consumidos por la curiosidad, Jack por sus pensamientos, Gabriel por la satisfacción y Alyson por la búsqueda de su antiguo yo independiente y autosuficiente. Necesitaba urgentemente volver a ser esa mujer.

Pero, una mañana temprano, cuando cabalaron el último par de millas desde donde habían dejado a dos hombres con el rebaño, subieron al borde del gran desfiladero una vez más y miraron hacia el valle; la vista la cautivó como lo había hecho la primera vez, y se sintió fuerte y también capaz de hacer cualquier cosa. Esta tierra le daba fuerza, como si miles de espíritus, de distintas tribus, fluyeran sobre él. Miró a Jack.

—Este lugar es un regalo de Dios. Es perfecto para mí. —Él enarcó una ceja negra.

—Nada es perfecto.

—Esto lo es.

—Mi testaruda Rory.

Se volvió hacia él, enfadada, pero mantuvo la voz baja para que los hombres no la oyeran.

—¡No me llames así! No soy tuya.

Él le dirigió una mirada tan tranquila y apreciativa que llegó a pensar que, de alguna manera, la estaba poniendo a prueba. ¿Qué esperaba? ¿Que se arrojara a sus brazos gritando que era suya y que hiciera con ella lo que quisiera durante el tiempo que él se dignara a quedarse con ella?

Bueno, eso solo pasaría si en pleno verano el río del cañón se congelaba. Se seguiría

manteniendo alejada de él el poco tiempo que les quedaba.

Pero un escalofrío la recorrió entera. ¿Cuándo sería eso? Podría ser menos tiempo del que ella pensaba. ¿Les ayudaría a bajar el ganado a los pastos del valle y luego seguiría su camino esa misma noche? ¿Al amanecer del día siguiente?

Sin decir nada más, se dio la vuelta y comenzó a cabalgar por el borde del cañón. Le echó un último vistazo. No llevaba su saco de dormir ni el resto de su equipo con él.

Los hombres de la cuadrilla Slash A cabalgaban también por el borde, asombrados y entusiasmados a partes iguales con su nuevo hogar. Oh, Dios mío, ¡ojalá fuera su hogar, ojalá se quedaran todos! Ella sola no podría construir el rancho, pero con su leal ayuda sí.

Ellos eran todo lo que ella necesitaba. La tripulación, y Cookie, y Gabriel, y su propia determinación, que era feroz. Al menos, ella estaba aquí, a salvo, y Simmons podría, incluso, estar en la cárcel. Y, aunque no lo estuviese, nunca la encontraría en este cañón.

Al cabo de unos minutos, Jack llegó cabalgando a su lado.

—¿Qué es lo siguiente, jefa?

—Entremos a inspeccionar mientras llega el ganado.

—Buena idea.

—Cabe, cuando vuelvas aquí, búscame al final de este sendero. Lo más probable es que te esté esperando. Traeremos la remuda primero, luego el rebaño y, después, pensaremos qué hacer con los carromatos.

—Los carromatos tendrán que quedarse arriba —bromeó Cabe. Alyson le devolvió la sonrisa.

—De eso nada. Necesitaré vuestros músculos. Parece que los carromatos tendrán que bajarse a cuestras.

—Esta tierra es buena en leche y miel. No necesitamos la harina, las alubias y las ollas.

—Sigue soñando —dijo ella—. Te despertaré cuando Cookie venga quejándose porque no tiene su comida.

Cabe se rió y le dedicó un pequeño saludo antes de salir en busca de sus hombres para traerlos hasta el cañón después de un viaje tan largo.

Entonces, por segunda vez, ella, Jack y Gabriel cabalgaron por el sinuoso sendero en forma de zigzag. Hablaron muy poco. Era como si ya se lo hubieran dicho todo.

Encontraron el lugar que ella había elegido para montar el cuartel general. Seguía deshabitado. Alyson siguió cabalgando, con Jack cerca de ella.

—Creo que habría que dirigir el ganado por aquí y seguir empujándolo hacia esa hierba. — Señaló un prado con sauces—. Los carros los instalaremos en el cuartel general y la remuda también, hasta que podamos ensartar un corral de cuerda o encontrarles un cajón cañón.

Jack asintió. Volvieron a la cala que había elegido para el emplazamiento que sería su casa y encendieron un pequeño fuego para la cafetera que Cookie había enviado atada a las alforjas de Alyson.

—Está decidido a no dejar que su reputación por tener siempre café caliente se resienta

solo se pierda porque tardaremos horas en bajar la carreta y traer las provisiones hasta aquí.

—Me sorprende que no nos haya dado órdenes de disparar a un ciervo, despellejarlo y ponerlo a cocer en un asador para poder darle a la tripulación también una comida caliente.

Alyson le sonrió. Sonaba tan bien esa despreocupada camaradería que había en su voz. Hacía días que no la escuchaba.

Oh, Señor, iba a echarlo de menos.

—Me preguntó si habíamos visto u oído algún ave en el cañón, pero salí cabalgando de allí antes de que pudiera prestarme su escopeta.

Jack se rió, y esa risa reverberó en su cuerpo, calentándola.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron.

—Deberás tener cuidado o Cookie te tendrá cazando carne en lugar de mandando en el rancho —dijo.

«O a ti».

Jack rompió la mirada, se levantó y se paseó inquieto alrededor de un pequeño sauce para mirar hacia el sendero.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Esto nos llevará todo el día.

—¿Por qué tanta prisa? —La pregunta le salió en contra de su voluntad, pero ahora ya estaba hecha, colgando entre ellos.

—Tengo sitios a los que ir —gruñó, y se alejó en dirección al río.

No volvió, y a Alyson le pareció que había pasado una eternidad cuando escuchó los ruidos de la manada acercándose. Jack regresó y se subió a su caballo al primer silbido de Cabe, que estaba llamándolos.

Sí, estaba claro que estaba desesperado por salir de allí.

Alyson montó y lo siguió hasta el pie del sendero. Y ella estaba desesperada porque se fuera. Mucho más de esta tensión y ella volaría en mil pedazos.

«Si tienes tantas ganas de irte, entonces vete. Has hecho el trabajo para el que te contraté. Vete, Jack, aléjate de mí».

Lo pensó, pero no se lo dijo. Se limitó a cabalgar detrás de él, con la mirada clavada en sus anchos hombros y en la forma en la que iba sentado en la silla, con miles de pensamientos y sentimientos arremolinándose en su cabeza, confundiéndola. Hoy podía pasar cualquier cosa. Cualquier cosa podría pasar mañana. Jack podría decidir quedarse.

O podría no hacerlo.

Cabe y Luke bajaron primero, con Newt conduciendo la remuda justo detrás de ellos para darle al ganado algo que pudieran seguir. Todos hicieron una pausa en la cima y luego los caballos empezaron a abrirse camino, en fila india, por el estrecho sendero, todos hermosos a la luz del sol, con sus pieles marrones y negras y el alazán brillando contra la pared rojiza de la tierra. Cuando el primer caballo llegó al fondo del valle, el Viejo Brindle empezó a bajar por el sendero.

Uno a uno, el ganado se acercó, con los cuernos balanceándose arriba y abajo, confiando

en que no corrían peligro, confiando en que habría hierba y agua. También eran hermosas, y eran todo su futuro, porque no tenía otra forma de ganarse la vida en Palo Duro.

Habían engordado y tenían buen aspecto. Parecían sanas. Había un montón de vacas y varios toros para hacer crecer el rebaño y bastantes terneros, los más jóvenes siguiendo a sus madres y los más grandes mezclados con los más viejos. Los vendería cuando se convirtieran en grandes bueyes de tres y cuatro años, lo que conseguirían gracias a la hierba que había en este valle.

Una oleada de alegría y agradecimiento la invadió. Era muy afortunada porque Dios le hubiese entregado a Gabriel Martínez y por creer en su historia.

El ganado seguía llegando. Tardaron más de tres horas. Ella y Jack cabalgaban con Cabe y Luke, empujando a los recién llegados hacia el prado antes de que bajaran todos, pero la cadena de ganado que tomaba el sendero uno a uno no se rompió ni un instante. Los hombres que estaban arriba los manejaban magníficamente, sin dejar que ninguno retrocediera, sin hacer ningún movimiento brusco que pudiera espantarlos. Finalmente, con el corazón henchido de orgullo, Alyson vio salir del sendero la última cabeza. Su nuevo rancho contaba con un buen rebaño de ganado.

Las lágrimas le escocían en los ojos. Había tenido mucha ayuda, una ayuda vital, pero ella había sido la jefa. Ella había tomado las decisiones. Y ella lo había conseguido. Había traído a este ganado hasta Texas. Ahora sabía que podía hacer cualquier cosa.

¿Incluso dejar ir a Jack?

Ignoró la vocecita que había en su interior e intentó no pensar mientras Jack cabalgaba hacia ella al trote en Border Crossing.

—Ahora los carros —dijo contundente.

Su corazón dio un vuelco. Tenía una prisa desgarradora por marcharse.

—No oscurecerá hasta dentro de unas horas —espetó Alyson, fijando su mirada en el ganado para no tener que ver su apuesto rostro—. ¡No tienes que ir corriendo como si te fuera la vida en ello!

Podía sentir sus ojos en su perfil, pero no se volvería para mirarlo. Finalmente lo hizo. Estaba desconcertado, no tenía ni idea de qué era lo que había provocado aquel arrebato en ella.

Se había ido. Durante kilómetros y kilómetros y muchos días, se habían leído mutuamente la mente y los sentimientos sin necesidad de palabras. Habían estado tan cerca. Ahora, sin embargo, todo eso había desaparecido.

Al menos, por parte de él, así era. Ella aún podía leerlo. Podía apreciar que, lo que quería, era estar muy lejos de allí.

Le dio la vuelta a Trueno y cabalgó hasta el fondo del sendero para que empezara a subir.

—Buena idea —dijo Jack ella su espalda—. Puedes supervisar la descarga y ...

—¡No tienes ni la más remota idea de por qué voy a subir ni de lo que pienso hacer cuando llegue! Así que no intentes darme instrucciones-

Se rió.

—¿Qué es lo que ha pasado para que estés tan enfadada?

—Si no lo sabes, entonces no sirve de nada que te lo diga. —Volvió a reír, haciendo que la frustración que ella sentía aumentara.

—Eso tiene mucho sentido.

—Tanto como cualquier cosa que puedas decir.

Enderezó la espalda y comenzó a subir. Obligó a su cuerpo a relajarse lo suficiente como para adoptar un ritmo tranquilo. Jack estaba justo detrás de ella; aunque no oyera los cascos de Border, lo sentía.

—Rory...

—¡Y no me llames así! No tienes derecho!

¿Qué diablos le pasaba? El corazón le latía como un martillo contra el pecho, sentía la cara enrojecida y caliente. De repente, estaba tan enfadada con él que dudaba que pudiese controlarse.

—Date la vuelta —le dijo—. Voy a llevarte de vuelta y a sumergirte en el arroyo. Parecer a punto de estallar.

Se negó a girarse y mirarlo.

—Inténtalo. —Tenía los dientes tan apretados que le dolía la mandíbula—. Solo tú podrías intentar sumergirme en el arroyo. Ya lo hiciste una vez, Jack Coulton.

Su nombre... cómo sonaba en sus labios... La hizo enloquecer. Eso era de locos. Cómo se estaba sintiendo. Tenía que controlarse. No eran más que placeres sensuales lo que la atraía de él, eso era todo, y tendría una vida demasiado ocupada como para preocuparse por tales tonterías.

—Recuerda lo bien que lo pasamos la primera vez que acabamos en el río —le dijo él—. Lo volveremos a pasar igual de bien. Prepárate.

—Estoy preparada —espetó ella—. Vamos, si te atreves. Ahora mismo podría azotar todo el Llano lleno de comancheros con nada más que un *quirt*^[9] y mis manos desnudas.

Se echó a reír, soltando una verdadera carcajada.

—Si tuvieras un *quirt*, no tendrías las manos desnudas. Ella se giró en la silla de montar para clavarle una mirada fulminante.

—Sí, lo sería. Si tuvieran pistolas y cuchillos.

Su cara era tan hermosa cuando reía. Lo hacía irresistible, además de dulce y sexy, las dos cosas a la vez, y ella no podía soportarlo.

Lo odió por querer irse. Le encantaría darle una colleja.

—Alyson la testaruda —dijo él, sobrio, y luego le dedicó esa

sonrisa diabólica y torcida tan suya—, ya que no se me permite decir «mi» o «Rory».

Aquello era tan ridículo que la hizo sonreír. Y ese simple gesto le dieron ganas de echarse a llorar y de lanzarse a sus brazos.

Su rostro se volvió serio, enfáticamente serio, mientras sus caballos los llevaban despacio hacia arriba.

—¿Qué demonios te pasa?

«Te marchas. No volveré a verte. No te importo lo suficiente como para quedarte».

Estuvo tan cerca de soltar esas palabras que tuvo que apretar la mandíbula para no hacerlo. Más le valía callarse.

Consiguió apartar la mirada de su rostro y la dirigió al frente. Mirando solo lo que tenía delante hasta que llegaron a la cima del sendero. Cookie y Billy ya estaban allí con ambos carromatos, mirando con ojos incrédulos por encima del borde del *caprock*. Jasper corría alegre de un lado a otro del borde.

—¿En qué demonios estabas pensando, señorita? —dijo Cookie—. ¿Por qué no elegiste un lugar para tu rancho en la cima de las Rocosas?

Alyson tuvo que reírse por la expresión de su cara.

—Piensa que son las Rocosas, pero al revés. De verdad, Cookie, te encantará cuando veas lo perfecto que es todo ahí abajo.

—Este sendero no me parece demasiado perfecto.

—No está mal- Y piensa que, una vez que lo bajas, no tendrás que volver a subirlo hasta dentro de mucho tiempo.

—Tengo que ir a la ciudad a por suministros.

—Podrás llevarte a los caballos y no tendrás que mover la carreta arriba y abajo.

Se quedó callado y ella se preguntó cuándo lo había visto tan quejica por algo. Los vaqueros no se quejaban y no soportaban a quiénes lo hacían.

—Será mejor que empieces a descargar tu carreta —dijo al fin, molesta por tener que decirle algo tan sencillo.

—Estábamos pensando que, tal vez deberíamos bajar primero tu carreta —dijo él. Al ver que ella fruncía el ceño desconcertada, añadió— —He visto que ya tenéis el café listo, y todo eso.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya estaban descargando su carreta con sus enseres domésticos. El arcón de madera que contenía su ropa, el más grande, con su ropa de cama, y un gran surtido de cajas y fardos, estaban esparcidos por la hierba.

Se encogió de hombros.

—Me parece bien. Me da igual lo que descarguéis primero.

—Y viendo que el camino hasta abajo es tan largo —siguió diciendo Cookie—. Nos preguntábamos, señorita Alyson, si estarías lista para deshacerte del piano.

Jadeó. La sola idea de deshacerse de él la hacía sentirse vacía.

—¡El piano! Vaya, ¡no! ¿Qué haría yo sin él?

Cerró la boca con fuerza. Ella no era la que iba a tener que levantar tanto peso portando algo ladera abajo. El piano era muy pesado. Podría hacer que uno de los hombres se hiciera daño, o incluso que se cayera del sendero.

—Bueno, quiero decir... En realidad, no había pensado en meter el piano en el cañón —dijo despacio, con el corazón hundido.

¿Qué haría ella sin la comodidad de su música? Sobre todo, ahora que Jack se iba a marchar. Había llegado a depender demasiado de él, eso era todo, y se acostumbraría a su ausencia después de un tiempo, pero hasta que lo hiciera, se moriría sin su música.

Pero ¿y si se resbalaba y uno de sus leales compañeros moría bajo aquel piano? Un profundo escalofrío la recorrió de pies a cabeza. No había considerado hasta ahora esa posibilidad.

—Haría falta el resto de la tarde solo para eso —dijo Cookie.

—Supongo que el Palo Duro no es el lugar tan perfecto para formar nuestro nuevo hogar como pensaba. —Intentó que su voz sonara lo más normal posible—. Habías arriesgado mucho por mí en este viaje, no puedo pedirles que también hagáis esto.

No querían, o nunca lo habrían mencionado. Habían designado a Cookie como portavoz porque era el más cercano a ella y les daba vergüenza ir en contra de toda tradición vaquera y admitir que había algo que no podían hacer.

—Tenemos miedo de que se nos caiga y romperlo delante de sus ojos, señorita Alyson —dijo Peter, con la voz cargada de disgusto y un toque de resentimiento porque ella sospechara que se preocupaban por su propio bienestar—. Un golpe contra alguna de las paredes de la roca y se haría añicos. No nos preocupa hacernos daño.

—Si estuvierais preocupados por haceros daño, no estaríais arrastrando ganado —dijo Alyson, y se sintió aliviada cuando todos rieron—. Es que no había pensado en este problema ni una sola vez... —Se enderezó en la silla contra la decepción que la arrastraba y forzó un brío que no sentía en su voz—. Es bastante improbable poder llevar el piano hasta debajo de una sola pieza. Además, hay que pensar en el tiempo y la energía que llevaría moverlo cuando necesitamos trasladar las cosas sin las que de verdad no podemos vivir.

Jack dejó a Border Crossing a un lado y se colocó en el estribo, listo para balancearse hacia abajo.

—A ver, ese piano se irá a la nueva sede aunque tenga que bajarlo a cuestras yo solo. —Se bajó del caballo—. Vamos a ponerle unas cuerdas, muchachos.

Un pequeño murmullo recorrió el grupo de hombres.

—Más que nada, es que no sabíamos cómo transportar el piano por un acantilado —dijo Niles, cogiendo su cuerda de la silla de montar—. Sin embargo, odiaríamos decir que no podemos hacerlo.

—Podemos hacerlo —dijo Jack, sin un rastro de duda en su voz—. Miradlo de esta manera: tiene que salir antes de que empecemos a bajar la carreta, de todos modos, y una vez hecho eso, estamos a medio camino hacia el fondo con ella.

Eso provocó muchas risas y bromas y todos se pusieron manos a la obra con ganas. Ahora no podía detenerlos, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciese. Jack había desafiado sus hombrías y ella nunca había conocido a un vaquero que se echara atrás ante tal reto.

Pero Jack lo había hecho de tal manera que no había herido el orgullo de nadie ni nadie se había enfadado.

Y ella se quedaría con su piano. No le cabía duda de que él sabría cómo trasladarlo sin peligro.

Pero, sobre todo, sentía euforia por Jack, lo cual era una locura porque se iría mañana. Sin embargo, la hizo muy feliz saber que no se había ido, después de todo, esa inexplicable cercanía que habían compartido durante el viaje. Él había visto sus verdaderos sentimientos hacia ese piano mientras ella había hecho todo lo posible por ocultarlos. La conocía lo suficiente como para saber lo mucho que necesitaba su música.

Y él intentaba darle lo que ella quería. ¿Eso significaba que ella le importaba, quizás solo un poco?

Al menos, le importaba su piano.

—No dejemos ninguna quemadura de cuerda en la madera. —Se sacó la camisa del cinturón. Desabrochándosela mientras avanzaba, se dirigió hacia los hombres que estaban reunidos en la parte trasera de su carromato esperando a que los de dentro empujaran el piano hacia ellos. Se despojó de la camisa y la arrojó sobre el portón trasero.

Verlo semidesnudo a la luz del sol la dejó sin aliento.

Hizo que le doliera en lo más profundo de su ser.

Jack adoptó una postura con las piernas separadas, listo para soportar el peso cuando llegara.

—Tirad —pidió.

Los demás ayudaron, pero cuando el pesado instrumento se asomó por el borde, Jack se llevó la peor parte. Sus poderosos hombros y brazos abultaban y ondulaban a la luz del sol bajo su piel cobriza, los músculos de sus muslos amenazaban con reventar las costuras de sus ajustados pantalones.

Contemplantelo la derritió.

Hipnotizada como estaba, mantuvo la mirada pegada a él mientras levantaban el piano y lo dejaban con cuidado en el suelo.

—Dadme un minuto —dijo Jack. Recogió la camisa y la rompió en pedazos—. ¡Cuerdas!

Y, luego, con una paciencia asombrosa, colocó una tira de tela debajo de cada lazo donde más rozaba con los bordes del instrumento. Estaba indicando a los hombres, que obedecieron sin rechistar, que hicieran una especie de cuna con las cuerdas que, según pudo ver, mantendría la mayor parte del peso equilibrado en el centro.

No debía tener demasiada prisa por marcharse o nunca habría empezado esto. Mover el piano iba a llevar tiempo.

—Ahora las mulas —dijo.

Cookie ya las había desenganchado y avanzaban hacia ellos. Jack le hizo separarlas a los cuatro en dos equipos, una en cada extremo del piano.

Sonrió para sus adentros. Esa era una de las cosas que más admiraba de él: nunca parecía tener dudas sobre nada. Actuaba como si hubiera trasladado pianos por acantilados de mil metros durante media vida y no le hubiera hecho ni un rasguño a ninguno.

Pidió más cuerdas, con las longitudes en la parte inferior del instrumento, cuerdas que debían sujetar los jinetes en el sendero por debajo de él. En cuclillas sobre sus ancas, ayudó a tirar de ellas por debajo; una vez que esas estuvieran sujetas, estarían listas para bajar el piano

por el borde.

Los músculos de sus brazos se abultaron y luego se relajaron cuando tensó el nudo final. Se puso de pie.

Y se volvió para mirarla.

Atrapada mirándolo, con sus sentimientos completamente desprotegidos, le devolvió la mirada.

El oscuro misterio que lo había acompañado los últimos días desapareció de sus ojos. Él le sonrió, una sonrisa tan dulce que le rompió el corazón.

«Te quiero, Jack Coulton».

La verdad relampagueó en su alma como un relámpago. Ella lo amaba.

No. No podía ser. Él la hacía sentir segura, eso era todo. No. Ella no lo amaría. No lo haría. Pero lo hacía.

Su mirada, aún tierna, sostuvo la de ella durante mucho tiempo. Luego se volvió hacia los hombres.

—Sobre el borde, ahora. Con mucho cuidado. Peter, monta y ven conmigo.

Ella continuó mirándolo, empapándose de su visión como si estuviera en el desierto desprovista de agua, y se sintió impotente para apartar la mirada.

Se le nubló la vista, pero lo observó de todos modos, hambrienta, desesperada. Esto tendría que mantenerla caliente por la noche, cuando los vientos fríos soplaban por las llanuras y llegaban hasta el cañón. Esto y el recuerdo de la noche en la que hicieron el amor.

Ella ya lo amaba entonces.

¿Cómo podía no haberlo sabido hasta ahora? Aventura o no, nueva experiencia o no, no habría ido a su encuentro si no lo amara.

Jack se dirigió a su caballo y se subió a Border Crossing en un movimiento largo y fluido, uno que hizo que ella solo quisiera observarlo eternamente. Cabalgó hasta la cabecera del sendero, haciendo un gesto a los hombres para que trasladaran el piano a un lugar a unos metros de distancia, en el borde del caparazón. Luego, sin mirarla siquiera una vez más, desapareció por el borde del acantilado.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Sí que se preocupaba por ella, y mucho, o no se tomaría tantas molestias para salvar su piano.

Él no era así. No era como al principio, cuando se basaba en la práctica y su única intención era sobrevivir y llegar a Texas. Su boca se curvó hacia arriba a pesar de sus lágrimas. Recordó cuando él insistió en que vendiera el carromato y todo lo que había en él, sin que sus sentimientos le importaran lo más mínimo.

Sí, en el camino había cambiado, pero no lo suficiente como para querer quedarse.

Capítulo 16



Jack puso toda su mente y sus músculos en la agotadora tarea de bajar el piano por el borde de la pared del cañón. Después de que Alyson lo mirara con el alma en los ojos, se alegró de haber empezado aquella locura y quiso que este se apoderara de él para no poder pensar en nada más.

Observó el paso de su caballo. Luego, observó el piano, que se balanceaba suavemente en la cuerda e indicó a Peter cómo ayudar a estabilizarlo. Luego, empezó a buscar el mejor sitio para dejarlo cuando la cuerda se rompiera y tuvieran que mover las mulas a las que estaba atado. Pero nada de eso le sirvió de nada. Incluso cuando había hecho una cuarta parte del descenso y estaba utilizando gran parte de sus fuerzas para sostener el piano, que descendía lejos de la ladera del desfiladero, su corazón permanecía en lo alto del borde, latiendo impotente en las pequeñas manos de Alyson.

Aquella mirada que ella le había dirigido, con aquellos hermosos ojos, ¡azules como el mismo cielo! Dios mío, ninguna mujer lo había mirado nunca de esa manera.

Aún no se había repuesto de la sorpresa. Era como si ella pensara que él era un héroe o algo así por salvarle el piano. Nunca antes, ni siquiera cuando había rescatado a la niña de la señora Bowers de la banda de bandidos de Carlos Fuentes, había experimentado una gratitud tan apasionada y que despertara tanta admiración.

Pero también había intuido algo más en el rostro de Rory, algo nuevo. Algo a lo que no podía ponerle nombre.

Fuera lo que fuese, le había hecho sentirse lo bastante fuerte como para llevar el mundo entero a cuestas, por no hablar de un mísero piano.

Se detuvo en un recodo del camino y se irguió en los estribos para agarrar el piano con ambas manos, esforzándose tanto por evitar que se balanceara contra la ladera del acantilado que sus guantes de cuero resbalaron sobre la madera pulida como si estuvieran resbaladizos con sudor. ¿Cómo demonios había podido Alyson Pearson ejercer tal influencia sobre él?

¿Qué demonios hacía arriesgando su vida y la de su buen caballo para mover un piano, de todos los objetos inútiles que un rancho no necesitaba?

¿Cómo habían llegado las cosas a tal extremo que no podía soportar pensar en dejarla aquí sin su música?

No podía soportar pensar en dejarla. Al instante, hizo a un lado tal pensamiento.

¿Qué le pasaba? Esto podría esperarse de un chico joven o de un anciano senil, pero él no era ni una cosa ni la otra y estaba en pleno uso de sus facultades.

Ayudó a depositar el piano en el sendero, los hombres de arriba bajaron las mulas un poco por el camino, él y Peter volvieron a sacar el instrumento al borde y ese reanudó su tortuoso descenso. A este ritmo iban a tardar una semana. Al anochecer, aún no lo habrían bajado, lo que le daba una débil excusa para quedarse un día más.

—Detente en la siguiente curva, por favor, Jack —llamó Alyson por encima del borde—. Vamos a enganchar el otro equipo de mulas a una de las cuerdas largas.

—Claro —gritó—. No hay problema. Me siento en mi caballo y sostengo pianos en el aire sobre mi cabeza todos los días de la semana.

Su risa rodó por encima del acantilado hasta hacerlo sonreír.

—Funcionará —aseguró ella.

Él sonrió, no solo porque ella había repetido sus propias palabras, sino también porque había sonado sincera. Ella de verdad creía que él podía hacer que todo esto funcionara. La fe ciega que tenía en él lo complacía más que cualquier cumplido.

Todo el tiempo que él, Billy y Peter sostuvieron el instrumento en el sendero manteniéndolo en equilibrio contra un saliente de la pared, Jack pensó en Alyson. Ella no solo lo consideraba un hombre fuerte, sino que también creía que era un buen hombre.

Su mente volvía a esa idea contantemente. Pero eso era una tontería, porque ella era demasiado inexperta para juzgar el carácter de un hombre como él.

Entonces, ¿por qué le daba tanta importancia a sus nociones? ¿Y por qué le importaban tanto sus sentimientos?

Había sentido algo parecido al miedo cada vez que ella había flaqueado en su confianza o se había entristecido, como le había ocurrido al perder el piano. Y eso no había sido nada comparado con el pánico que se había apoderado de él cuando pensó que podían haberla disparado.

Nada de eso era propio de él. Por regla general, eran los demás quiénes pensaban en él. Debía de estar perdiendo la cabeza.

A decir verdad, pensó mientras el piano reanudaba su marcha descendente, se estaba volviendo más que un poco loco. Ya ni siquiera se reconocía a sí mismo, porque Alyson estaba en sus pensamientos la mayor parte del tiempo.

La deseaba más que a ninguna otra mujer que hubiera conocido y esa era la única verdad. Esa era, probablemente, la verdadera razón por la que estaba siempre en sus pensamientos. Se trataba solo de una atracción física. No había estado con una mujer durante mucho tiempo antes de hacer este viaje, así que le había dado una importancia desproporcionada a esa única noche que había pasado con Alyson. Cuando llegara a Fort Worth, haría algo para borrar ese recuerdo.

Finalmente, como si se tratara de un milagro, porque su mente no estaba donde tocaba, bajaron el piano sano y salvo con solos unos rasguños y arañazos y mucho antes de lo que él habría querido, ya que eso dejaba su mente libre para obsesionarse con Rory. Pasaron las horas entre el mediodía y el anochecer bajando tanto los carromatos como los víveres. El resto del equipo podía esperar en el borde hasta la mañana.

Mientras Cookie preparaba la primera comida caliente del día y los hombres se tomaban su primer descanso, Alyson dio lo que ella llamaba un «concierto gratuito al aire libre» para

expresar su gratitud por todo su duro trabajo. Él nunca la había visto tan feliz.

Tendido de espaldas bajo un aromático enebro, Jack apoyó la cabeza en su silla de montar para poder observarla. Ella había hecho que levantaran el piano del suelo sobre el portón trasero de una carreta desmontable para protegerlo de la humedad y había localizado una lona para envolverlo después contra el aire de la noche.

Y ella se lo había agradecido una docena de veces con aquella sonrisa de infarto.

Menos mal que no habían compartido cama más de una vez o él nunca habría tenido las fuerzas necesarias para dejarla. Solo esa sonrisa podía adormecer a un hombre tanto como un día de viaje sin sombra ni comida.

Empezó a tocar una melodía que él nunca había oído antes, quizá una de su propia creación, que le hizo preguntarse muchas cosas. Alyson podía hacer que un hombre se sintiera triste y alegre, o ambas cosas, y que todo lo viviese con mucha pasión. Podría ser una perfecta canción de amor.

Sus manos se movían sobre las teclas con tanto tacto, que podía sentir las sobre su piel. Tenía que dejar de mirarla. Tenía que parar. Aquella noche que habían pasado juntos, su única noche, volvía su mente una y otra vez, cargada con sentimientos y con todo lo que encontraba a su paso.

De eso trataba la canción. Estaba contando la historia de aquella noche al cañón, al aire fresco, a los pájaros que la llamaban y al agua que corría. Y a él.

Tenía que levantarse y alejarse. Ya no podía escuchar ni mirar a Rory.

Pero los rayos de sol jugaban con su pelo, prendiendo fuego en él y bañándolo como si fuera oro. Y las manos de ella se movían como se habían movido sobre su cuerpo aquella noche para encender su cuerpo.

Las deseaba sobre él de nuevo más de lo que nunca había deseado nada.

—¡Venid a por la comida! —gritó Cookie—. ¡O tendré que tirarlo todo!

Gracias a Dios.

Alyson dejó de tocar, todos se pusieron en fila con el plato en la mano y toda la tripulación comió a la vez, ya que el cañón aguantaba el ganado. Jack se aseguró de sentarse frente a Alyson en vez de a su lado.

Nadie habló mucho, ni siquiera una vez terminada la comida, y cuando salió el primer hombre que haría guardia, el resto de la tripulación cayó exhausta en sus camastros. Alyson se levantó y caminó hacia su carromato, dirigiéndole solo un suave murmullo al pasar.

—Gracias de nuevo, Rayo. Buenas noches.

—Buenas noches, Rory.

Pero él no podía quedarse ahí sentado y dejarla marchar. Lo intentó, lo intentó de verdad, pues no se movió hasta que ella llegó a su carromato.

—Rory. —Ya estaba de pie y dando zancadas hacia ella antes, incluso, de que ella se hubiese girado.

—¿Sí?

Esperó hasta estar lo suficientemente cerca para que nadie pudiera oírle. O, tal vez, solo esperó para poder apreciar bien su figura reluciente por las llamas y por la oscuridad de la lona.

—Mañana tenemos que cabalgar varias millas por el cañón, más lejos de lo que fuimos el otro día. Quiero echar un vistazo para ver si hay señales de un escondite de forajidos o de una banda perdida de comanches —se calló, pero luego se obligó a pronunciar las palabras—. Antes de irme.

Ella se puso rígida.

—Tengo mucho que hacer aquí. Y con forajidos o comanches o no, ahora estamos en el Palo Duro para quedarnos.

La verdad lo golpeó como si le hubieran dado una bofetada. Sus largas exploraciones privadas juntos habían terminado. Ya no la tenía todo el día para él. Su trabajo había terminado.

Sin embargo, no podía renunciar a ella.

—Sé que estás aquí para quedarte, y no estoy diciendo que debas de huir si encontramos algo. Lo que digo es que estarás mejor preparada si sabes a qué te enfrentas.

Ella lo miró a los ojos durante un tiempo que se le hizo eterno. Eran de un gris azulado y ahumado bajo el crepúsculo.

—De acuerdo —musitó al fin—. Te daré un día. Saldremos después de dar las instrucciones con las que los hombres empezarán a construir la casa.

Se dio la vuelta, entró en la carreta y cerró la trampilla tras ella.

Fue entonces cuando supo la verdadera razón por la que tenía que cabalgar a solas con ella una vez más. Tenía que intentar decirle adiós.

Cabalaron por el cañón a la mañana siguiente casi todo el rato en silencio, y él se preguntó cómo había podido pensar que podrían hablar. Pero aun así no pudo callarse. Le dolía la garganta por las palabras que se agolpaban en ella y que luchaban por salir.

¿Por qué demonios no se había levantado de la cama antes del amanecer y había seguido su camino? Nunca había tenido problemas hasta ahora por dejar a una mujer dormida y ajena a su marcha.

—¿Crees que tu equipo sabe construir una casa?

Ya está. Había hablado y no se había roto ni los dientes ni la mandíbula. Podrían dar un buen paseo, y él podría ayudarla a hacer planes y a pensar en lo que tenía que hacer a continuación y, por la mañana, ella se despertaría y él ya se habría ido. Esa era la forma que tenía de hacer las cosas.

Se rió entre dientes.

—Tendrán que aprender. No puedo contratar a unos carpinteros.

—Sería bueno que les dijeras que cojan los troncos de arriba. Odiaría verte perder alguno de los árboles que rodean la casa.

Se sentía como un invitado incómodo en el salón de un extraño. ¿Por qué no mantenía la boca cerrada en lugar de decir algo tan estúpido?

Evidentemente, por la rápida mirada que le dirigió, Alyson pensaba lo mismo. De todos

modos, toda esa charla sobre la casa lo ponía enfermo.

—Si pensabas que había forajidos o comanches aquí, ¿por qué no lo dijiste antes de mover el piano?

La miró. Sonaba ligeramente divertida.

—No he dicho que pensara que hubiera.

Su boca se torció en las comisuras en una sonrisa. Tenía los labios más hermosos carnosos y sensuales del mundo.

Pero él no lo haría, no se permitiría besarla de nuevo.

—¿Así que vamos a pasar el día explorando el cañón con la esperanza de encontrarnos a algún enemigo?

Su voz ronca contenía un claro toque de diversión.

—No he dicho que fueran enemigos, ¿verdad? Podrían ser los mejores vecinos que hayas tenido y traerte calabaza de sus huertos y huevos de sus gallinas.

Eso la hizo reír a carcajadas. Dios, ¡cómo echaría de menos ese sonido!

—Forajidos y comanches con huertos y gallinas. La civilización ha llegado al Palo Duro.

—Por no hablar de la música. Podrías dar uno de tus conciertos al aire libre a cambio de comida.

—Gracias a ti —dijo ella, y volvió a lanzarle esa mirada.

No podía levantarse antes del amanecer y marcharse sin decirle nada. Se odiaría para siempre por cobarde si lo hacía, pues debía tener todos los recuerdos sobre ella que pudiera reunir.

—Sentémonos un rato junto al arroyo —propuso, y cabalgó a Border Crossing hasta un viejo cedro que crecía a pocos metros del arroyo.

Loco era una palabra demasiado suave para el estado en el que se encontraba. No tenía ni la más remota idea de qué decirle.

Desmontaron y se sentaron con las piernas cruzadas a la sombra del cedro, en un banco cubierto de hierba cerca de una roca en la que podían apoyarse.

—Este es un lugar estupendo para hacer un picnic —dijo Rory con ligereza—, pero es demasiado pronto para comer. Buscar a nuestros vecinos nos dará hambre más tarde.

«Quiero pasarme todo el día haciendo el amor contigo. Solo tengo hambre de ti».

Estaba lo bastante cerca como para tocarla, lo bastante cerca como para besarla si se inclinaba hacia delante, pero se sentó al estilo indio, como ella, con la espalda muy recta y las manos tensas mientras la miraba. Ahora la forma en la que se miraba le resultaba ilegible.

Él quería que esa mirada, fuera la que fuera, desapareciera de su rostro. Quería que le sonriera como lo había hecho ayer en lo alto del borde.

Pero esa mirada no volvería, no cuando él hubiera terminado de hablar con ella. Entonces, ella lo conocería de verdad, ya no lo querría, y él querría irse.

Sí, cuanto antes se fuera, mejor.

Pero él necesitaba tenerla entre sus brazos una vez más. Una que fuera inolvidable.

Una prueba allí mismo, si es que hacía falta alguna, de que era un inútil, un redomado egoísta. Si se acostaba de nuevo con ella solo le rompería el corazón.

Ya le dolía a él el corazón por el esfuerzo que estaba haciendo de no tocarla. Se le pegó un rizo a la mejilla. Le picaba la mano, pero no alargó el brazo para apartárselo.

Buscó la fuerza en su interior, esa que lo había mantenido con vida a pesar de las balas y de los días y las noches que había pasado sin comer ni beber. Esa que le había hecho sobrellevar la muerte de su madre y de su hermano. La de Jason.

—Alyson, tengo que hablar contigo.

—Te escucho.

El hilo de su voz la hizo girarse de nuevo hacia ella y mirarla. Estaba tensa, tanto como el deseo que le estaba desgarrando por dentro.

Algo en su rostro le dijo que ella sabía que aquello era un adiós. Ella lo conocía tan bien que pensaba que era mucho mejor hombre de lo que era.

Abrió la boca, pero no pudo hablar. El gran cedro los envolvió en su sombra, en su olor especiado, y esperó con ellos. Alyson no se movió, no apartó la mirada de su rostro.

—Este cedro —dijo por fin—. Hay una leyenda sobre el cedro que muchos indios conocen.

Ella lo observó con esos ojos azules. Lo estaban quemando.

—El rayo puede caer cerca del cedro, puede correr por el suelo y en círculos a su alrededor intentando entrar, pero no puede. No puede partir el corazón de un cedro como lo hace con otros árboles.

—¿Y?

La ronquera se estaba apoderando de su voz.

—Mi corazón es el corazón de un cedro. Mi corazón no se abre. Vivo en medio del peligro, siempre, porque mi verdadero nombre es *El que está parado en un rayo*^[10].

Las comisuras de su deliciosa boca se levantaron un poco.

—Por fin sé cuál es tu verdadero nombre. —No pudo resistirse a bromear con ella, como antes.

—¿Cómo sabes que te he dicho la verdad?

—Lo sé —dijo ella, y el rastro de una sonrisa desapareció de sus labios—. Sé cuándo me estás diciendo la verdad.

Se puso tan seria de repente que sintió un nudo en el estómago. ¿Y si se echaba a llorar? ¿Qué haría él? Si la tocaba para consolarla, estaba perdido.

—Me pusieron ese nombre por mi forma de vida. —Se esforzó por sonar tranquilo—. No estoy destinado a tener un hogar ni paz. Nunca lo he tenido, nunca lo tendré, —Ella solo lo miró—. Me marcho mañana al amanecer. Mi trabajo ya está hecho. Te dejo aquí a salvo.

Ya está. Se había despedido de ella. Lo había hecho de forma honrada, no desapareciendo sin despedirse, como había hecho otras veces. Ahora podía levantarse e irse y ser capaz de

mirarla a los ojos.

Pero su rostro de ella lo retenía. Era tan hermosa, y tan fuerte. Ya no era la chica que lo había acosado para que se fuera con ella. Era una mujer a tener en cuenta.

—yo no estoy destinada a casarme. No tienes que huir solo porque vaya a construir un hogar.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. —La verdad fue como si le clavarán un cuchillo en el corazón.

—Ya lo sé. Pero siempre serás bienvenido a mi casa. Siempre seremos amigos.

—No me conoces —soltó—. Maté a mi mejor amigo. Maté a Jason.

Nada cambió en ella. No se echó hacia atrás con repulsión ni lo miró horrorizada.

—¿Le disparaste? ¿Por qué?

—No, algún bandido le disparó, pero yo lo puse delante de la bala. Asaltamos un escondite en el Nueces cuando deberíamos haber esperado ayuda; nos superaban en número, seis a uno, y lo sabíamos.

—Si Jason también lo sabía, ¿por qué es todo culpa tuya?

Se pasó la mano por los ojos, pero no sirvió de nada. Todo lo que podía ver era la cara de Jason cuando su espíritu lo había abandonado.

—Él no quería esperar. Lo acosé. Le grité.

—Podría no haberte escuchado.

—Lo hizo cuando le dije que iría solo. Éramos socios.

La miró fijamente, horrorizado porque de verdad estuviera hablando de esto, pero de alguna manera también aliviado. Durante todos estos meses, apenas había podido soportar la verdad sobre la muerte de Jason, y mucho menos hablar de ella en voz alta.

—Odio tener que darte la noticia —sonó irónica—, pero eres humano, Jack Coulton. Los seres humanos no lo saben todo. A veces toman malas decisiones.

Ayudó. No mucho, pero ayudó.

—He tomado más malas decisiones. Llevé a mi hermano pequeño a los Rangers y lo mataron en menos de un año. Me fui con la gente de mi madre y jugué en el bosque el verano que ella trabajó hasta morir en la granja.

Ella se lo quedó mirando, con esa mirada de denotaba firmeza.

—Tú no eres Dios, Jack Coulton. Estoy intentando hacértelo entender.

—Y yo estoy intentando decirte que no quieres que te ame. La gente a la que amo no vive mucho.

—No quieres amarme —dijo ella con voz ronca.

—No, no quiero.

Tenía la intención de ponerse en pie, de ir hasta su caballo y dejarla en ese momento, de seguir cabalgando por el sendero y salir del cañón antes de lo que había planeado. Pero esa

estúpida idea de querer conocer su opinión, de necesitar ver cómo lo veía ella, hizo que no se moviera. Buscó el disgusto en sus ojos, la desaprobación que ella podría ser demasiado educada para expresar en voz alta. Pero no estaba. En sus ojos solo vio aceptación, admiración y amor.

Porque aquello tenía que ser amor. La misma mirada que le dirigió en el borde del acantilado. —Tienes que ir a hablar de esto con la viuda de Jason.

—Ya lo sé.

—Vale. Y puede que no vuelvas, también lo sé.

—Sí.

Levantó la mano y le acarició la mejilla, trazándole el pómulos con el pulgar. La caricia le resultó familiar, aunque hacía semanas que no se tocaban. Eso era porque él era, ahora y siempre, parte de ella.

Era su destino, su suerte, amarla. Para siempre. Y, en algún lugar de su interior, lo había sabido desde la primera vez que la había visto.

—Solo quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué?

Lo miró con ojos recelosos. Se quedaron un buen rato mirándose, solo eso, hasta que ella le quitó el sombrero, lo dejó en el suelo y le apartó el pelo de la frente, acercándose un poco más a él con cada movimiento.

—Recuerda esto —le pidió.

—Hasta el día de mi muerte.

Se unieron como el fuego y el combustible, ya encendidos, ya ardiendo antes de que sus labios pudieran encontrarse. Él le metió una mano, grande y dura, en el pelo y le tomó la boca con una pasión que le detuvo la respiración y casi hizo que el corazón se le parase.

Ella buscó los botones de la bragueta de sus pantalones, rozando con los nudillos el bulto hinchado que había debajo, mientras lo acariciaba con dedos temblorosos, deseando tenerlo entre sus manos. Él gimió y ahuecó su pecho en la palma de la mano. Intentó romper el beso para ayudarla, pero una vez que había empezado, solo podía parar para volver a besarla.

Él recorrió con su boca un sendero caliente por su garganta, ella besó el hueco de su clavícula y le abrió la camisa. Ella le desabrochó la hebilla del cinturón y empujó la cinturilla de sus vaqueros hacia abajo. Él le sacó la blusa de la falda de montar sin despegar los labios de su piel.

Por fin, de algún modo, sin dejar de besarse, consiguieron quitarse la ropa y cayeron en el deleite de tocarse sin ninguna barrera. Las manos de él se deslizaron por la espalda de ella, quemándole la piel, ahuecando sus nalgas en una caricia ávida y rápida antes de volver de nuevo a sus pechos, anhelantes. Encontró sus dos pezones. La necesidad de tenerlo dentro de ella la golpeó tan fuerte que se quedó sin respiración.

Sus ojos se encontraron. Todo su cuerpo se estremeció. Esta sería la última vez. Viviría el resto de su vida con esto.

—Rory —susurró.

Sus ojos ardieron. Devoraron su rostro.

Entonces, la atrajo con fuerza contra su caliente masculinidad, envolvió su cuerpo con el suyo y comenzó de nuevo a besarla.

«Te quiero, Rayo. Oh, Dios mío, ¡cómo te quiero!»

Se lo dijo con sus labios ávidos y sus las caricias largas, lentas e importunas de su lengua y sus manos, que no se saciaban de él. Se lo dijo con gemidos diminutos y débiles que brotaban desde lo más profundo de su garganta. Se lo dijo de todas las formas posibles excepto con palabras. Porque las palabras serían grilletes para él, y tenía que ser libre. No sería un Rayo si no podía ser libre para vagar en la tormenta.

La atrajo hacia sí, la cobijó cerca en la curva de su cuerpo y empezó a darle placer con la mano. Cuando ella yacía derretida e indefensa, incapaz siquiera de levantar un dedo, él se echó hacia atrás y le sonrió, con el rostro caldeado por el oro de la luz del sol que caía entre las hojas.

Entonces, tomó su pecho entre una de sus manos y lo acunó. Ella empezó a acariciarle el pelo, hasta que él bajó la cabeza y le lamió la punta con la lengua. Sus brazos, sus manos, todo su cuerpo se quedaron sin fuerzas excepto por aquella exquisita sensación y la preciosa visión que era tener la cabeza de Jack sobre sus pechos.

—No pares nunca —susurró ella—. No pares nunca.

Pero pronto todo su cuerpo la contradijo, pues su sangre empezó a bullir en busca de más. Desvergonzada por la necesidad que sentía, sus manos le acariciaban por todas partes a las que podía llegar, su voz emitía pequeños sonidos de súplica sin palabras que ella ni siquiera reconocía.

Él lo sabía, sabía lo que ella quería, lo que necesitaba, pero aun así la hizo esperar.

Se retorció bajo él, reunía el aire para susurrar: «Por favor», frotaba la cara contra su mandíbula y le mordía la oreja, y por fin, tras una eternidad en la que creyó que moriría, él la rodeó con sus brazos, le acarició la espalda, la levantó despacio, como si fuese de cristal, y entró en ella.

La sensación fue mágica.

Él se movió y ella quiso todavía más. Rodeó sus hombros desnudos con los brazos, su piel se movió sobre la de él, y el brillo del sudor que ambos crearon los selló juntos. Ella se arqueó hacia él, lo introdujo más en ella.

Se movieron juntos como si se conocieran de toda la vida. Como si esa única vez que habían pasado juntos los hubiera enseñado a ser solo uno. Siempre. Para siempre.

Esto tenía que durarle para siempre.

Ella hundió los dedos en su pelo, acercó su boca a la suya y le besó ávidamente, rogándole en silencio que no la abandonara con sus labios y su lengua, con su corazón y su alma. Él la devolvió a aquel momento y le hizo creer que nunca pasaría, que nunca llegaría otro momento.

Volvió a besarla salvaje y libre e irreflexivamente, la estrechó tanto que nunca podrían separarse, y la consumió con la caliente masculinidad de su cuerpo. Ella gimió y lloriqueó, en lo más profundo de su garganta, pidiendo clemencia.

Pero él no le dio ninguna. Sus manos barrieron senderos de fuego sobre su espalda, y sus

labios dejaron caer besos ardientes al azar sobre su cara y su cuello. La llevó cada vez más adentro, hasta que se perdieron el uno en el otro.

Tras terminar, permanecieron entrelazados durante mucho tiempo, piel con piel, piernas y brazos enredados para que nunca pudieran separarse. No podían separarse. No después de esto. Iría contra las leyes de la naturaleza, la estructura del mundo, la forma del universo.

Excepto que, cuando anoheciera y mañana saliera el sol, Jack ya no estaría.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, abriéndose paso por su garganta.

—Toma. Ahora —dijo él bruscamente.

—¿Qué es esto?

Se echó hacia atrás y se apoyó en un codo para limpiárselas. El tacto de su áspera mano fue tan suave que la hizo llorar con más fuerza.

Desesperada por mirarlo, por beberse la visión de su rostro, se levantó y se secó los ojos, intentando verlo con claridad.

—¿Quién me dijo que era capaz de vivir solo un momento y de vivirlo al máximo?

—Una chica simplona que no tenía ni idea de lo que decía. —Sonrió, una sonrisa con la que era capaz de romperle el corazón a cualquier mujer.

—Esto es todo lo que hay, Rory. Un único momento. Eres una mujer inteligente.

—No quiero oír nada. —Tras soltar una risa por lo bajo, dejó caer un beso sobre su pelo—. Jack...

Sacudió la cabeza, le pasó un dedo largo y áspero por los labios.

—Ahora. Este día. Vive esto.

Y la besó como un salvaje mientras la volvía a tumbar.

Capítulo 17



Alyson se inclinó sobre el fogón para pasar el tocino de la sartén al plato. Cookie también tenía hechas las galletas, aunque el último guardia no había llegado y la mayoría de los hombres seguían durmiendo. El sol estaba saliendo, enviando una tenue luz pálida y púrpura al cañón. Una bruma subía desde el arroyo.

Y Jack estaba ensillando, preparándose para partir.

Llevó el tocino y un plato lleno de galletas que había sacado del horno al portón trasero de la carreta y empezó a preparar pequeños bocadillos, asombrada de que no le temblasen las manos. ¿Cómo no iban a hacerlo, cuando un terremoto sacudía en pedazos su interior? ¿Cómo no iban a hacerlo, cuando su corazón le dolía lo suficiente como para matarla?

Cuando las galletas, el tocino y un paquete de café molido estuvieron empaquetados en el saco de tela en el que ya había metido su salario, subió a la carreta para coger tomates y melocotones. Salió, con las manos y los bolsillos llenos, para encontrarse a Jack de pie esperando, sujetando las riendas. Su montura parecía la de un extraño, con su saco de dormir atado detrás del peralte.

—Oh, Rory, esto es demasiado —dijo cuando vio toda la comida que le había preparado.

—No digas eso. Hay un largo viaje hasta Fort Worth y ningún Lettie's Diner por el camino.

Apretó los labios. No podía decir nada más.

Permaneció en silencio mientras ella cogía otra bolsa, vaciaba la primera y ponía los objetos más pesados en el fondo de cada una. Luego añadió un poco de las galletas y el tocino a ambas y unió las dos con correas de cuero para colgarlas a ambos lados de su montura. Las correas se le escapaban de las manos, pero al final consiguió atarlas.

Se alejaron del campamento hacia el pie del sendero que salía del cañón. Ella se sentía tan bien, caminando a su lado, que su marcha le parecía más increíble que nunca.

Al pie del sendero, se detuvo.

—Aquí estarás bien. —Se volvió para mirarla a los ojos—. Te dije la verdad cuando te dije que si había una mujer en la tierra que pudiera hacer esto, esa eras tú. No lo olvides.

Por un instante, el nudo que tenía en la garganta no la dejó hablar. Al final, aunque no pudo tragárselo, pudo hablar.

—Y tú no olvides que eres un buen hombre. El mejor.

Sus ojos oscuros se endurecieron.

—No utilices el viaje que voy a hacer para ver a Ellie Henderson como una vara para

medir mi carácter. Ni siquiera había pensado en ello hasta el día en que te dije que iba a ir, y no suelo preocuparme mucho por los demás.

Ella lo miró fijamente.

—Mientras te preparaba la comida, estaba recordando lo que me contaste sobre el día en que mataron a Jason. Jack, una cosa que tienes que recordar es que él te habría hecho lo mismo.

Frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Te estás culpando por haber arrastrado a Jason al ataque, ¿pero no te habría arrastrado él a ti si hubiera sido idea suya?

—Pero no lo fue —espetó él—. La culpa es toda mía.

—Pero era el mismo tipo de hombre que tú, ¿verdad?

—¿Qué clase de hombre?

—Seguro de sí mismo, quizá hasta el punto de ser... imprudente, a veces. Rápido y acostumbrado a ganar. Lo bastante loco como para ir a México y hacer algo que haría que le persiguieran los federales hasta el Río Grande. Un gran jinete en un gran caballo al que estaba acostumbrado de sacar de cualquier apuro.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Supongo que sí.

—Entonces, si él hubiese sido el que no quería esperar a que llegara la ayuda, el que hubiese querido entrar, el que hubiese amenazado al otro con hacerlo solo... Habría sucedido lo contrario.

Una expresión terrible pasó por su rostro. Se dio la vuelta y lanzó las riendas sobre la cruz de Border Crossing.

—Lo hecho, hecho está. —Su voz sonó más dura que antes—. Ninguna charla puede cambiar eso.

—¡Está bien!

Por terca que fuera, no iba a discutirle esto. Era un tema demasiado delicado con él y solo conseguiría alejarlo antes incluso de que se hubieran despedido.

Se quedó mirando sus anchos hombros, la piel cobriza de su cuello. Si tan solo pudiera acercar sus labios a ese punto. Si tan solo pudiera besarlos por todas partes. Para siempre. Si tan solo él se quedara.

—Al menos llévate un caballo de repuesto —le pidió ella—. Elige el que quieras.

—No, gracias.

Ella lo miró, conteniendo las lágrimas que no le dejaban verlo, esperando a que se diera la vuelta.

—No estarías obligado a traerlo de vuelta, si eso es lo que te preocupa —espetó. Su tono de voz demostró que estaba a punto de desmoronarse.

Los músculos se tensaron en la parte superior de sus hombros. Se quedó rígido e inmóvil.

Ella cerró la boca. ¿No se había prometido a sí misma que sería valiente? ¿Que sería digna y dueña de sí misma y que eso sería lo último que él recordaría de ella?

Giró sobre sus talones.

—Cuídate, Rory —le dijo Con voz suave.

Sin sonreír, la miró a la cara y, por un instante, ella pensó que la agarraría.

No lo hizo. Se volvió hacia su caballo, metió la punta de la bota en el estribo y se balanceó sobre la silla.

—Si te toco, no te soltaré —dijo, con la voz tan cruda y áspera que parecía la de un extraño.

—Entonces, no lo hagas. —Empleó un tono un tanto odioso. Se echó el pelo hacia atrás y lo miró—. No quería que sonara así. Te quiero, Rayo.

Él la miró fijamente a los ojos, buscando en su rostro.

—Nunca te olvidaré, Rory.

Su corazón se detuvo. Cada célula de su cuerpo se calló para escuchar lo que sea que tuviera que decirle, pero eso fue todo lo que le dijo.

Estaba completamente asombrada por poder hablar, e, incluso, de poder pensar en otra cosa.

—¿Qué haré con tus veinte cabezas?

—Márcalas con la letra A.

—Ya están así: era la marca del arreo. Cogeré una nueva marca ahora que empiezo de cero.

—Entonces, márcalas como tuyas.

Se agachó y le tocó la cara, solo una vez, tan ligeramente que podría haber sido el roce de una pluma.

—No olvides llevar tu pistola. —Alyson lo miró fijamente a los ojos—. Hasta la vista, Rory.

Y, entonces, apartó su mirada de la de ella, se encaró a la pared del desfiladero, besó a Border y empezó a subir.

Ella se quedó allí, observando cómo él tomaba el estrecho y sinuoso sendero. La luz del sol entraba ahora en el cañón; pronto quemaría la bruma. Bañaba a Jack y a Border Crossing con una luz amarilla cegadora en las curvas exteriores del sendero, perfilando su oscura silueta en las sombras del interior.

El dolor la paralizó. ¿Cómo podía haber pensado que ya se había enfrentado a lo peor que la vida podía darle? ¿Cómo podía haber imaginado que se podía sufrir tanto y seguir viviendo?

Sería más fácil, mucho más fácil, si Ellie fuera una mujer a la que amara. O, mejor aún, una mujer a la que hubiera creído amar hasta que tuvo a Alyson entre sus brazos. Entonces, compitiendo con esa otra mujer, podría tener una oportunidad.

No podía hacer nada contra el fantasma de Jason.

Se quedó clavada donde estaba hasta que él hubo subido cada centímetro del estrecho y sinuoso sendero sin detenerse hasta que llegó a la cima.

Protegiéndose los ojos del sol, retrocedió unos pasos para intentar verlo mejor.

En el borde del desfiladero, él paró su caballo y la miró. Levantó la mano y ella le devolvió el saludo. Luego, cabalgó alejándose de ella.

Jack viajaba como un poseso. Si no hubiera sido porque habría matado a su caballo, nunca habría dormido en todos esos kilómetros. Cabalgó hacia Fort Worth y hacia Ellie Henderson, si es que aún vivía allí, con rapidez y furia, como si ella pudiera ayudarlo de algún modo.

Ese pensamiento torció sus labios en una sonrisa amarga mientras acampaba esa última noche, lo suficientemente cerca como para ver las luces de la ciudad. Nadie podía ayudarlo. Había dejado a Rory para que sobreviviera lo mejor que pudiera en el país más salvaje que quedaba en la frontera. Había abandonado a Rory. La única mujer que lo había amado de verdad.

Aquellas palabras le produjeron un destello de felicidad cada vez que las recordaba. Una breve alegría en el instante en el que el recuerdo acudía a él, pero luego siempre sucumbía a la negrura que lo acompañaba. No merecía su amor y, al no corresponderle, le había roto el corazón.

Soltando a Border Crossing en un pasto bastante delgado, le dio una palmadita a modo de disculpa.

—Demasiados viajeros han acampado aquí. Deberíamos haber ido a la caballeriza para que hubieses podido comer grano.

Pero solo Dios sabía si iba ser capaz de enfrentarse a un pueblo lleno de gente al día siguiente. No le importaba si nunca veía a otro ser humano cara a cara. A menos que fuese Rory.

Y nunca podría volver a hacer a menos que volviera para quedarse.

Extendió su saco de dormir sin molestarse en comer, sin ni siquiera hacer fuego, se quitó las botas y se metió dentro. Volver para quedarse no era más que un deseo loco. Uno que lo asaltaba hasta dormido todas las noches desde que había salido de Palo Duro.

El sueño era otro castigo por sus pecados, junto al que tenía de Jason riéndose de él mientras lo empujaba a ir tras el viejo Garza.

Y que Dios lo ayudara. Ahora aquí estaba, vería a Ellie mañana y ni siquiera sabía por qué había cabalgado hasta allí. ¿Qué podía hacer por Ellie si se sentía desgraciada o tenía problemas, excepto quizá conseguirle algo de dinero de su cuenta en el Banco de Ft. Worth?

¿Qué le diría? ¿Si te sientes demasiado sola desde que hice que mataran a tu marido, me casaré contigo?

Eso sería como cumplir una pena de cárcel de por vida. Eso sería un castigo, así que podría hacerlo sentir mejor.

El viento le sopló en la nuca. Se colocó de lado y se tapó la cara con el sombrero. Aun así, la arena le entraba por la boca, tocándole la lengua, pero no le importaba. No podía permitirse dormir en un hotel. Estar bajo un techo, entre cuatro paredes, no le parecía bien. No mientras la necesidad que sentía por Alyson fuese tan grande.

Se las arregló para estar entre la gente lo suficiente como para visitar la barbería para darse

un baño y afeitarse y un mercadillo para comprar ropa limpia antes de visitar a Ellie Henderson. No solo seguía en el pueblo, se enteró al preguntar por ella mientras le cortaban el pelo, sino que había montado allí su propio negocio, fabricando sombreros. Por lo poco que había visto de ella, Ellie había sido una mujer tímida y retraída, poco dada a tratar con el público. Esto era culpa suya, que ella se hubiera visto obligada a una vida que no quería.

Ese pensamiento le retumbaba una y otra vez mientras caminaba hacia su tienda. Pasó por delante de sus escaparates, llenos de lujosos sombreros de mujer. La fatídica decisión que había tomado aquel día de septiembre se extendía en todas direcciones, y sus consecuencias iban y venían.

A raudales. Porque, cuando entró en la tienda y la vislumbró cogiendo un sombrero de un estante, vio que iba a tener un hijo. Y muy pronto. Que Dios lo ayudara, ¡había dejado huérfano a un bebé!

—¿Ellie Henderson? —preguntó, aunque la había reconocido.

Se quitó el sombrero. ¿Cómo iba a superar esto? ¿Qué demonios podía decir?

El timbre tintineó, anunciando su presencia, cuando la puerta se cerró y ella se volvió para mirarlo.

—Soy Jack Coulton. —Sentía la boca pastosa.

Sus grandes ojos marrones lo miraron de arriba abajo.

—Sé quién eres —dijo ella, y caminó lentamente hacia él, sosteniendo el sombrero de colores brillantes con ambas manos.

—No sabía si te acordarías, ya que solo nos habíamos visto una o dos veces.

—Nunca podría olvidarte —dijo ella.

Con un nudo en el estómago, espero lo que venía a continuación: «Porque fuiste tú quien mató a mi marido».

Pero en lugar de eso, ella dijo:

—Esto me trae tantos recuerdos, señor Coulton. ¿Quiere sentarse?

—Llámemme Jack —dijo él—, por favor. —Ella asintió distraída.

—Ellie —dijo.

Pareció darse cuenta de que aún sostenía el sombrero, e hizo un ademán hacia el mostrador con él, cambió de idea y caminó hacia las dos sillas que había en una mesita de la esquina. Él la siguió, con el corazón latiéndole en el pecho.

Para empezar, había sido una idea condenadamente estúpida venir aquí. ¿Por qué había hecho aquella estupidez? Le había dicho la verdad a Alyson cuando le había dicho que esto no cambiaría nada. Ya se daba cuenta de que ni siquiera iba a hacerlo sentir mejor.

Sin embargo, Ellie se sentó e indicó la silla frente a ella, así que él se sentó en ella. Sentía que las rodillas le iban a golpear la barbilla en cualquier momento: esas delicadas mecedoras sin brazos estaban destinadas, obviamente, solo a las damas.

Durante un rato se quedaron mirándose, con los sombreros en las manos, esperando a que Jack dijera algo. Pero sentía la lengua congelada.

Finalmente, Ellie dijo:

—Alguien me contó que habías dejado a los Rangers.

Eso le hizo recordar el propósito de su visita como una bofetada, pero no consiguió decir ni una palabra. Tragó con fuerza.

—Sí. Yo... no podía quedarme sin Jason. —Sus ojos se empañaron.

—Sé cómo te sientes. —Era amable—. Yo pensé lo mismo cuando se fue.

—Ahora estaría aquí si no fuera por mí —soltó Jack—. Yo lo maté.

Su expresión amable cambió a una de conmoción.

—El capitán Haley me dijo, cuando trajo el cuerpo de Jason a casa, que los bandidos lo habían matado

Un dique estalló dentro de Jack.

—Los bandidos le dispararon, sí, pero fui yo quien lo puso en el camino de sus balas, seguro como si lo hubiera recogido y dejado caer en la línea de fuego. Insistí en que los dos asaltáramos ese grupo de Garza, Ellie, cuando sabía que nos superaban en número. Haley, Martin y sus compañeros estaban de camino para reunirse con nosotros. No habría pasado más de medio día para que nos engancháramos a ellos y volviéramos para coger a los forajidos, pero no quería esperar...

Ella se inclinó hacia delante y le tocó la mano.

—Tú no lo mataste.

—Lo hice —Apretó la mandíbula—. No lo entiendes. Dudó, dijo que esperásemos a tener más hombres, contó siete contra nosotros dos y no podíamos verlos a todos.

Estaba sudando. Sacó el pañuelo y se secó la cara.

—Jason también era capitán. Tenía el mismo rango que tú. No tenía por qué seguir tus órdenes.

—Le dije que iba a ir solo —dijo, casi ahogándose con las palabras—. Me comporté como un inmaduro. Como si no supiera que podíamos morir. Como un idiota, cuando en verdad tengo treinta y tres años y he hecho tantas redadas que he perdido la cuenta

Confesar aquella tontería enredó su lengua hasta hacerla inútil. Su rostro y sus ojos habían perdido hacía tiempo todo asombro y sorpresa.

Ahora ella lo miraba con tanta calma y tanta sabiduría que a él le recordaron las imágenes que había visto de la madre del niño Jesús.

—Eres un hombre, Jack. Jason era un hombre. Los hombres dan mucha importancia a su valentía, y así es como debe ser.

—Hay una diferencia entre el valor y la temeridad.

—Y tú eras su compañero. No iba a dejarte entrar solo.

—Cierto. Nunca sabré por qué no fui yo quien detuvo esa bala en vez de él. Si hubiera habido justicia, sería yo el que estaría muerto.

Ella sonrió.

—Seguro que ahora tienes treinta y cuatro años, Jack, y sigues esperando que la vida sea justa.

Emitió un pequeño sonido que demostraba que estaba de acuerdo con ella.

—Lo empujé, incluso le grité, Ellie. Aun así no cedió. No hasta que pensó que lo intentaría solo.

Ella asintió, todavía tranquila.

—Tú habrías hecho lo mismo por él, no lo olvides. Sé lo que significa ser compañeros. Sé lo que significabas para él. Sé que su trabajo era su vida. Jason no lo habría hecho de otra manera.

La miró fijamente durante mucho tiempo. Lo decía en serio, y no le guardaba rencor.

—¿Y qué hay de...? —Desvió la mirada hacia su abultado vientre. Apartó la mirada avergonzado.

—Él me quería, y habría querido a este bebé. Pero nunca se habría quedado en casa con nosotros durante mucho tiempo seguido.

—Me siento tan pequeño —confesó. No sabía que iba a decir eso—. Cuando os casasteis, temía que Jason me reemplazara por ti como su mejor amigo. Había sido mi compañero durante años. Era la única persona a la que había estado realmente unido.

—Nunca estuve tan unida a él —dijo pensativa—, y ahora sé que nunca lo habría estado.

—Eso no puedes saberlo. Solo estuviste casada con él cuatro meses.

—Y solo le conocí dos semanas antes de eso. Pero tengo algo nuevo —dijo ella, ruborizándose—. Un caballero con el que estoy muy unida después de solo unas semanas. Me ha pedido que me case con él, y le he dicho que sí, pero solo cuando termine mi tiempo de luto.

Bueno. Estaba claro que no tenía ni idea de la vida de los demás.

—¿Te sorprende? ¿De que esté haciendo estos planes cuando Jason solo hace ocho meses que se murió?

—No —dijo sincero—, pero me choca tu situación. Nunca te habría imaginado llevando tu propia tienda, ni con un bebé, y mucho menos con un pretendiente. Pensaba que eras demasiado tímida y retraída, que estabas indefensa sin Jason, que...

Se rió.

—Nunca he estado indefensa, señor Coulton. Nunca lo estaré. —Dejó el mullido sombrero sobre la mesita que había entre ellos y cruzó las manos sobre su regazo, aunque apenas podía abarcarlo—. Por eso mantendré mi tienda después de que el señor Dudley y yo nos casemos. Él está de acuerdo con ello.

Jack buscó en su dulce rostro, miró sus manos tranquilas.

Aquí no habría castigo, ni cadena perpetua que cumplir para quitarle la culpa.

Sacudió la cabeza con ironía. Había asumido demasiadas cosas, también sobre él. Alyson tenía razón; él no era Dios.

El timbre de la puerta volvió a sonar y entró una mujer con la cesta de la compra sobre el brazo.

—Tengo una clienta. —Se puso de pie y la cogió del codo para ayudarla a levantarse.

—Tengo que irme.

—Me alegro de que hayas venido a verme. Por favor, vuelve dentro de un año o así y conoce al bebé. Me encantaría que te conociera para que, cuando sea mayor, puedas contarle historias sobre su padre. Así sentirá que conoce un poco a Jason.

—Lo intentaré. No tengo ni idea de dónde estaré.

—Estés donde estés, deja ir tus preocupaciones. Habrías hecho lo mismo por Jason si las cosas hubieran sido al revés aquel día, y sabes tan bien como yo que fácilmente podrían haberlo sido. Jason era tan...

Ella hizo una pausa. Él le proporcionó las palabras.

—¿Imprudente? ¿Salvaje y loco? —Sonriendo, ella sacudió la cabeza.

—Valientemente impetuoso, como tú.

Le dio una palmada en el brazo y fue a atender a su clienta.

Se puso el sombrero y salió a la calle.

Ellie era increíble. ¿Cómo había llegado a ser mucho más lista que él, aunque obviamente tenía unos diez años menos?

Pero había sido Alyson la primera en decirle que Jason podría haberlo empujado al ataque y no al revés. Nunca la había escuchado realmente hasta ahora, nunca había querido escucharla porque su culpa era todo lo que conocía, todo lo que le quedaba de su antigua vida.

Se había aferrado tanto a ella que no se había permitido escuchar ninguna esperanza.

Así que habían hecho falta dos mujeres para hacerle ver que un hombre es solo un hombre. No importa lo fuerte que sea, lo rápido que sea con un arma o lo amigo que sea, no puede controlar su propio destino, y mucho menos el de su pareja.

Era cierto. Jason le habría hecho la misma maldita cosa si hubiera estado de mal humor aquella mañana en los salvajes y espesos frenos del Nueces. Y Jason, a veces, había cometido sus propios errores.

Mientras intentaba asimilarlo todo, se dirigió a la caballeriza a recoger a su caballo. Lo único que quería era estar sobre caballo y lejos de la ciudad para poder pensar.

Pero, una vez montado y cabalgando bajo el letrero superior de la caballeriza, su cerebro dio tumbos de un pensamiento a otro. ¿Adónde debía ir? ¿Qué dirección debía tomar cuando saliera a la calle? ¿Izquierda o derecha?

Border Crossing, sin tirar de las riendas, sin tocar el pie de Jack y sin vacilar en absoluto, giró hacia el oeste. Jack se lo permitió.

¿Por qué no había escuchado a Alyson? Ella le había dicho que él habría hecho lo mismo por Jason. Ella también le había dicho que él no era Dios. Sin embargo, de algún modo, la verdad de ello no había calado hasta que se lo había oído decir a Ellie.

Hasta que se lo había confesado a Ellie.

Sin embargo, todo se remontaba a Alyson. Ella había sido la razón por la que se le había ocurrido venir a ver a Ellie en primer lugar: admitir que se había equivocado le resultaba tan

extraño. De hecho, primero se lo había admitido a Alyson.

El pánico se apoderó de sus entrañas.

Rory. Dios del cielo. La necesitaba más de lo que nunca había necesitado a nadie ni a nada. Ella lo había curado.

¿Se alegraría ella de verlo si él volvía? La había abandonado a los peligros que pudieran acecharla, le había roto el corazón cuando había escalado la pared del cañón.

Si volvía, nunca podría dejarla de nuevo, de eso estaba seguro.

Sonrió. No solo no tendría fuerzas para separarse de ella, sino que ella lo mataría si intentaba marcharse de nuevo. Ella cogería un rifle y lo mataría mientras subía por la pared del cañón.

Pero ¿y si volvía y luego, al cabo de un tiempo, quería seguir dando viajando, buscando el peligro como siempre había hecho Jason? ¿Y si no quería pasar mucho tiempo en casa?

Ellie tenía razón. Incluso con un bebé, Jason nunca se habría quedado en casa más de una o dos semanas seguidas.

Al igual que Jason, era un hombre errante, acostumbrado a una vida salvaje y dura, llena de peligros y desafíos.

Su sonrisa se ensanchó.

La vida con Rory sería salvaje y dura, llena de peligros y desafíos.

Detuvo el caballo en medio de la calle.

La amaba. Lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero nunca lo había admitido, ni siquiera a sí mismo.

Ahora que lo había hecho, tenía que hacer algo al respecto.

Lentamente, apretó los costados de Border y lo movió por la calle al trote, para evitar que lo atropellara una calesa o una carreta. Ese pensamiento le trajo una imagen de Alyson, precipitándose hacia él en su carro con un sombrero azul que hacía juego con sus ojos.

Evidentemente, todo lo que viera o pensara durante el resto de sus días le recordaría a ella. Más le valía dirigirse a Palo Duro y averiguar si ella aceptaría su amor. Pero ¿y si ella lo mandaba a paseo?

Solo pensarlo le daban ganas de cabalgar hasta uno de los salones junto a los corrales y buscar pelea, dejar que algún jinete inútil le disparase y acabara con su miseria tal y como había deseado hacer desde que Jason había caído de espaldas en sus brazos sin vida. Pero, incluso, probablemente, no lo curaría. Vagaría por el mundo de los espíritus para siempre, llorando por Alyson.

Capítulo 18



Alyson se despertó con el olor crudo y dulce de los troncos recién cortados y la especia del cedro. Su hogar. Este era ahora su hogar.

Se tumbó en sus mantas, mirando el techo que aún no estaba allí, buscando la luz del día, viendo las estrellas, pero imaginando que la oscuridad se desvanecía. El día pasaba mucho más rápido que la noche, eso era algo que había notado desde que Jack se había marchado.

La abertura de la ventana también estaba allí, cortada de lleno en la pared, vacía y descubierta, ella lo sabía, pero todo lo que podía ver era negro. Sentía el aire más suave, aunque también una pizca de rocío. Estaba amaneciendo. Los pájaros empezaban a pasar de los cantos nocturnos a los de vigilia. Desde que Jack se había ido, había aprendido cómo eran las sensaciones y los sonidos de cada etapa de la noche, se había convertido en una experta, y ahora no se equivocaba.

Apartó las mantas y empezó a vestirse, intentando prepararse, salir y ponerse a trabajar antes de poder pensar, antes de poder contar. Si Jack había tenido buena suerte y había llegado a Fort Worth en quince días...

Su mente se detuvo en los surcos que había creado dándole vueltas al problema una y otra vez. Se había prometido a sí misma no pensar más en él. No iba a pensar más en él.

Pero si había tenido suerte yendo y volviendo, si no había perdido el tiempo, hoy sería el primer día en el que, posiblemente, podría llegar hasta ella.

¿Por qué iba a volver? No lo haría.

. Ese hecho se convirtió en su letanía silenciosa para enfrentarse a la realidad mientras se ponía la ropa y salía a la parte más oscura de la noche para caminar junto al arroyo. Él no volvería. Se repetía una y otra vez que esa era la única forma en que la podría soportar la idea de que él no volvería.

Amaneció sobre el cañón en un brillante derrame de rosas y amarillos, pintando la fina niebla que flotaba sobre las altas hierbas, convirtiendo las profundas paredes rojas del desfiladero en llamas. Salió de entre los árboles junto al arroyo y subió la ligera pendiente hacia la casa, conteniendo la respiración hasta que pudo ver el sendero que se extendía hasta el borde. Ésta sería la única vez que lo vería hoy.

Se había obligado a observar el sendero solo dos veces al día, y no iba a perder el tiempo, aunque fuera el primer día en el que él pudiera aparecer. Fingiendo no interesarse en absoluto por el sendero, saludó con la mano a Cookie, que estaba avivando su fuego, y a Niles y Cabe, que se dirigían hacia él con tazas de café en la mano. Pero se permitió detenerse un momento y mirar hacia el *rimrock*^[11].

Nada. Nadie. Exactamente como lo sabría cualquier persona que estuviera cuerda.

Barrió su mirada hacia abajo, hacia el suelo del cañón. Por el rabillo del ojo captó movimiento. Algo que se movía en el sendero.

Con la mano sobre los ojos para protegerse del sol, caminó hacia allí. Un caballo. Un jinete. Alguien se acercaba.

La visión la hizo quedarse congelada donde estaba. Una esperanza insana chocando contra su muro de realidad.

No podía ceder a ella hasta que supiera con certeza quién estaba allí.

Aunque fuera Jack...

Pero ¿quién si no habría empezado a recorrer aquel tortuoso sendero —o, incluso, a encontrarlo— en medio de la oscuridad? Ya llevaba tres cuartas partes del camino andado.

¿Y quién si no montaba un ruano alazán alto y de patas largas que se movía como un caballo de carreras pura sangre?

El muro de sensatez que rodeaba su corazón se derrumbó y la esperanza le calentó la sangre. Era Jack, lo había sabido desde el instante en que lo había visto. Podía reconocerlo hasta donde alcanzaba la vista por la forma en que montaba a caballo, si no por otra cosa.

Sin embargo, podía no haber vuelto para quedarse.

Intentó recordarlo, dejó que el escalofrío la recorriera. Solo pensó en eso mientras lo veía llegar. A lo mejor había decidido que no podía prescindir de su ganado, que se lo había ganado y bien podía llevárselo.

Tal vez planeaba fundar su propio rancho en algún lugar. Quizá incluso planeaba reclamar otra parte del cañón. Le había encantado la primera vez que cabalaron por él.

Pero él no era un ranchero, era un renegado, un jinete lejano. Era salvaje y tenía que ser libre. Ella había sabido desde el momento en que se conocieron que él era tan diferente de los demás hombres como un semental lo era de un castrado. Seguramente nunca se dejaría atar a un solo lugar, por mucho que se hubiera dado cuenta de que la amaba.

Respiró hondo y decidió expulsar cualquier pensamiento de su mente y vivir el presente para poder recordarlo todo bien si, al final, volvía a convertirse en solo un recuerdo. Jack cabalgaba sobre el caballo como siempre, con el ritmo de Border mientras se inclinaba para tomar las curvas del sendero. Desaparecieron de su vista y, cuando pensó que ya no podría soportar no volver a verlo, salieron de nuevo a la luz.

No se movió del sitio para verlo llegar.

No fue hasta que él cabalgó hasta el borde del patio, que ella caminó hacia él, despacio, con el amanecer a su espalda. Se encontraron bajo el gran álamo.

—Buenos días, señora —dijo él, colocándose el sombrero en la nuca mientras se enderezaba para mirarla—. ¿Cree que un hombre podría encontrar un desayuno caliente en este rancho de aquí?

El sol temprano resaltaba sus pómulos, contrastando con el tono cobre de su piel. Estaba exhausto, agotado. Ella podía verlo en el polvo de su ropa, en la forma en la que cruzó los brazos y se apoyó en el cuerno en el momento en que Border dejó de moverse. Podía verlo en las líneas

más profundas de su rostro, y ella anhelaba alcanzarlas y trazarlas con la punta de los dedos.

Sin embargo, sus ojos no mostraban cansancio. Le gritaban que estaba ahí por una misión. ¿Cuál podría ser? Él sabía cómo se sentía ella. Él mismo era la pregunta.—

—Puede ser dijo ella, con la voz ronca por las lágrimas contenidas—. Baje y acérquese al fuego.

Se acercó a Border Crossing y le acarició el hocico.

Él la olfateó y le dio un codazo con la nariz.

Jack giró y desmontó.

Se movía con la misma seguridad fluida que siempre, y con la misma fuerza que indicaba que estaba seguro por el suelo que pisaba, aunque su cuerpo desprendía tensión.

—Rory —dijo—. Te quiero. No puedo volver a dejarte, así que tendré que quedarme aquí. ¿Construyo una choza de soltero junto al arroyo o te casas conmigo?

Apenas podía creer lo que oía. Sin embargo, le había oído bien, pues ninguna otra palabra podría conseguir que en sus ojos se mezclara el triunfo y el miedo.

—Me casaré contigo —dijo ella—. Ya hemos talado suficientes árboles por aquí.

—Oh. —Empezó a caminar lentamente hacia ella—. Así que son los árboles los que te preocupan.

—Me preocupas tú, solo tú. ¿Qué ha abierto tu corazón?

—Tú. Tienes más poder que el rayo. Eres la mujer roja, el fuego, y te has abierto camino hasta mi alma.

La tomó entre sus brazos fuertes y amorosos y la estrechó contra su piel. Tan cerca y durante tanto tiempo que parecía que estarían así para siempre. Alyson cerró los ojos, apoyó la cabeza en su amplio pecho y aspiró hondo, empapándose del olor a polvo, caballo, cuero... y Jack.

Notas

[1] La península de Texas es una región del estado estadounidense de Texas que consta de los 26 condados más al norte del estado

[2] Los Chickasaw son un pueblo indígena de Southeastern Woodlands, Estados Unidos. Su territorio tradicional estaba en el norte de Mississippi, el noroeste y norte de Alabama, el oeste de Tennessee y el suroeste de Kentucky. Su lengua está clasificada como miembro de la familia de lenguas muskogeanas.

1. [3] Una remuda es una manada de caballos domado, entre los cuales los peones del rancho eligen sus monturas para el día.

[4] Un soogan es una colcha o manta de lana envuelta dentro de una lona impermeable. Dado su volumen, el vaquero solía arrojar su petate en un carro.

[5] El comanchero era sobre todo el comerciante novomexicano del norte y centro de Nuevo México que comerciaba con las tribus nómadas de los indios.

[6] Los mesteñeros , o corredores de mustangs , eran personas del oeste de América en el siglo XIX y principios del XX, generalmente vaqueros , que capturaban, domaban y conducían caballos salvajes, llamados mesteños o mustangs , para comercializarlos en el norte de México , Texas , Nuevo México y California .

[7] El mustang es un caballo que vaga libremente por el oeste de los Estados Unidos, descendiente de los caballos traídos a América por los españoles.

[8] Caprock o cap rock es un tipo de roca

[9] Un quirt es un látigo corto asociado con el suroeste de los Estados Unidos. A menudo tiene una pestaña de cuero trenzado. Las caídas de un látigo están hechas de cuero, generalmente de vaca.

[10] He-Stands-In-Lightning. Literalmente significa Él está parado en un rayo.

[11] Rimrock es la pared de roca escarpada en el borde superior de una meseta, cañón